IMPRIMIR

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

GASTON LEROUX

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PROLOGO

Gastón Leroux y los fantasmas

Gastón Leroux vivió 59 años, entre 1868 y 1927. Su existencia se deslizó en plena era espiritista, cuando en París circulaba profusamente *Le livre des sprits* (1857), de Allan Kardec, y los metapsiquistas estudiaban el doble y los fantasmas que algunos dotados de percepciones extrasensoriales habían creído verificar en algún momento. Por esa época, cuando Gastón Leroux ya era un escritor, también se vendía *Phantasms of the Living*, de Gurney, Myers y Podmore, publicado en 1886.

El tema de los fantasmas, unido al de los vampiros, lo atrajo mientras ejercía el periodismo, y ya en la batalla de la creación escribió *La ponpée sanglante*, donde los vampiros y la sangre serán algunos de los enigmas que asediarán al protagonista. La tarea fue continuada en un libro posterior (*La máquina de asesinar*), y en otros en los que tratare de la resurrección entre los muertos.

Un día, sin embargo, Gastón Leroux sustituye el fantasma por un ser de carne y hueso que nadie ha visto, pero que es capaz de cometer un crimen en cuarto cerrado. Nadie sabrá cómo puede asesinarsse a la víctima que yace en una habitación herméticamente cerrada. Este será el enigma de *Le mystère de la chambre jaune* (1908), donde aparece, para eternizarse, su héroe Rouletabille.

La idea del fantasma hace impacto en otra obra no menos imperecedera escrita en 1910: *El fantasma de la Ópera*. Es la historia alucinante de un amor imposible, cuyo protagonista oculta, su horrible fealdad en los subsuelos del Teatro de la Ópera de París, uno de los cuales sirvió para los calabozos secretos improvisados por los federados en el levantamiento de la Comuna. Hacia esos subsuelos, cruzados de pasajes enigmáticos y paredes corredizas como en *The Mysteries of Udolfo* (1794), de Ann Radcliffe, el Fantasma (que carece de nariz y no puede mover los labios), llevará a la actriz Cristina Daaé en la espe-

ranza de un amor que pudiera redimirlo de la asfixiante fealdad que debe cubrir todos los días con una máscara.

Hay un juego entre el amor y el mal hábilmente barajado por Leroux.

Yo creo que esta singularidad le da vigencia permanente a *El fantasma de la Opera*.

Gastón Leroux quiso ser abogado, pero abandonó sus estudios de derecho y se dedicó al periodismo. Fue cronista de tribunales en el diario *Le Matin*, de París, ocupación que también dejó para consagrarse a la literatura. Expresan sus biógrafos que se encerraba para escribir. Cuando terminaba, disparaba todos los proyectiles de su revólver. Luego lo festejaba ruidosamente con su mujer y sus hijos. En París estaban acostumbrados a sus extravagancias.

En cambio, su método de escritura participaba del azar y el acertijo. No comenzaba ningún relato sin elegir previamente dos palabras similares. Con ellas construía una serie de frases de igual significación que después elegía para iniciar y cerrar el relato. Esto es lo que él confesaba cuando se lo interrogaba acerca del método al que ajustaba su escritura.

Leroux era un ser cabalístico que creía en el misterio y los milagros. Creía en los seres fantasmales y en la vida del más allá. El tema del espíritu y el de la vida de ultratumba lo indujeron, en algún momento, a realizar una obra que no concretó. Sus extravagancias terminaban cuando meditaba en lo que él llamaba el misterio de la muerte.

Acaso *El fantasma de la Opera* fue la tesis de una existencia en que el bien y el mal, la vida y la muerte, se anulan recíprocamente en presencia del amor.

JUAN JACOBO BAJARLÍA

Buenos Aires, 1991

DOS PALABRAS

En las que el autor de este singular relato cuenta al lector de cómo llegó atener la certeza de que el Fantasma de la Opera ha existido realmente.

El Fantasma de la Opera ha existido. No fue, como se creyó durante mucho tiempo, una invención de artistas, una superstición de empresarios, la creación medrosa del cerebro excitado de las señoritas del cuerpo de baile, de sus madres, de los acomodadores, de los empleados de la guardarropía y de la portería.

Sí, ha existido en carne y hueso, aun cuando se le dio todas las apariencias de un verdadero fantasma, es decir, de una sombra.

Desde que comencé a compulsar los archivos de la Academia Nacional de Música, me llamó la atención la coincidencia sorprendente de los fenómenos atribuidos al Fantasma, con el más fantástico de los dramas que haya conmovido a la alta sociedad parisiense, y pronto llegué a pensar que quizá se pudiera explicar racionalmente a éste por medio de aquél. Los acontecimientos no datan más que de unos treinta años, y no sería difícil encontrar todavía, en el propio *foyer* de la danza, ancianos muy respetables, cuya palabra no puede ser puesta en duda, que recuerdan, como si el suceso hubiera ocurrido ayer, los acontecimientos misteriosos y trágicos que acompañaron el rapto de Cristina Daaé, la desaparición del vizconde de Chagny y la muerte de un hermano mayor, el conde Felipe, cuyo cuerpo fue encontrado en el borde del lago que se extiende en el subsuelo de la Opera, del lago de la calle Scribe. Pero a ninguna de esas personas se les había ocurrido hasta ahora relacionar con esa terrible aventura al personaje más bien legendario del Fantasma de la Opera.

La verdad penetró con dificultad en mi espíritu perturbado por una investigación que chocaba a cada instante con acontecimientos que, a primera vista, podían parecer sobrenaturales, y, más de una vez, estuve a punto de abandonar una persecución en que me extenuaba, corriendo por aferrar una vana imagen. Por último, obtuve la prueba

que mis presentimientos no me hablan engañado y todos mis esfuerzos quedaron recompensados el día en que adquirí la certidumbre de que el Fantasma de la Opera había sido algo más que una sombra.

Ese día pasé largas horas en compañía de las "Memorias de un director", obra ligera del demasiado escéptico Moncharmin, que no entendió una palabra de la conducta tenebrosa del Fantasma durante su paso por la Opera, y que se reta de él a carcajadas en el mismo instante en que era él la primera víctima de la curiosa operación financiera que se realizaba en el interior del "sobre mágico".

Acababa de salir desesperado de la biblioteca, cuando encontré al amable administrador de la Academia Nacional, que estaba charlando en un descanso de la escalera con un viejecito muy movedizo, y bien puesto, a quien me presentó enseguida. El señor administrador estaba al tanto de mis investigaciones y sabía con qué paciencia había tratado en vano de descubrir el retiro del juez de instrucción del famoso asunto Chagny, el señor Faure. No se sabía qué había sido de él, y si estaba muerto o vivo; y hete aquí que, de regreso del Canadá, donde acababa de pasar quince años, su primera diligencia en París habla sido ir a pedir un sillón de favor en la secretara de la Opera. Aquel viejecito era el mismísimo señor Faure.

Pasamos buena parte de la noche juntos y me contó el proceso Chagny tal como lo había entendido. Había llegado a la conclusión, por falta de pruebas, de que el vizconde se había vuelto loco y de que la muerte de su hermano había sido accidental, pero le quedaba la presunción de que entre los dos hermanos debió haber un drama terrible a propósito de Cristina Daaé. No supo decirme qué habla sido de Cristina, ni del vizconde. No hay para qué decir que cuando le hablé del Fantasma se limitó a reír. El también había sido puesto al tanto de las singulares manifestaciones que parecían atestiguar la existencia de un ser excepcional, que había elegido domicilio en uno de los rincones más misteriosos de la Opera, y había conocido la historia del "sobre", pero no había visto en todo eso nada que mereciera llamar la atención de un magistrado encargado de instruir el asunto Chagny, y apenas si había escuchado durante unas instantes la deposición de un testigo que

se presentó espontáneamente para afirmar que habla tenido ocasión de encontrarse numerases veces con el Fantasma. Este personaje –el testigo –era un individuo que en todo París se lo conocía por el persa, siendo popular entre las abonadas de la Opera. El juez lo había tomado por un iluminado.

Puede imaginarse cuán prodigiosamente me interesaría esa historia del persa. Quise encontrar, si es que eso era todavía posible, a ese precioso y original testigo. Favoreciéndome por fin la buena suerte, conseguí descubrirlo en su pequeño departamento de la calle de Rívoli, que ocupaba desde aquella época y en el que habla de morir cinco meses después de mi visita. En un principio, desconfié; pero, cuando el persa me hubo cantado, con un candor infantil, todo lo que sabía personalmente del Fantasma y me hubo dado en plena propiedad las pruebas de su existencia, y sobre todo la extraña correspondencia de Cristina Daaé, correspondencia que iluminaba con una luz tan deslumbrante su espantoso destino, ya no me fue posible dudar. ¡No! ¡No! ¡El Fantasma no era un mito!

Ya sé bien que se dirá que toda esa correspondencia quizá no sea auténtica, y que pudo ser toda forjada por un hombre cuya imaginación hubiera estado alimentada por los cuentos más seductores, pero felizmente he podido conseguir cartas de Cristina ajenas al famoso legajo, y he podido, por lo tanto, entregarme a un estudio comparativo que ha disipado todas mis vacilaciones.

He podido también hacer averiguaciones respecto del persa, y convencerme de que era un hombre honrado e incapaz de inventar una maquinación que hubiera podido extraviar a la justicia.

Ese es, por otra parte, el parecer de las más graves personalidades que han estado más o menos mezcladas en el asunto Chagny, que han sido amigas de la familia Chagny, a quienes he expuesto todos mis documentos y ante los cuales he desarrollado todas mis deducciones. He recibido por ese lado las más nobles palabras de aliento y voy a permitirme reproducir con este motivo, algunas líneas que me han sido dirigidas por el general D...

"Señor:

"No tengo palabras con qué incitarle a publicar los resultados de su encuesta. Recuerdo perfectamente que algunas semanas antes de la desaparición de la gran cantante Cristina Daaé, y del drama que enlutó a todo *el faubourg* Saint-Germain, se hablaba mucho en el *foyer* de la danza, del Fantasma, y creo que no se dejó de hablar de él sino después que estalló ese drama que ocupó a todos los espíritus; pero si fuera posible, como pienso, después de haberle oído a usted, explicar el drama por medio del Fantasma, le ruego, señor, que nos hable usted de él. Por misterioso que en un principio pueda parecer, siempre será más explicable que esa sombría historia en que las gentes malintencionadas han querido ver hacerse pedazos, hasta morir, a dos hermanos que se adoraron toda su vida...

"Reciba las expresiones, etc..."

En fin, con mi expediente en la mano, había recorrido de nuevo rudo el vasto dominio del Fantasma, el formidable monumento de que había hecho su imperio, y todo lo que mis ojos habían visto, todo lo que mi espíritu había descubierto, corroboraban admirablemente los documentos del persa, cuando un hallazgo providencial vino a coronar definitivamente mis trabajos.

Se recordará que hace poco tiempo, al cavar el subsuelo de la ópera para enterrar las voces fonografiadas de los artistas, el pico de los obreros puso a descubierto un cadáver. Pues bien, yo obtuve enseguida la prueba que ese cadáver era el del Fantasma de la Opera. Le hice palpar esa prueba al propio administrador del teatro, y poco me importa que los diarios digan que esos restos eran los de una víctima de la Comuna.

Los infelices que fueron muertos durante la Comuna, en los sótanos de la Opera, no están enterrados en ese punto; puedo decir dónde están esos esqueletos, bien lejos de esa cripta inmensa que, durante el sitio, fue convertida en depósito de provisiones. He hecho esta averiguación precisamente al buscar los restos del Fantasma de la Opera, que no hubiera encontrado sin esta casualidad inaudita del entierro de las voces vivas.

Pero hemos de volver a hablar de ese cadáver y de lo que conviene hacer con él; ahora me interesa terminar este imprescindible prefacio, dando las gracias al comisario de policía señor Mifroid (que fue llamado a hacer las primeras indagaciones cuando la desaparición de Cristina Daaé), al secretario señor Remy, al ex administrador señor Mercier, al antiguo maestro de canto señor Gabriel y más particularmente a la señora baronesa de Castelot-Barbezac, que fue la pequeña Meg (de lo que no se sonroja), la más encantadora estrella de nuestro admirable cuerpo de baile, la hija mayor de la honorable Mme. Giry – antigua acomodadora ya privada del palco del Fantasma – quienes me prestaron el más útil concurso, y gracias a los cuales voy a poder revivir junto con el lector, en sus más pequeños detalles, aquellas horas de puro amor y de espanto¹.

Gastón Leroux.

¹ Sería un ingrato si no les diera también las gracias antes de comenzar esta espantosa y verídica historia a la actual dirección de la Opera, que se ha prestado tan amablemente a todas mis investigaciones y en particular a M. Messenger; al muy simpático administrador M. Gabión y al muy amable arquitecto encargado de la conservación del edificio, que no ha vacilado en prestarme las obras de Charles Garnier, el ilustre arquitecto de la Opera, aunque convencido de que no se las devolvería. Por último, debo reconocer públicamente la generosidad de mi amigo y antiguo colaborador M. J. L. Croze, que ha permitido servirme de su admirable biblioteca teatral y sacar de ella algunas ediciones únicas a las que atribuyo inmensa importancia. –G. L.

CAPITULO I

¿SERIA EL FANTASMA?

Aquella noche, que era la última en que los señores Debiegne y Poligny, los directores renunciantes de la Opera, daban su última función de gala con motivo de su retiro, el camarín de la Sorelli, una de las primeras figuras del cuerpo de baile, fue bruscamente invadido por media docena de integrantes del aludido cuerpo, que volvían de la escena después de haber "bailado" a "Poliuto". Se precipitaron con gran confusión, las unas lanzando carcajadas excesivas y poco naturales y las otras dando gritos de terror.

La Sorelli, que deseaba estar sola un momento para repasar las palabras que deberla pronunciar poco después en el *foyer* ante los señores Debiegne y Poligny, vio con mal humor que aquellas aturcidas se le echaran encima. Se volvió hacia sus camaradas y se inquietó del barullo que hacían. Fue la pequeña Saint-James –la nariz predilecta de Grévin, unos ojos de miosotis, mejillas de rosa, senos de lirio –, quien dio la razón del alboroto en das palabras, con una voz trémula sofocada por la angustia:

–¡El Fantasma!

Y cerró la puerta con llave. El camarín de la Sorelli era de una elegancia oficial y trivial. Un tocador, un diván, un espejo de tres cuerpos y unos armarios formaban el mobiliaje necesario. Algunos grabados en las paredes, recuerdos de su madre, que había conocido los bellos días de la antigua Opera de la calle Le Peltier. Retratos de Vestris, de Gardel, de Dupont, de Bibottini. Aquel camarín les parecía un palacio alas chicos del cuerpo de baile, alojadas en cuartos comunes, en donde se pasaban el tiempo cantando, disputando, peleando con los peluqueros y camareras, convidándose con vasos de cerveza, con copitas de anís, y de ron hasta que sonaba la campana del avisador.

La Sorelli era muy supersticiosa. Al oírle hablar del Fantasma a la pequeña Saint-James se estremeció y dijo:

–¡Chicuela tonta!

Y como era la primera en creer en los fantasmas en general y en el de la Opera en particular, quiso que la informaran enseguida:

–¿Ustedes lo han visto? –preguntó.

–¡Cómo la estoy viendo! –replicó con un hilo de voz la pequeña Saint-James, que, sin fuerzas en las piernas se dejó caer sobre una silla.

Y enseguida la pequeña Giry –unos ojos color ciruela, cabellos retintos, tinte paliducho, un pobre pellejito sobre sus huesecitos –agregó:

–¡Si es él, es muy feo!

–¡Oh, sí! –dijeron en coro las bailarinas.

Y se pusieron a hablar todas a la vez. El fantasma se les había aparecido con las trazas de un señor vestido de frac, que de pronto se había erguido frente a ellas en el pasadizo, sin que pudieran saber de dónde había salido. Su aparición fue tan súbita que se hubiera podido creer que había brotado de la pared.

–¡Bah! –dijo una de las muchachas que había conservado un poco de sangre fría, ustedes ven al Fantasma en todas partes.

Era cierto. Desde hacía algunos meses, no se hablaba de otra cosa en la Opera más que de aquel Fantasma vestido de frac que se paseaba por todo el edificio, que no dirigía la palabra a nadie, a quien nadie se atrevía a hablar, y que se evaporaba en cuanto se lo veía, sin saber cómo ni dónde. No hacía ruido al caminar, como conviene a un verdadero fantasma. Se había comenzado por reír y por burlarse de aquel aparecido que vestía como un caballero o como un lacayo de pompas fúnebres, pero la leyenda del Fantasma adquirió proporciones colosales en el cuerpo de baile; todas pretendían haber visto de más o menos lejos a ese ser sobrenatural y halar sido víctimas de sus maleficios. Y las que más reían no eran las menos asustadas. Cuando no se dejaba ver, señalaba su presencia a su paso por medio de acontecimientos burlescos o funestos, de los que la superstición casi general lo hacía responsable. Si había que deplorar un accidente, si una de las chicas del cuerpo de baile le hacía una travesura a alguna compañera, si desa-

parecía un cisne de echarse polvos de arroz, ¡todo era culpa del Fantasma, del Fantasma de la Opera!

Pero, al fin, ¿quién lo habla visto? ¡Se pueden encontrar tantos fracs en la Opera que no son fantasmas! Pero éste tenía una especialidad muy singular en su frac; vestía un esqueleto.

Así al menos decían aquellas señoritas.

Y tenía, naturalmente, por cabeza, una calavera.

¿Era serio todo eso? La verdad es que la versión del esqueleto había nacido de la descripción que hiciera del Fantasma José Buquet, jefe de maquinistas, que realmente lo había visto. Tropezó no puede decirse que contra sus narices, pues el Fantasma carecía de ellas con el misterioso personaje en la pequeña escalera que baja, cerca de las candilejas, directamente a la tramoya. Tuvo tiempo de verlo un segundo, porque el fantasma huyó y había conservado un recuerdo imborrable de aquella visión.

Y he aquí lo que José Buquet dijo del fantasma a todo el que quiso oírle:

"Es extraordinariamente flaco y el frac le flota como sobre un esqueleto. Sus ojos están tan hundidos que no se distinguen sus pupilas inmóviles. No se le ven, en suma, más que dos grandes cuencas negras como en los cráneos de los muertos. Su piel, que está estirada sobre los huesos como un parche de tambor, no es blanca, sino de un amarillo sucio; su nariz es tan escasa, que no se la ve de perfil, y la ausencia de la nariz es lo que más desagrada ver. Sólo tres o cuatro largas mechas oscuras sobre la frente y detrás de las orejas constituyen su cabellera".

En vano fue que Buquet persiguiera aquella aparición. Desapareció como por arte de magia, sin dejar rastro alguno.

Aquel jefe de maquinistas era un hombre serio, de imaginación lenta y sobrio. Su palabra fue escuchada con estupor e interés, y enseguida aparecieron muchas personas que también habían visto a un hombre de frac y con una calavera por cabeza.

Las personas sensatas a quienes llegó aquella versión dijeron que José Buquet había sido, sin duda, víctima de alguna bronca de sus

subordinados. Pero luego se produjeron unos acontecimientos tan curiosos e inexplicables que los más escépticos empezaron a preocuparse.

Un teniente de bomberos es siempre un valiente. No teme nada, y, sobre todo, no teme al fuego. Pues bien, un teniente de bomberos,² que habla ido a hacer una gira de inspección y que, según parece, se había internado en la tramoya más que de costumbre, reapareció de pronto en el escenario, pálido, asustado, trémulo, con los ojos fuera de las órbitas, y casi se desmayó entre los brazos de la noble madre de la pequeña Saint-James. ¿Y por qué? Pues porque habla visto adelantarse hacia él, "a la altura de la cabeza, pero sin cuerpo", una cabeza de fuego. Y lo repito, un teniente de bomberos no teme al fuego. Ese teniente de bomberos se llamaba Papin.

El cuerpo de baile quedó consternado. En primer lugar, esa cabeza de fuego no coincidía con la descripción que había dado del Fantasma José Buquet.

Se interrogó minuciosamente al bombero, se le hizo hablar otra vez al jefe de maquinistas, y aquellas señoritas secaron en limpio que el Fantasma tenía varias cabezas y se las cambiaba a voluntad. Naturalmente que enseguida se imaginaron que corrían los más graves peligros. Puesto que un teniente de bomberos vacilaba en desmayarse, bien podía disculparseles a las figurantas y partiquinas que viviesen aterrizadas y apelasen a toda la celeridad de sus patitas cuando tenían que pasar por delante de algún rincón oscuro o por un pasadizo mal iluminado.

El caso fue que para proteger en la medida de lo posible el monumento de tan horribles maleficios, la propia Sorelli, rodeada por rudas las bailarinas y formándole cola toda la chiquillada de las pequeñas clases vestidas de malla, fue a depositar –al día siguiente del suceso del teniente de bomberos –, una herradura sobre la mesa que hay en el vestíbulo del conserje, del lado del patio de la administración. Toda persona que penetrara en la Opera, y que no fuera un simple espectador, estaba obligado a tocar el hierro de esa herradura antes de pisar el

² Esa anécdota, igualmente fantástica, me la ha referido el señor Pedro Cailhand, ex director de la Opera.

primer peldaño de la escalera. Y esto, so pena de convertirse en presa de la potencia oculta que se habla apoderado del edificio, ¡desde los sótanos hasta el tejado!

Esa herradura, así como por desgracia toda esta historia, yo no la he inventado; y todavía hay se la puede ver allí, sobre la mesa del vestíbulo, frente ala portería, cuando se entra en la Opera por la puerta de la administración.

Basta esto para dar rápidamente una idea del estado de espíritu de aquellas señoritas, la noche en que penetramos junto con ellas en el camarín de la Sorelli.

—¡El Fantasma! —había exclamado la pequeña Saint-James.

Y la inquietud de las bailarinas llegó al colmo. Ahora un angustiarte silencio reinaba en el camarín. No se oía más que el ruido de las respiraciones jadeantes. Por último, habiendo retrocedido Saint-James, con las apariencias del más sincero espanto, hasta el rincón más apartado de la pared, murmuró esta sola palabra:

—¡Escuchen!

Les pareció, en efecto, a todos, que se oía un roce tras de la puerta. Ningún ruido de pasos. Se hubiera dicho que una seda fina rozaba contra el tablero. Después, nada.

La Sorelli trató de mostrarse menos pusilánime que sus compañeras. Se adelantó hacia la puerta y preguntó con voz demudada:

—¿Quién está ahí?

Pero nadie le respondió.

Entonces, viendo que todos los ojos, clavados en ella, espiaban sus menores ademanes, se esforzó por mostrarse valiente y dijo con energía:

—¿Hay alguien tras de la puerta?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡No cabe duda! ¡Hay alguien detrás de la puerta! —repitió aquella ciruelita seca de Meg Giry, que retuvo heroicamente a la Sorelli por su falda de gasa. ¡No abra, por Dios! ¡No abra!

Pero la Sorelli, armada de un estilete del que no se separaba nunca, se atrevió a quitar la llave y abrir la puerta, mientras que las bailarinas retrocedían casi hasta la puerta del *toilette* y Meg Giry suspiraba:

–¡Mamá! ¡Mamá!

La Sorelli examinó el corredor valientemente. Estaba desierto; una luciérnaga de fuego en su cárcel de vidrio ponía un fulgor rojo y mortecino en el seno de las tinieblas ambientes, sin conseguir disiparlas. Y la bailarina volvió a cerrar vivamente la puerta exhalando un profundo suspiro.

–¡No –dijo –no hay nadie!

–¡Y, sin embargo, lo hemos oído muy bien! –afirmó otra vez Saint-James, volviendo a ponerse toda asustada al lado de la Sorelli. Debe andar bromeando por ahí. Yo no vuelvo para vestirme. Deberíamos bajar todas juntas al *foyer* para la despedida y volvernos todas juntas *foyer* para la despedida y volvernos todas juntas.

Y dicho esto, la chica tocó piadosamente el dedito de coral destinado a preservarla del mal de ojo. Y la Sorelli dibujó a hurtadillas, con la punta de la uña rosada de su pulgar derecho, una cruz de San Andrés sobre el anillo de madera que usaba en el anular de la mano izquierda.

"La Sorelli ha escrito un cronista célebre, es una bailarina alta, hermosa, de cara grave y voluptuosa, y talle tan dúctil como una rama de sauce; se dice de ella generalmente que es "una imperial criatura". Sus cabellos rubios y puros como el oro, coronan una frente mate bajo la cual se balancean suavemente como un penacho sobre un cuello largo, elegante y orgulloso.

Cuando baila, tiene un movimiento de cadera indescriptible, que le da a todo su cuerpo un estremecimiento de inefable languidez. Cuando levanta los brazos para iniciar una pirueta, acusando de ese modo todo el dibujo del busto, y la inclinación del cuerpo acentúa las caderas de esa deliciosa mujer, el cuadro que se ofrece es como para perder el juicio. En cuanto a este último, parece cosa confirmada que no lo tenía y nadie se lo reprochaba.

Volvió a decirles a las pequeñas bailarinas

–¡Vamos, chicas, repónganse! Déjense de fantasmas. Al fin y al cabo quizá nadie lo ha visto...

–¡Sí, sí que lo hemos visto!.. ¡Lo vimos muy bien! –replicaron las chicas. Tenla la cabeza de muerto y el frac como la noche que se le apareció a José Buquet.

–¡Y Gabriel también lo ha visto! –exclamó Saint-James. Ayer no más, ayer de tarde... en pleno día...

–¿Y Gabriel, el maestro de canto?

–El mismo. ¿Cómo, ustedes no lo sabían?

–¿Y andaba de frac de día?

–¿Quién? ¿Gabriel?

–¡No, mujer! ¡El Fantasma!

–¡Por supuesto que estaba de frac! –afirmó Saint-James. El mismo Gabriel me lo dijo... ¡Y hasta fue por ese detalle que lo reconoció! Las cosas pasaron así: Gabriel estaba en el despacho del director de escena. De pronto se abrió la puerta y entró el persa. Ya saben ustedes que el persa es "jettatore"...

–¡Ya lo creo! –respondieron en coro las pequeñas bailarinas, que enseguida que hubieron evocado la imagen del persa le hicieron cuernos al Destino con el índice y el meñique extendidos.

–¡Y que Gabriel es muy supersticioso! –continuó Saint-James. Sin embargo, siempre es atento con el persa, y cuando lo ve se limita a meterse la mano en el bolsillo y a tocar las llaves... Pues, esta vez, cuando el perro apareció en la puerta, Gabriel dio un salto del sillón en que estaba sentado hasta la cerradura del armario para tocar hierro. Al hacer ese movimiento se rasgó en un clavo el faldón del paletó, y al salir apresuradamente dio con la cabeza contra una percha y se hizo un enorme chichón en la frente; luego, al echarse para atrás, golpeó con el codo contra el biombo cerca del piano, se cierra la tapa y le aprieta los dedos; saltó como un loco fuera de la pieza, pero iba tan aturdido que tropezó al llegar a la escalera y bajó de espaldas todos los peldaños del primer piso. Yo pasaba precisamente en ese momento con mamá. Nos precipitamos para ayudarlo a pararse. Estaba todo machucado y con la cara tan ensangrentada que nos dio miedo. Pero él se puso a sonreír y exclamó: "¡Gracias a Dios que he escapado a tan poca costa!" Lo interrogamos y nos contó la causa de su susto. ¡Era que había visto detrás

del persa al Fantasma, el Fantasma con cráneo de muerto, tal como lo describió José Buquet!

Un murmullo de espanto saludó el fin de esta historia, a cuyo final llegó Saint-James jadeante, tan ligerito la contó, como si la hubiese ido persiguiendo el Fantasma, y luego hubo otro silencio que interrumpió a media voz la pequeña Giry, mientras que muy impresionada la Sorelli se pulía las uñas.

–Buquet haría mejor en callarse –comentó la ciruelita.

–¿Y por qué se había de callar? –le preguntaron.

–Así opina mamá –replicó Meg, en voz bajísima y mirando a su alrededor como si hubiera temido por la vida de otras personas que las que estaban allí reunidas.

–¿Y por qué opina así tu mamá?

–¡Chit! Mamá dice que al Fantasma no le gusta que le incomoden.

–¿Y por qué dice eso tu mamá?

–Porque... porque... no sé...

Esta hábil reticencia tuvo el don de exasperar la curiosidad de aquellas señoritas, que se aglomeraron alrededor de la pequeña Giry y le suplicaron que se explicase. Estaban agrupadas codo con codo, inclinadas en el mismo movimiento de súplica y de espanto. Se contagiaban su miedo con un placer agudo que las dejaba heladas.

–¡He jurado no decirlo! –replicó Meg con sutil voz.

Pero no la dejaron en paz, y tanto le prometieron guardar el secreto, que Meg, que ardía por contar lo que sabía, comenzó a decir, con los ojos clavados en la puerta:

–Bueno..., es a causa del palco...

–¿Qué palco?

–El palco del Fantasma.

Al oír esto de que el Fantasma tenía palco, las bailarinas no pudieron contener la alegría funesta de su estupefacción. Lanzaron unas leves gritos. Luego dijeron:

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡Cuéntanos! ¡Cuéntanos!...

–¡Chit! Más despacio –ordenó Meg –. Es el palco bajo, número 5, el primer palco, saben, al lado del palco balcón de la izquierda.

–¡No digas!

–¡Pues así es... ¡Mamá es la acomodadora del palco, con que ya ven! Pero, ¿me juran que no dirán nada?

–¡Sí, claro, sí!

–Pues bien, es el palco del Fantasma...

Nadie lo ocupa desde hace un mes, excepto el Fantasma, por supuesto, y se ha dado orden a la boletería de no venderlo nunca.

–¿Y es cierto que el Fantasma lo ocupa?

–Por supuesto.

–¿Entonces se verá a alguien?

–¡No, señor!... El Fantasma lo ocupa y no se ve a nadie.

Las pequeñas bailarinas se miraron unas a otras. Si el Fantasma ocupaba el palco, tenía que vérselo, puesto que usaba frac y tenía cráneo de muerto. Le hicieron comprender esto a la pequeña Meg, la cual les replicó:

–¡Pues no se ve al Fantasma! No tiene frac ni cabeza. ¡Todo lo que han contado sobre su calavera y su cabeza de fuego son patrañas!... Solamente se le oye cuando está en el palco. Mamá no lo ha visto nunca, pero lo ha oído. ¡Mamá lo sabe perfectamente, puesto que es ella la que le da el programa!

La Sorelli creyó un deber intervenir:

–Pequeña Giry, te estás burlando de nosotras.

Entonces la pequeña Giry se echó a llorar.

–Mejor habría hecho en callarme... Si mamá supiera... Pero la verdad es que José Buquet hace mal en ocuparse de cosas que no le importan... eso le va a traer desgracia...; mamá lo decía anoche mismo...

En ese momento unos pasos pesados y precipitados resonaron en el corredor y una voz sofocada decía:

–Cecilia, Cecilia, ¿estás ahí?

–Es la voz de mamá –dijo Saint-James –. ¿Qué hay? –. Y abrió la puerta. Una honorable señora de la talla de un granadero pomeriano se

precipitó en el camarín y se dejó caer en una silla. Los ojos se le salían de las órbitas, iluminando lúgubrementemente su cara de terracota.

–¡Qué desgracia! –exclamó. ¡Qué desgracia!

–¿El qué? ¿El qué?

–José Buquet...

–Sí, José Buquet...

–José Buquet ha muerto.

El camarín se llenó de exclamaciones, de protestas llenas de sorpresa, de pedidos, de explicaciones...

–Sí, acaban de encontrarle ahorcado en el tercer sótano...

–¡Ha sido el Fantasma! –exclamó como a pesar suyo la pequeña Giry, pero enseguida se retractó, llevándose los puños a la boca: ¡No! ¡No! ¡Yo no he querido decir eso!...

Alrededor de ella todas sus compañeras repetían en voz baja, aterrorizadas:

–¡Por supuesto! ¡Es el Fantasma!

La Sorelli estaba muy pálida...

–¿De dónde voy a sacar fuerzas para dirigirles la palabra? –exclamó.

La señora Saint-James dio su opinión vaciando una capita que había quedado sobre una mesita.

–Sí, debía haber gato encerrado en este asunto...

La verdad es que nunca se supo a ciencia cierta cómo murió José Buquet. La encuesta, muy somera, no dio ningún resultado, lucra de comprobar el suicidio natural. En las "Memorias de un director", el señor Moncharmin, que era uno de los directores que sucedieron a los señores Debienne y Poligny, está relatado en esta forma el incidente del ahorcado:

"Un enojoso incidente vino a turbar la pequeña fiesta que daban los señores Debienne y Poligny, para celebrar su partida. Yo estaba en el despacho de la dirección cuando vi entrar de pronto a Mercier –el administrador –, todo azorado, quien me dijo que se acababa de encontrar ahorcado en el tercer piso de la tramoya, entre un bastidor y una decoración del "Roi de Lahore", el cuerpo de un hombre.

"Yo exclamé: ¡Corramos a descolgarlo! Bastó el tiempo transcurrido en bajar las escaleras, para que, al llegar, el ahorcado no tuviera ya la cuerda."

He aquí un hecho que al señor Moncharmin le parece natural. Un hombre se ahorca con una cuerda, van a descolgarlo y la cuerda ha desaparecido. El señor Moncharmin le encuentra a esto una explicación muy simple. Escuchemos: "Era la hora del baile, y primeras partes y coros se proveyeron enseguida contra el mal de ojo". Y se da por satisfecho. ¡Imaginemos al cuerpo de baile corriendo escaleras abajo hasta el tercer sótano del escenario y repartiéndose la cuerda del ahorcado en menos tiempo del que se necesita para escribirlo! Eso no es serio. Cuando pienso, por el contrario, en el sitio exacto en que el cuerpo fue encontrado me imagino que podía existir, en "alguna parte", especial interés en que esa cuerda desapareciera después que hubiera desempeñado su tarea, y más tarde veremos si tuve razón al imaginarme eso.

La siniestra noticia se esparció enseguida por toda la Opera, en la que José Buquet era muy querido. Los camarines se vaciaron, y las bailarinas, agrupadas alrededor de la Sorelli, como ovejas asustadas alrededor del pastor, tomaron el camino del *foyer*, a través de los corredores y las escaleras mal iluminadas, trotando con toda la prisa de sus gráciles patitas rosadas.

CAPITULO II

LA NUEVA MARGARITA

En el primer descanso, la Sorelli tropezó con el conde de Chagny. El, que por lo general era muy tranquilo, parecía presa de una gran exaltación.

–Iba para su camarín –dijo el conde, saludando a la bella artista, de manera muy galante –. ¡Qué hermosa función, Sorelli! ¡Y qué triunfo el de Daaé!

–¡No es posible! –protestó Meg Giry –. Hace seis meses cantaba como un pato. Pero déjenos pasar, "querido conde" –dijo la chicuela con una reverencia y un gracioso mohín –, vamos en busca de noticias del pobre ahorcado.

En ese instante pasaba muy atareado el administrador, que se detuvo bruscamente al oír aquellas palabras:

–¿Cómo? ¿Ya saben ustedes eso, señoritas? –exclamó con acento bastante áspero –. Pues háganme el favor de olvidarlo por esta noche... y sobre todo que no lo sepan los señores Debiegne y Poligny; eso les amargaría demasiado la despedida.

Y todos acudieron al *foyer* del baile, que ya estaba invadido.

El conde de Chagny tenía razón; jamás se había dado una función de gala comparable a aquella; los privilegiados que asistieron a ella la recuerdan en sus conversaciones con sus hijos y con sus nietos, con verdadera emoción. Imagínese que Gounod, Reyer, Saint-Saëns, Massenet, Guiraud, Delibes, ocuparon sucesivamente el atril del director de orquesta y dirigieron personalmente la interpretación de sus obras. Tuvieron entre otros intérpretes a Faure y a la Kraus, y fue esa noche que se reveló a todo París estupefacto y frenético a esa Cristina Daaé, cuyo misterioso destino quiero dar a conocer en esta obra.

Gounod hizo ejecutar "La marche fúnèbre d'une Marionnette"; Reyer, su hermosa obertura de "Sigurd"; Saint-Saëns, "La danse macabre" y una "Rêverie orientale"; Massenet, una "Marche hongroise"

inédita; Guiraud, su "Carnaval"; Delibes, "La valle lente de Coppelia" y los pizzicati de "Sylvia". La señora Kraus y Denise Bloch cantaron, la primera, el bolero de las "Vêpres siciliennes" y la segunda, el brindis de "Lucrèce Borgia".

Pero el gran triunfo perteneció a Cristina Daaé, que se había hecho oír primero en algunos pasajes de "Romeo et Juliette". Era la primera vez que la joven artista cantaba esa obra de Gounod, que, por otra parte, aún no habla sido llevada a la Opera, y la Opera Cómica acababa de volver a poner en escena, después que la creara en el antiguo teatro Lírico, Miolan Carvalho. ¡Oh, qué felices fueron aquellos que oyeron a Cristina Daaé en ese papel de Julieta, que admiraron su gracia ingenua, que vibraron con los acentos de su voz seráfica, que sintieron que sus almas se cernían junto con la de ella sobre las tumbas de los amantes de Verona:

¡Seigneur! ¡Seigneur! Pardonex-nous!

Y, sin embargo, aun eso fue poco al lado de los acentos sobrehumanos que hizo oír en el acto de la prisión y el trío final de "Faust", que cantó reemplazando ala Carlota, que estaba indispuesta. ¡Jamás se habla visto ni oído cosa parecida!

Esa era la "nueva Margarita" que revelaba la Daaé, una Margarita de un esplendor y de una grandeza insospechadas.

La sala entera, de pie, frenética, vitoreando y aplaudiendo, como atacada de locura colectiva, había saludado con los mil clamores de su inenarrable emoción a Cristina, que sollozaba y cata desmayada entre los brazos de sus compañeros. Hubo que conducirla a su camarín. Parecía haber exhalado el alma. El gran crítico P. de St. V. fijó el recuerdo inolvidable de aquel minuto maravilloso en una crónica que tituló precisamente "La nueva Margarita".

Gran artista como era, descubrió que, sencillamente, aquella dulce y suave criatura había llevado aquella noche al escenario de la Opera algo más que su arte, es decir, su corazón. Sus amigos de la Opera sabían que el corazón de Cristina seguía puro como a los quince años,

y P. de St. V. declaraba que *“para comprender lo que había sucedido con Daaé, era necesario imaginar que acababa de ornar por primera vez. Yo quizá sea indiscreto –agregaba –,pero creo que sólo el amor es capaz de realizar semejante milagro, raro transformación tan fulminante. Hace dos años oímos a Cristina Daaé en sus exámenes del Conservatorio, y nos hizo concebir halagüeñas esperanzas. ¿De dónde procede lo sublime ahora? Si no desciende del cielo en las alas del amor, tendré que pensar arre sube del infierno y gire Cristina, como el maestro cantor del Ofterdingen, ha celebrado un pacto con el diablo. El que no la haya oído a Cristina en el trío final de "Faust" no conoce a "Faust"; la exaltación de la voz y la embriaguez sagrada de un olmo puro no son capaces de ir más allá ”.*

Entretanto, algunos abonados protestaban. ¿Por qué se les habla ocultado tanto tiempo aquel tesoro? Cristina Daaé había sido hasta entonces un Liebel correcto al lado de aquella Margarita demasiado espléndidamente material que era la Carlota. Y había sido necesario aquella ausencia incomprensible de la Carlota en aquella función de gola pare que la pequeña Daaé pudiera dar de improviso toda su medida en una parte del programa reservado ala diva española. ¿Y por qué se habrían dirigido a Daaé los señores Debienne y Poligny para reemplazar a Carlota? ¿Conocían su genio oculto? Y ella ¿por qué lo ocultaba? Cosa extraña, no se le conocía profesor de canto. Hacía algún tiempo que había declarado que, en adelante, trabajaría sola. Todo eso era muy inexplicable.

El conde de Chagny había asistido, parado en su palco, a aquel delirio y había participado en él con sonoros bravos.

El conde de Chagny (Felipe Jorge María) tenía entonces exactamente cuarenta y un años. Era un gran señor y un apuesto varón. De talla algo mayor que la mediana, de cara agradable, a pesar de lo duro de la frente y de una cierta frialdad en tos ojos, era de una urbanidad refinada can las mujeres y algo altivo con los hombres, que no le perdonaban sus éxitos mundanos. Tenla un corazón excelente y una conciencia recta. A causa de la muerte del viejo conde Filiberto, era el jefe de una de las más ilustres y antiguas familias de Francia, cuyos títulos

de nobleza ascendían a Luis de Hutin. La fortuna de los Chagny era considerable, y cuando el viejo conde, que era viudo, falleció, no fue menuda tarea la que le tocó a Felipe al tener que administrar tan pesado patrimonio. Sus dos hermanas y su hermano Raúl no quisieron por nada que se repartiera la herencia, y ésta quedó indivisa, encargándole de todo a Felipe, como si el derecho de mayorazgo no hubiera dejado de existir. Cuando las dos hermanas se casaron el mismo día recibieron su parte de los bienes de manos de su hermano, no como una cosa que les perteneciera, sino como una dote, por lo que tuvieron que darle las gracias.

La condesa de Chagny —una de Moerogis de La Martynière— murió dando a luz a Raúl, que naciera veinte años después que su hermano mayor. Cuando el viejo conde murió, Raúl tenía doce años. Felipe se ocupó activamente de la educación del niño. Fue admirablemente secundado en esta tarea por sus hermanas, primero, y luego por una vieja tía, viuda de un marino, que habitaba Brest y que le inspiró al joven Raúl la afición por las cosas del mar. El joven entró al "Borda", obtuvo en éste uno de los primeros números y realizó tranquilamente su vuelta al mundo. Gracias a poderosas influencias acababa de ser designado para formar parte de la expedición oficial del "Requin", que tenía la misión de ir a buscar entre los hielos del polo a los sobrevivientes de la expedición del duque de Artois, de la que no se tenían noticias hacia tres años. Entretanto, estaba gozando de una larga licencia que no terminarla sino dentro de tres meses, y las damas del noble barrio de Saint-Germain, al ver a aquel hermoso joven, que parecía tan frágil y delicado, lo compadecían por los duros trabajos que le esperaban.

La timidez de aquel marino, y casi estoy por decir su inocencia, era notable. Parecía que salía de entre las faldas de las mujeres. Es que, en efecto, mimado por sus dos hermanas y por su vieja tía, había conservado de aquella educación puramente femenina maneras casi cándidas, llenas de un encanto que hasta ahora nada habla podido empañar. En aquella época tenía poco más de veintiún años y parecía tener die-

ciocho. Tenía un bigotito rubio muy fino, ojos azules y un cutis de doncella.

Felipe mimaba mucho a Raúl. En primer lugar, estaba muy orgulloso de él y preveía con júbilo para su hermano menor una carrera gloriosa en esa marina en que uno de sus antecesores, el famoso Chagny de la Roche, habla obtenido el grado de almirante. Aprovechaba la licencia del joven para hacerle conocer París, que aquél ignoraba, en lo que puede ofrecer de placeres lujosos y artísticos.

El conde estimaba que a la edad de Raúl tener demasiado juicio no es juicioso. Era un carácter muy bien equilibrado el de Felipe, ponderado en sus trabajos como en sus placeres, siempre correctísimo, incapaz de darle a su hermano un mal ejemplo. Le llevó consigo a todas partes. Hasta le hizo conocer el *foyer* de la danza. Sé muy bien que se decía que el conde "estaba muy bien" con la Sorelli. Pero ¡vamos! ¿Se le podía reprochar a aquel caballero, que se había quedado soltero, y que, por consiguiente, tenía muchos ocios, sobre todo después que sus hermanos estaban establecidos, que lucra a pasar una hora o dos, después de comer, en compañía de una bailarina que sin duda no era muy espiritual, pero que poseía los más bellos ojos del mundo? Y, además, hay sitios en que un verdadero parisiense, cuando ocupa la posición del conde de Chagny, tiene que mostrarse, y en aquella época el *foyer* de la danza era uno de esos sitios.

En fin, puede ser que Felipe no hubiese llevado a su hermano entre los bastidores de la Academia Nacional de Música si éste no hubiera sido el primero que, por varias veces, se lo hubiera pedido con una moderada obstinación de la que el conde se habla de acordar más tarde.

Felipe, después de haber aplaudido aquel día a la Daaé se volvió hacia Raúl y lo vio tan pálido que se asustó.

—¿No te parece —dijo Raúl —, que esa mujer se siente mal?

En efecto, en el escenario tenían que sostener a Cristina Daaé.

—¡El que se va a desmayar eres tú! —dijo el conde inclinándose hacia Raúl —. ¿Qué te pasa?

Pero Raúl ya estaba de pie.

–Vamos –dijo con voz trémula.

–¿Adónde quieres ir, Raúl? –interrogó el conde, sorprendido por la emoción del joven.

–¡Pero vamos a verla! Es la primera vez que canta así. El conde miró atentamente a su hermano y una ligera sonrisa plegó sus labios con cierta picardía.

–¡Bah!... –Y agregó enseguida –: ¡Vamos! ¡Vamos!

Parecía estar encantado.

Enseguida estuvieron en la entrada de los abonados que estaba muy concurrida. A espera de poder pasar al escenario, Raúl rompía sus guantes con un movimiento inconsciente. Felipe, que era bueno, no se burló de su impaciencia. Pero ahora sabía a qué atenerse. Ahora sabía por qué notaba distraído a Raúl cuando le hablaba, y por qué ponla tanto empeño en encaminar todas las conversaciones hacia la Opera.

Penetraron en el escenario.

Numerosos fracs se encaminaban hacia el *foyer* de la danza o hacia los camarines de las artistas. A los gritos de los maquinistas se mezclaban las voces de los jefes de servicio. Los figurantes del último cuadro que se van, un bastidor que pasa, un telón de fondo que baja del telar, un practicable que están clavando a martillazos, el eterno *¡paso!* *¡paso!* que retumba en los oídos como la amenaza de una catástrofe para el sombrero de felpa o un empujón vigoroso en la espalda, tal es la barahúnda habitual de los entreactos, que no deja de impresionar a un novicio como el joven del bigote rubio, ojos azules y cutis de niña que iba atravesando con la rapidez que le permitía el atiborramiento, aquel escenario sobre el que Cristina Daaé acababa de triunfar y bajo el cual José Buquet acababa de morir.

Aquella noche la confusión era más completa que nunca, pero Raúl jamás se había mostrado menos tímido. Apartaba con vigor todos los obstáculos con que tropezaba y no se ocupaba de lo que pasaba a su alrededor ni trataba de comprender las frases de los maquinistas.

Lo único que lo preocupaba era el deseo de ver a aquella cuya voz mágica le habla arrancado el corazón. Sí, comprendía que su corazón, intacto hasta entonces, ya no le pertenecía. Había tratado en vano

de defenderlo desde el día en que Cristina, a quien había conocido cuando niña, había reaparecido ante sus ojos. Había sentido frente a ella una emoción muy suave; que había querido después apartar de sí, porque se había jurado, tal era el respeto que tenía de sí mismo y de su fe, no amar más que a aquella que fuera su mujer, y no podía pensar ni un segundo, por supuesto, en casarse con una cantante; pero he aquí que a la emoción muy suave habla sucedido una sensación atroz. ¿Sensación? ¿Sentimiento? ¿Había en aquello algo en que se mezclaba lo físico y lo moral? El pecho le dolía como si se lo hubiesen abierto para sacarle el corazón. Sentía allí un vacío atroz, un vacío real que no podía calmarse hasta que pudiera colocar allí el corazón de Cristina. Son estos fenómenos de una psicología particular que, según parece, no pueden ser comprendidos sino por aquellos a quienes el amor ha asestado ese golpe que en el lenguaje corriente se llama el flechazo.

Al conde Felipe le costaba seguirlo. Continuaba sonriendo.

En el fondo del escenario, salvada la doble puerta que se abre sobre las gradas que conducen al *foyer* y sobre las que conducen a los camarines del piso bajo, Raúl tuvo que detenerse ante el pequeño grupo de jóvenes bailarinas que, habiendo bajado apenas de su desván, cerraban el paso en el pasadizo que él quería tomar. Más de una frase intencionada le fue dirigida por pequeños labios pintados, a las que no respondió. Por último, pudo pasar y se encaminó por un oscuro corredor lleno de las exclamaciones que hacían oír entusiastas admiradores. Un nombre cubría todos los rumores: ¡Daaé! ¡Daaé! El conde, siguiendo a Raúl, se decía: "Este pícaro conoce el camino", y se preguntaba cuándo lo habría aprendido. Jamás había conducido a Raúl al camarín de Cristina. Era de creer, pues, que había ido solo mientras que el conde permanecía, como de costumbre, charlando en el *foyer* con la Sorelli, que le pedía a menudo que se quedara junto con ella hasta el momento en que iba a la escena y en que ejercía la manía tiránica de darle a guardar las pequeñas polainas con que bajaba de su camarín y con las que preservaba el brillo de sus zapatos de raso y la pulcritud de su malla rosada. La Sorelli tenía una disculpa: habla perdido a su madre.

El conde, aplazando por algunos minutos la visita que le debía a la Sorelli, seguía el corredor que conducía al camarín de Daaé y comprobaba que aquel pasadizo nunca había estado concurrido como aquella noche, en que todo el teatro parecía estar impresionado por el éxito de la artista y también por su desmayo. Porque la hermosa joven no habla vuelto de su síncope, y hablan ido a buscar al médico del teatro, que llegó en esas circunstancias, atropellando a los grupos y seguido por Raúl, que le iba pisando las talones.

Así que en el mismo momento el médico y el enamorado se encontraron al lado de Cristina, que recibió los primeros cuidados del primero y reabrió los ojos en los brazos del segundo. El conde había permanecido con muchos otros caballeros en el umbral de la puerta delante de la cual la gente se amontonaba.

—¿No le parece, doctor, que esos señores deberían dejar algo más libre la pieza? —preguntó Raúl con increíble audacia—. Aquí no puede respirar.

—Tiene usted mucha razón —asintió el doctor, y echó a todos afuera, con excepción de Raúl y de la camarera.

Esta miró a Raúl con los ojos dilatados por el miss sincero asombro. No lo había visto nunca.

Sin embargo, no se atrevió a interrogarlo.

Y el doctor pensó que si el joven procedía de aquella manera, era, evidentemente, porque renta derecho. De modo que el vizconde permaneció en aquel camarín viendo volver a la vida a Daaé mientras que los dos directores, las señoras Debienne y Poligny, que habían ido a expresar su admiración a su pupila, eran expulsados al corredor junto con la aglomeración de los fracs. El conde Chagny, echado como los demás al corredor, se reía de buena gana.

—¡Ah! ¡pero qué pícaro! ¡qué pícaro! —Y agregaba *in peto* —: Fíese usted de estos jovencitos con aires de colegiala. Está radiante. —Y concluyó: —¡Es un de Chagny! —dirigiéndose hacia el camarín de la Sorelli; pero ésta bajaba con su pequeño rebaño que temblaba de miedo, y el conde la encontró en el camino, como ya relatamos.

En su camarín, Cristina Daaé lanzó un profundo suspiro al que respondió un sollozo. La joven volvió la cabeza, vio a Raúl y se estremeció. Miró al doctor y le sonrió luego a su camarera y otra vez a Raúl.

–¡Señor! –le preguntó a este último con una voz que todavía sólo era un suspiro –: ¿quién es usted?

–Señorita –respondió el joven, que apoyó una rodilla en el piso y depositó un ardiente beso en la mano de la diva –: yo soy aquel niño que fue a recoger su chal en el mar.

Cristina miró otra vez al doctor y ala camarera y los tres se echaron a reír. Raúl se puso de pie ruborizado.

–Señorita, puesto que no le place reconocermé, quisiera decirle algo en privado, algo muy importante.

–Cuándo me sienta mejor, señor, ¿quiere usted?... –y su voz temblaba. Es usted muy exigente...

–Pero es preciso que usted se marche... –agregó el doctor, con su más atenta sonrisa. Déjeme asistir a la señorita.

–Yo no estoy enferma –dijo de pronto Cristina con una energía tan extraña como inesperada.

Y se puso de pie, pasándose con un ademán rápido la mano por los párpados ¡Muchas gracias, doctor!... Tengo necesidad de permanecer sola... Váyanse todos, háganme el favor... Déjenme... Estoy muy nerviosa esta noche... Les ruego que no me contraríen.

El médico quiso formular algunas palabras de protesta, pero en viso de la agitación de la joven estimó que el mejor remedio en aquel instante consistía en no contrariarla. Y se marchó con Raúl, que, una vez en el corredor, no supo qué hacer. El doctor le dijo:

–Parece otra persona esta noche... Una muchacha tan suave, por lo general...

Y se despidió.

Raúl permaneció solo. Toda aquella parte del teatro estaba ahora desierta. Iba a procederse a la ceremonia de la despedida en el Joven de la danza.

Raúl pensó que quizá la Daaé fuera a hacer acto de presencia, y esperó en la soledad y el silencio. Hasta se escondió en la sombra propicia del marco de una puerta. Siempre sentía el mismo dolor atroz en la región del corazón. Y era de eso que le quería hablar a la Daaé enseguida. De pronto vio que la puerta del camarín se abría y que la camarera se marchaba sola, llevando sus paquetes. La detuvo al paso y le pidió noticias de su señora. La joven le respondió riendo, que seguía muy bien, pero que no la fuera a molestar, porque quería estar sola. Y se marchó a paso rápido. Una idea cruzó por el cerebro exaltado de Raúl: evidentemente la Daaé quería estar sola para recibirlo... ¿No le habla dicho él que deseaba conversarle particularmente y no era esa la razón por la que ella había hecho desalojar el camarín? Respirando apenas se acercó al camarín y acercando el oído a la puerta para oír lo que le contestaran se disponía a golpear. Pero dejó caer la mano. Acababa de oír en el camarín una voz de hombre que decía con acento singularmente autoritario:

—¡Cristina, es preciso que me ame usted!

Y la voz de Cristina, increíblemente dolorosa y que se adivinaba acompañada de lágrimas, una voz temblorosa, respondió:

—¿Cómo puede usted decirme eso? ¡Y yo que sólo he cantado para usted!

Raúl se apoyó al tablero, tal fue el dolor que sintió. Su corazón, que creía desaparecido para siempre, había vuelto a alojarse en su pecho y latía ruidosamente. Retumbaba en el corredor y ensordecía a Raúl. De seguro que, si su corazón seguía haciendo tanto barullo abrirían la puerta y lo despedirían de allí vergonzosamente. ¡Qué posición para un de Chagny! ¡Escuchando detrás de las puertas! Tomó su corazón a las manos para hacerlo callar. Pero su corazón no es el hocico de un perro, y aun cuando se apriete entre ambas manos el hocico de un perro —de un perro que ladra estruendosamente—, siempre se le oye seguir gruñendo.

La voz del hombre prosiguió:

—¡Debes estar cansada!

—¡Oh, esta noche le he dado a usted toda mi alma y estoy muerta!

–Tu alma es muy hermosa –repuso la voz grave del hombre –y te doy las gracias. No hay emperador que haya recibido regalo igual. Esta noche los ángeles lloraron en el cielo.

Estas frases extrañas fueron comunicadas más tarde textualmente al juez de instrucción Faure por el que las oyó, y aquí me limito a transcribir las fojas de un interrogatorio judicial que fue publicado, cuando el asunto Chagny estaba a la orden del día por toda la prensa y que, además, encontré en un recorte que figuraba entre los papeles del persa.

Después de las palabras: «Esta noche los ángeles lloraron en el ciclo», el vizconde no oyó nada más.

Sin embargo, no se fue; pero como temía ser sorprendido se volvió a esconder en el rincón oscuro, decidido a esperar allí que el hombre saliera del camarín. En el mismo segundo acababa de saber qué era el amor y qué era el odio. Sabía que amaba. Quería conocer a aquel a quien odiaba. Con gran estupefacción suya, Cristina, envuelta en pieles y con la cara envuelta en un encaje, salió completamente sola. Cerró la puerta, pero Raúl notó que no le echaba la llave. Cristina pasó. No la siguió ni con los ojos, pues tenía clavada la vista en la puerta, que no se volvía a abrir. Entonces, estando el corredor de nuevo desierto, lo atravesó. Abrió la puerta del camarín y la cerró enseguida tras él. Se encontró en la más opaca oscuridad. El gas estaba apagado.

–¡Aquí hay alguien! –exclamó Raúl con voz vibrante. ¿Por qué se oculta?

Y al decir esto apoyaba la espalda en el tablero de la puerta cerrada.

Sombra y silencio. Raúl sólo oía el ruido de su propia respiración. No se daba cuenta, ciertamente, de que la indiscreción de su conducta era injustificable.

–¡No saldrá usted de aquí hasta que yo lo permita! –gritó el joven. ¡Si no me responde usted es porque es un cobarde! ¡Pero enseguida lo voy a desenmascarar!

Hizo crepitar un fósforo. La llama iluminó el camarín. ¡No había allí absolutamente nadie! Raúl, después de echarle la llave a la puerta,

encendió las luces. Penetró en el *toilette*, abrió los armarios, buscó, palpó con sus manos sudorosas las paredes. ¡Nada!

–¡Vamos! –dijo en voz alta. ¿Me habré vuelto loco?

Permaneció así diez minutos oyendo el zumbido del gas en el silencio de aquel camarín abandonado; a pesar de estar enamorado no pensó en apoderarse de un retazo de cinta que le recordaba el perfume de la adorada. Salió sin saber lo que hacía ni dónde iba. Al proseguir su incoherente marcha, una ráfaga de aire helado le azotó la cera. Se encontraba al pie de una estrecha escalera por la que descendían, detrás de él, un cortejo de obreros que caminaban inclinados, llevando una especie de camilla cubierta con una sábana.

–¿Dónde queda la salida? –preguntó a uno de aquellos hombres.

–Ahí delante, la puerta está abierta. Pero déjenos usted pasar.

Mostrando la camilla preguntó maquinalmente:

–¿Qué es eso?

–Esto es el pobre José Buquet, a quien encontramos ahorcado en el tercer sótano, entre un bastidor y una decoración del "Roi de Lahore".

Raúl se echó a un lado para dar paso al cortejo, saludó y se fue.

CAPITULO III

**EN EL QUE POR PRIMERA VEZ LOS SEÑORES DEBIENNE
Y POLIGNY DAN EN SECRETO A LOS NUEVOS
DIRECTORES DE LA OPERA, SEÑORES ARMANDO
MONCHARMIN Y FERMÍN RICHARD. LA VERDADERA Y
MISTERIOSA RAZÓN DE SU PARTIDA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE MÚSICA.**

Entretanto, se estaba verificando la ceremonia de los adioses.

He dicho que aquella magnífica función de gala había sido dada con motivo del retiro de los directores de la Ópera, señores Debienne y Poligny, que hablan querido morir, como decimos ahora, haciendo un hermoso gesto.

Habían sido ayudados para la realización de ese programa ideal y fúnebre, por todo lo que en París descollaba entonces en la vida social y en las artes. París no olvidaba todo lo que aquellos dos hombres habían hecho por él en los días difíciles en que no bastaba consagrar su talento y su vida a una obra para que tuviera buen éxito; pero en los que era preciso, sobre todo, persistiendo aún las dificultades de la guerra, hacer el mayor de los sacrificios: el del dinero. El señor Debienne se había mostrado entonces tan generoso con su propia fortuna, y el señor Poligny, tan pródigo con la de los demás, que el público pudo forjarse ilusiones durante algunos años respecto de la prosperidad de aquella noble empresa. Más tarde corrieron rumores deplorables sobre el tino de una administración que, por ser tan lujosa como artística, apenas si podía juntar las dos puntas. En las altas esferas aquello causó alarma: el Gobierno se dignó alarmarse y como el señor comisario del Gobierno –alentado por el subsecretario de Bellas Artes– tuvo la audacia y la imprudencia de hacer alusiones, ante los señores directores, a su situación, que al fin y al cabo no lenta nada de desesperada; se cambiaron frases duras que hicieron difíciles las relaciones entre las oficinas de la Academia Nacional y el Ministerio. Se cometieron por una y

otra parte pequeñas bajezas, las damas se metieron en el lío y la vida se volvió imposible. Y, sobre todo, el dinero comenzó a escasear, debido a los compromisos considerables contraídos en los comienzos de la gestión. La pequeña prensa política se volvió hostil a la empresa y no dejaron pasar una ocasión de deplorar, en paralelo molesto, la famosa dirección anterior. A pesar de los consuelos, que, por otra parte, se les prodigaban, los señores Debiegne y Poligny estaban muy desalentados, cuando el fracaso del baile "Eudimión", por el que habían hecho grandes sacrificios, pareció imponerles el retiro. En efecto, tres meses después rescindían el contrato y cedían el puesto a dos personalidades amigas del poder, los señores Armand Moncharmin y Fermín Richard.

No faltaron, sin embargo, quienes, conociendo el temperamento y el orgullo de Debiegne y la habilidad e ingenio de Poligny en los negocios, se sorprendieran de que abandonaran tal fácilmente la partida; y era de eso que se hablaba en el *foyer* de la danza, mientras que Sorelli con una copa de champaña en la mano y un pequeño discursito preparado en la punta de la lengua, esperaba a los señores directores renunciantes. Detrás de ella, sus jóvenes y sus viejos camaradas de cuerpo de baile se aglomeraban, los unos conversando en voz baja de los acontecimientos del día y los otros dirigiendo discretamente señales de inteligencia a sus amigos, cuya aglomeración rumorosa rodeaba el bufete, que había sido preparado sobre el piso inclinado entre la "Danza guerrera" y la "Danza campestre", del señor Boulenger.

Algunas bailarinas se habían puesto ya sus trajes de calle, pero la mayor parte vestían aún sus faldas de gasa ligera; todos tenían, entretanto, aire de circunstancias.

Sólo la pequeña James, cuyos quince años parecían haber olvidado ya feliz edad —el Fantasma y la muerte de José Buquet, no paraba de charlar, cacarear, reír, proferir chillidos, hacer travesuras a punto de que, al aparecer en las gradas del *foyer* los señores Debiegne y Poligny, fue llamada severamente al orden por la Sorelli.

Todos los presentes notaron que los señores directores renunciantes tenían aspecto alegre, casa que en provincias no le hubiera parecido natural a nadie; pero que en París fue encontrada de muy buen

gusto. Jamás será parisiense aquel que no haya aprendido a ponerle una máscara de alegría a sus dolores, y el antifaz de la tristeza, el fastidio u la indiferencia a su íntima alegría.

Si uno de nuestros amigos tiene un pesar, no hay que tratar de consolarlo; dirá que ya lo está; pero, si le ocurre algún suceso feliz, no hay que caer en el error de felicitarlo; le parecerá que aquella caricia de la fortuna es tan natural que le chocará que le hablen de ella. En París siempre es carnaval, y no sería en el *foyer* de la danza que personas tan conocidas como los señores Debiene y Poligny habrían cometido el error de demostrar que su disgusto era real. Y ya le estaban sonriendo con exceso a la Sorelli, que comenzaba a decir su discursito, cuando una exclamación de aquella locuela de James vino a quebrar la sonrisa de los señores directores de un modo tan brutal que la cara de desolación y de espanto que aquélla disimulaba apareció de golpe ante los ojos de todos:

—¡El Fantasma de la Opera!

James había lanzado aquella frase con un acento de indecible terror y su índice indicaba en la aglomeración de los frac una cara tan pálida, tan lúgubre y tan fea, con las cuencas de los ojos líen profundas, que aquella calavera viviente, así designada, obtuvo inmediatamente un éxito loco.

—¡El Fantasma de la Opera! ¡El Fantasma de la Opera!

Y cesando las risas, las gentes se atropellaban, querían invitar a beber al Fantasma de la Opera; ¡pero ya había desaparecido! Se había volatilizado entre la concurrencia y se le buscó en vano, mientras que dos ancianos trataban de calmar a la pequeña James y que la pequeña Giry lanzaba unos chillidos espantosos.

La Sorelli estaba furiosa; no había podido concluir su discurso; los señores Debiene y Poligny la abrazaron, le dieron las gracias y se escabulleron con tanta rapidez como el propio Fantasma. Nadie se sorprendió de esto, porque sabía que tenía que soportar la misma ceremonia en el piso superior, en el *foyer* del canto, y que, por fin, sus amigos íntimos serían recibidos, por última vez por ellos en el gran

vestíbulo del despacho directorial, donde las esperaba una verdadera cena.

Y es allí donde volvemos a encontrarlos con los nuevos directores, señores Armando Moncharmin y Fermín Richard. Los primeros apenas conocían a los segundos; pero abundaron ¡lora con ellos en grandes cumplidos de amistad y éstas les respondieron con mil cumplimientos, de manera que aquellas invitados que temieron terminar la velada de una manera algo tristona se pusieron enseguida contentísimos. La cena fue casi alegre y como se presentara la ocasión de brindar, el señor comisario del Gobierno fue tan hábil, mezclando la gloria del pasado con los triunfos del porvenir, que la mayor cordialidad reinó enseguida entre los convidados. La transmisión de los poderes directoriales se había hecho la víspera, en la forma más simple posible y las cuestiones que quedaban por arreglar entre la antigua y la nueva dirección, quedaron resueltas bajo la presidencia del comisario de Gobierno, con un espíritu de conciliación entre las partes, que no era de sorprender, en efecto, que en aquella cena memorable hubiera cuatro caras de directores tan sonrientes.

Los señores Debienne y Poligny habían entregado ya a los señores Armando Moncharmin y Fermín Richard las dos llaves minúsculas que abrían todas las puertas de la Academia Nacional de Música – algunos miles –y enseguida aquellas pequeñas llaves, objeto de la curiosidad general, pasaron de mano en mano, cuando la atención de algunos fue atraída por un descubrimiento que acababan de hacer en el extremo de la mesa. Allí estaba la pálida y fantástica cara de ojos hundidos que ya había aparecido en el *foyer* de la danza y que había sido saludada por la pequeña James con este apóstrofe:

–¡El Fantasma de la Opera!

Estaba allí como el más natural de los invitados, salvo que no comía ni bebía.

Los que hablan comenzado a mirarle sonriendo, habían acabado por volver la cabeza hacia otra parte, tales pensamientos fúnebres sugería aquella imagen.

No había pronunciado una palabra y sus propios vecinos de asiento no hubieran podido decir en qué momento preciso había entrado a instalarse allí; pero todos pensaron que si los muertos acudían a veces a sentarse en la mesa de los vivos, no pondrían cara más macabra que aquella. Los amigos de los señores Fermín Richard y Armando Moncharmin creyeron que aquel convidado esquelético era un íntimo de los señores Debiegne y Poligny, mientras que los amigos de los señores Debiegne y Poligny pensaron que aquel cadáver pertenecía a la clientela de los señores Richard y Moncharmin. De modo que ninguna frase incómoda, ninguna pregunta indiscreta, ninguna broma de mal gusto molestó a aquel huésped de ultratumba.

Algunos invitados, que estaban al tanto de la leyenda del fantasma, y que conocían la descripción que había hecho de aquél el maquinista –ignoraban la muerte de José Buquet –, pensaban que el hombre de la punta de la mesa hubiera podido muy bien pasar por la realización viva del personaje creado según ellos por la sólida superstición del personal de la ópera; y, sin embargo, según la leyenda, el fantasma no tenía nariz y aquel hombre la tenía; pero el señor Moncharmin afirma en sus memorias que la nariz del comensal era transparente –y agregaré por mi parte que bien podía ser una nariz postiza –. El señor Moncharmin pudo creer que era transparencia lo que sólo era brillo. Todo el mundo sabe que la ciencia hace hoy admirables narices postizas para aquellos que se ven privados de ella por la naturaleza o por alguna operación. En realidad, ¿habla ido el fantasma a sentarse aquella noche en el banquete de los directores, sin haber sido invitado? ¿Y podemos estar seguros de que aquella cara era la del Fantasma de la Ópera? ¿Quién se atrevería a decirlo? Si hablo aquí de ese incidente no es porque quiera por segunda vez hacerle creer al lector que el Fantasma haya sido capaz de llevar a cabo tan soberbia audacia, sino porque al fin y al cabo la cosa es posible.

Y he aquí una razón de ello que parece convincente; el señor Armando Moncharmin siempre en sus "Memorias" dice textualmente, en el capítulo XI: *"Cuando pienso en aquella primera velada, no puedo prescindir de recordar la confianza que nos hicieron en su despacho*

los señores Debiegne y Poligny, sobre la presencia en la cena de aquel fantástico personaje a quien nadie conocía".

He aquí exactamente lo que sucedió:

Los señores Debiegne y Poligny, sentados en el centro de la mesa, no habían notado al hombre de cabeza de muerto, cuando éste se puso de pronto a hablar.

—Las chiquillas tienen razón —dijo—. La muerte de ese pobre Buquet no es tan natural como parece creerse.

Debiegne y Poligny se sobresaltaron.

—¿Ha muerto Buquet? —preguntaron.

—Sí —replicó tranquilamente el hombre o la sombra de hombre. Ha sido encontrado ahorcado esta noche en el tercer sótano, entre un bastidor y una decoración del "Roi de Lahore".

Los dos directores, o, más bien dicho, ex directores, se pusieron de pie enseguida, mirando con singular fijeza a su interlocutor. Estaban más agitados de lo que era natural; es decir, más de lo que debían estarlo por el anuncio del suicidio de un maquinista. Se habían vuelto tan pálidos como el mantel.

Por último, el señor Debiegne hizo una seña a los señores Richard y Moncharmin, Poligny se excusó ante los invitados con algunas oportunas palabras, y los cuatro pasaron al gabinete directorial. Le dejó la palabra al señor Moncharmin:

Los señores Debiegne y Poligny parecían cada vez más agitados —dice aquél en sus "Memorias" —y nos pareció que tenían algo que decirnos y no hallaban manera de hacerlo. Primero nos preguntaron si conocíamos al individuo que estaba sentado en la punta de la mesa y que les comunicó la muerte de José Buquet, alarmándose orla más al conocer nuestra respuesta negativa. Nos tomaron de las manos las llaves del teatro, las consideraron un instante, menearon la cabeza y por último nos aconsejaron que hiciéramos hacer en el mayor secreto llaves nuevas para las piezas, gabinetes y objetos que deseáramos tener en completa seguridad.

"Tenían unas expresiones tan singulares, al decir esto, que nos echamos a reír, preguntándoles si había tina gavilla de ladrones en la

Opera. Nos respondieron que había algo peor aún: el Fantasma. Volvimos a echarnos a reír, persuadidos de que nos hacían una bromo que debía ser el coronamiento de aquella pequeña fiesta íntima. Y luego, como insistieron, nos pusimos serios, decididos n entrar por complacerlos en aquella especie de juego. Nos dijeron que nunca nos habrían hablado del Fantasma si no hubiesen recibido la orden formal del propio Fantasma, de que nos incitaran a ser amables con él y a concederle todo lo que nos pidieran. Sin embargo, muy contentos con abandonar aquel dominio en que reinaba como dueño y señor aquella sombra tiránica y verse libres de ella al mismo tiempo, habían vacilado hasta el último momento en comunicarnos semejante aventura, para la cual nuestros espíritus escépticos no estarían, sin duda, preparados, cuando el anuncio de la muerte de José Buquet les había recordado brutalmente que toda vez que no habían accedido a los deseos del Fantasma, algún acontecimiento fantástico o funesto los había enseguida penetrado del sentimiento de su dependencia.

"Durante estos discursos inesperados, dichos en el tono de la más secreta e importante confidencia, yo miré a Richard. Este, cuando era estudiante, tenía fama de bromista, es decir, de no ignorar las mil maneras de burlarse con ingenio y algo de esto sabían los porteros del bulevar Saint-Michel. Así es que parecía ser muy de su agrado el plato que le servían a su vez. No perdía ni un bocado, bien que el condimento fuera algo macabro, a causa de la muerte de José Buquet. Meneaba la cabeza con tristeza y su expresión, a medida que los otros hablaban, se volvía lamentable, como la de un hombre que deplorara amargamente haber hecho aquel negocio de la Opera, ahora que sabía que tenía un fantasma encerrado. Yo no podía haces nada mejor que imitar servilmente aquella actitud desesperada. Sin embargo, a pesar de todos estros esfuerzos, no pudimos al final dejar de estallar en las barbas de los señores Debienne y Poligny, quienes, al vernos parar sin transición de un estado de espíritu muy sombrío a la alegría más insolente, hicieron como si creyeran que nos habíamos vuelto locos.

"Como la farsa se iba prolongando demasiado, Richard preguntó entre bromas y veras: "Pero, en fin, ¿qué es lo que quiere ese Fantasma?".

"El señor Poligny se dirigió a su escritorio y tomó de él una copia de su contrato.

El escrito comenzaba con estas palabras:

"La dirección de la Opera se obliga a dar a las representaciones de la Academia Nacional de Música el esplendor que corresponde a la primera escena lírica francesa", y terminaba con el artículo 98, concebido así:

El presente privilegio podrá ser retirado:

1°: Si el director no cumple las disposiciones estipuladas en las obligaciones y especialmente en los artículos 1, 9 y 49. En el caso en que el ministro creyese que no debía imponer la exoneración del director, podrá imponerle multas de mil a veinticinco mil francos, según la gravedad de las infracciones cometidas. Esas multas serán deducidas de la subvención anual o sobre la garantía que, en este caso, deberá ser completada en el día.

2°: Si el teatro permanece cerrado, sin autorización, durante tres días de representación obligatoria.

3°: Si se incendia la sala.

4°: Si el director se encuentra en notorio estado de insolvencia o si sus negocios marchan mal comprobándose esto por la suspensión de pagos a los artistas, empleados o agentes, ó si es objeto de exigencias privadas o judiciales, capaces de entorpecer la libertad de su gestión.

"Si al final de su ejercicio el director no ha dado el número de actos estipulados en el contrato, el ministro podrá imponerle una multa proporcional al término medio de gastos que exige el poner en escena cada acto.

Esta copia –dijo el señor Moncharmin estaba hecha con tinta negra y era enteramente conforme con la que poseíamos.

"Entretanto, nosotros vimos que el documento que nos mostraba el señor Poligny contenía al final una quinta disposición, escrita con tinto roja, caligrafía extraña y difícil, como si hubiera sido trazada

con un fósforo, caligrafía de niño, que no supiera todavía unir las letras. Y ese quinto párrafo, que venía a otorgar tan singularmente el artículo 98, –enunciación de las causas que podrían determinar el retiro del privilegio –, decía textualmente:

5°: Si el director retrasa más de quince días la mensualidad que debe entregar al Fantasma de la Opera, mensualidad fijada hasta nueva orden en 20.000 francos, o sea, 240.000 francos al año.

"El señor Poligny nos señalaba con un ademán vacilante aquella cláusula decisiva, la que ciertamente no nos esperábamos.

–¿Y eso es todo? –preguntó Richard con la mayor sangre fría. ¿No quiere nodo más?

–Sí –replicó Poligny; quiere esto.

Hojeó el pliego de obligaciones y leyó:

"Artículo 6°. El gran avant-scene de la derecha de los palcos principales número 1, será reservado durante todas las representaciones al jefe del Estado.

"El palco bajo número 20, el lunes, y el palco principal número 30 los miércoles, serán puestos a disposición del ministro.

"El palco bajo número 27 será reservado todos los días para los prefectos del Sena y de policía.

"El palco de cuarta fila número 12, estará siempre a disposición del director del Conservatorio de Música y Declamación, para los discípulos de ese establecimiento.

Y otra vez al final de este artículo, el señor Poligny nos mostró un párrafo en tinta roja, que había sido agregado:

"El palco principal número 5 será puesto en todas las representaciones a disposición del Fantasma de la Opera.

Al ver esto no pudimos menos que levantarnos y estrechar calurosamente las manos de nuestros predecesores, felicitándolos por haber imaginado aquella graciosa broma, demostradora de que el viejo rumor francés seguía sin declinar. Richard creyó que debía agregar, además, que ahora comprendía por qué los señores Debiene y Poligny abandonaban la dirección de la Academia Nacional de Mú-

sica, no era posible arte los negocios pudieran marchar; teniendo que habérselas con un fantasma tan exigente.

–Evidentemente –replicó sin pestañear el señor Poligny –, 240.000 francos no se encuentran a la vuelta de una esquina. ¿Y ha calculado usted lo que puede costarnos el no vender el palco número 5, reservado para el Fantasma en todas las representaciones? Sin contar con que nos hemos visto obligados a reembolsar el abono. ¡Es espantoso! ¡de veras, no hemos trabajado más que para sostener fantasmas!.. Preferimos marcharnos.

–Sí, preferimos marcharnos –repitió el señor Debienne. ¡Vámonos! –Y se puso de pie.

–Richard dijo:

–Bueno, pero me parece que han sido ustedes demasiado atentos con el fantasma. Si a mí me saliera un fantasma tan incómodo no vacilaría en hacerlo arrestar.

–¿Cómo? ¿Dónde? –exclamaron los dos a la vez -. ¡Jamás lo hemos visto!

–¿Cuándo asiste a su palco?

Jamás lo hemos visto en el palco.

–Entonces, ¿por qué no lo alquilaban?

–¡Alquilar el palco del Fantasma de la Opera! Bueno, señores, traten de hacerlo ustedes.

Enseguida salimos juntos los cuatro del despacho directorial. Richard y yo nunca nos hemos reído tanto.

CAPITULO IV

EL PALCO NÚMERO 5

Armando Moncharmin ha escrito unas memorias tan voluminosas en lo que concierne particularmente al período bastante largo de su codirección, que es coser de preguntarse de dónde sacaba tiempo para ocuparse de la Ópera, a menos que lo hiciera contando lo que pasaba en ella.

El señor Moncharmin no conocía una nota de música, pero tuteaba al ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes, había hecho un poco de periodismo en el bulevar y poseía una fortuna considerable. En fin, era una persona excelente y no carente de talento, puesto que, decidido a comanditar la Ópera, supo escoger al director que le convenía, decidiéndose sin vacilar por Fermín Richard.

Fermín Richard era un músico distinguido y un hombre muy amable. He aquí el retrato que le dedicó en el momento de la toma de posesión la "Revista de los Teatros":

El señor Fermín Richard tiene unos cuarenta años, es alto, robusto. Buena presencia, maneras distinguidas, cara encendido, cabellos espesos y cortados al rape, y la barba como el cabello. El aspecto de su fisonomía tiene algo de triste, que atemperan enseguida una mirada franca y una sonrisa atrayente.

El señor Fermín Richard es un músico muy distinguido. Armonista hábil, contrapuntista profundo, la grandeza es el carácter principal de su composición. Ha publicado música de cámara muy apreciado por los aficionados, sonatas o piezas fugitivas llenas de originalidad, una colección de melodías. Por último, la "Muerte de Hércules"; ejecutada en los conciertos del Conservatorio, respira un aliento épico, que hace pensar en Gluck, uno de los maestros venerados de Fermín Richard. Sin embargo, si adora a Gluck no le gusta menos Puccini; el señor Fermín Richard toma su placer donde lo en-

cuentra. Lleno de admiración por Puccini, se inclino ente Meyerbeer, se deleita con Cimarosa y nadie aprecia mejor que él el genio de Weber. En fin, en lo que se refiere a Wagner; no está lejos de pretender arte él, Fermín Richard, es el primero y quizás el único que lo haya comprendido en Francia.

Suspendo aquí la transcripción, de la que parece resultar con bastante claridad que si al señor Fermín Richard le gustaba toda la música y todos los músicos, todos los músicos estaban en el deber de gustar del señor Fermín Richard. Digamos, para terminar este rápido retrato, que el señor Richard era lo que se ha convenido en llamar un autoritario, es decir, que tenía mal carácter.

Los primeros días que los dos asociados pasaron en la Opera fueron por completo ocupados por la satisfacción de sentirse dueñas de una empresa tan vasta y hermosa y ya hablan sin duda olvidado aquella extraña y curiosa historia del Fantasma, cuando se produjo un incidente que vino a probarles que, si se trataba de una broma, la broma continuaba.

El señor Fermín Richard llegó aquella mañana a su escritorio. Su secretario, el señor Remy, le entregó una media docena de cartas que no había abierto porque llevaban la indicación "personal". Una de aquellas cartas atrajo enseguida la atención de Richard no sólo porque el sobre escrito estaba puesto con tinta encarnada, sino porque le pareció que ya había visto en otra parte aquella letra. No tuvo que buscar largo rato: era la letra con la cual habla sido escrito tan singularmente el pliego de condiciones. Reconoció su aspecto de garabateo infantil. Enseguida la abrió y la leyó:

Mi querido director: Le pido disculpas por venir a distraerlo en estos momentos preciosos en arte decide usted respecto de la suerte de los mejores artistas de la Opera, y en que renueva usted importantes compromisos y en que celebra usted nuevos contratos; y esto con una seguridad de vistas, un conocimiento del teatro, una ciencia del público y de sus gustos, una autoridad que ha estado a punto de asombrar mi viejo experiencia.

Estoy al tanto de lo que acaba usted de hacer en favor de la Carlota, la Sorelli, la pequeña James y algunas más cuyas admirables cualidades, talento o genio, ha adivinado usted. (Ya se imaginará usted de quién hablo al escribir estas palabras; no es, evidentemente, de la Carlota, que canta como una jeringa y que no debería haber salido nunca de los Amabassadeurs y del café Jaquin; ni de la Sorelli, que tiene destacado éxito, sobre todo en su abundante anatomía, ni de la pequeña James, que baila como un ternero en el prado; ni tampoco de Cristina Daaé, cuyo genio es indudable, pero que es apenado con celoso cuidado de toda creación imponente). En fin, claro está que usted tiene el derecho de manejar su gestión como mejor le parezca, pero, sin embargo, quiero aprovechar la circunstancia de que todavía no haya usted puesto a Cristina Daaé en la calle para oírla esta noche en la parte de Siebel, puesto que el de Margarita, después de su triunfo del otro día, le está vedado; le ruego también no disponga de mi palco hoy "ni los días siguientes"; porque no cerraré este carta sin expresarle cuán desagradablemente me ha sorprendido en estos últimos tiempos el saber, al llegar a la Opera, que mi palco había sido vendido en la boletería por orden suya.

"No protesté, primero, porque soy enemigo del escándalo, y, además, porque me imaginaba que sus predecesores, los señores De-bienne y Poligny; que siempre han sido amabilísimos conmigo, habrían olvidado, al marcharse, de comunicarles a ustedes mis pequeñas manías. Ahora bien, acabo de recibir la respuesta de los señores De-bienne y Poligny a mi pedido de explicaciones, respuesta que me prueba que están ustedes al tanto de mi pliego de condiciones y, por consiguiente, que se burlan ustedes conscientemente de mí. Si quieren ustedes que vivamos en paz, no vuelvan a repetir la bromo de quitarme el palco. Dejando a salvo estas menudas consideraciones, quiera creerme, mi querido director, su muy atento servidor. –Firmando: F de la Opera.

Esta carta venta acompañada de un recorte del "correo" de la "Revista Teatral", en el que se leía esto:

"F. de la Opera: R y M. no tienen disculpa. Los hemos advertido y les hemos entregado su pliego de condiciones. Saludémosle.

El señor Fermín Richard terminaba apenas aquella lectura, cuando se abrió la puerta del despacho y el señor Armando Moncharmin se adelantó hacia él llevando en la mano una carta absolutamente igual a la que había recibido su colega. Se miraron y se pusieron a reír.

—La broma sigue —dijo el señor Richard; ¡pero no es graciosa!

—¿Qué significa esto? —preguntó Moncharmin. ¿Se imaginarán que porque han sido rectores de la Opera les vamos a conceder un palco a perpetuidad?

Porque tanto el primero como el segundo de aquellos señores no tienen duda de que aquella doble sofisticación era el fruto de la colaboración ingeniosa de sus predecesores.

—¡Yo no estoy con ganas de dejarme molestar largo rato! —declaró Fermín Richard.

—¡Es una cosa inofensiva! —observó Armando Moncharmin.

—Pero, al fin, ¿qué es lo que quieren? ¿Un palco para esta noche?

El señor Fermín Richard dio orden de que se les mandara el palco número 5 a los señores Debienne y Poligny, que habitaban, el primero, en la esquina de la calle Scribe y bulevar de los Capuchinos y el segundo en la calle Auber. Las dos cartas del Fantasma (F. de la Opera) habían sido echadas en la misma sucursal del correo del bulevar de los Capuchinos. Fue el señor Moncharmin quien lo notó al examinar los sobres.

—¡Ya lo ves, Richard!

Ambos se encogieron de hombros y deploraron que personas de aquella edad se entretuvieran aún en hacer semejantes bromas.

—Sin embargo, hubieran podido mostrarse menos groseros —observó Moncharmin. ¿Has visto cómo nos tratan a propósito de la Carlota, de la Sorelli y de la pequeña James?

—¿Qué quieres? ¡Están enfermos de celos! ¡Cuándo pienso que han llegado hasta a pagar un sueldo del "correo" de la "Revista Teatral"!... ¿No tendrán nada que hacer?

–A propósito –dijo Moncharmin, parecen interesarse mucho por Cristina Daaé... ¿De cuál de los dos era la amante?

–¡Sabes tan bien como yo que tiene fama de ser honesta! –replicó Richard.

–Hay tantas reputaciones usurpadas –replicó Moncharmin. ¿Acaso yo, que no soy capaz de distinguir la clave de fa de la clave de sol, no tengo fama de ser entendido en música?

–Tranquilízate, Moncharmin, nunca has tenido esa reputación.

Enseguida, el señor Fermín Richard dio orden al ujier de que hiciera pasar a los artistas que desde hacía dos horas se paseaban en el ancho pasadizo de la administración a la espera de que se abriese la puma directorial, aquella puerta tras de la cual les esperaban la gloria y el dinero... o el despido.

Todo aquel día transcurrió en tratos, discusiones, firmas o rescisiones de contratos; de modo que aquella noche –la del 25 de enero – nuestros dos directores, fatigados por una pesada jornada de enojos, de intrigas, de recomendaciones, de amenazas, de protestas de aprecio o de odio, se acostaron temprano sin preocuparse de ir a echar una ojeada al palco número 5, para saber si los señores Debiegne y Poligny encontraban el espectáculo a su gusto.

La Ópera no había tenido descanso desde la partida de la antigua dirección, y el señor Richard había iniciado algunas reparaciones necesarias sin interrumpir las representaciones.

Al día siguiente los señores Richard y Moncharmin encontraron en su correspondencia, por una parte, una esquila de agradecimiento del Fantasma, concebida en estos términos:

"Mi querido director: Muchas gracias. Función espléndida. Daaé exquisita. Cuide los coros. La Carlota, magnífico y trivial instrumento. Pronto les escribiré respecto de los 240.000 francos –exactamente 233.424 francos 70 –, pues los señores Debiegne y Poligny me remitieron los 6.575 francos 30, que representan los diez primeros días de mi pensión de este año, cuyo contrato vence el 10 por la noche.

"Salúdame. F. de la O."

Y por otra parte una carta de los señores Debiegne y Poligny.

"Señores. Les agradecemos su amable atención, pero ustedes comprenderán fácilmente que la perspectiva de oír "Fausto"; por agradable que sea a ex directores de la Opera, no puede hacernos olvidar que no tenemos ningún derecho para ocupar el palco balcón número 5, que pertenece exclusivamente a "aquel" de quien hemos tenido ocasión de hablarle releyendo junto con ustedes por última vez el pliego de condiciones, último párrafo del artículo 63.

"Reciban, señores, los saludos, etc»

—¡Oh, pero al fin estas personas empiezan a fastidiarme! —declaró violentamente Fermín Richard, estrujando la carta de los señores Debienne y Poligny.

—Sí, esto se está volviendo una necesidad —asintió Armando Moncharmin, que deslizó precisamente en su cartera la esquila del Fantasma.

—¿Guardas eso? —preguntó Richard.

—Por curiosidad —dijo Moncharmin.

Aquella noche el palco balcón número 5 fue vendido.

Al día siguiente, al llegar a su despacho, los señores Richard y Moncharmin encontraron un informe del inspector, relativo a los hechos que habían ocurrido la víspera en el palco número 5. He aquí la parte esencial del informe, que es breve:

"Me vi en la necesidad —escribe el inspector —de requerir esta noche el inspector había escrito su informe la víspera, de llamar a un guardia municipal para hacer evacuar por dos veces, al principio y a mitad del segundo acto, el palco balcón número 5. Los ocupantes que habrán llegado al principio del segundo acto, causaban verdadero escándalo con sus risas y sus exclamaciones. De todas partes se les reclamaba silencio y la sala comenzaba a protestar con energía cuando la acomodadora fue a buscarme. Entré al palco e hice las observaciones que eran del caso. Aquellas personas parecían no estar en su juicio y me dijeron algunas estupideces. Les advertí que si se repetía el escándalo me vería obligado a hacer evacuar el palco. Protestaron con grandes risas, declarando que no se retirarían si no se les devolvía el dinero. Por último, se calmaron y los dejé volver al palco; pero

enseguida las risas recomenzaron y esta vez los hice expulsar definitivamente. Antes de salir del teatro, dijeron sus nombres. Entre ellos había un periodista". –¡Bueno, comienzan los disgustos! –exclamó Richard. *"El cual declaro que escribiría una protesta":* –¡Por supuesto! –exclamó Moncharmin. *"Ese periodista se llama Máximo Defrance".* –No lo conozco –declararon a coro Moncharmin y Richard, tranquilizados. –*"Las otras cuatro personas son el señor y la señora Darklay y su hija, que viven en la calle de la Paz "*. –¡Los Darklay! ¡No es cierto! Los Darklay son incapaces de conducirse de semejante manera, y los conozco; son personas muy correctas. ¿Qué significa esto? –*"Y el señor Malpertins":*

–¡Malpertins! –exclamaron los dos directores. ¡Con tal que no sea el Malpertins de las Bellas Artes! –No, no. Hubiera pedido una butaca o un palco. Malpertins no paga jamás su localidad en ninguna parte... – ¿Y si estaba invitado por los Darkley? –¡Diablos! –*"El señor Malpertins declaró al irse gire se quejaría n los señores directores"*.

–Que venga el inspector –le gritó Richard a su secretario, que ya habla leído aquel informe y ya lo habla anotado con lápiz azul.

El secretario, señor Remy –veinticuatro años, bigote fino; elegante, distinguido, gran parada; en aquel tiempo la levita negra era obligatoria durante el día –, inteligente y tímido delante del director, 2.400 francos de haberes anuales, pagados por el director, compulsula los diarios, responde las cartas, distribuye los palcos y las entradas de favor, establece las citas, habla con los que hacen antesalas, acude a casa de los artistas enfermos, busca a los suplentes, corresponde con los jefes de servicio, pero ante todo es el cerrojo del gabinete directorial, puede de un momento a otro ser puesto en la calle sin compensación ninguna, porque no figura en el presupuesto. El secretario, que ya habla hecho llamar al inspector, dio orden de que lo hicieran pasar. El inspector entró algo inquieto.

–Díganos cómo pasaron las cosas –dijo bruscamente Richard.

El inspector se puso a balbucear y aludió al informe.

–Pero, en fin, ¿por qué se retan aquellas personas? –preguntó Moncharmin.

–Señor director, debían haber comido bien y parecían estar más dispuestos a hacer bromas que a oír buena música. Apenas habían entrado en el palco, al llegar, cuando salieron al corredor y llamaron a la acomodadora, que les preguntó qué se les ofrecía. –Fíjese en el palco. ¿No hay nadie, verdad?... –No –les respondió la acomodadora. Pues bien, –afirmaron –, cuando entramos oímos una voz que decía que "estaba ocupado".

Él señor Moncharmin no pudo mirar al señor Richard sin sonreír, pero el señor Richard no sonreía. Había sido demasiado especialista en el género como para reconocer en el relato que le hacía el inspector, con la mayor ingenuidad del mundo, todos los rasgos de una de esas bromas pesadas que primero divierten a los que son víctimas de ellas, pero que acaban por ponerlos furiosos.

El señor inspector, para congraciarse con el señor Moncharmin, que sonreía, creyó que él también debía sonreír. ¡Desafortunada sonrisa! La mirada del señor Richard fulminó al empleado, que trató enseguida de poner una cara atrozmente consternada.

–Pero, en fin, cuando esas personas llegaron –preguntó el terrible Richard, ¿no había nadie en el palco?

–¡Nadie, señor director! ¡Absolutamente nadie! Ni tampoco en el palco de la derecha ni en el de la izquierda, se lo juro a usted. La acomodadora me lo ha repetido hasta el cansancio, lo que demuestra que todo ha sido una broma.

–¡Oh! ¿Así que usted estima que es una broma, eh? ¡Es una broma! ¿Y, sin duda, la encuentra usted graciosa?

–Señor director, la encuentro de muy mal gusto.

–Y la acomodadora, ¿qué es lo que dice?

–¡Oh! La acomodadora sostiene, por supuesto, que es el Fantasma de la Opera, ¡Claro!

Y se puso a reír burlescamente; pero enseguida comprendió que también había hecho mal en mofarse, porque apenas había pronunciado aquellas palabras, la fisonomía del señor Richard se puso furibunda.

–¡Que vayan a buscar a la acomodadora! –gritó. ¡Enseguida, y que la traigan aquí! ¡Y que me echen toda esa gente a la calle!

El inspector quiso protestar, pero Richard le cerró la boca con un enérgico: "¡Cállese la boca!" Luego, cuando los labios del pobre subordinado parecían sellados para siempre, el señor director ordenó que se reabrieran de nuevo.

—¿Qué es eso del Fantasma de la Opera? —se lanzó a preguntar con un gruñido.

Pero el inspector no estaba ahora en condiciones de proferir una palabra. Hizo comprender por medio de una mímica desesperada, que no sabía, o, mejor dicho, que no quería saber nada al respecto.

—¿Usted ha visto al Fantasma de la Opera?

Con un enérgico movimiento de cabeza, el inspector negó haberlo visto jamás.

—¡Tanto peor! —declaró fríamente el señor Richard.

El inspector abrió unos ojos enormes, unos ojos que se salían de las órbitas, para preguntar por qué habla pronunciado el señor director aquel siniestro: "¡Tanto peor!".

—¡Porque voy a hacer despedir a todos los empleados que no lo hayan visto! —continuó el señor director. Puesto que está en todas partes, es inadmisibile que no se lo vea en ninguna. ¡Yo quiero que cada cual cumpla con su obligación!

CAPITULO V

LA ACOMODADORA DECLARA LO QUE SABE ACERCA DEL FANTASMA ANTE LOS DIRECTORES DE LA OPERA.

Después de decir esto, el señor Richard no volvió a ocuparse del inspector y trató diversos asuntos del teatro con el administrador, que acababa de presentarse. El inspector pensó que podía irse, y muy despacio, muy cautelosamente, fue retrocediendo hasta la puerta, cuando al llegar a ésta, el señor Richard, que habla advertido la maniobra, clavó al hombre en el sitio con un imperativo: "¡No se mueva!".

Por mandato del señor Remy fueron a buscar a la acomodadora, que era portera en la calle de Provenza, a dos pasos de la Opera. Casi enseguida hizo su entrada.

—¿Cómo se llama usted?

—Madame Giry. Usted me conoce perfectamente, señor director; soy la madre de la pequeña Giry, la pequeña Meg, ¡vamos!

Esto fue dicho con un tono áspero y solemne que impresionó un instante al señor Richard. Examinó un instante a madame Giry —chal desteñido, zapatos viejos, vieja falda de tafetán, sombrero color hollín—. Era evidente, al ver la actitud del señor director, que éste no recordaba haber conocido a madame Giry, a la pequeña Giry, y "ni siquiera a la pequeña Meg". Pero el orgullo de aquella acomodadora era tan inconmensurable, que se imaginaba que era conocida por todo el mundo.

—¡No la conozco! —acabó por declarar el señor director—; pero eso no quita, madame Giry que quiera saber qué le pasó a usted anoche para que se viera en el caso de apelar, junto con el señor inspector, a un guardia municipal...

—Deseaba precisamente verlo para hablarle, señor director, para que no tengan ustedes los mismos contratiempos que los señores De-bienne y Poligny... Ellos tampoco me querían hacer caso al principio...

—Yo no le pregunto eso. Le pregunto qué fue lo que pasó anoche.

Madame Giry se puso roja de indignación. Jamás le habían hablado en semejante tono. Se puso de pie como para partir, recogiendo los pliegues de su falda y agitando con dignidad las plumas de su sombrero color hollín; pero, cambiando de resolución, volvió a sentarse y dijo con voz de enfado:

–¡Sucedió que han vuelto a fastidiar al Fantasma!

Como el señor Richard iba a estallar al oír esto, el señor Moncharmin intervino y dirigió el interrogatorio, del que resultó que madame Giry encontraba muy natural que una voz se hiciera oír para decir que estaba ocupado un palco en el que no había nadie. No podía explicar ese fenómeno, que no era nuevo para ella, sino por intermedio del Fantasma. Ese fantasma nadie lo veía en el palco, pero todo el que quería podía oírle. Lo había oído muchas veces ella, y se le podía prestar fe, porque no mentía nunca. Podían preguntárselo a los señores Debiegne y Poligny, a todos los que la conocían y también al señor Isidoro Saack, a quien el fantasma le había roto una pierna.

–¡Diablos! –interrumpió el señor Moncharmin. ¿El Fantasma le ha roto una pierna a ese pobre señor Isidoro Saack?

Madame Giry abrió unos grandes ojos en los que se pintó la sorpresa que le causaba tanta ignorancia. Por último asintió en instruir a aquellos dos "infelices inocentes". La cosa había ocurrido en el tiempo de los señores Debiegne y Poligny, siempre en el palco número 5 e igualmente durante una representación del "Fausto".

Madame Giry carraspeó, tomó aliento... dando la impresión de que se preparaba a cantar toda la partitura de Gounod.

–Bien, señores. Aquella noche, en los asientos de adelante, estaba el señor Maniera con su señora, los marmoleros de la calle Mogador, y detrás de la señora de Maniera, el íntimo amigo del matrimonio, el señor Isidoro Saack. Mefistófeles cantaba –y madame Giry tarareó: *Vous qui faites l'endormie* –, y entonces el señor Maniera, oye en el oído derecho (tenía a su mujer a la izquierda) una voz que le dice: "¡Ja, ja!, ¡no es Julia la que se hace la dormida!" (Su mujer se llama precisamente Julia)

El señor Maniera se vuelve hacia la derecha para ver quién era que hablaba así. ¡Nadie! Se frota la oreja y se dice a sí mismo: "¿Estaré sonando?" Mefistófeles seguía cantando... Pero quizás esté fastidiando a tos señores directores con mi relato.

–¡Absolutamente! ¡Siga nomás!

–Los señores directores son muy amables –mohín de madame Giry. Pues Mefistófeles continuaba su canción (madame Giry canta): *Catherine que j'adore –porquoi repousser– a l'amant qui vous implore –un si doux baiser*, y enseguida el señor Maniera oye, siempre en su oído derecho, una voz que le dice: "¡Ja, ja!, ¡no es Julia la que le negaría un beso a Isidoro!" Enseguida se vuelve, pero esta vez hacia el lado de su mujer y de Isidoro y ¿qué es lo que ve? A Isidoro que había tomado por detrás la mano de su mujer y que la cubría de besos en la pequeña abertura del guante... de este modo, mis buenos señores (madame Giry cubre de besos en su mano el pedacito de piel descubierto por el guante de filoseña) ¡Entonces! Ya se imaginarán ustedes la que se armó. ¡Plif! ¡Plaf! El señor Maniera, que era grande y fuerte como usted, señor Richard, aplicó un par de bofetadas al señor Isidoro Saack, que era delgado y débil como el señor Moncharmin, mejorando lo presente. Fue un escándalo. En la sala gritaban: "¡Basta! ¡Basta! ¡Lo va a matar!" Por último, el señor Isidoro Saack pudo escapar...

–Pero entonces, ¿el Fantasma no le rompió la pierna? –preguntó el señor Moncharmin algo fastidiado de que su físico hubiera causado tan pobre impresión en madame Giry.

–Se la rompió, señor –respondió madame Giry con altivez (porque comprendió la intención ofensiva) –. Se la rompió con un vidrio en la gran escalera, que iba bajando demasiado ligero, señor, y tan bien, que el desgraciado no volverá nunca a tenerla como antes.

–¿Y fue el Fantasma el que le contó a usted las frases que le dijo al oído al señor Maniera? –preguntó con una seriedad que juzgaba extremadamente cómica el juez de instrucción Moncharmin.

–No, señor; fue el propio señor Maniera. Y si...

–¿Pero usted, mi buena mujer, ya le ha hablado al Fantasma?

–Como le estoy hablando a usted, mi buen señor.

–Y cuando le habla, ¿qué es lo que le dice el Fantasma?

–Pues me dice que le alcance un banquito.

Al decir estas palabras, pronunciadas solemnemente, la cara de madame Giry se volvió de mármol, de mármol amarillo vetado de rojo, como el de las columnas que sostienen la gran escalera y que llaman mármol sarracolino.

Esta vez Richard se echó a reír junto con Moncharmin y el secretario Remy; pero instruido por la experiencia, el inspector ya no reía. Apoyado contra la pared, se preguntaba, agitando febrilmente las llaves en el bolsillo, cómo iba a acabar aquel asunto. Y cuanto más altanera se ponía madame Giry, más temía que volviera a irritarse el director. Y ahora, hete aquí que ante la hilaridad directorial, madame Giry se atrevía a tomar un acento amenazador, ¡pero amenazador de veras!

–En vez de reír del Fantasma –exclamó indignada –, harían ustedes mejor en imitar al señor Poligny, que trató de darse cuenta por sí mismo...

–¿Se dio cuenta de qué? –preguntó Moncharmin, que pocas veces se había reído tanto.

–¡Del Fantasma!.. Pero no les estoy diciendo... ¡Óiganme!... Se tranquiliza súbitamente, porque piensa que los momentos son solemnes. ¡Óiganme! Me acuerdo como si hubiera sido ayer. Esta vez cantaban la "Juive". El señor Poligny quiso asistir solo desde el palco del Fantasma a la representación. La señora Krauss había tenido un éxito enorme. Acababa de cantar aquello del segundo acto que ustedes conocen muy bien (Madame Giry canta a media voz):

Près de celui que j'aime

Je veux vivre et mourir

Et la mort elle même

Ne peut nous desunir.

–Sí, sí ya sé... –Observó el señor Moncharmin con una sonrisa alentadora.

Madame Giry continúa a media voz, agitando la pluma de su sombrero color hollín:

*Partons!, partons! Ici-bas, dans les cieux
Même sort désormais nous attend tous les deux*

–Si, sí, ya recordamos –repite Richard impaciente... ¿Y entonces?, ¿qué pasó?

–Pues aquel momento en que Leopoldo exclama: "*¡Huyamos!*", ¿no es así?, y en que Eleazar los detiene preguntándoles: "*¿Adónde coméis?*" Pues bien, precisamente en ese momento, el señor Poligny, a quien yo observaba desde el antepalco de al lado, que estaba vacío, se puso de pie y salió rígido como una estatua y más pálido que un muerto. Lo miré bajar la escalera; pero no se rompió una pierna... Sin embargo, caminaba como un sonámbulo y no daba con su camino.

Así habló madame Giry, y luego calló para juzgar del efecto producido. La historia de Poligny había hecho menear la cabeza a Moncharmin.

–Todo eso no me dice nada respecto de cómo y cuándo el Fantasma de la Opera le pidió a usted un banquito para los pies –insistió, mirando muy fijamente a madame Giry.

–Pues fue desde esa noche..., porque a partir de esa noche lo dejaron quieto a nuestro Fantasma..., ya no se le volvió a disputar el palco. Los señores Debiegne y Poligny dieron orden de que se lo reservaran para todas las representaciones. Entonces, una vez que llegaba, me pedía el banquito...

–¡Qué raro! ¡Un Fantasma que pida un banquito! ¿Entonces, es una mujer su Fantasma? –interrogó Moncharmin.

–No, el Fantasma es un hombre.

–¿Y en qué se le conoce?

–Tiene voz de hombre, ¡ah! una voz de hombre muy suave! Voy a contarles cómo se producen las cosas. Cuando viene a la Opera, llega generalmente a la mitad del primer acto, da tres golpecitos secos en la puerta del palco número 5. La primera vez que oí esos golpecitos,

sabiendo muy bien que el palco estaba vacío, ¡ya se imaginarán lo que me intrigó aquello! Abrí la puerta del palco, escuché, miré: ¡nadie! Y en esto oigo una voz que me dice: "Madame Giry, ¡un banquito, por favor!" Con perdón de usted sea dicho, señor director, me puse como un tomate... Pero la voz continuó: "¡No se asuste, madame Giry, soy yo, el Fantasma de la Opera!" Miré hacia el lado de donde salía la voz, que era, por lo demás, tan suave y tan amable que casi no me daba miedo. La voz, señor director, estaba "sentada" en el sillón de adelante a la derecha. Salvo que no veía a nadie en el sillón, se hubiera jurado que alguien lo estaba ocupando, alguien que hablaba y que, dicha sea la verdad, era muy educado.

—¿El palco situado a la derecha del número 5 estaba ocupado? — preguntó Moncharmin.

—No: el palco número 7, como el palco número 3, a la izquierda, no estaban aún ocupados. En ese momento daba principio el espectáculo.

—¿Y qué hizo usted?

—¿Qué había de hacer! Llevé el banquito. ¡Evidentemente no era para él que lo quería, era para su señora! Pero a ella nunca la vi ni la oí.

—¿Eh! ¿Cómo? ¿Ahora resulta que el Fantasma tiene mujer?

La doble mirada de los señores Moncharmin y Richard ascendió de madame Giry al inspector, que, colocado detrás de la acomodadora, agitaba los brazos con el propósito de atraer sobre sí la atención de sus jefes. Se golpeaba la sien con un ademán desolado para hacer comprender a los directores que madame Giry estaba sin duda loca, pantomima que incitó definitivamente al señor Richard a prescindir de un inspector que conservaba bajo sus órdenes a una alucinada. La buena mujer, completamente entregada a su fantasma, ponderaba ahora su generosidad.

—Al concluir la función me da siempre dos francos, algunas veces cinco, y otras hasta diez, cuando ha pasado varias noches sin venir. Pero desde que han vuelto a fastidiarlo, no me da nada.

—Dígame, mi buena mujer —nueva rebelión de las plumas del sombrero color hollín, ante tan persistente familiaridad —: ¿Cómo hace

el fantasma para entregarle los dos francos? –interroga Moncharmin, que es curioso de nacimiento.

–¡Vaya!, los deja sobre la repisa del antepalco. Los encuentro junto con el programa que le llevo siempre: a veces hasta encuentro flores en el palco, alguna rosa caída de manos de la señora..., porque no cabe duda que debe concurrir con su señora, porque un día se le olvidó el abanico.

–¡Ah!, ¡Ah!, ¿Con que al Fantasma se le olvidó el abanico? ¿Y qué hizo usted con él?

–¡Pues se lo volvía llevar a la función siguiente!

Aquí se hizo oír la voz del inspector:

–Madame Giry, le impongo una multa por haber faltado al reglamento.

–¡Cállese, imbécil! (Voz baja del señor Fermín Richard)

–Llevó usted el abanico, ¿y entonces?

Y entonces se lo llevaron, señor director, porque no lo encontré al final de la función, y en su lugar me dejaron una caja de bombones ingleses, de las que me gustan mucho, señor director. Una amabilidad del Fantasma...

–Está bien, madame Giry, puede usted retirarse.

Cuando madame Giry hubo saludado respetuosamente –no sin una cierta dignidad que no la abandonaba nunca –a sus directores, éstos te declararon al señor inspector que estaban resueltos a prescindir de los servicios de aquella vieja loca. Y despidieron al señor inspector.

Cuando el señor inspector se hubo retirado a su vez, después de haber hecho protestos de fidelidad a la casa, los señores directores le comunicaron al administrador que le arreglara sus cuentas al señor inspector. Cuando estuvieron solos los señores directores, se comunicaron un mismo pensamiento, que se les ocurrió a la vez a los dos: ir a dar un paseito por el palco número 5.

Pronto les seguiremos allí.

CAPÍTULO VI

EL VIOLÍN ENCANTADO

Cristina Daaé, víctima de intrigas de las que nos ocuparemos más adelante, no volvió a encontrar enseguida en la Opera el triunfo de la famosa función de gala. Desde entonces, sin embargo, había tenido ocasión de hacerse oír en una fiesta social, en la casa de la duquesa de Zurich, en la que cantó los más hermosos fragmentos de su repertorio; y he aquí cómo se expresó a su respecto el gran crítico X. Y. Z, que se encontraba entre los invitados de categoría:

"Cuando se la oye en "Hamlet" es cosa de preguntarse si Shakespeare habrá acudido desde los Campos Elíseos para verla hacer de Ofelia... Verdad es que cuando se ciñe la diadema de estrellas de la reina de la noche, Mozart, por su parte, debe abandonar los eternos recintos poro venir a oírla. Pero no, no es preciso que se incomode, porque la voz vibrante de la intérprete de la "Flauta mágica" va a buscarle al Cielo, al que asciende con facilidad, lo mismo que supo ascender de su choza de la aldea de Skotcloy al palacio de mármoles y oro construido por Charles Garnier":

Pero, después del sarao de la duquesa de Zurich, Cristina no volvió a atorar en sociedad. No quiso aceptar más invitaciones de esa clase. Sin dar pretexto plausible renunció a figurar en una fiesta de caridad para la que se había comprometido. Parecía que ya no fuera dueña de su destino y que tuviera miedo de obtener un nuevo triunfo.

Supo que el conde de Chagny, para complacer a su hermano, había hecho gestiones muy insistentes en su favor acerca del señor Richard; le escribió para darle las gracias y también para pedirle que no les hablara más de ella a sus directores. ¿Cuáles podían ser las razones de tan extraña actitud? Unos pretendían que aquello era el reflejo de un incommensurable orgullo, otros admiraron en Cristina una angelical modestia. No se tiene tanta modestia cuando se está en el teatro; en realidad, no sé si debería estampar aquí simplemente esta palabra:

espanto. Sí, creo que Cristina Daaé tenía entonces miedo de lo que acababa de sucederle y que estaba tan estupefacta como lo estaban todos a su alrededor. ¿Estupefacta? ¡Vamos! Tengo ahí una carta (colección del persa) que se refiere a los acontecimientos de esta época. Pues bien, después de haberla releído no puedo escribir que Cristina estaba estupefacta, ni asustada de su triunfo; estaba, sí, espantada. ¡Sí, sí, espantada! *"No sé lo que me pasa cuando canto"*, escribe.

—¡Oh, pobre, pura y suave criatura!

No se dejaba ver en ninguna parte y el vizconde de Chagny trató en vano de salirle al paso. Le escribió para pedirle permiso de presentarse en su case, y ya desesperaba de recibir una respuesta, cuando una mañana le envió el billete siguiente:

"Señor, no me he olvidado del niño que fue a recoger mi chal al mar. No puedo dejar de escribirle esto hoy que parto para Perros, llevada allí por un deber sagrado. Mañana es el aniversario de la muerte de mi pobre padre, que usted conoció y que le quería tanto. Está enterrado allí con su violín, en el cementerio que rodeo la nueva iglesia, al pie de la colina en que siendo pequeños jugamos tanto; al borde de aquel camino en que, siendo ya más grandes, nos dijimos adiós por última vez"

Así que recibió este billete de Cristina Daaé, el vizconde de Chagny se precipitó a consultar un indicador de ferrocarriles, se vistió apresuradamente, escribió algunas líneas para que su ayuda de cámara las entregase a su hermano y se metió dentro de un coche que, por más prisa que se dio, llegó demasiado tarde a la estación Montparnasse para que pudiera alcanzar el tren de la mañana que quería tomar. Pasó el día fastidiado y no volvió a encontrarse a gusto hasta la noche cuando estuvo instalado en un vagón. Durante todo el trayecto releyó el billete de Cristina, respiró su perfume, evocó su imagen durante los años infantiles. Pasó toda aquella abominable noche de ferrocarril en un sueño febril que tenía por principio y fin a Cristina Daaé. El día comenzaba a apuntar cuando desembarcó en Lanion. Corrió a tomar la diligencia de Perros-Guirec. Era el único viajero.

Interrogó al cochero. Supo que la víspera por la noche una joven que tenía todas las trazas de una parisiense se había hecho conducir a Perros, alojándose en la posada del Sol Poniente. No podía ser sino Cristina. Había ido sola. Raúl dejó escapar un profundo suspiro. Iba a poder hablar con toda calma con Cristina en medio de aquella soledad. La amaba hasta no poder respirar. Aquel mozo, que ya había dado la vuelta al mundo, era puro como una virgen que nunca se ha apartado de las faldas de su madre.

A medida que se iba acercando a ella, recordaba devotamente la historia de la pequeña cantora sueca. Muchos detalles son ignorados aún en la generalidad.

Había una vez, en una pequeña aldea de los alrededores de Upsala, un campesino que vivía allí con su familia, cultivando la tierra durante la semana y cantando el domingo, acompañado por un violín. Aquel campesino tenía una hija a la que enserió mucho antes que a leer, a descifrar el alfabeto musical. El padre de Daaé, era, sin que quizá lo sospechara, un músico notable. Tocaba el violín como no lo hacía ningún menestral de toda Escandinavia. Su reputación se extendía por toda la comarca y siempre se dirigían a él para que hiciera bailar las parejas en las bodas y en los festines. La madre de Cristina murió de consunción cuando ésta tenía seis años. Enseguida que esto sucedió, el padre, que sólo amaba a su hija y a la música, vendió su lote de tierra y se fue a buscar la gloria a Upsala. Sólo encontró allí la miseria.

Entonces volvió a los campos, anduvo de feria en feria ejecutando sus melodías escandinavas, mientras que su niña, que no se le separaba nunca, lo escuchaba con éxtasis o lo acompañaba cantando. Un día, en la feria de Ljinby, el profesor Valerius los oyó a los dos y los llevó a Gotenburgo. Pretendía que el padre era el primer violinista del mundo y que en su hija había la tela de una gran artista. Veló por la instrucción y la educación de la niña. En todas partes deslumbraba a las gentes con su belleza, su gracia y su deseo por saber y hacer bien las cosas. Los progresos fueron rápidos. El profesor Valerius y su mujer tuvieron por aquel entonces que venir a instalarse en Francia. Llevaron consigo

a Daaé y a Cristina. La señora Valerius trataba a Cristina como si fuera su hija. En cuanto al viejo violinista, comenzó a decaer, dominado por la nostalgia. En París no salta jamás a la calle. Vivía en una especie de ensueño que alimentaba con su violín. Durante horas enteras se encerraba en su cuarto con su hija y se les oía canturrear y tocar el violín, muy bajito, muy bajito. A veces la señora Valerius los iba a oír contra la puerta; exhalaba un profundo suspiro, se secaba una lágrima y se iba en puntas de pie. Ella también renta la nostalgia de su pálido cielo escandinavo.

El anciano Daaé parecía no recuperar fuerzas más que en verano cuando toda la familia se marchaba a veranear a Perros-Guirec, un rincón de Bretaña que entonces era casi desconocido de las parisienses. Le gustaba mucho el mar de aquellas costas, encontrándole, decía, el mismo color que el de allá, y a menudo tocaba en la playa sus aires más dolientes, imaginándose que el mar se aplacaba para escucharlos. Además, había suplicado tanto a la señora Valerius, que ésta había consentido en tolerar otro capricho al viejo menestral.

En la época de las peregrinaciones, fiestas de aldea y bailes campestres, se marchaba como antaño con su violín y tenía derecho de llevarse a su hija consigo durante ocho días. No se hartaban de escucharlos. Derramaban en los más humildes villorrios armonías para todo el año, y de noche se acostaban en los establos, apretándose uno contra el otro sobre el lecho de pajas, como en los tiempos en que eran pobres en Suecia.

Ahora bien: como estaban muy decentemente vestidos, rechazaban las monedas que les ofrecían, y no querían dormir en las pasadas; los campesinos no podían comprender la conducta de aquel menestral que andaba por los caminos con aquella bella niña que cantaba como un ángel del paraíso. Se les seguía de aldea en aldea.

Un día un niño de la ciudad, que estaba con su aya, hizo hacer a ésta un largo trayecto, porque no se decidía a separarse de la niña cuya voz tan dulce y tan pura parecía haberlo subyugado. Llegaron así al borde de una playita que todavía se llama Trestraou, pero en la que hay un camino o algo parecido. En aquel tiempo allí no había más que mar,

cielo y la ribera dorada. Había, además, un fuerte viento, que arrastró hasta el mar el chal de Cristina. Cristina lanzó un grito y extendió el brazo, pero el velo ya estaba lejos, en las olas. Cristina oyó una voz que le decía:

–No se disguste, señorita, yo voy a ir a rescatar su chal al mar.

Y vio a un niño que corría a pesar de los gritos y de las protestas indignadas de una buena señora, toda vestida de negro. El niño se echó vestido al mar y le trajo su chal. ¡El niño y el chal quedaron en bonito estado! La señora vestida de negro no conseguía tranquilizarse, pero Cristina reía de buena gana y le dio un beso al chico. Era el vizconde Raúl de Chagny. Habitaba en aquel momento con su tía, en Lonion. Durante aquel verano se volvieron a ver casi todos los días y jugaban juntos. A petición de la tía y por intercesión del profesor Valerius, el viejo Daaé consintió en dar lecciones de violín al vizconde. De este modo Raúl aprendió a amar los mismos aires que habían encantado la infancia de Cristina.

Tenían ambos las mismas almitas soñadoras y serenas. No se divertían más que con las viejas leyendas, los antiguos cuentos bretones, y su mejor juego era ir a mendigarlos de puerta en puerta. “*Señora, o, mi buen señor, ¿no tendría usted algún cuentecillo que contamos?*” Y era raro que no les “dieran” algo. ¿Qué vieja abuela bretona no ha visto alguna vez en su vida bailar a los *korriganos* al claro de la luna?

Pero su gran fiesta era cuando, a la hora del crepúsculo, en la gran calma de la tarde, cuando el sol ya se habla puesto en el mar, el viejo Daaé iba a sentarse con ellos al borde del camino, y les contaba en voz baja, como si temiera asustar a los fantasmas que evocaba, las bellas, suaves o terribles leyendas del país del Norte. Ora eran cosas tan bellas como en los cuentos de Andersen, ora era algo tan triste como los cuentos del gran poeta Rumberg. Cuando él callaba, los niños decían: ¡Otro más! ¡Otro más!

Había un cuento que comenzaba así:

“Un rey se había sentado en tina pequeña barquilla, en una de esas aguas tranquilas y profundas que se abren como un ojo transparente en medio de los montes de Noruega...”

Y otro decía:

“La pequeña Lota pensaba en todo y no pensaba en nada. Pájaro ríe estío, se cernía entre los rayos riel sol, llevando sobre sus rizos rubios su corona de primavera. Su alma era tan clara y azul como su mirada. Era cariñosa con su madre, quería "a su muñeca"; cuidaba mucho sus ropas, sus zapatos rojos y su violín, pero lo que más le gustaba era dormirse arrullada por el Ángel de la Música”

Mientras que el viejo decía aquellas cosas, Raúl miraba los ojos azules y la cabellera dorada de Cristina. Y Cristina pensaba que la pequeña Lota tenía mucha suerte al poder dormirse oyendo al Ángel de la Música. No habla cuento del tío Daaé en que no interviniese el Ángel de la Música, y los niños pedían que les explicase cómo era ese Ángel que les intrigaba tanto. El tío Daaé pretendía que todos los grandes músicos, todos los grandes artistas, reciben, por lo menos una vez en su vida, la visita del Ángel de la Música.

Ese Ángel se ha inclinado algunas veces sobre tu cuna, como le sucedió a la pequeña Lota, y es por eso que hay prodigios de seis años que tocan el violín mejor que los hombres de cincuenta, lo que, hay que confesarlo, es realmente milagroso. Otras veces el Ángel se presenta mucho más tarde, porque los niños no tienen juicio, no quieren estudiar el método y hacer escalas. Algunas veces el Ángel no llega nunca, porque no se tiene el corazón puro nido conciencia tranquila. Al Ángel no se le ve nunca, pero se deja oír por las almas predestinadas. Esto ocurre a veces en los momentos que menos lo esperan, cuando están tristes y desalentados. Entonces el oído percibe de pronto armonías celestes, una voz divina, y no la olvida en toda su vida.

Las personas que son visitadas por el Ángel quedan como inflamadas por él. Vibran con un entusiasmo que no conoce el resto de los mortales, y tienen el privilegio de que en adelante no pueden tocar un instrumento ni abrir la boca para cantar sin producir sonidos que menoscaban por su belleza a todos los demás sonidos humanos. Las personas que no saben que esos músicos han sido visitados por el Ángel, dicen que "tienen genio".

La pequeña Cristina preguntaba a su papá si había oído al Ángel. Pero el viejo Daaé sacudía tristemente la cabeza, luego su mirada brillaba mirando a su hija y le decía:

"¡Tú, hija mía, lo oirás un día! Cuando yo esté en el Cielo te lo mandaré, te lo prometo!"

El viejo Daaé comenzaba a toser en aquel tiempo.

Llegó el otoño que separó a Raúl de Cristina.

Volvieron a verse tres años más tarde; crin ya dos jóvenes. Esto pasó también en Perros, y Raúl conservó de ello tal impresión, que después lo persiguió toda la vida. El profesor Valerius había muerto, pero su mujer se había quedado en Francia, donde sus intereses la retenían, junto con el viejo Daaé y con su hija, quienes, siempre cantando y tocando el violín habían envuelto en su sueño armonioso a su amada protectora, que parecía no vivir ya más que de música. El joven habla sólo ido en busca de recuerdos a Perros y así también penetró en la casa que habitan su pequeña amiga. Vio primero al anciano Daaé, que se puso de pie y lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas, diciéndole que habla conservado de él un fiel recuerdo. En efecto, no habla pasado día sin que Cristina no hablase de Raúl. El anciano seguía hablando cuando la puerta se abrió, y entró en la pieza, encantadora, solícita, la joven Cristina, llevando en una bandeja el aromático té. Reconoció a Raúl y una llamarada rápida se esparció por su faz delicada. Permanecía vacilante, callaba. El anciano los miraba a los dos. Raúl se acercó ala joven y le dio un beso que ella no evitó. Le hizo algunas preguntas, desempeñó graciosamente sus deberes de dueña de case, volvió a tomar la bandeja y se retiró del cuarto. Luego fue a refugiarse en un banco, en la soledad del jardín. Sentimientos desconocidos agitaban su corazón adolescente por primera vez. Raúl fue a reunírsele y conversaron hasta la tarde presa de una gran turbación. Estaban completamente cambiados, no reconocían sus personas que parecían haber adquirido una importancia considerable. Eran prudentes como diplomáticos y se contaban cosas que no tenían que ver con sus sentimientos nacies. Cuando se separaron en el borde del camino. Raúl dijo a Cristina depositando un beso ceremonioso en su mano trémula: "¡Se-

ñorita, no la olvidaré jamás!" Y se marchó deplorando aquella frase audaz, porque sabía muy bien que Cristina no podía ser la esposa del vizconde de Chagny.

En cuanto a Cristina, fue a reunirse con su padre y le dijo: "¿No te parece que Raúl no es ya tan simpático como antes? ¿No me agrada nada!". Trató de no pensar más en él. Lo conseguía difícilmente y se refugió por completo en su arte, que le absorbía todo el tiempo. Sus progresos eran maravillosos. Los que la escuchaban le decían que sería la más grande artista del mundo. Pero su padre, en estas circunstancias, murió, y Cristina pareció perder junto con él su alma, su voz y su genio. Le quedaron de esas cosas lo bastante como para entrar al Conservatorio. No se distinguió en él de ningún modo, siguió las clases sin entusiasmo y sólo disputó y obtuvo un premio para complacer a la anciana señora Valerius, junto con la cual seguía viviendo. La primera vez que Raúl volvió a ver a Cristina en la Opera quedó encantado por la belleza de la joven y por la evocación de las dulces imágenes de antaño, pero más bien lo había sorprendido el resultado negativo de su arte. Parcela ajena a todo. Volvió a escucharla. La siguió entre bastidores. La esperó tras de un portante. Trató de llamar su atención. Más de una vez la acompañó hasta la puerta de su camarín. Pero ella no lo veía. Parecía, por lo demás, que no veía a nadie. Era la indiferencia en marcha, Raúl sufrió con esto porque Cristina era muy bella; él era tímido y no se atrevía a confesarse a sí mismo que la amaba. Y luego vino la fulguración de la noche de gala, los ciclos se abrieron, una voz de ángel se hizo oír sobre la tierra para encanto de los hombres y arrebató de su corazón.

Y luego, y luego se había oído aquella voz de hombre tras de la puerta: "*¡Es preciso que me ames!*", y nadie en el camarín...

¿Por qué había reído en el momento en que él le dijo, al reabrir ella los ojos: "*Yo soy el niño que recogí su velo del mar*"? ¿Por qué no lo había reconocido entonces? ¿por qué después le escribió?

¡Ah! ¡Esta pendiente es interminable!... Aquí está el cruce de los tres caminos... Aquí están los médanos desiertos, el paisaje inmóvil bajo el cielo blanco. Los cristales sacudidos por los barquinazos le

aturden el oído. ¡Cuánto estrépito hace esta diligencia que anda tan despacio! Reconoce las chozas, las cercas, las zanjas, los árboles del camino. Este es el último recodo del camino y enseguida se descenderá hasta el mar... hasta la había de Perros.

Entonces se ha hospedado en la posada del Sol Poniente. ¡Claro! No hay otra. Y, además, se está muy bien en ella. Recuerda que en un tiempo le contaban muy lindas consejas en ella. Su corazón palpita. ¿Qué dirá Cristina cuando lo vea?

La primera persona que ve al entrar en la vieja sala ahumada de la posada es a la tía Tricard. La vieja no lo reconoce. Le hace cumplidos. Le pregunta qué es lo que lo lleva allí. Raúl se sonroja. Dice que lo ha traído un negocio a Lanion y que ha querido llegar hasta allí para saludarla. La posadera quiere servirle de almorzar, pero él le contesta que dentro de un rato. Parece esperar algo o a alguien. La puerta se abre. No se ha equivocado, ¡es ella! Quiere incorporarse, hablar, y vuelve a caer sentado. Cristina permanece de pie delante de él, sonriente y nada sorprendida. Su cara está fresca y rosada como una frutilla crecida en la sombra. Sin duda, la joven está agitada por una marcha rápida. Su seno, que guarda un corazón sincero, se alza suavemente. Sus ojos, claros espejos de azul pálido, del color de los lagos pensativos, inmóviles, allá en lo alto del norte del mundo, sus ojos reflejan tranquilamente la placidez de su alma cándida. El tapado de pieles está entreabierto sobre un talle delgado, sobre la línea armoniosa de su joven cuerpo lleno de gracia. Raúl y Cristina se miran largo rato. La tía Tricard sonrío y discretamente se escabulle. Por fin, Cristina habla.

—No me extraña su venida. Tenía el presentimiento de que lo encontraría aquí, en esta posada, al volver de misa. "Alguien" me lo dijo allá. Sí, me hablan anunciado su llegada.

—¿Quién? —preguntó Raúl tomando entre sus manos la pequeña mano de Cristina que la joven no retiró.

El alma de mi pobre padre...

Hubo un silencio entre los dos jóvenes. Luego Raúl prosiguió:

—¿Le dijo también que yo la amo, Cristina, y que no puedo vivir sin usted?

Cristina se sonrojó hasta el cabello y volvió la cabeza.

Luego agregó con voz trémula:

—¿A mí? ¿Se ha vuelto loco?

Y se echó a reír para disimular su turbación.

—No se ría Cristina, le hablo muy en serio.

Y ella replicó con gravedad:

—No lo he hecho venir para que me diga esas cosas.

—Usted "me ha hecho venir", Cristina; usted comprendió que enseguida que leyera su carta acudiría aquí. ¿Cómo ha podido usted pensar eso sino creyera que yo la amaba?

—Pensé que se acordaría usted de los juegos de nuestra infancia, a los que mi padre se mezclaba tantas veces. En el fondo no sabía lo que pensé... Quizá hice mal en escribirle. Este aniversario y aquella aparición suya tan brusca en mi camarín, esas cosas me hicieron recordar el pasado, y le escribí como la chiquilla que era en aquel entonces, como una chiquilla que está jugando y que desearla en un momento de soledad y de tristeza ver reaparecer al pequeño camarada al lado suyo...

Durante un instante guardaron silencio. Había en la actitud de Cristina algo que Raúl no encontraba natural, sin que le fuera posible decir qué. Sin embargo, no la encontraba hostil; lejos de eso... la ternura desolada de sus ojos claros se lo decía. Pero, ¿por qué aquel cariño era desolado? Eso era lo que era necesario saber y lo que ya irritaba al joven...

—Cuando usted me vio en su camarín, ¿era la primera vez que me advertía en la Opera, Cristina?

La joven no debía mentir.

—No —dijo—. Ya lo había notado varias veces en el palco de su hermano. Y otras veces también entre bastidores.

—¿Lo sospechaba! —dijo Raúl mordiéndose los labios. Pero entonces, ¿por qué cuando me vio usted en su camarín, hincado de rodillas, y haciéndole recordar que yo había recogido su chal del mar, por qué me respondió usted como si no me conociera, y por qué se puso a reír?

El acento de aquellas preguntas era tan áspero, que Cristina miró a Raúl y no le respondió. El joven, volviendo en sí, se sorprendió de

haberse atrevido a expresarse de aquel modo, cuando se habla propuesto hacerle oír a Cristina las palabras más suaves de amor y sumisión. Un marido, un amante que llenen todos los derechos no le hablarían de otro modo a su mujer o a su querida, en caso de haber sido ofendidos. Pero a él mismo lo irritó su falta, y juzgándose estúpido, no encuentra más salida a aquella situación que la resolución desesperada de mostrarse odioso.

"¡No responde nada! –exclamó con aspecto de rabia y desesperación –pues entonces yo voy a responder por usted! ¡Era porque había en el camarín alguien que la estorbaba! ¡Alguien, Cristina, a quien no quería usted dejarle ver que se interesaba por otra persona más!...

–¡Si alguien me molestaba esa noche, amigo mío –interrumpió Cristina con un acento helado –, tenía que ser usted, porque fue a usted a quien puse en la puerta!...

–Sí.. ¡para quedar sola con el otro!

–¿Qué dice usted, señor –exclamó la joven jadeando... –y ¿quién es ese otro de que se trata?

De aquel a quien usted dijo: "*Yo no canto más que para vos. ¡Esta noche os he dado mi alma y estoy muerta!*"

Cristina asió el brazo de Raúl y lo oprimió con una fuerza que nadie habría sospechado en aquel organismo delicado.

–¿Estaba usted escuchando tras de la puerta?

–Sí, porque la amo.. Y lo oí todo...

–¿Y qué fue lo que usted oyó? –Y la joven, recuperando singularmente la calma, cesó de apretar el brazo de Raúl.

–Él le respondió a usted: "*¡Es preciso que me ame!*"

Al oír estas palabras, una palidez cadavérica se esparció por la faz de Cristina. Sus ojos se pusieron blancos... vaciló... iba a caer. Raúl se precipitó, tendió los brazos, pero ya Cristina había dominado aquella debilidad pasajera, y con voz baja, casi expirante, dijo...

–¡Prosiga, sí, dígame todo lo que oyó!...

Raúl la mira, vacila, no comprende qué es lo que pasa.

–¡Pero siga, siga! ¿No ve usted que me está matando?...

–Oí después que él le respondió, cuando usted le dijo que le había dado el alma: “*Tu alma es muy bella, y te la agradezco. No hay emperador que haya recibido más valioso regalo. ¡Los ángeles esta noche han llorado!*”

Cristina se llevó la mano al corazón. Miró a Raúl con una emoción indescriptible. Su mirada era tan penetrante, tan fija, que parecía la de una insensata. Raúl se llenó de espanto. Pero he aquí que los ojos de Cristina se humedecen y que por sus mejillas de marfil ruedan dos perlas, dos pesadas lágrimas.

–¡Cristina!

–¡Raúl!

El joven quiere tomarla en sus brazos, pero escapa de sus manos y huye consternada.

Mientras que Cristina permanecía encerrada en su cuarto, Raúl se hacía mil reproches por su brutalidad, pero, por otra parte, los celos volvían a, encender llamas en sus venas. Para que la joven hubiera demostrado aquella emoción al saber que habla sido sorprendido su secreto, era preciso que aquél tuviera mucha importancia. Raúl no dudaba, seguramente, a pesar de lo que había oído, de la pureza de Cristina. Conocía su gran reputación de honestidad y no era tan novicio que no comprendiera la necesidad a que se ve reducida a veces una artista de oír frases de amor. Es verdad que ella había respondido afirmando que habla dado su alma, pero, evidentemente, en todo aquello sólo se trataba de canto y música. ¿Evidentemente? Y entonces, ¿a qué aquella emoción de hacía un momento? ¡Qué desgraciado se sentía Raúl! Y si hubiera podido encontrar al hombre, a la "voz de hombre", le hubiera exigido explicaciones categóricas.

¿Por qué había huido Cristina? ¿Por qué no volvía a bajar?

No quiso almorzar. Estaba transido por el dolor al ver correr tan tristes aquellas horas que habla esperado serían tan dulces y felices. ¿Por qué no venía a recorrer junto con él los sitios en que tenían tantos recuerdos comunes? ¿Y por qué, puesto que no tenía ya nada que hacer allí, no emprendía enseguida la vuelta a París? Averiguó que Cristina había hecho decir una misa por el descanso del anciano Daaé, y que

había pasado largas horas orando en la pequeña iglesia y sobre la tumba del menestral.

Triste, desesperado, Raúl se dirigió al cementerio que rodeaba la iglesia. Empujó la pequeña puerta. Vagó solitario entre las tumbas, descifrando las inscripciones, pero al llegar tras del ábside, enseguida percibió la frescura de las flores que suspiraban sobre el granito de las tumbas y desbordaban hacia la tierra blanca: perfumaban todo aquel helado rincón del invierno bretón. Eran milagrosas rosas rojas que parecían haberse abierto aquella mañana entre la nieve. Aquello era un poco de vida en la casa de los muertos, porque allí la muerte reinaba soberana. Ella también desbordaba de la tierra, que había arrojado fuera su exceso de cadáveres. Centenares de cráneos y esqueletos estaban amontonados contra la pared de la iglesia, contenidos sólo por una red de alambre que dejaba al descubierto todo el macabro edificio. Los cráneos de los muertos, apilados, alineados como ladrillos, consolidados a trechos por huesos grandes y muy prolijamente limpios, parecían formar los cimientos sobre los cuales se habían levantado las paredes de la sacristía. La puerta de la sacristía se abría en medio de aquel osario, como es frecuente que suceda en las viejas iglesias bretonas.

Raúl oró por Daaé, y luego, lamentablemente impresionado por todas aquellas sonrisas eternas que tienen las bocas de las calaveras, salió del cementerio, ascendió la loma y se sentó a la orilla del médano que domina el mar. El viento soplaba áspero por la costa, ladrando tras de la pobre y tímida claridad del día, que fue apagándose poco a poco hasta no ser más que una línea lívida en el horizonte. Entonces el viento calló. Era ya noche. Raúl estaba rodeado de sombras heladas, pero no sentía frío. Todos sus recuerdos, todo su pensamiento estaba en la landa desierta y desolada. Era allí, en aquel sitio, donde había ido muchas veces al caer la noche, junto con la pequeña Cristina, para ver bailar a los duendes *korriganos*, precisamente en el instante en que sale la luna. Nunca los había visto, y, sin embargo, tenía buenos ojos. Cristina que, por el contrario, era un poco miope, pretendía haber visto muchos. Sonrió al recordarlo y luego se estremeció. Una forma, una

forma definida, pero que había llegado allí quién sabe cómo, sin que el menor ruido la delatara, una forma que estaba de pie a su lado, decía:

—¿Cree usted que los duendes *korrikanos* vendrán esta noche?

Era Cristina. Quiso hablar, pero ella le cerró la boca con la mano enguantada.

—Escúcheme, Raúl; estoy resuelta a decirle algo grave muy grave. Su voz temblaba. Raúl esperó.

—¿Recuerda usted, Raúl, la leyenda del Ángel de la Música?

—Sí, la recuerdo! —exclamó—. Estoy seguro de que fue aquí que su padre nos la contó por primera vez.

—Sí, aquí fue que me dijo: "*Cuando esté en el Cielo, hija mía, te lo enviaré*". Pues bien: Raúl, mi padre está en el Cielo y he recibido la visita del Ángel de la Música.

—No lo dudo —replicó el joven, gravemente, porque creía comprender que con un pensamiento piadoso su amiga mezclaba el recuerdo de su padre al brillo de su último triunfo.

Cristina pareció ligeramente sorprendida por la sangre fría con que el vizconde de Chagny se enteraba de que hubiera recibido aquella mística visita.

—¿Qué es lo que quiere usted decir, Raúl? —dijo Cristina, inclinando tanto la cabeza que el joven pudo creer que iba a darle un beso, mientras que lo que quería era leer en sus ojos, a pesar de las tinieblas.

—Quiero decir —replicó Raúl— que una criatura humana no canta como usted cantó la otra noche, sin que intervenga para ello algún milagro, sin que el Cielo no tenga nada que ver en ello. No hay profesor en la tierra que pueda enseñar semejantes acentos. Sí, Cristina, es preciso que haya usted oído al Ángel de la Música.

—Sí —exclamó la joven solemnemente—, en mi camarín. Allí es donde acude a darme sus lecciones cotidianas.

El acento con que dijo aquello era tan penetrante y tan singular, que Raúl la miró inquieto, como se mira a una persona que ha dicho una enormidad o que expresa alguna visión loca en que cree con todas las fuerzas de su pobre cerebro enfermo. Pero habla retrocedido, y así inmóvil y a lo lejos sólo parecía un foco de sombra entre la noche.

–¡En su camarín! –repitió Raúl, como un eco estúpido.

–Sí, allí fue que lo oí y no he sido la única en oírle...

–¿Quién más lo ha oído, Cristina?

–Usted, amigo mío.

–¿Yo? ¿Yo he oído al Ángel de la Música?

–Sí, él era quien hablaba la otra noche cuando usted estaba escuchando tras de la puerta. Fue él quien me dijo: "*Es preciso que me ame*". Pero yo creía ser la única en percibir su voz. Juzgue usted mi sorpresa cuando supe esta mañana que lo habla oído usted también.

Raúl se echó a reír. Y enseguida, la noche se disipó en la landa desierta, y los primeros rayos de la luna vinieron a envolver a los dos jóvenes. Cristina se habla vuelto para mirar hostilmente a Raúl. Sus ojos, generalmente tan dulces, lanzaban relámpagos.

–¿Por qué se ríe usted? ¿Creyó usted, sin duda, que habla oído una voz de hombre?

–¡Claro! –respondió el joven –, cuyas ideas comenzaban a confundirse ante la actitud agresiva de Cristina.

–¡Y es usted, Raúl quien me dice eso! ¡Mi pequeño camarada de infancia, el amiguito de mi padre! ¡Me parece increíble! ¡Pero qué se imagina usted! Yo soy una joven honrada, señor vizconde de Chagny, y no me encierro con voces de hombre en mi camarín. Si hubiera usted abierto la puerta, habría visto que estaba sola.

–¡Es cierto! Cuando usted se marchó abrí la puerta y vi que no habla nadie en el camarín...

–Ya lo ve usted... ¿Entonces?

El vizconde apeló a todas sus fuerzas. Entonces, Cristina, pienso que alguien se está burlando de usted.

La joven lanzó un grito y huyó. Corrió tras ella, pero Cristina le gritó con una irritación furiosa:

–¡Déjeme! ¡Déjeme!

Y desapareció. Raúl volvió ala posada, muy cansado, muy desalentado y muy triste.

Allí supo que Cristina acababa de subir a su cuarto y que habla advertido que no bajaría para comer. El joven preguntó si no estaba

enferma. La buena posadera le respondió de una manera ambigua, que si estaba indispuesta no debía de ser una enfermedad muy grave; y como creía que era una riña de enamorados, se alejó encogiéndose de hombros, como deplorando socarronamente que aquellos jóvenes malgastaran en vanas querellas las horas que Dios les permitía pasar juntos sobre la tierra.

Raúl comió solo, cerca de la estufa, y, como es de suponer, de muy mal humor. Luego, cuando estuvo en su cuarto, trató de leer, y después, en el lecho trató de dormir. No se percibía el menor ruido en la pieza contigua. ¿Qué hacía Cristina? ¿Dormía? Y si no dormía, ¿en qué pensaba? Y él, ¿en qué pensaba? ¡Acaso era capaz de decirlo! La extraña conversación que habla tenido con Cristina lo había desencantado por completo.

Pensaba menos en Cristina que "alrededor" de Cristina, y este alrededor era tan difuso, tan nebuloso, tan inasible, que le producía un angustioso malestar.

Las horas transcurrieron lentamente; serían las once de la noche cuando Raúl oyó claramente que caminaban en el cuarto contiguo al suyo. Era un paso ligero, furtivo. ¿Cristina no se había acaso acostado? Sin meditar en lo que hacía, el joven se vistió apresuradamente, tratando de hacer el menor ruido posible. Dispuesto a todo, esperó. ¿Dispuesto para qué? ¿Acaso lo sabía? Su corazón dio un salto, cuando oyó que la puerta del cuarto de Cristina giraba sobre sus goznes. ¿Adónde iba en aquel momento en que todo reposaba en silencio? Entreabrió suavemente la puerta y pudo ver, entre un rayo de luna, la forma blanca de Cristina, que se deslizaba sigilosamente por el corredor. Llegó ala escalera y se puso a descenderla, mientras que él la miraba desde el descansillo. De pronto oyó dos voces que conversaban rápidamente. Una frase le llegó: "No vaya a perder la llave". Era la voz de la posadera. En el piso bajo abrieron la puerta que daba del lado del mar. La volvieron a cerrar. Y todo quedó en silencio. Raúl volvió enseguida a su cuarto, y corrió a abrir la ventana. La forma blanca de Cristina se destacaba en la costa desierta.

Aquel primer piso de la posada del Sol Poniente era de poca altura, y un árbol plantado al pie de la casa que tendía sus ramas a los brazos impacientes de Raúl, le permitió a éste salir de la casa sin que la posadera sospechara su ausencia. Así, ¿cuál no fue la sorpresa de ésta, cuando al día siguiente le condujeron al joven casi helado, más muerto que vivo, y cuando supo que lo hablan encontrado tendido largo a largo en las gradas del altar mayor de la pequeña iglesia de Perros? Enseguida acudió a llevar la noticia a Cristina, que al instante bajó, y ayudada por la posadera prodigó solícitos cuidados al joven, que no tardó en abrir los ojos y volvió por completo a la vida al ver junto a sí la faz encantadora de su amiga.

¿Qué había sucedido? El señor comisario Mifroid tuvo ocasión alunas semanas más tarde, cuando el drama de la Opera acarreó la intervención del ministerio público, de interrogar al vizconde de Chagny, sobre los acontecimientos de la noche de Perros, y he aquí cómo fueron aquellos asentadas en las hojas del expediente del sumario, folio 150:

"Pregunta. —¿La señorita Daaé no lo vio bajar de su aposento por el singular camino que usted escogiera?"

"Respuesta. —No, señor; no, no. Sin embargo, llegué adonde ella estaba, descuidando de sofocar el ruido de mis pasos. Yo sólo deseaba entonces una cosa: que se volviera hacia mí, que me viera y me reconociese. Yo acababa de darme cuenta de que mi persecución era completamente incorrecta y que el espionaje a que me entregaba era indigno de mí. Pero no pareció oírme, y, en efecto, procedió como si yo no estuviese allí. Se apartó tranquilamente del malecón, y luego, de pronto, se puso a ascender rápidamente el camino.

"El reloj de la iglesia acababa de dar las once y tres cuartos, y me pareció que el toque de la hora fue lo que determinara la prisa de su marcha, porque casi se echó a correr. De esa manera llegó a la puerta del cementerio.

"P. —¿La puerta del cementerio estaba abierta?"

"R. —Sí, señor, y esto me sorprendió; pero no pareció sucederle otro tanto a la señorita Daaé.

"P. –¿No había nadie en el cementerio?"

"R. –Yo no vi a nadie. Si hubiera habido alguien, lo habría visto. La luz de la luna era intenso, y la nieve que cubría el suelo, al reflejar sus rayos, aumentaba todavía más la claridad.

"P. –¿No era posible ocultarse tras de las tumbas?"

"R. –No, señor. Eran unas pobres losas que desaparecían bajo la capa de nieve y alineaban sus calces al ras del suelo. Las únicas sombras eran las de aquellas cruces y las dos nuestras. La iglesia estaba deslumbrada de claridad. Jamás he visto semejante luz nocturna. Era algo muy bello, muy transparente y muy frío. Yo nunca había estado de noche en un cementerio e ignoraba que se pudiera encontrar en ellos una luz semejante, "una luz que no pesa nada"

"P. –¿Es usted supersticioso?"

"R. –No, señor. Soy creyente.

"P. –¿En qué estado de ánimo se encontraba usted?"

"R. –Muy sano y muy tranquilo, por cierto. Sin dada que en un principio la salida insólita de la señorita Daaé me había impresionado profundamente; pero enseguida que vi que la joven penetraba en el cementerio, me dije arte iba a cumplir algún voto en la tumba paterna; y esto me pareció algo tan natural que enseguida recuperé toda mi alma. Sólo me sorprendía que no me oyera caminar tras de ella, porque la nieve crujía bajo mis pasos. Pero, sin duda, estaba toda absorta en su idea piadosa. Resolví, por otro porte, no molestarla, y cuando llegó a la tumba de su padre, me mantuve a algunos pasos detrás de ella. Cristina se arrodilló en la nieve, se hizo la señal de la cruz y comenzó a orar. En ese momento dieron las doce. Todavía vibraba en mi oído el duodécimo toque, cuando vi que, de pronto, la joven levantaba la cabeza; su mirada se fijó en la bóveda celeste, sus brazos se extendieron bocio el estro de la noche; me pereció que estaba en éxtasis, y me preguntaba cuál sería la causa súbita y determinante de aquel éxtasis, cuando yo mismo levanté la cabeza, eché a mi alrededor una mirada azorada y todo mi ser se tendió hacia lo invisible, hacia lo invisible que nos hacía oír música. ¡Y qué música, señor! Nosotros ya la conocíamos. Cristina y yo la habíamos oído en nuestra juventud.

Pero nunca, ni aún en el violín del anciano Daaé, se había expresado con un arte tan divino. Lo único que se me ocurrió en aquel instante fue recordar todo lo que Cristina acababa de decirme del Ángel de la Música, y no supe qué pensar de aquellos sonidos inolvidables, que si no descendían del cielo, no delataban tampoco su origen en la tierra. Allí no había instrumento ni mano que condujera el arco. ¡Oh! Recuerdo muy bien la admirable melodía. Era la Resurrección de Lázaro, que el viejo Daaé nos tocaba en sus horas de tristeza y de fe. Si el Ángel de Cristina hubiera existido, no habría tocado mejor aquella noche, con el violín del antiguo menestral La invocación de Jesús nos apartaba de la tierra, y en verdad casi esperaba ver levantarse la losa que cubría la tumba del pudre de Cristina. También recordé que Daaé había sido enterrado con su violín, y en verdad, no sé hasta donde se fue, en aquel minuto fúnebre y radioso, en el fondo de aquel apartado cementerio de aldea, junto a todos aquellos esqueletos que reían con sus mandíbulas inmóviles, la verdad es que no sé hasta dónde fue a dar, ni dónde se detuvo mi imaginación.

"Pero la música cesó y recuperé mis sentidos. Me pareció oír un rumor hacia el lado del osario.

"P. –¡Ah, ah! ¿Oyó usted reo mido del lado del osario?

"R. –Sí, me pareció que las calaveras se reían extrañamente y no pude menos de estremecerme.

"P. –¿No pensó usted enseguida arte detrás del osmio podía ocultarse, precisamente, el músico celeste que acababa de encartarlo?

"R. –Tanto pensé, que ya no pensé más que en eso, y me olvide de seguir a la señorita Daaé, que acababa de ponerse de pie y se dirigía tranquilamente hacia la puerta del cementerio. En cuanto a ella, estaba tan absorta que no es extraño que no me notara. Yo no me moví, con los ojos fijos en el osario, decidido a llegar hasta el fin de aquella increíble aventura y penetrar su secreto.

"P. –Y entonces, ¿qué sucedió poro que al día siguiente se le encontraron caído y medio muerto ante las gradas del altar mayor?

"R. –¡Ah! Fue algo rápido... Una calavera rodó a mis pies... luego otra... luego otra. Se hubiera dicho que yo ere el blanco de aquel

extraño juego de bochas. Y se me ocurrió la idea de que un movimiento falso había debido destruir la armonía de la construcción tras de la cual se disimulaba nuestro músico. Esta hipótesis me pareció tanto más razonable, cuanto que una sombra se deslizó de pronto sobre la pared deslumbrante de la sacristía.

“Me precipité. La sombra, empujando la puerta, ya había penetrado en la iglesia. Yo parecía tener alas, la sombra levaba una capa. Pude correr lo bastante para asir un pliegue de la capa de la sombra. En aquel momento la sombra y yo estábamos precisamente ante el altar mayor y los rayos de la luna, penetrando por el gran ventanal del ábside, caían directamente sobre nosotros. Como no consiguiera arrancar la capa, la sombra se volvió, y al entreabrírsele su capa, vi con toda precisión una espantosa calavera que clavaba en mí una mirada en la que ardía el fuego infernal, Creí tener que habérmelas con el propio Satanás, y ante aquella aparición de ultratumba; mi corazón, a pesar de todo su valor, desfalleció, y no tenga recuerdo de nada más hasta que desperté en mi pequeño cuarto de la posada del Sol Poniente”

CAPITULO VII

UNA VISITA AL PALCO NÚMERO 5

Cuando dejamos a los señores Fermín Richard y Armando Moncharmin habían decidido ir a hacerle una pequeña visita al palco balcón número 5.

Pasaron frente a la amplia escalera que conduce del vestíbulo de la administración a la escena y sus dependencias; atravesaron el escenario, entraron al teatro por la puerta de los abonados y luego ala sala por el primer pasadizo de la izquierda. Entonces se escurrieron entre las primeras filas de sillones de platea y miraron el palco balcón número 5. Lo percibían mal a causa de que estaba sumido en una semi oscuridad y que una inmensa funda estaba corrida sobre el terciopelo rojo de los antepechos.

En aquel momento estaban casi solos en la misma nave tenebrosa y un gran silencio los rodeaba. Era la hora tranquila en que los maquinistas van a beber.

Habían dejado momentáneamente vacío el escenario, en el que un decorado estaba a medio colocar; algunos rayos de luz (una luz lívida, siniestra, que parecía robada a un astro moribundo) se habían insinuado quién sabe por qué abertura hasta la vieja torre que alzaba en la escena sus almenas de cartón; las cosas en aquella noche ficticia, o, más bien, en aquella claridad falsa, tomaban extraños aspectos. En las butacas de la platea, las fundas que las cubrían tenían la apariencia de un mar furioso, cuyas olas glaucas hablan sido instantáneamente inmovilizadas por orden del gigante de las tempestades, que, como es sabido, se llama Adamastor. Los señores Moncharmin y Richard eran los náufragos de aquel temporal inmóvil de un mar de tela cruda. Avanzaron hacia los palcos de la derecha a grandes brazadas, como marineros que han abandonado su bote y tratan de llegar a la orilla. Las ocho grandes columnas de jaspe pulido se erguían en la sombra como prodigiosos puntales destinados a sostener el barranco amenazador, medio desmo-

ronado y panzudo, cuyos cimientos eran figurados por líneas circulares, paralelas y encorvadas de los balcones de los palcos de primero, segundo y tercer orden. Allá arriba, en la cima del acantilado, perdidos en el cielo de cobre del señor Lenepoen, unas ceras se contraían, hacían muecas, se mofaban de la inquietud de los señores Richard y Moncharmin. Eran, sin embargo, caras muy serias por lo regular. Se llamaban Isis, Anfitrite, Hebe, Flora, Pandora, Psiche, Tetis, Pomona, Dafné, Clitia, Galatea, Aretusa. Sí, Aretusa en persona, y Pandora, a quien todos conocen a causa de su caja, miraban a los dos nuevos directores de la Opera, que habla acabado por prenderse a alguna tabla y que desde allí contemplaban en silencio el palco número 5. He dicho que estaban inquietos. Por lo menos, lo presumo. En todo caso, el señor Moncharmin confiesa que estaba impresionado. Dice textualmente:

“Aquella pavada (¡qué estilo!) del Fantasma de la Opera, que cundió tan amablemente, así que tomamos la sucesión de los señores Poligny y Debienne, habla acabado sin duda por perturbar el equilibrio de mis facultades imaginativas, o a lo menos visuales, porque ¿sería la decoración excepcional en que nos movíamos, en el centro de un increíble silencio lo que nos impresionó tanto?...”

“¿Fuimos juguete de una especie de alucinación provocada por la casi oscuridad de la sala y la penumbra que bañaba el palco número 5? Porque yo vi y Richard vio en el mismo momento tina forma en el palco número 5. Richard no dijo nada, ni yo tampoco, por otra parte. Pero nos tomamos de la mano, haciendo el mismo ademán. Luego esperarnos algunos minutos, así, sin movemos, con los ojos siempre fijos en el mismo punto, pero la forma habla desaparecido. Entonces salimos y una vez en el corredor nos comunicamos nuestras impresiones y hablarnos de la "forma". Lo malo es que la forma arte yo vi no tenía nada arte ver con la forma que vio Richard. Yo vi una calavera, colocada sobre el antepecho, mientras que Richard vio un bulto de vieja bastante parecido a madame Giry. De modo que nos convencimos de que hablamos sido juguete de tina ilusión, y que enseguida nos precipitarnos, riendo como locos, hacia el palco número 5, al que penetramos, y en el que no hallarnos ninguna forma”

Y ahora henos en el palco número 5. Es un palco como todos los de primera fila. En realidad nada distingue a este palco de sus vecinos.

Los señores Moncharmin y Richard, muy alegres ostensiblemente y riéndose el uno del otro, registraban los muebles del palco, levantaban las fundas y los sillones y examinaban especialmente aquel *"en que la voz tenía costumbre de sentarse"*. Pero comprobaron que era un honesto sillón que no tenía nada de mágico. En resumen el palco era el más común de los palcos, con su tapicería roja, sus sillones, su alfombra y sus antepechos de terciopelo encarnado. Después de haber observado la alfombra y no haber descubierto tampoco en ella nada de especial, descendieron al palco bajo número 5. En este palco, que está precisamente en el ángulo de la primera salida de la izquierda de la platea, no encontraron nada, tampoco, que mereciera notarse.

—¡Toda esa gente se ha propuesto reírse de nosotros! —acabó por exclamar Fermín Richard. El sábado se canta "Fausto" y los dos asistiremos a la representación en el palco número 5.

CAPITULO VIII

EN EL QUE LOS SEÑORES FERMÍN RICHARD Y ARMANDO MONCHARMIN TIENEN LA AUDACIA DE HACER REPRESENTAR "FAUSTO" EN UNA SALA MALDITA Y DEL ESPANTOSO SUCESO QUE SE PRODUJO.

Pero el sábado de mañana, al llegar a su despacho los directores, encontraron una carta duplicada de "F. de la O.", concebida en estos términos:

"Mis queridos directores: ¿Me declaran ustedes la guerra?"

"Si deseen ustedes la paz, he aquí el ultimátum. Se limita a estas cuatro condiciones:

"1°: Que se me devuelva mi palco y exijo que esté a mi libre disposición desde ahora.

"2°: El papel de Margarita será cantado esta noche por la Daaé. No se ocupen de la Carlota, que esta noche estará enferma.

"3°: Me intereso absolutamente por los buenos y fieles servicios de madame Giry, mi acomodadora, a quien reintegrarán ustedes enseña en sus funciones.

"4°: Háganme saber por medio de una carta entregada a madame Giry, que me la hará llegar, que ustedes aceptan, como sus predecesores, las cláusulas de mi pliego de condiciones relativas a mi indemnización mensual. Ulteriormente haré conocer en qué forma me será oblada.

"Si no aceptan ustedes, esta noche se dará "Fausto" ante una sala maldita. A buen entendedor, pocas palabras bastan. -F. de la O"

—¡Pues lo que es a mí me fastidia y en grande! —gritó Richard alzando y dejando caer sobre su escritorio sus puños amenazadores.

En estas circunstancias, Mercier, el administrador, entró.

—Lachenal desea hablar con uno de ustedes. Parece que se trata de algo urgente y está muy agitado.

—¿Quién es Lachenal? —interrogó Richard.

–Es su escudero mayor.

–Sí, señor –explicó Mercier. La Opera cuenta con varios escuderos, y el señor Lachenal es su escudero en jefe.

–¿Y qué hace ese escudero?

–Tiene la alta dirección de la caballeriza.

–¿Qué caballeriza?

–Pues la suya, señor, la de la Opera.

–¿Hay una caballeriza en la Opera! La verdad es que no lo sabía...
¿Hacia qué parte queda?

–En los sótanos, del lado de la rotonda. Es un servicio muy importante. Tenemos doce caballos.

–¿Doce caballos? ¿Y para qué?

–Pues para los desfiles de la "Juive", del "Prophète", etcétera, se necesitan caballos bien adiestrados y que conozcan las tablas. Los escuderos están encargados de enseñárselas. El señor Lachenal es muy hábil maestro. Es el antiguo director de las caballerizas de Franconi.

–Muy bien...; pero, qué es lo que quiere?

–No lo sé... Nunca lo he visto en el estado en que se halla.

–¡Hágalo pasar!...

El señor Lachenal entra llevando en la mano una fusta, con la que azuza sus botas.

–Buen día, señor Lachenal –dice Richard impresionado. ¿A qué debo el honor de su visita?

–Señor director, vengo a pedirle que eche toda la caballeriza a la calle.

–¿Cómo! ¿Quiere usted que echemos nuestros caballos a la calle?

–¡No se trata de los caballos, sino de los palafreneros!

–¿Cuántos palafreneros tiene usted, señor Lachenal?

–¡Seis!

–¡Seis palafreneros! Por lo menos hay dos de más.

–Esos son "puestos" –interrumpió Mercier –que han sido creados y nos han sido impuestos por el subsecretario de Bellas Artes. Están ocupados por protegidos del Gobierno, y si me permite indicar...

–¡El Gobierno me importa un bledo!... –afirmó Richard con energía –. No necesitamos más de cuatro palafreneros para doce caballos.

–¡Once! –rectificó el señor escudero mayor.

–¡Doce! –repitió Richard.

–¡Once! –repitió Lachenal.

–¡Ah! Pues ha sido el señor administrador quien me dijo que tenía usted doce caballas.

–Tenía doce, pero no tengo más que once, desde que nos robaron a *César*.

Y el señor Lachenal se da un fuerte latigazo en la bota.

–¡Nos han robado a *César* –exclamó el señor administrador –, *César*, el caballo blanco del "Prophète"!

–¡No hay dos Césares! –declaró con acento seco el señor escudero mayor –. He estado diez años con Franconi y estoy harto de ver caballos. ¡No hay dos Césares! Y nos lo han robado.

–¿Y cómo ha sido eso?

–Es lo que no sé. Nadie sabe una palabra. Por eso es que vengo a pedirle que eche usted a toda la caballeriza.

¿Y qué es lo que dicen sus palafreneros?

–Tonterías... Unos acusan a los comparsas, otros al conserje de la administración...

–¡El conserje de la administración! Respondo de él como de mí mismo protestó Mercier.

–En fin, señor escudero mayor –exclamó Mercier –usted debe tener alguna sospecha.

–¡Sí, señor, tengo una! –declaró de pronto el señor Lachenal. Y voy a decírsela; para mí no cabe duda.

El señor escudero mayor se acercó a los señores directores y les dijo al oído:

–El que ha dado el golpe ha sido el Fantasma.

Richard tuvo un sobresalto.

–¡Ah! ¿Usted también? ¿Usted también?

–¿Cómo yo también? Pues si es la cosa más natural...

–Pero, ¿cómo no, señor Lachenal? Pero, ¿cómo no, señor escudero mayor?

–La cosa más natural que piense así después de lo que he visto.

–¿Y qué ha visto usted, señor Lachenal?

–He visto tan claro como le estoy viendo a usted a una sombra negra que montaba un caballo blanco que se parecía a César como se parecen dos gotas de agua.

–¿Y no corrió usted tras de esa sombra negra y ese caballo blanco?

–Corrí y llamé, señor director; pero huyeron con una rapidez desconcertante, desapareciendo entre la sombra de la galería...

El señor Richard se puso de pie:

–Está bien, señor Lachenal, puede usted retirarse... Vamos a presentarnos en queja contra el Fantasma.

–Y van a echar ustedes a toda mis caballerizos a la calle.

–¡Perfectamente! ¡Hasta la vista!

El señor Lachenal saludó y salió.

Richard echaba espumarajos de cólera.

–¡Arrégglele su cuenta a ese imbécil!

–¡Es un amigo del comisario del Gobierno! –se atrevió a insinuar Mercier...

–Y toma su aperitivo en Tortoni con Lagréñé, Schole y Pertuiset, el domador de leones agregó Moncharmin. ¡Nos vamos a echar a toda la prensa encima! ¡Va a contar la historia del Fantasma y todo el mundo se va a divertir a costa nuestra! ¡Si nos ponemos en ridículo, podemos darnos por muertos!...

–Está bien, no hablemos más de eso –concedió Richard, que ya estaba pensando en otra cosa.

En aquel momento la puerta se abrió y no debía estar guardada por un cancerbero ordinario, porque se vio entrar de golpe a madame Giry con una carta en la mano y diciendo precipitadamente:

–Disculpen, señores, pero he recibido esta mañana una carta del fantasma de la Opera en la que me dice que pase enseguida a verlos, porque tienen ustedes que...

No terminó la frase. Vio la cara de Fermín Richard y era algo terrible. El honorable director de la Opera estaba pronto para estallar. El furor que lo agitaba no se traducía aún al exterior, sino por el color escarlata de su cara furibunda y por el brillo de sus ojos fulgurantes. No dijo nada. No podía hablar. Pero de pronto su ademán estalló. Primero fue su brazo derecho el que aferró la gelatinosa persona de madame Giry y le hizo describir una media vuelta tan inesperada, una pirueta tan rápida que ésta lanzó un clamor desesperado, y luego fue el pie derecho, el pie derecho del mismo honorable director, el que imprimió su suela en el tafetán negro de su falda, que jamás habla sufrido marca alguna en sitio semejante.

El tercero se produjo con tal rapidez, que cuando madame Giry se encontró en la galería, estaba completamente aturdida y no se daba cuenta de lo acontecido. Pero de pronto comprendió y la Opera retumbó con sus gritos indignados, con sus protestas terribles, con sus amenazas de muerte. Hubo que apelar a tres mozos para bajarla al patio de la administración y a dos agentes para ponerla en la calle.

Casi a la misma hora, la Carlota, que habitaba un pequeño hotel en la calle del Faubourg Saint-Honoré, llamaba a su camarera y se hacía llevar a la cama su correo. Entre otras cartas encontró una en que le decían.

“Si canta usted esta noche, le va a suceder una gran desgracia, en el mismo instante de cantar...; una desgracia peor que la muerte”

Esta amenaza estaba trazada con tinta roja, por una letra hesitante y garabateada. La carta se ha perdido, pero los señores Richard y Moncharmin la vieron en las condiciones que diré enseguida.

Después de leer aquella carta, la Carlota perdió el apetito y no pudo desayunarse. Rechazó la bandejilla en que la camarera le presentaba el chocolate humeante. Se sentó en la cama y reflexionó profundamente. No era la primera carta de aquel género que llegaba a su poder, pero ninguna habla sido tan amenazadora.

Se creía blanco en aquel momento de las mil artimañas de los celos, y contaba a todos sus amigos que un enemigo secreto había jurado su pérdida. Pretendía que andaba tramando contra ella un com-

plot, alguna cábala que estallaría un día u otro, "pero no era mujer que se dejara intimidar", agregaba.

La verdad es que habla cábala; pero ésta era dirigida por la Carlota contra la pobre Cristina, que no lo sospechaba. La Carlota no le había perdonado a Cristina el triunfo que ésta había obtenido, reemplazándola de improviso.

Cuando al despertar al día siguiente supo la acogida que le había hecho el público a su reemplazante, la Carlota se sintió instantáneamente curada de un principio de bronquitis y de un acceso de enojo contra la administración, y no mostró la menor veleidad de querer abandonar su puesto. Desde aquel momento trabajó con todas sus fuerzas por "reventar" a su rival, haciendo incluir a sus amigos cerca de los directores para que no le dieran ocasión de un nuevo triunfo a Cristina. Algunos diarios, que habían empezado a ensalzar el talento de Cristina, no se ocuparon más que de la gloria de la Carlota. En fin, en el propio teatro la diva decía de Cristina las frases más ultrajantes y trataba de causar mil pequeños agravios.

La Carlota no tenía alma ni entrañas, ¡Sólo era un instrumento! Un maravilloso instrumento, no cabe duda. Su repertorio comprendía rudo lo que puede tentar la ambición de una gran artista, tanto en los maestros alemanes como en los italianos y los franceses. Nunca hasta aquel día se le había oído a la Carlota desafinar ni carecer del volumen de voz necesario para la traducción de un pasaje de su inmenso repertorio. En una palabra, el instrumento era extenso, poderoso y de una exactitud admirable. Pero nadie le hubiera podido decir a la Carlota lo que Rossini le dijera a la Krauss, después de haberla oído cantar para él en alemán: "*¡Cantas con el alma, hija mía, y tu alma es bella!*"

Es que hay, en efecto, en todas las artes y en el arte del canto especialmente, un cierto lado exterior material que se dirige más bien a los sentidos que al alma. Ese es el lado que domina un instante a las multitudes ignorantes, pero es también aquél que le da menos gloria y le asegura menos su brillo. Las voces que no son más que voces se marchitan pronto, y es justo que no duren, porque pronto cansan también al auditorio que pudieran sorprender en el primer momento. Yo no

he sido el que ha descubierto esto, y todo el mundo está de acuerdo en que a las voces acompañadas por un alma y un estilo pertenecen los éxitos duraderos. ¿Dónde estaba tu alma, Carlota, cuando bailabas en las tabernas de Barcelona? ¿Dónde cuando más tarde, en París, cantabas en oscuras tabladros tus cónicas coplas de bacante de café-concert? ¡Oh, Carlota, si hubieras tenido un alma y la hubieses extraviado, entonces la hubieras vuelto a encontrar al convertirte en Julieta, en Elvira, en Ofelia y en Margarita! Otras han ascendido todavía desde mías bajo que tú, y el arte, ayudado por clamor, las ha purificado.

En realidad, cuando pienso en todas las pequeñeces, todas las bajezas que Cristina Daaé tuvo que sufrir en aquella época, por parte de aquella Carlota, no puedo contener mi enojo, y no me sorprende que mi indignación se traduzca en reflexiones algo vastas sobre el arte en general, y sobre el canto en particular, que no serán del agrado de los admiradores de la Carlota.

Cuando la *diva* hubo concluido de pensar en la amenaza que encerraba la extraña carta que acababa de recibir, se levantó:

–¡Ya verán quién soy yo! –dijo.

Y pronunció en español algunos juramentos con expresión decidida.

La Carlota era muy supersticiosa. Lo primero que vio al asomar las narices ala ventana fue un carro fúnebre. El carro fúnebre y la carta la persuadieron de que correría aquella noche los más graves peligros. Reunió en su casa a la vanguardia y la retaguardia de sus amigos, les dijo que estaba amenazada para aquella noche por un complot organizado por Cristina Daaé, y que era preciso hacerle frente a aquella pequeña intrigante, llenando la sala con admiradores suyos. Contaba con ellos para que estuvieran listos a todo evento, e hicieran callar a los alborotadores, si, como lo temía, se desencadenaba el escándalo.

El secretario particular del señor Richard, al ir a preguntar por la salud de la divo, marchó con la seguridad de que estaba en perfecta salud y de que "aun muriéndose" cantarla aquella noche en el papel de Margarita. Como el secretario le recomendara de parte de su jefe que no fuera a cometer ninguna imprudencia, que no saliera de su casa, que

se cuidara de las corrientes de aire, la Carlota no pudo menos que relacionar aquellas recomendaciones excepcionales con las amenazas de la carta.

Eran las cinco de la tarde cuando el correo le llevó una nueva carta anónima de la misma letra que la primera. Era muy breve. Decía simplemente: *"Está usted resfriada, si usted fuera razonable, comprendería que es una locura que cante esta noche"*

La Carlota rió con desdén, encogió sus hombros, que eran magníficas, y lanzó dos o tres notas que la tranquilizaron.

Sus amigos fueron fieles a su promesa. Aquella noche estaban todos en la Opera; pero fue en vano que buscaran a su alrededor a aquellos feroces conspiradores que tenían encargo de combatir. Si se exceptuaba a algunos profanos, algunos honrados burgueses, cuyas caras plácidas no expresaban más deseos que volver a oír una música que desde hacía mucho tiempo había conquistado sus sufragios, no había más que los abonados, cuyas costumbres elegantes, pacíficas y correctas excluían toda idea de manifestación hostil. Lo único que parecía anormal era la presencia de los señores Richard y Moncharmin en el palco número 5. Los amigos de la Carlota pensaron que quizá los señores directores habían temido, por su parte, el escándalo proyectado, y habían acudido a la sala para hacerlo cesar en cuanto estallara; pero esta hipótesis no tenía fundamento, porque los señores Richard y Moncharmin estaban por completo entregados a su Fantasma.

Rien!... En vain j'interroge en une ardente veille

La Nature et le Créateur

Pas une voix ne glisse à mon oreille

Un mot consolateur!...

El célebre barítono Carolus Fonta acababa apenas de lanzar el primer llamado del doctor Fausto a las potencias infernales, cuando el señor Fermín Richard, que se había sentado en la propia silla del Fantasma –la silla delantera de la derecha –, se inclinó de muy buen humor hacia su socio y le dijo:

–Y a ti, ¿no te ha dicho nada al oído alguna voz?

–¡Esperemos! No nos apresuremos demasiado –respondió con el mismo tono juguetón el señor Armando Moncharmin. La representación acaba de empezar, y bien sabes que el Fantasma sólo llega a la mitad del primer acto.

El primer acto pasó sin incidente, lo que no sorprendió a los amigos de la Carlota, porque Margarita no canta en ese acto. En cuanto a los dos directores, se miraron sonriendo al caer el telón.

–¡Y va uno! –dijo Moncharmin.

–Sí, el Fantasma esta noche se está demorando –declaró Fermín Richard.

–Te encuentro algo pálido –prosiguió bromeando Moncharmin.

–¡Me estás confundiendo con Poligny! –replicó el audaz Richard.

–A propósito de Poligny..., me parece haberlo visto allá, en el primer palco de enfrente.

–¡No es posible!

Buscaron con la vista a Poligny, pero no lo encontraron. En cambio, vieron en el palco situado al lado de aquel en que Moncharmin creyera ver a Poligny un personaje que atraía la atención de toda la sala. Al levantarse para ir a dar una vuelta por el escenario, porque el primer entreacto iba a ser más largo que en general, a causa de un decorado que hacía estrenar la nueva dirección, unos amigos entraron en su palco y les dijeron que el personaje sobre el cual tenía puestos los ojos toda la sala era el nuevo embajador de Persia, a quien nadie conocía todavía. Pero agregaron que la curiosidad del público estaba menos excitada por la presencia de aquel personaje, que por la de otro que era conocido por todo París, y que Moncharmin y Richard no podían ignorar: el persa. En una palabra, se miraba si el embajador de Persia miraba al persa.

El persa era un enigma viviente que comenzaba a inquietar a París. No hablaba con nadie. No sonreía nunca. Parecía adorar la música, puesto que asistía a todos los espectáculos de música y, sin embargo, no se entusiasmaba, no aplaudía, no se exaltaba nunca.

He aquí en qué términos se expresó respecto del persa un antiguo periodista, que fue secretario de la Ópera:

"Hace ya muchos años arte se desliza por nuestra existencia parisiense, siempre solo, siempre mudo, pero gastando y briscando la multitud, paseando a la claridad del día o al brillo de las breees, una mirada impasible, un andar algo vacilante, presentándose, en fin, en todos los espectáculos, con su eterno traje, el bonete persa y una enorme hopalanda negra en las vastas mangas de la cual sus manos pálidas, perfectamente enervadas, se restriegan y restriegan sin cesar"

Aquella noche, como todas las noches, nuestro persa estaba, pues, vestido de persa; pero el nuevo embajador estaba vestido a la última moda parisiense, y esto no tiene nada de particular, porque llegaba en tinca recta de Londres.

La butaca ocupada por el persa quedaba exactamente debajo del palco del embajador. Al caer el telón, el persa se puso de pie, volviendo la espalda al palco. Pero, en fin, acabaría por volverse. ¿Lo advertiría el embajador? ¿Qué haría? ¿Lo reconocería? ¿Habría alguien en Persia que conociera al persa? Se decía que era un gran personaje. Pues bien: ¡iba a saberse ahora!...

No se supo nada. El señor Moncharmin relata en sus Memorias, que el persa pasó delante del embajador de Persia sin saludarlo siquiera, y que le pareció que en la actitud del primero había más altivez y más tranquilo desdén que de ordinario. A este propósito escribe el señor Moncharmin que el persa era un hombre hermosísimo, *"de talla mediana, rasgos regalaes, cara varonil y expresiva, llena de intensa melancolía, ojos negros, ardientes y tristes, barba de azabache, cutis ambarino, dorado por los soles de Oriente"*. El señor Moncharmin cuenta que mientras la atención general estaba fija en el persa, se oía en toda la sala como un ruido discreto de llaves. Los espectadores se protegían de la *jettatura*. Y no volvió a hablar de aquel incidente.

Cuando los directores estuvieron de nuevo solos en su palco, el señor Moncharmin dijo al señor Richard, siempre en tono juguetón:

—En fin, la sala no parece esta noche demasiado mal compuesta por ser "una sala maldita".

El señor Richard se dignó sonreír. Le indicó a su colaborador una buena señora gruesa, bastante vulgar y vestida de negro, que estaba sentada en una butaca en medio de la platea, teniendo a cada lado un hombre de aspecto equívoco en sus levitas de paño raído.

—¿Qué gente es ésa? —preguntó Moncharmin.

—Esa gente es mi portera, su hermano y su marido.

—¿Les diste entradas?

—¡Sí!.. Mi portera no había venido nunca a la Opera... Es la primera vez... Y como ahora va a venir todas las noches, he querido que estuviera bien colocada antes de que su ocupación consista en acomodar a los demás.

Moncharmin pidió explicaciones y Richard le dijo que había decidido que durante algún tiempo su portera, en quien tenía la mayor confianza, reemplazara a madame Giry. Sí, ésa era la reemplazante de la vieja loca y ya se vería si con ella el palco número 5 continuaba llamando la atención de todo el mundo.

—A propósito de madame Giry: te aviso que se va a presentar en queja contra ti.

—¿Ante quién? ¿Ante el Fantasma?

—¡El Fantasma! Moncharmin lo había olvidado por completo.

Por lo demás, el misterioso personaje no hacía nada para hacerse presente en la memoria de los señores directores. Ninguno de esos ruidos que se hacen oír en las mesas giratorias y que, como todos saben, son atribuidos a una intervención del más allá, resonaba contra o en los tabiques, cielorrasos o pisos; el sillón en que estaba sentado el señor Richard se comportaba lo más honestamente del mundo, y la voz, la famosa voz, seguía siempre callada.

Los señores directores lo estaban comprobando, cuando la puerta del palco se abrió bruscamente, dando paso al azorado director de escena.

—¿Qué pasa? —le preguntaron los dos, estupefactos, al verle allí en aquel momento.

—Lo que hay es que los amigos de Cristina Daaé han preparado un complot contra la Carlota y que ésta está furiosa.

–¿Qué significa esta nueva historia? –dijo Richard frunciendo el cebo.

Pero el telón se levantaba sobre la escena de la *kermesse* y el director le hizo seña al director de escena de que se retirara. Se iba a ocupar de aquello dentro de un rato.

Cuando el director de escena se hubo marchado, Moncharmin le dijo al oído a Richard:

–Entonces, ¿Daaé tiene amigos?

–Sí –dijo Richard, tiene.

–¿Quiénes son?

Richard indicó con la vista un palco de primera fila, en el que no había más que dos hombres.

–¿El conde de Chagny?

–Me la ha recomendado tan calurosamente, que si no supiese que es amigo de la Sorelli...

–¡Ta! ¡Ta! ¡Ta!... –murmuró Moncharmin.

–¿Quién es ese joven tan pálido que está sentado a su lado?

–Es su hermano, el vizconde.

–Haría mejor en irse a meter en cama. Parece que estuviera enfermo.

La escena retumbaba con alegres cánticos. La embriaguez en música. Triunfo de las copas...

Vin ou bière

Bière ou vin.

Que mon Verre

Soit plein!

Estudiantes, burgueses, soldados, muchachas y matronas, con el corazón alegre, remolineaban delante de la taberna del dios Ruco. Liebel hizo su entrada.

Cristina Daaé estaba encantadora en travestí. Su fresca juventud, su gracia melancólica, seducían a primera vista. Enseguida los partidarios de la Carlota se imaginaron que iba a ser saludada por una ovación

que tos impondría de las intenciones de sus amigas. Aquella ovación indiscreta hubiera sido, por lo demás, de una torpeza insigne.

No se produjo.

Por el contrario, cuando Margarita atravesó la escena y hubo cantado los dos únicos versos de su papel en el segundo acto:

*Non monsieur, je suis demoiselle et belle.
Et je n'ai pas besoin, qu'on me donne la main!*

Bravos estrepitosos acogieron a h Carlota. Aquello fue tan imprevisto y tan inútil, que los que no estaban al cabo de nada, se miraron preguntándose qué era lo que sucedía, y el acto acabó otra vez, sin incidente alguno. Todos dijeron entonces: "La cosa va a ser, sin duda, en el acto que viene".

Algunos que, según parece, estaban mejor informados, dijeron que el "bochinche" se iba a producir al comenzar la "*Coupe du roi de Thulé*" y se precipitaron hacia la entrada de los abonados, para ir a prevenir a Carlota. En aquel momento, los señores Moncharmin y Richard bajaban de su palco. Los bastidores estaban ya invadidos. Al llegar al escenario se dirigieron inmediatamente a la derecha, hacia el camarín de la Carlota, cuyas ventanas daban sobre el patio de la administración. Fue entonces que se cruzaron con la Sorelli, que se dirigía a hablar con el conde de Chagny antes de volver a su camarín.

Le hicieron una seña que comprendió, porque enseguida se separó del conde y se reunió a los dos directores, quienes le pidieron que inquiriera discretamente del conde qué podía saber de verdad de un complot preparado contra la Carlota.

Mientras esperaban la respuesta de la Sorelli, entraron en el camarín de la Carlota. El camarín estaba lleno de amigos y camaradas, y por encima de todas las voces sobresalía la de la Carlota, que profería mil amenazas contra Daaé.

De origen español, Carlota había conservado un acento de sabor muy particular, y cuando algún sentimiento excesivo, como la cólera, precipitaba sus palabras, se expresaba de una manera tal, que los que la

oían no podían dejar de sonreír. Así es que a pesar de la gravedad de la situación, aquella noche se sonreía en el camarín de la Carlota.

Los dos directores se aproximaron a la artista, que estaba colocando sobre su magnífica cabellera, más negra que la noche, orgullo de su poseedora, otra cabellera, no menos magnífica, más rubia que la aurora. Era la peluca con dos largas trenzas de la dulce Margarita. El brillo de los ojos de azabache de la Carlota resaltaba más todavía en aquel marco "dorado". Se puso de pie cuando vio entrar a "aquellos señores", y poniéndose una mano sobre el corazón, protestó su adhesión a la nueva dirección, con una vehemencia tal, que los señores Moncharmin y Richard se habrían conmovido hasta las lágrimas si hubieran podido entender algo de aquella sorprendente jergonza. Por último, les entregó un papel, cuya letra, escrita con tinta roja, tuvo el don de interesar prodigiosamente a los dos directores. Poco trabajo les costó reconocerla.

—¡F. de la O!.. ¡Siempre F. de la O!.. —exclamó el señor Richard con gran satisfacción de la artista, y tomó el sobre que ella le extendía. La carta había sido también echada en la sucursal del correo del bulevar de los Capuchinos, a dos pasos del domicilio de los antiguos directores. Sin decir una palabra más se retiraron. El señor Richard estaba furioso y persuadido de que los señores Debiegne y Poligny querían ponerlos en ridículo. Lista idea se había arraigado en su espíritu, cuando, habiendo subido a su despacho con el señor Moncharmin, su secretario particular, el señor Remy, le entregó un diario de la tarde que publicaba una interviú, en la que el señor Debiegne daba a entender que hubiera preferido quebrar en su gestión en la Opera antes que hacer fortuna en ella conduciéndose "*comme un marchand de soue*". El señor Richard se dio por aludido en aquella frase sin razón alguna, viendo una relación entre aquel personaje y un artículo aparecido en la anterior fecha en el mismo periódico, en el que les reprochaba a los nuevos directores que no ensayaran nada interesante, se redujeran a los antiguos programas y se condujeran, en fin, con parsimonia. Temblando con una cólera apenas contenida, se volvió hacia Moncharmin y

declaró a boca de jarro a su asociado que le encontraba una expresión demasiado plácida para estar pasando por momentos como aquélla.

—¿Y qué es lo que pasa? —preguntó tranquilamente Moncharmin. ¿Es el F. de la O. que lo pone en ese estado?

—¿Y qué tiene que hacer el Fantasma? —replicó Richard furioso. ¿No ve usted que es Debienne y Poligny que se están burlando de nosotros? ¡Que han organizado una campaña de prensa en el exterior, un complot en el interior, y que nos están creando mil fastidios!... ¡Me río de su fantasma!

El señor Moncharmin iba a protestar contra la petición de su asociado de atribuirle la exclusiva propiedad del Fantasma, cuando se abrió la puerta del despacho directorial y la Sorelli entró.

Moncharmin se puso enseguida el monóculo, en honor de las famosas piernas enguantadas de aquella señorita; pero Richard lo trajo a la conciencia real de la situación que, según la Sorelli, era más grave de lo que se podía suponer.

Afirmó, ante todo, que el conde de Chagny harta en adelante caso omiso de Cristina Daaé. Hizo esta declaración con tanta más premura, cuanto que no había dejado de saber que el conde hablaba con entusiasmo del talento de aquella muchacha. Pero este entusiasmo había pasado. En resumen, el conde no había consentido en ocuparse de ella un instante, sino cediendo a las instancias de su hermano, el joven vizconde, a quien Daaé le había inspirado unos sentimientos muy ridículos. El conde veía ahora de muy mal ojo las asiduidades de su hermano para con Cristina. Se lo había observado, según había creído entender la Sorelli, pero el vizconde no le había hecho caso, lo que, sin duda, debió apesadumbrar mucho al conde. En cuanto al complot, el conde no había negado que la Daaé, a quien creta una muchacha hipócrita y muy artista, fuera capaz de enredar en semejante aventura a su hermano, que era un muchacho ingenuo y generoso. La Sorelli no salió del despacho directorial sin recomendarles a aquellos señores, la mayor discreción sobre el "horrible secreto" que acababa de confiarles, porque, si el conde llegaba a saber que había abusado de aquella manera

de su confianza, transmitiendo opiniones suyas, que debían ser olvidadas tan pronto como hablan sido oídas, no se lo perdonarla en su vida.

Dicho esto se retiró y se dirigió al *foyer* de la danza. La finanza, la nobleza, las letras, el periodismo boulevardero, la política, representada por un diputado de la izquierda, dos senadores de la derecha y algunos secretarios privados de ministros, cuchicheaban, retan, charlaban alrededor de las más bellas piernas de nuestra Academia Nacional de Música. Algunas corifeas, levantando con la mano su falda de tul, después de haberle echado una ojeada al espejo, hacían una carrera de puntas con la boca fruncida e iban a caer junto al grupo en que Meg Giry contaba con amargura la deprimente aventura que le había tocado vivir aquella misma mañana a su noble madre en el despacho directorial. Naturalmente, como todos, había notado que los señores Richard y Moncharmin asistían a la representación desde el palco número 5, causa furiosa del deshonor de madame Giry y de la desesperación de su hija; la confianza de Meg tuvo el mayor éxito y otra vez más no se habló sino del Fantasma y de su palco, mientras que aquellas señoritas hacían cuernos con los dedos.

De pronto hubo un gran rumor y estallidos de ruidosas carcajadas. Era la pequeña James, que acompañada de sus camaradas "Pico bailarín" y "Pierna de hierro", hacían su entrada en el *foyer*. Las tres se apoyaban en muletas que hablan ido a buscar al depósito de los accesorios. Armadas de aquella manera desafiaban al Fantasma y sus maleficios, porque era capaz de todo, según decían ellas, y había tenido la audacia de robar a *César*, el caballo blanco del "Prophète", en las propias narices del señor Lachenal, que estaba enfermo del disgusto.

Al conocer aquella nueva proeza del Fantasma, el pequeño batallón de las bailarinas asustadas quiso tocar la madera de las muletas, y la misma Sorelli no pudo resistir a aquella supersticiosa tentación antes de ir a reunirse con el conde Chagny, que estaba en un rincón, solitario y muy preocupado. ¿Preveía ya que la inclinación amorosa de su hermano por la Daaé –inclinación que en un principio lo habla divertido – se iba a convertir en una pasión avasalladora? Pero, ¿dónde estaba el vizconde? Apoyado contra un portante de decoración que acababan de

colocar, entre una figuranta melancólica y "lancha" del cuerpo de baile que, a la vez que comía nucas se dejaba cortejar, lejos de su madre, por un galante anciano, estaba esperando el paso de Cristina. No dobla tardar en llegar, puesto que cantando el papel de Sichel, tenía que encontrarse en escena antes de que se levantase el telón.

Precisamente llegaba y pasó a su lado sin verlo o haciendo como si no lo hubiese visto. A su paso se produjeron algunos cuchicheos hostiles proferidos por amigos de la Carlota, pero pareció también que no los oía.

El vizconde volvió la cabeza, exhalando un profundo suspiro. Entonces notó a los dos directores que lo miraban hablándose al oído. Se imaginó que se mofaban de su amor. Se sonrojó y se marchó. Los directores se retiraron también de la escena y se dirigieron al palco número 5. Lo primero que vieron al entrar en la repico del antepecho, fue una caja de bombones ingleses. ¿Quién la había puesto allí? Nadie pudo decirlo; y enseguida, al volver a entrar al palco, encontraron junto a la caja de bombones ingleses unos gemelos. Se miraron recíprocamente. No tenían ganas de reír. Todo lo que les había dicho madame Giry les volvía a la memoria..., y, además... además... les pareció que había alrededor de ellos algo como una extraña corriente de aire... Se sentaron en silencio.

La escena representaba el jardín de Margarita...

Faites-lui mes avetux

Portez mes voeux...

Al cantar estos dos primeros versos con el ramo de lilas y rosas en la mano, Cristina, al levantar la cabeza, notó en su palco al vizconde de Chagny, y desde aquel momento su voz pareció menos segura, menos pura, menos cristalina que de costumbre. Algo que no se sabía qué sería velaba su canto... Se notaba algo como un temblor y un miedo disimulado.

–Curiosa chica –observó casi en alta voz un amigo de la Carlota que estaba en la platea. La otra noche estaba divina y ahora parece que balbucea. ¡Ni método ni experiencia!

*C'est en vous fue j'ai foi
Parlez pour moi.*

El vizconde escondió la cabeza cofre las manos: Lloraba. El conde, situado detrás de él, se mordía nerviosamente las puntas de los bigotes, se encogía de hombros y fruncía el ceño. Para que tradujera por medio de tantos signos exteriores sus sentimientos íntimos, el conde, ordinariamente tan correcto y tan fino, debía estar furioso. Lo estaba. Había visto volver a su hermano de un rápido y misterioso viaje en un estado de salud alarmante. Las explicaciones que después le diera no habían tenido, sin duda, la virtud de tranquilizar al conde, el cual, descoso de saber a qué atenerse, quiso tener una entrevista con Cristina Daaé. Esta había tenido la audacia de contestarle que no podía recibirlo ni a él ni a su hermano. Pensó que aquello era un cálculo perverso. No le perdonaba a Cristina que hiciera sufrir a Raúl, pero menos le perdonaba a Raúl que sufriera por Cristina. ¡Ah! ¡Qué mal había hecho en interesarse por aquella muchacha cuyo triunfo de una noche seguía siendo incomprensible para todos!

*Que la fleur sur sa bouche
Sache nu moins déposer
Un doux baiser.*

–¡Pequeña intrigante! –murmuró sordamente el conde.

Y se preguntó qué quería..., qué podía pretender... Decían que era honesta, que no lenta ningún amigo ni protector... ¡Aquel ángel del Norte debía ser muy astuto!

Raúl, con los ojos cubiertos por las manos, cortina que exultaba sus lágrimas de niño, no pensaba más que en la carta que había recibido al llegar a Pares, adonde Cristina llegara antes que él, pues huyó de

Perros como una ladrona: *"Mi antiguo y querido amiguito: Es preciso que tenga el valor de no volver a verme, de no hablarme más... Si me quiere un poco, bógalo por rol, por m, que no lo olvidaré nunca.. Mi querido Raúl... Sobre todo no penetre jamás en mi camarín. Va en ello mi vida. Y también la suya. Su pequeña Cristina"*

Un trueno de aplausos... Es la Carlota que hace su entrada.

*Je voudrais bien savoir
Quel était ce jeune homme
Si c'est un grand seigneur;
Et comment il se nomme.*

El acto del jardín se iba desarrollando con sus peripecias acostumbradas. Nada, ni en la escena, ni en la sala, ni en el palco, venía a interrumpir el orden del espectáculo.

Cuando Margarita hubo acabado de cantar el aria del rey de Thulé, se la aclamó, y se la aclamó también en el aria de las joyas:

*Oh! je ris de me voir
Si belle en ce miroir*

Ahora, ya segura de sí, de sus amigos, segura de su voz y de su éxito, no temiendo ya nada, la Carlota se entregó por tolero, con ardor, con entusiasmo, con embriaguez. Su juego escénico no tuvo ninguna contención ni ningún pudor. Aquella no era Margarita. Era Carmen. Los aplausos arreciaron y su dúo con Fausto parecía prepararle un nuevo éxito, cuando de pronto se produjo algo espantoso.

Fausto estaba arrodillado:

*Laisse-moi, laisse-moi contempler ton visage
sous la pâle clarté
Dont l'astre de la nuit, comme dans un nuage
Caresse ta beauté.*

Y Margarita respondía:

*O Silence! O bonheur inefable mystere!
Enivrante langueur!
J'ecoute... Et je comprends cette voix solitaire!
Qui chante dans mon coeur!*

En aquel momento, pues... en aquel momento preciso... se produjo algo... he dicho algo espantoso

...La sala se puso de pie en un solo movimiento. Los dos directores en su palco no pudieron contener una exclamación de horror... Espectadores y espectadoras se miraron los unos a los otros como preguntándose la explicación de algo tan inesperado... La cara de la Carlota expresa el dolor más atroz, sus ojos parecen extraviados por la locura. La pobre mujer se yergue, habiendo acabado de dejar exhalar "aquella voz solitaria que cantaba un corazón". Pero aquella voz solitaria ya no cantaba... no se atrevía a emitir una palabra, un sonido.

De aquella boca se acababa de escapar...

¡Un gallo!

¡Ah! ¡Increíble, odioso y cacareante gallo!

¿Cómo había podido meterse en aquella laringe para de pronto saltar revoloteando las alas y dejar estupefacta a la sala?

La Carlota no quería dar crédito ni a su garganta ni a sus oídos. Un rayo que hubiera caído a sus pies la hubiese sorprendido menos que aquel odioso gallo que acababa de salir de su boca.

Un rayo no la hubiese deshonrado. Mientras que es cosa sabida que un gallo agazapado en la garganta de una cantante la deshonra siempre. Algunas han muerto de eso.

¡Quién hubiese creído aquello!... Estaba cantando tan tranquila, tan sin esfuerzo, como si hubiera estado diciendo: ¿Cómo está usted, señor?

No se puede negar que hay cantantes presuntuosas, que cometen el grave error de no medir sus fuerzas, y que, con la débil voz que Dios les ha dado, quieren conseguir efectos excepcionales y lanzar notas que

les están vedadas. Entonces el Cielo, para castigar su arrogancia, les mete en la boca, sin que ellas lo puedan evitar, un gallo. Nadie ignora esto. Pero nadie podía admitir que una Carlota, que lenta por lo menos dos octavas en la voz, tuviese, además, un gallo. No se podían olvidar sus "contra-fa" estridentes, sus "staccati" inauditos en la "Flauta mágica". Se recordaba el "Don Juan", en el que ella, Lucia Elvira, consiguió el más ruidoso triunfo, cierta noche, dando el sí bemol que no podía alcanzar su camarada doña Anna. ¿Entonces? Realmente, ¿qué significaba aquel gallo al final de aquella apacible, tranquila frase suspirada?

Aquello no era natural. Allí había un sortilegio. Aquel gallo olía a catástrofe. ¡Pobre, desesperada, anonadada Carlota!...

En la sala el rumor crecía. Si a otra que no fuera Carlota le hubiese ocurrido semejante percance, la habrían silbado. Pero con aquella artista, cuyo perfecto instrumento era conocido, no habla cólera, pero sí consternación y espanto. Un espanto parecido debieron sentir los que vieron romperse los brazos de la Venus de Mito, pero que podrían adivinar el golpe fatal y comprender.

Pero ¿en este caso? Aquel gallo era incomprensible. Y tanto así que después de haber pasado algunos segundos preguntándose si en verdad ella había oído salir de su boca aquella nota —¿podría llamarse nota aquel chillido? —la Carlota acabó por persuadirse que había sido una ilusión de su oído y no una criminal traición de su órgano vocal...

Giró la vista a su alrededor como buscando un refugio, una protección o más bien la confirmación espontánea de la inocencia de su voz. Sus dedos crispadas se dirigieron a su garganta en un ademán de protesta y de defensa. ¡No! ¡No! aquel gallo no lo había lanzado ella. Y parecía que el propio tenor fuera de aquel parecer, porque la miraba con una expresión inenarrable de estupefacción infantil y gigantesca. Porque, en fin, él estaba a su lado. No se le habla separado. ¡Quizás él pudiera decirle cómo había sucedido aquello! No, no podía. Sus ojos estaban estúpidamente clavados en la boca de la Carlota como los de los niños chicos sobre el sombrero inagotable del prestidigitador. ¡Cómo era posible que una boca tan pequeña hubiese podido contener semejante gallo!

Todo eso el gallo, la emoción, el terror, los rumores de la sala, la confusión del escenario y de los bastidores, todo eso que he descrito detallándolo, duró apenas algunos segundos.

Algunos segundos atroces, que parecieron sobre todo interminables a los directores, allá arriba, en el palco número 5.

Moncharmin y Richard estaban muy pálidos. Aquel episodio inaudito e inexplicable los llenaba de una angustia tanto más misteriosa cuanto que desde hacía un instante estaban bajo la influencia del Fantasma.

Habían sentido su aliento. Algunos pelos de Moncharmin se habían erizado bajo aquel soplo... y Richard se habla pasado el pañuelo por la frente sudorosa... ¡Sí, estaba allí, alrededor de ellos, al lado de ellos, lo sentían sin verlo!... ¡Oían su respiración..., y tan cerca, tan cerca de ellos! Se sabe cuando alguien está presente... Pues ahora tenían esa sensación... Estaban seguros de que eran tres en el palco... Estaban trémulos... Tenían ganas de huir... No se atrevían... No se atrevían a hacer un movimiento, cambiar una palabra que le hubiera podido hacer comprender al Fantasma que ellos sabían que estaba allí. ¿Qué iba a suceder? ¿Qué iba a producirse de allí en más?

¡Se produjo el gallo! Por encima de todos los ruidos de la sala se oyó su doble exclamación de horror. Se sentían los golpes del Fantasma. Inclínados en el borde del palco miraban a la Carlota como si no la reconocieran. Aquella mujer del infierno debía haber dado con un gallo la señal de alguna catástrofe. ¡Ah!

¡La catástrofe era inevitable! ¡El Fantasma se la había prometido! ¡La sala estaba maldita! El doble pecho directorial jadeaba bajo el peso de la catástrofe. Se oía la voz sofocada de Richard que le gritaba a la Carlota:

—¡Pero siga, pues!

—¡No! La Carlota no continuó... ¡Cómo volver a cantar con bravura, heroicamente, el verso fatal al final del cual había aparecido el gallo!

Un silencio espantoso sucedía a todos los ruidos. Sello la voz de la Carlota llenó de nuevo la nave sonora.

J'écoute...

La sala entera también escucha.

...et je comprends cett voix solitaire (gallo);

...qui chante dans mon... (¡¡gallo!!)

La sala estalló en un prodigioso tumulto. Los dos directores, vueltos a desplomarse en sus butacas, no se atreven ni a mirarse; no tienen fuerzas ni para eso. El Fantasma les reta en la nuca. Y, por fin, oyeron claramente en el oído derecho aquella voz imposible, la voz sin boca que les decía:

—¡Ha cantado esta noche como para hacer desplomar la araña!

Con un movimiento simultáneo levantaron la mirada hacia el techo y lanzaron un grito terrible. La araña, la inmensa masca de la araña se deslizaba, venía hacia ellos al llamado de aquella voz satánica. Desprendida de sus poleas, la araña se precipitaba desde lo alto de la sala y venía a estrellarse en el centro de la platea en medio de mil clamores. Fue aquello un púnico, un sálvese quien pueda general. No tengo el propósito de hacer revivir aquí una hora histórica. Los curiosos pueden consultar los diarios de la época. Hubo varios heridos y una muerta. La araña fue a caer sobre la cabeza de la desgraciada que había ido esa noche por primera vez en su vida a la Opera, sobre aquella a quien el señor Richard habla designado como reemplazante de madame Giry en sus funciones de acomodadora, ¡de acomodadora del Fantasma! Murió en el acto y al otro día un diario publicaba este título: “*Doscientos mil kilogramos sobre la cabeza de una portera*”. Esa fue su oración fúnebre.

CAPITULO IX

EL CUPÉ MISTERIOSO.

Aquella función fue trágica para todo el mundo. La Carlota cayó enferma. En cuanto a Cristina Daaé, desapareció. Quince días transcurrieron sin que se la viera en el teatro ni fuera de él. Raúl le había escrito a casi de la señora Valerius y no recibió contestación. Esto no lo sorprendió mayormente en un principio, conociendo su estado de ánimo y la resolución que mostraba de romper con él toda relación sin que, por otra parte, pudiera adivinar el porqué de aquello.

Su dolor había ido en aumento y acabó por inquietarse al no ver el nombre de la cantante en ningún programa. Se dio "fausto" sin ella. Una tarde, a eso de las cinco, fue a inquirir la causa de aquella ausencia prolongada. Encontró a los directores muy fatigados, a causa de las responsabilidades que había acarreado para ellos la caída de la araña. La encuesta dedujo que se trataba de un accidente debido al desgaste de los medios de suspensión, pero tanto hubiera correspondido a los antiguos como a los nuevos directores el comprobar y poner remedio a aquel desgaste antes de que terminara en catástrofe. Le pusieron mala cara a Raúl cuando les preguntó por Cristina Daaé, y se limitaron a decirle que estaba con licencia.

Preguntó cuánto duraría esa licencia y se le contestó, con bastante sequedad, que era ilimitada, habiéndola solicitado Cristina a causa de su salud.

—¿Está enferma? —exclamó. ¿Qué tiene?

—No lo sabemos.

—¿No le han mandado ustedes un médico del teatro'?

—¡No!, no lo ha pedido, y como tenemos confianza en ella, nos hemos fiado en su palabra.

El asunto no le pareció claro a Raúl, que salió de la Opera presa de los más sombríos presentimientos. Resolvió ir en busca de noticias, sucediera lo que sucediese, a casa de la señora Valerius. Recordó, sin

duda, los términos enérgicos de la carta de Cristina, que le prohibía hiciera ninguna tentativa por verla. Pero lo que habla visto en Perros, lo que había oído tras de la puerta del camarín, la conversación que habla tenido con Cristina en la orilla del Médano, le hacían presentir alguna maquinación que, aunque de apariencias diabólicas, lenta que ser perfectamente humana. La imaginación exaltada de la joven, su alma tierna y crédula, la educación primitiva que había rodeado sus años juveniles en un círculo de leyendas, el continuo recuerdo de su padre muerto, y sobre todo, el estado sublime de éxtasis en que la música la sumergía, cuando se le manifestaba en ciertas condiciones excepcionales –¿no había podido notarlo acaso en la escena del cementerio? –, todo eso le parecía un terreno moral propicio alas empresas dañinas de algún personaje misterioso y sin escrúpulos. ¿De quién era víctima Cristina Daaé? Esa era la pregunta muy sensata que Raúl de Chagny se hacía al dirigirse con toda premura a casa de la señora Valerius.

Porque el vizconde tenía un espíritu muy sano. Sin duda era pacta y amaba la música, en lo que tiene de más alado, y era aficionado a los viejos cuentos bretones en que bailan los duendes, y sobre todo estaba enamorado de aquella pequeña hada del Norte, que era Cristina Daaé; esto no impide que no creyera en lo sobrenatural sino en materia de religión y que la historia más fantástica del mundo no era capaz de hacerle olvidar que dos y dos son cuatro.

¿Qué iba a suceder en casa de la señora Valerius? Temblaba al llamar a la puerta del pequeño departamento de la calle Notre Damedes-Victoires.

La camarera, que una noche saliera delante de él del camarín de Cristina, salió a abrirle. Preguntó si la señora Valerius estaba visible. Se le respondió que estaba enferma en cama y que no lo podía recibir – Entréguele mi tarjeta –dijo.

No tuvo que esperar mucho rato. La camarera volvió y lo hizo entrar a un saloncito, bastante oscuro y someramente amueblado, en el que se veían *vis-à-vis* los retratos del profesor Valerius y del anciano Daaé.

La señora le ruega al señor vizconde que la disculpe. Sólo podrá recibirle en su alcoba, porque sus pobres piernas apenas pueden sostenerla.

Cinco minutos después Raúl era introducido en una pieza casi a oscuras, en la que distinguió después, en la penumbra el rostro mismo de la bienhechora de Cristina. La señora Valerius tenía ahora el cabello completamente blanco, pero sus ojos no habían envejecido; jamás, por el contrario, su mirada había sido tan clara, tan pura, tan infantil.

–¡Señor vizconde de Chagny! –exclamó tendiéndole ambas manos al visitante. ¡Ah!, ¡el Cielo es quien lo ha traído! ¡Vamos a poder hablar de ella!

Esta última frase sonó lúgubrememente en los oídos del joven. Enseguida preguntó:

–Señora, ¿dónde está Cristina?

Y la buena señora le respondió tranquilamente:

–¡Pues está junto a su buen Genio!

–¿Qué buen "Genio"? –exclamó Raúl.

–El Ángel de la Música.

El vizconde de Chagny se dejó caer consternado en un sillón. ¡Con que Cristina estaba con el Ángel de la Música! Y la buena señora Valerius le sonreía desde el lecho poniéndose un dedo sobre los labios, para recomendarle silencio. Después agregó:

–¡No le repita esto a nadie!

–¡Oh!, puede usted contar con mi discreción respondió Raúl sin saber a ciencia cierta lo que decía, porque sus ideas sobre Cristina, ya muy sombrías, se extraviaban cada vez más y le pareció que todo empezaba a dar vueltas a su alrededor, alrededor del cuarto, alrededor de aquella santa mujer, de cabellos blancos, ojos de un azul pulido, lejanos ...,ojos de ciclo vacío.... Puede usted contar con mi discreción.

–¡Ya lo sé, ya lo sé! –exclamó la anciana con una buena sonrisa, contenta. Pero acérquese usted a mí como cuando era pequeñuelo. Deme sus manos como cuando me repetía la historia de la pequeña Lota, que le había contado Daaé. Usted sabe, señor Raúl, que yo le quiero mucho. Y Cristina también lo quiere mucho.

...Me quiere mucho... suspiró el joven que difícilmente ataba cabos en su pensamiento con el Genio de la señora Valerius, con el Ángel de que tan singularmente le había hablado Cristina, con la calavera que había entrevistado en una especie de pesadilla sobre las gradas del altar mayor de Perros y con el Fantasma de la Opera, cuya reputación había llegado hasta sus oídos una noche que se había demorado en el escenario, a dos pasos de un grupo de maquinistas, que recordaban la descripción cadavérica que habla hecho de aquél José Buquet poco antes de su misteriosa muerte.

Preguntó en voz baja:

—Y ¿qué es lo que le hace creer, señora, que Cristina me quiere mucho?

—Me hablaba de usted constantemente.

—¿De veras? Y ¿qué le decía?

—¡Me dijo que usted le había hecho una declaración!...

Y la gentil anciana se echó a reír, mostrando todos sus dientes, que había conservado celosamente. Raúl se puso de pie, con la cara encendida y sufriendo atrozmente.

—¿Qué es eso? ¿Adónde va? Siéntese. ¿Cree que lo voy a dejar marchar así?... Usted se ha molestado porque me he reído, ya lo veo. Discúlpeme. ¡Qué culpa tiene usted de lo que ha pasado! Usted no sabía... usted es joven... y creta que Cristina era libre.

—¿Cristina se ha comprometido? —preguntó con voz sofocada el desdichado Raúl.

—¡No es eso, no!... Usted sabe bien que Cristina aunque lo quisiese, no se puede casar.

—¡Pero yo no sé nada de eso!.. Por qué no se ha de poder casar Cristina?

—¡Pues a causa del Genio de la Música!...

—¡Vamos!

—¡Sí, se lo prohíbe!... El Genio de la Música le prohíbe que se case.

Raúl se inclinaba hacia la anciana señora, con la mandíbula colgante, como si fuera a morderla. Si hubiera tenido ganas de devorarla,

no la hubiera mirado con ojos más feroces. Hay momentos en que la gran inocencia de alma parece tan monstruosa, que se vuelve odiosa. Raúl encontraba a la señora de Valerius demasiado inocente.

Ella ni sospechó la mirada atroz que la fulminaba y prosiguió con toda clama:

—Sí, se lo prohíbe... sin prohibírselo... ¡Le dice solamente que si llega a casarse no lo volverá a oír! ¡Eso es todo!..., y que se marcharía para siempre. Entonces usted comprende, no quiere dejar que se marche el Genio de la Música. Es muy natural. Sí, sí, asintió Raúl con un suspiro: ¡es lo más natural!

Por otra parte, yo creí que Cristina le hubiera dicho a usted todo esto cuando lo encontró en Perros, adonde fue acompañada por su buen "Genio".

—¡Ah! ¡ah!, ¿entonces fue a Perros con su buen "Genio"?

—Es decir, que él le dio cita allá, en el cementerio de Perros, frente a la tumba de Daaé. Le había prometido tocar la "Resurrección de Lázaro" en el violín de su padre.

Raúl de Chagny se puso de pie y pronunció estas palabras decisivas con gran autoridad:

—¡Señora, usted tiene que decirme dónde vive ese Genio!

La vieja no pareció sorprenderse sobremanera al oír aquella pregunta indiscreta, y respondió:

—¡En el Cielo!

Tanto candor lo desconcertó. Una fe tan simple y perfecta en un Genio, que todas las noches bajaba del Cielo para frecuentar los camarines de artistas de la Opera, lo dejó anonadado.

Entonces se dio cuenta del estado de ánimo en que podía encontrarse una joven educada entre un menestral supersticioso y una buena mujer iluminada, y tembló pensando en las consecuencias que podía tener todo aquello.

—Dígame usted enseguida dónde está Cristina —imploró Raúl por segunda vez.

—¡Pero si yo no lo sé, señor! Habría que preguntárselo al Genio de la Música, él solamente lo sabe. No he vuelto a tener noticias de Cristi-

na desde la noche en que no regresó a casa, y le confieso que comienzo a aburrirme. Cuando lo vi a usted, me dije: "¡Quizá le haya escrito a él!" Pero tranquilícese usted, no hay por qué inquietarse.

Raúl estuvo a punto de injuriarla, de tratarla de vieja loca.

Consiguió dominarse e imaginó que, para saber algo, sería miss hábil halagar su manía. Se volvió a sentar, puso una cara casi serena, mientras que una verdadera furia interna comenzaba a devorarlo.

—Bueno, muy bien... —dijo. Se marchó con el Genio; el Genio no puede habérsela llevado al Cielo... Serla preciso saber dónde habita el Genio en la Tierra. ¿Tiene usted algún indicio? ¿Qué noticias le transmitió la noche en que no volvió más?

La señora Valerius abrió un cofrecito de laca que tenía a su alcance y sacó de él una carta de Cristina, escrita en papel con las iniciales de ella. Raúl lo reconoció enseguida por haber visto hojas iguales en su camarín. Aquella carta había sido llevada por un mandadero, al que la señora no había vuelto a ver.

No había en aquel papel más que algunas palabras garabateadas por una mano trémula. *"¡Estoy con él!... Vivo a su lado. Sobre todo, no te preocupes, mi buena mamá, si mi ausencia se prolongo... El vela por mí. Te abraza de todo corazón... Cristina"*

—¿Y esto le bastó? —preguntó Raúl, conteniéndose para no estallar.

Y otra vez consiguió dominarse ante la expresión extasiada, completamente tonta de la vieja Valerius. Luego se puso bruscamente de pie, rígido como la justicia.

—¿Cristina sigue siendo una muchacha honrada?

—Se lo juro por lo más sagrado! —exclamó la vieja, que esta vez pareció ofenderse. ¡Y si lo pone usted en duda señor, no sé qué ha venido usted a hacer aquí!...

Raúl se arrancaba los guantes.

—¿Cuánto tiempo hace que entró en relación con ese "Genio"?

—Hará unos tres meses... Sí, hará unos tres meses que comenzó a darle lecciones.

El vizconde extendió el brazo con un ademán inmenso y desesperado, y lo volvió a dejar caer con abatimiento.

—¡El Genio le da lecciones! Pero, ¿dónde?

En su camarín de la Ópera, señor Raúl; allí están más tranquilos. Aquí, en este pequeño departamento, sería imposible. "Toda la casa los oiría. Mientras que en la Ópera, a las ocho de la mañana, como no hay nadie, nadie los incomoda, ¿comprende usted?"

—¡Comprendo! ¡Sí, comprendo! —dijo el joven con precipitación, y se despidió de la buena señora, que se quedó pensando si el vizconde no estaría algo chiflado.

Al volver a atravesar el salón, Raúl se encontró frente a la pequeña camarera y tuvo por un instante la idea de interrogarla, pero creyó sorprender en sus labios una ligera sonrisa.

Pensó que se burlaba de él. ¿No sabía acaso lo bastante?... Había querido informarse. ¿Qué más podía desear?... Volvió al domicilio de su hermano, a pie, en un estado que daba lástima.

Quiso castigarse, estrellar la cabeza contra las paredes. ¡Haber creído en tanta inocencia, en tanta pureza! ¡Haber llegado hasta a querer explicarlo todo con la ingenuidad, la sencillez de corazón, el candor inmaculado! ¡El Genio de la Música! Ahora lo conocía. Le parecía verlo. Era algún ridículo tenorcillo, muy mono, y que cantaba con la boca fruncida. Se encontraba ridículo y muy desgraciado. ¡Oh!, ¡qué infeliz, insignificante y necio era el señor vizconde Chagny!, pensaba furioso Raúl. ¡Y ella! ¡qué criatura más satánicamente falsa!

Entretanto, aquella caminata por las calles le había hecho bien, había aplacado un poco el ardor de su cerebro. Cuando entró en su cuarto, sólo pensaba en arrojarse sobre el lecho; para sofocar sus sollozos. Pero su hermano estaba allí. Raúl se dejó caer en sus brazos como un niño. El conde lo consoló fraternalmente, sin pedirle explicaciones; por otra parte, Raúl hubiera vacilado en contarle la absurda historia del Genio de la Música. Si hay cosas de las que uno no se jacta, hay otras por las que es demasiado humillante que le tengan a uno lástima.

El conde se llevó a su hermano a comer al restaurante. Era probable que lo reciente del disgusto lo hubiera inducido a Raúl a declinar

toda invitación, si el conde no le hubiese dicho que la noche anterior la dama de sus pensamientos había sido vista por un sendero del bosque, en amable compañía. En un principio el vizconde no quiso creerlo, pero luego se le dieron detalles tan precisos, que no protestó más. Al fin y al cabo, ¿no era aquélla la aventura más trivial? Se la había visto en un cupé con los cristales bajadas. Parecía aspirar hondamente el aire helado de la noche. Hacía una luna espléndida. La hablan reconocido perfectamente. En cuanto a su compañero, sólo se había distinguido una vaga silueta en la sombra. El carruaje iba al paso, por el sendero desierto, detrás de las tribunas de Longchamp.

Raúl se vistió con frenesí, pronto ya para olvidar su malestar, a echarse, como dicen, en el torbellino del placer. ¡Pero, ay!, fue un triste comensal, y, habiéndose separado del conde temprano, se encontró a eso de la dice de la noche, en un coche del círculo detrás de las tribunas de Lonchamp.

Hacía un frío atroz. El camino aparecía desierto y muy claro bajo la luna. Dio orden al cochero de que lo esperase con paciencia en el ángulo de una avenida adyacente, y, disimulándose cuanto pudo, empezó a andar de arriba abajo.

No haría media hora que se entregaba a aquel higiénico ejercicio, cuando un coche que venía de París dio vuelta al ángulo del camino, y al paso del caballo se dirigió hacia donde él estaba.

Pensó enseguida: "¡Es ella!" Y su corazón se puso a retumbar con fuertes latidos sordos, que ya había sentido en su pecho cuando escuchaba la voz de un hombre tras de la puerta del camarín... ¡Santo Dios, cómo la amaba!

El coche avanzaba siempre.

En cuanto a él, no se habla movido. ¡La esperaba!... ¡Si era ella, estaba resuelto a saltar sobre el pescuezo de los caballos!... ¡Quería tener a todo trance una explicación con el tal Genio de la Música!...

Algunos pasos más y el cupé iba a estar a su lado. No dudaba que fuera ella. Una mujer, en efecto, asomaba la cabeza en la portezuela.

Y de pronto la luna la iluminó con una pálida aureola.

—¡Cristina!

El nombre sagrado de su amor le brotó de los labios y del corazón. ¡No pudo contenerlo! Saltó para detener el coche, porque aquel nombre exhalado en el silencio de la noche fue como la señal de que todo el equipaje se desbocara en una carrera loca, pero pasó con tan vertiginosa rapidez, que no pudo poner su proyecto en ejecución. El cristal de la ventanilla había sido levantado. La cara de la joven había desaparecido. Y el cupé, tras del cual seguía corriendo, ya no era más que un punto negro en el camino blanco.

Volvió a gritar: "¡Cristina!", pero nada le respondió. Se detuvo en medio del silencio.

Echó una mirada desesperada al cielo, a las estrellas; se dio puñetazos en el pecho: amaba, y no era amado.

Con mirada sombría consideró aquella tierra desolada y fría, la noche pálida y muerta. Nada había tan frío ni tan muerto como su corazón; había amado a un ángel y despreciaba ahora a una mujer.

¡Raúl! ¡Cómo se ha burlado de ti la pequeña hada del Norte! ¿No es verdad que no vale la pena tener mejillas tan frescas, una frente tan tímida y siempre pronta a cubrirse con el velo sonrosado del pudor para pasear en la noche solitaria, en el fondo de un cupé de lujo, en compañía de un amante misterioso? ¿No es verdad que la hipocresía y la mentira no debieron traspasar ciertos límites sagrados? ¿No es verdad que no debiera tenerse los ojos claros de la infancia, cuando se tiene el alma de las cortesanas?

...Había pasado sin responder a su llamado...

También, ¿para qué había ido él a salirle al camino?

., ¿Con qué derecho se habla erguido de pronto ante ella, que sólo le pedía olvido, con el reproche de su presencia?...

"¡Vete!.. ¡desaparece!.. ¡Ya no eres nodo!"

¡Pensaba en morir y tenía veinte años!... Su camarero lo sorprendió al día siguiente sentado en la cama. No se había desnudado, y el ayuda de cámara creyó que había sucedido una desgracia, tal era la expresión de su rostro. Raúl le arrebató de las manos la correspondencia que le llevaba. Había reconocido una letra, un papel, un monograma.

Cristina le decía:

“Amigo mío, vaya pasado mañana al baile de máscaras de la Opera, y encuéntrese a medianoche en el pequeño salón situado tras de la estufa del gran foyer; párese al lado de la puerta que conduce a la rotonda. Póngase un dominó blanco, arre lo disfrace bien. Por su vida, que no lo reconozcan. –Cristina”

CAPITULO X

EN EL BAILE DE MÁSCARAS

El sobrecito manchado de barro no llevaba estampilla. "Para entregar al señor vizconde de Chagny" La dirección estaba puesta con lápiz. Aquel sobre habla sido arrojado al suelo con la esperanza de que alguien lo recogería y lo llevarla al domicilio, lo cual había sucedido. La carta, había sido encontrada en la acera de la plaza de la Opera. Raúl la releyó con fiebre.

No necesitaba más que aquello para que volviera a renacer la esperanza. La triste imagen que se habla formado durante un instante de una Cristina olvidada de sus deberes para consigo misma fue substituida por la otra imagen inocente, víctima de una imprudencia y de su excesiva sensibilidad.

¿Hasta qué punto sería ahora realmente víctima? ¿De quién era prisionera? ¿A qué abismo la hablan arrastrado? Se preguntaba estas cosas con cruel angustia; pero aquel mismo dolor le parecía soportable al lado de la exaltación en que lo ponla la idea de una Cristina hipócrita y mentirosa. ¿Qué habla sucedido? ¿Qué influencia la habría dominado? ¿Qué monstruo se la habla arrebatado y con qué armas?

...¿Con qué armas sino con las de la música? Sí, sí, cuanto más lo pensaba, más se persuadía de que secta por ese lado que descubrirla la verdad. ¿Había olvidado acaso el tono con que ella le anunció, en Perros, que había recibido la visita del enviado celeste? ¿Y la propia historia de Cristina en los últimos tiempos no debía ayudarle a iluminar las tinieblas en que se debatía? ¿Acaso ignoraba la desesperación que se apoderó de ella después de la muerte de su padre y el desgano que había sentido entonces por todas las cosas de la vida, hasta por su propio arte? En el Conservatorio había pasado por ser una pobre máquina cantante, desprovista de alma. Y de pronto se habla despertado como bajo el soplo de una entidad divina.

El Ángel de la Música la habla visitado. Canta la Margarita de Fausto y triunfa... ¡El Ángel de la Música! ¿Quién podría ser el que se hacía pasar ante sus ojos por aquel maravilloso genio? Quién sería el que conociendo la leyenda más cara al anciano Daaé se vale de ella, de tal modo que la joven artista sólo es entre sus manos un instrumento sin defensa que hace vibrar a su antojo?

Y Raúl pensaba que semejante aventura no era excepcional. Recordaba lo que le habla sucedido a la princesa Belmonte, que acababa de perder a su marido y cuya desesperación se habla convertido en estupor... Desde hacía un mes la princesa no podía ni hablar ni llorar. Todas las noches llevaban a la enferma a los jardines, pero no parecía saber siquiera dónde se encontraba.

Raff, el más grande cantante de Alemania, que estaba de paso en Nápoles, quiso visitar aquellos jardines, famosos por su belleza. Una de las damas de compañía de la princesa le rogó al gran artista que cantara sin dejarse ver, cerca del bosquecillo en que la princesa estaba recostada. Raff consintió y cantó un aire sencillo, que ella habla oído en boca de su marido en los primeros tiempos de su casamiento. Aquel aire expresivo y tocante, la melodía, las palabras, la voz admirable del artista, todo concurrió a impresionar profundamente el alma de la princesa. Las lágrimas le brotaron de los ojos..., lloró, se salvó, y quedó persuadida de que aquella noche su marido habla bajado del cielo para cantarle la canción de los días felices.

—¡Sí... una noche! Una sola noche —pensaba ahora Raúl—. Pero aquella hermosa ilusión no hubiera subsistido ante una experiencia repetida...

Hubiera acabado por descubrir a Raff tras de los arbustos la ideal y doliente princesa de Belmonte, si hubiera vuelto a oír su voz allí durante tres meses...

El Ángel de la Música le estaba dando lecciones a Cristina desde hacía tres meses. ¡Oh!, era un profesor puntual... ¡Y ahora la llevaba a pasear al bosque!...

Con los dedos crispadas, deslizados sobre el pecho, en que palpataba un corazón celoso, Raúl se desgarraba la piel. Carente de expe-

riencia, se preguntaba ahora con terror a qué juego le invitaba aquella señorita, dándole cita en una próxima mascarada. ¿Hasta qué punto una muchacha de teatro podría burlarse de un joven completamente novicio en el amor? ¡Qué miseria!...

De este modo, el pensamiento de Raúl oscilaba de un extremo a otro. No sabía si tenerle lástima a Cristina o maldecirla. Y sucesivamente hacía lo uno y lo otro. Sin embargo, y a todo evento, se proveyó de un dominó.

Por fin, llegó la hora de la cita. Con la cara cubierta por un antifaz y "empierrotado" de blanco, al vizconde le pareció muy ridículo verse revestido con aquel traje de las mascaradas románticas.

Un hombre de mundo no se disfraza para ir al baile de la Opera. Hubiera sido motivo de burlas.

Un pensamiento consolaba al vizconde, el de que no lo reconocerían. Y, además, aquel traje y aquel antifaz tenían otra ventaja; Raúl iba a poder pasearse allí como en su casa, solo, con la tribulación de su alma y la tristeza de su corazón. No tendría necesidad de fingir; le sería superfluo componerse una máscara para su cara, puesto que llevaba una.

Aquel baile era una fiesta excepcional, que se celebraba antes de los días de carnaval, en honor del aniversario de un ilustre dibujante de las francachelas de antaño, de un émulo de Gavarny. Por eso tenía un color mucho más alegre, ruidoso y bohemio que los bailes de máscaras ordinarias. Numerosos artistas se habían dado cita allí seguidos por toda una corte de modelos y de fantasmas, que a eso de medianoche empezaron a hacer un estrépito atroz.

Raúl subió la gran escalera alas doce menos cinco; no se detuvo a contemplar a su alrededor el espectáculo de los trajes multicolores agitándose por las gradas de mármol, en uno de los más suntuosos decorados arquitectónicos del mundo, no se dejó detener por ninguna máscara bromista, no respondió a ninguna ocurrencia, y rechazó rudamente la familiaridad demasiado atrevida de algunas parejas alegres en exceso. Después de atravesar el gran *foyer* y de escapar a una farándula, que durante un momento lo envolviera, penetró por fin en el peque-

ño salón que le indicaba el billete de Cristina y una de cuyas paredes estaba cubierta por completo por la estufa monumental del gran *foyer*. Allí, en aquel pequeño espacio habla una aglomeración sofocante, porque era la encrucijada donde se cruzaban todos los que iban a cenar a la rotonda o que volvían de beber una copa de champaña. El tumulto era animado y alegre. Raúl pensó que Cristina habla creído más propicia aquella aglomeración tumultuosa a un rincón aislado: allí, con un antifaz, se pasaba por completo inadvertido.

Se recostó ala puerta, y esperó. No tuvo que esperar mucho. Pasó un dominó negro y le estrechó rápidamente la punta de los dedos. Comprendió que era ella.

La siguió

–¿Es usted, Cristina? –le preguntó entre dientes.

El dominó se volvió vivamente y levantó el dedo hasta la altura de los labios, para recomendarle, sin duda, que no repitiera aquel nombre. Pero él vio en los agujeros del antifaz los ojos, los ojos claros...

No podía equivocarse respecto de aquellos ojos.

Continuó andando en silencio.

Tenía miedo de perderla, después de haberla hallado tan singularmente. No le tenía ya odio. Ya no dudaba que ella "no tenía nada que reprocharse", por extraña y equivocada que pareciera su conducta. Estaba pronto a todas las mansedumbres, a todos los perdones, a todas las cobardeas. Amaba. Y, sin duda, dentro de un instante le explicaría la razón de una ausencia tan singular...

El dominó negro se voluta de cuando en cuando para ver si era seguido siempre por el dominó blanco.

En el momento en que Raúl volvía así a atravesar nuevamente tras de su guía el gran *foyer* del público, no pudo menos que notar entre la aglomeración otra aglomeración... Entre todos los grupos que se entregaban a las más locas extravagancias, un grupo se oprimía alrededor de un personaje, cuyo disfraz, actitud original y aspecto macabro, provocaban sensación.

Aquel personaje estaba todo vestido de escarlata y llevaba un inmenso sombrero con plumas sobre un cráneo de muerto. ¡Qué perfecta

imitación de una calavera era aquélla! Los pintorcillos lo rodeaban, lo cumplimentaban, le preguntaban en el taller de qué maestro, frecuentado por Plutón, le habían dibujado y pintado tan notable cabeza de muerto. La propia muerte debía haber servido de modelo.

El hombre de la calavera, el sombrero con plumas y el traje escaflata, arrastraba por el suelo un inmenso manto de terciopelo rojo, cuya cola se extendía regiamente, y en aquel manto había sido bordada en letras de oro una frase que todos leían y repetían en voz alta: "*¡No me toquen! ¡Soy la muerte roja que pasa!*"

Y alguien quiso tocarlo..., pero una mano de esqueleto que salió de una manga de púrpura aferró brutalmente el brazo del imprudente, y éste, habiendo sentido la presión de los huesecillos, la garra de la muerte que parecía no le iba a soltar más, lanzó un grito de dolor y de espanto. Cuando, por fin, la muerte roja le devolvió su libertad, huyó como un loco en medio de la rechifla. Fue en aquel momento que Raúl se cruzó con el fúnebre personaje, que precisamente acababa de volverse hacia su lado. Y estuvo a punto de lanzar un grito: "*La calavera de Perros-Guirec*". La había reconocido. Quiso precipitarse, olvidando a Cristina; pero el dominó negro, que parecía ser presa él también de una profunda agitación, le tomó el brazo y lo arrastró..., lo arrastró fuera del *foyer*, fuera de aquella muchedumbre endemoniada, entre la cual paseaba la "Muerte roja"... A cada instante el dominó negro se volvía y durante dos veces creyó ver sin duda algo que la llenaba de espanto, porque precipitó su marcha y la de Raúl, como si los fueran persiguiendo.

Así subieron dos pisos. Allí las escaleras y corredores del teatro estaban casi desiertos. El dominó negro empujó la puerta de un palco y te hizo seña al dominó blanco de que lo siguiera. Cristina (porque era ella, habla reconocido sus ojos y reconoció luego su voz), Cristina cerró enseguida la puerta del palco y le recomendó en voz baja a Raúl que permaneciera en el antepalco y no se mostrara. Raúl se quitó el antifaz. Cristina conservó el suyo. Y en el momento que el joven iba a rogarle a la cantante que se descubriera la faz, le llamó la atención ver que aquélla se inclinaba contra el tabique, para escuchar atentamente lo

que pasaba en el palco de al lado. Fue apenas que le oyó murmurar a Cristina estas palabras:

–Hay alguien en el palco vecino... lo oigo moverse.

Quiso hablar, decirle que nada era más fácil que ir a hablar a otra parte, pero ella le cerró los labios con un ¡chist! enérgico.

Cristina se deslizó, inclinándose sobre el antepecho del palco, y echó una furtiva mirada hacia fuera, y esto le bastó para cerciorarse, porque enseguida se echó para atrás, diciendo: "También me pareció haber reconocido su voz. Está hablando solo"

Raúl, que comenzaba a intrigarse seriamente con las precauciones de Cristina, le preguntó:

–¿Quién es?

–¡Es un capuchino! –le contestó siempre con voz baja, y estoy cierta de que el otro va a venir enseguida.

–¿Qué otro? –Preguntó el vizconde en el mismo tono.

–El otro capuchino.

–Si teme usted tanto la vecindad de los capuchinos –repuso Raúl, ¡vámonos!

Pero Cristina parecía estar muy agitada.

–¡Oh! Ahora sería muy imprudente. ¡Sería una insensatez!... ¿Por qué me diría que tenía cita en el "palco de los ciegos", que queda debajo?

De pronto se puso de pie.

–¡Pero entonces va a venir él también! Sí, ¡partamos!, ¡partamos!

Abrió la puerta del palco y la volvió a cerrar casi enseguida.

–Demasiado tarde.

Y visiblemente se puso a temblar.

–Póngase el antifaz, "señor", y no se lo vuelva a quitar por ningún motivo.

Y se apoyó contra la puerta, como para impedir que la abrieran. Cristina desfallecía; Raúl quiso retenerla, pero ella lo apartó con la mano y le indicó el tabique.

Enseguida se oyó una voz que decía:

–En fin, señor, aquí estamos, ¿pero no le parece que estaríamos mejor para conversar en su escritorio? ¡Aquí, señor, siempre es de temer un oído indiscreto! ¡Vamos a su escritorio, señor!

Y sólo se oyó entonces el ruido de una puerta que se abría...

Cristina exhaló un profundo suspiro. Parecía que al fin le era posible respirar.

Y entreabrió la puerta diciendo:

–¡Ya no hay peligro, Raúl; pero he tenido mucho miedo!...

–¿Miedo de qué? ¿qué es lo que la asusta? Es preciso que me lo diga, Cristina Imploró el joven, que se preguntaba si no iba a saber al fin la explicación de todas aquellas extrañas idas y venidas, de todos aquellos gestos de desesperación y de espanto.

Cristina no le respondió. Continuaba mirando atentamente por el intersticio pie la puerta y del tabique que pasaba en el corredor.

Raúl miró por detrás de ella. Vio ante todo dos frailes que se parecían como si fueran gemelos y que ya iban bajando la escalera de los palcos del segundo rango.

Los dos capuchones que les cubrían la cabeza no fueron muy luego más que dos conos oscuros que sobresalían de la línea de los primeros escalones y luego desaparecieron. En ese mismo instante Raúl, que seguía la mirada de Cristina, vio posarse en el escalón más alto de la escalera que ascendía al piso superior, un "pie rojo"

...Y luego, dos pies rojos..., y lentamente, majestuosamente, bajó todo el traje escarlata de la muerte roja. Y volvió a ver la cabeza de muerto de Perros-Guirec.

–¡Es él! –exclamó. ¡Esta vez no se me escapará!

Pero Cristina habla cerrado la puerta en el momento en que Raúl se precipitaba. Quiso apartarla de su camino.

–¿Y quién es él? –le preguntó con voz desolada; ¿quién es, que no se le escapará?

Brutalmente, Raúl trató de vencer la resistencia de la joven, pero ella lo rechazaba con una fuerza inesperada... Comprendió o creyó comprender, y se puso furioso enseguida.

—¿Quién es? —dijo con rabia. ¡Quién ha de ser sino él! ¡El hombre que se oculta bajo esa atroz máscara mortuoria!.. el genio malo del cementerio de Perros!... ¡la "Muerte Roja!"... En fin, su amigo, señora... su Ángel de la Música. Pero yo le he de arrancar la careta, como me atranco la mía, y nos miraremos esta vez cara a cara, sin velos ni mentiras, y sabré quién es el que la ama y a quién ama usted.

Y estalló en una risa insensata, mientras que Cristina, detrás de su antifaz, exhalaba un sollozo de angustia.

Extendió con un ademán trágico sus brazos, que pusieron una valla de blancura sobre la puerta.

—¡En nombre de nuestro amor, Raúl, usted no saldrá de aquí!...

Raúl se detuvo, ¿Qué había dicho? ¿En nombre de su amor? ¡Pero si jamás le había dicho hasta entonces que lo amara! Y, sin embargo, no había sido por falta de ocasiones.

¡Ya lo había visto desesperado, lloroso ante ella, implorando una palabra buena, una palabra de esperanza que no había querido decirle!... Lo había visto enfermo, casi muerto de terror y de frío, después de la noche del cementerio de Perros... ¿Se había quedado siquiera a su lado en el momento que más necesitaba de sus cuidados? ¡No, había huido!.. ¡Y decía que lo amaba! Hablaba en nombre de su amor. Vamos, no tenía más propósito que ganar algunos segundos... El tiempo necesario para que la "Muerte Roja" escapara... ¿Su amor? ¡Mentira!

Y se lo dijo con acento de odio infantil.

—¡Miente usted, señora! ¡Usted no me quiere ni me ha querido nunca! Es preciso ser pobre y desgraciado joven como yo, para dejarse burlar, para dejarse poner en ridículo como yo. ¿Por qué entonces con su actitud, con la alegría de su mirada, con su mismo silencio me permitió usted concebir todas las esperanzas? Todas las esperanzas honestas, señora; porque yo soy un hombre honesto y la creta a usted una mujer honrada, mientras que sólo tenía usted la intención de burlarse de mí. ¡Oh!, ¡sí, se ha burlado usted de todo el mundo! Usted ha abusado vergonzosamente del corazón cándido de su propia bienhechora, que sigue, sin embargo, creyendo en su sinceridad, cuando anda usted

pavoneando por el baile de máscaras de la Ópera con personaje macabro... ¡La desprecio!...

Y se echó a llorar. Cristina dejaba que la injuriase. Sólo pensaba en una cosa: retenerlo.

—¡Un día, Raúl, me ha de pedir usted perdón de todas estas calumnias, y yo lo perdonaré!...

Raúl sacudió la cabeza.

—¡No! ¡no! ¡Usted me había vuelto loco! ¡Cuándo pienso que yo, el vizconde Raúl de Chagny, sólo pensaba en darle mi nombre a una mujerzuela de teatro!

—¡Raúl! ¡Desdichado!

—¡Me moriré de vergüenza!

—¡Viva usted, amigo mío —dijo la voz grave de Cristina —, y ¡adiós! ¡Adiós, Raúl!

El joven se adelantó con paso vacilante. Se atrevió aún a decir un sarcasmo.

—¡Oh!, permítame que venga a aplaudirla de cuando en cuando.

—¡No volveré a cantar jamás, Raúl!...

—¿De veras? —agregó con más ironía aún... Puede usted prescindir del teatro: ¡la felicito!... ¡Ya nos veremos en el bosque una de estas noches!

Ni en el bosque, ni en ninguna otra parte, no me volverá a ver jamás, Raúl!

—¿Podría saber al menos en qué tinieblas va a hundirse, a qué infierno... o a qué paraíso, se marcha usted, señora?

—Había venido para decirle, amigo mío... ¡pero ya no puedo decirle nada, usted no me creerla!... ¡Ha perdido usted la fe en mí, Raúl, y todo ha concluido!...

Cristina dijo "todo ha concluido", con un acento tan desesperado, que el joven se estremeció y el remordimiento de su crueldad empezó a hacerlo vacilar...

—Pero, en fin, ¿por qué no me dice usted qué significa todo esto? Usted es libre, nada la retiene... Pasea usted por la ciudad..., se pone usted un dominó para correr al baile... ¿Por qué no vuelve usted a su

case? ¿Qué hace usted desde hace quince días? ¿Qué significa esa absurda historia del Ángel de la Música, que le ha contado usted a la señora de Valerius? Alguien ha podido engañarla, abusando de su credulidad... Yo mismo lo he comprobado en Perros..., pero ahora ya sabe usted a qué atenerse...; usted, Cristina, es una persona sensata... ¡Usted sabe lo que hace!... ¡y, sin embargo, la señora Valerius sigue esperándola e invocando su buen "Genio"! ¡Explíquese, Cristina, se lo ruego!... ¿Cómo quiere que no interprete mal todo esto? ¿Qué significa, en fin, esta comedia?...

Cristina se quitó sencillamente el antifaz, y dijo:

–¡Es una tragedia, amigo mío!

Raúl vio entonces su cara y no pudo contener una exclamación de sorpresa y de espanto.

Los frescos colores de antes habían desaparecido. Una palidez mortal bañaba aquellas facciones, que habla conocido tan encantadoras y tan suaves, reflejos de la gracia apacible y de la conciencia tranquila. ¡Qué atormentados estaban ahora! El surco del dolor los había demarcado implacablemente, y los bellos ojos claros de Cristina, antaño tan límpidos como los lagos que servían de ojos ala pequeña Lota, aparecían aquella noche de una profundidad ricura, misteriosa e insondable, y todas rodeados por una sombra espantosamente triste.

–¡Amiga mía! Amiga mía –sollozó Raúl –, usted me ha prometido perdonarme...

–Quizá... quizá algún día... –dijo Cristina, volviéndose a poner el antifaz, y se fue haciéndole un ademán que le prohibía seguirla y que lo echaba de su lado.

Quiso precipitarse tras ella, pero Cristina se volvió y repitió su ademán de adiós con tal autoridad soberana, que Raúl no se atrevió a dar un solo paso.

La miró alejarse... Y luego bajó a mezclarse con la muchedumbre, no sabiendo precisamente lo que hacia, con el corazón desgarrado y sintiendo martillazos en las sienes.

Preguntó al atravesar la sala si habían visto pasar la "Muerte Roja". "¿Qué es eso de la "Muerte Roja"?", le decían. Y él respondía: "Es

un individuo disfrazado con una calavera y un gran manto colorado". Por todas partes le decían que acababa de pasar la "Muerte Roja", arrastrando su manto regio, pero no la encontró en ninguna parte, y a eso de las dos de la mañana se encontró en el pasadizo que, por detrás de la escena, conducta al camarín de Cristina Daaé.

Sin quererlo, habla ido a dar a aquel sitio en que habla comenzado a sufrir. Golpeó a la puerta. No le respondieron. Entró como entrara cuando buscaba por todas partes la "voz de hombre". El camarín estaba desierto. Un pico de gas ardía muy bajo, como un velador. En un pequeño escritorio había papel de cartas. Pensó en escribirle a Cristina, pero oyó pasos en el corredor...

Apenas tuvo tiempo de esconderse en el *boudoir*, que estaba separado del camarín por una simple cortina. Una mano empujó la puerta. ¡Era Cristina!

Contuvo la respiración. ¡Quería ver! ¡Quería saber!... Algo le decía que iba a asistir a un paso misterio y que quizás iba a comenzar a comprender...

Cristina entró, se quitó el antifaz con un ademán de cansancio y lo arrojó sobre la mesa. Suspiró y dejó caer la cabeza entre las manos... ¿En qué pensaba? ¿En Raúl?... ¡no!, porque Raúl la oyó murmurar: "¡Pobre Erik!".

Primero creyó haber oído mal.

Primero, porque estaba persuadido que si había alguien a quien compadecer era él. Nada más natural que después de lo que acababa de pasar entre ellos, dijera entre dos suspiros: "¡Pobre Raúl!" Pero Cristina repitió, meneando la cabeza: "¡Pobre Erik!" ¿Quién era ese Erik que venía a mezclarse en los suspiros de Cristina y por qué la pequeña hada del Norte compadecía a Erik, cuando Raúl era tan desgraciado?

Cristina se puso a escribir tan tranquila, serena y pacíficamente, que Raúl, que temblaba aún a causa del drama que los separaba, se sintió moleestamente impresionado. "¡Cuanta sangre fría!", pensaba. Siguió escribiendo así, llenando dos, tres, cuatro cuartillas. De pronto irguió la cabeza y se ocultó las cuartillas en el seno... parecía escu-

char... Raúl también escuchaba... ¿De dónde venía aquel ruido extraño, aquel ritmo lejano?

Un canto sordo parecía salir de las paredes... ¡Sí, se hubiera dicho que las paredes cantaban!... El canto se tornaba más claro, las palabras más inteligibles... se distinguió una voz... una voz muy bella, muy suave y atractiva... pero tanta suavidad se mantenía, sin embargo, viril, y era posible advertir que aquella voz no era de mujer. La voz se iba aproximando siempre... brotó de la pared... llegó... y ahora la voz "estaba en la pieza", delante de Cristina. Cristina se puso de pie y le habló a la voz, como alguien que hubiese estado a su lado.

—Aquí estoy, Erik —dijo Cristina—, estoy pronta. Es usted, amigo mío, el que llega retrasado.

Raúl, que miraba prudentemente, oculto en la cortina, no podía creer en sus ojos, que no le mostraban nada.

La fisonomía de Cristina se iluminó. Una sonrisa breve vino a posarse en sus labios exangües, una sonrisa como la de las convalecientes cuando comienzan a sentir que el mal que las ha atacado no se las llevará.

La voz sin cuerpo se puso de nuevo a cantar, y sin duda que Raúl nunca había oído nada en el mundo —como voz que uniera al mismo tiempo, con el mismo aliento, los extremos —nada más ampliamente y heroicamente suave, nada más victoriosamente insidioso, nada más delicado en la fineza, nada más fuerte en la delicadeza, en fin, nada más irresistiblemente triunfante. Había allí acentos definitivos, que cantaban como el amor y que, ciertamente, por la sola virtud de su audición, debían hacer nacer los acentos más elevados en los seres que sienten, aman y traducen la música. Había allí una fuente tranquila y pura de armonía, en la que los fieles podían devotamente beber, ciertos de que en ella bebían la gracia musical. Y su arte, de golpe, habiendo tocado lo divino, quedaba transfigurado. Raúl oía aquella voz con fiebre y comenzaba a comprender cómo Cristina Daaé pudo aparecer una noche ante el público estupefacto, exhalando acentos de una belleza desconocida, de una exaltación sobrehumana, encontrándose, sin duda, todavía bajo la influencia del invisible maestro. Y comprendía

tanto más tan considerable acontecimiento al escuchar la voz excepcional, que no cantaba precisamente nada de excepcional: con un poco de lodo habla tallado zafiros. La trivialidad del verso y la vulgaridad casi popular de la melodía parecían tanto más convertidas en belleza por un soplo que las levantaba y arrebatava al cielo en las alas de la pasión. Porque aquella voz angélica glorificaba un himno pagano.

Aquella voz cantaba la "noche de himeneo", de "Romeo y Julieta".

Raúl vio a Cristina extendiendo los brazos hacia la voz, como había hecho en el cementerio de Perros hacia el violín invisible que tocaba la "Resurrección de Lázaro".

Nada podría expresar la pasión con que la voz dijo:

La destinée t'enchaîne à moi sans retour!...

Raúl sintió que una puñalada le partía el corazón, y, luchando contra el encanto que parecía quitarle toda voluntad y toda energía y casi toda la lucidez en el momento en que más la necesitaba, consiguió correr h cortina que lo exultaba y dirigirse hacia Cristina. Esta, que se dirigía hacia el fondo del camarín, revestido por un espejo que reproducía su imagen, no lo podía ver, porque estaba a sus espaldas y completamente oculto por ella.

La destinée t'échaîne à moi sans retour!...

Cristina se dirigía siempre hacia su imagen reflejada, y su imagen descendía hacia ella. Las dos Cristinas –el cuerpo y la imagen –acabaron por tocarse, por confundirse, y Raúl extendió los brazos para tomarlas de un golpe a las dos.

Pero, por un milagro, deslumbrador, que lo hizo tambalear, Raúl fue empujado hacia atrás y mientras que un viento helado le azotaba la cera, no vio ya dos, sino cuatro, ocho, veinte Cristinas que giraban a su alrededor, con tal levedad, que se burlaban de él, y con tal rapidez lo esquivaban, que sus manas no pudieron tocar ninguna. Por último, todo

quedó inmóvil, y Raúl se vio en el espejo. Pero Cristina habla desaparecido.

Se precipitó hacia el espejo. Golpeó las paredes. ¡Nadie! Y, sin embargo, en el camarín resonaba aún con un ritmo lejano, apasionado:

La destinée t'enchaîne à moi sans retour!...

Sus manos aprisionaron su frente sudorosa, palparon su carne despierta, tantearon la penumbra, devolvieron a la luz el gesto de su fuerza. Estaba seguro de que no soñaba. Se encontraba en el centro de un juego formidable, físico y moral, del que no conocía la clave y que quizá lo iba a hacer pedazos. Se parecía vagamente a un príncipe aventurero, que ha cruzado el límite vedado de un cuento de hadas y que ya no debe sorprenderse de ser presa de los fenómenos mágicos, que inconsideradamente ha desafiado y desencadenado por amor...

—¿Por dónde se había marchado Cristina? ¿Por dónde?...

—¿Por dónde volvería?

—¿Volvería al menos?... ¡Ay!, ¿no le había dicho que todo había concluido?... ¿y acaso las paredes no repetían aún: "*La destinée t'enchaîne a moi sans retour*"? ¿Encadenada a qué?, ¿a quién?

Entonces, extenuado, vencido, con el cerebro vacío, se sentó en el propio sitio que hacía un instante ocupaba Cristina. Como ella, dejó caer la cabeza entre las manos. Cuando la levantó, las lágrimas corrían por su faz, abundantes y pesadas, como las de los niños celosos, lágrimas que lloraban una desdicha nada fantástica, común a todos los amantes de la tierra, y que Raúl tradujo en voz alta.

—¿Quién es ese Erik? —murmuró.

CAPITULO XI

EL SOBRE MÁGICO

Madame Giry había sido reintegrada a sus funciones. No es, por cierto, en las "Memorias" del señor Moncharmin donde se pueden encontrar rastros de tan lamentable capitulación ante la fuerza oculta del Fantasma. Por lo demás, sea que haya estado persuadido de que fue burlado por alguien más pícaro que él y pronto veremos de guión sospechó un momento sea que en verdad tuviera vergüenza de confesar o de dejar sospechar la inquietud directorial, Moncharmin no volvió a hablar del Fantasma sino de una manera vaga, prudente, y a menudo incomprensible. Por otra parte, no cabe duda de que los señores Richard y Moncharmin se esforzaron en disipar, como personas razonables que eran, la modorra que había comenzado a dominarlos en el palco número 5 durante la noche fatal. Ya al día siguiente estuvieron de acuerdo para comunicarse que en aquel palco infernal no hablan sentido, oído ni visto nada de extraordinario y la frase que les anunciara el accidente: *"Ha cantado esta noche como para hacer desplomar la araña"*, pasó por una simple alucinación de sus imaginaciones sobreexcitadas. Sin embargo, tuvieron un largo conciliábulo secreto después de una visita tempestuosa a la pobre Carlota, que cayó en cama, inconsolable de su desventura. Después pasaron toda una tarde bajo la techumbre del edificio. Un examen atento de los medios de suspensión de la araña los dejó pensativos, y aquella misma noche le mandaron pedir disculpas a madame Giry.

Le pidieron que volviera a tomar el cuidado del palco número 5 y resolvieron entrar en tratos con el Fantasma.

Pensaron que no podían adoptar una táctica más conveniente para dominar al misterioso personaje, que hacerle creer que consentían la tentativa de chantaje inscripta con tinta roja en el pliego de condiciones. Como se ve, el temperamento de los señores directores había sufrido una importante transformación. No se dijeron entonces que tenían

que habérselas con un bromista de mal gusto, pues creyeron que se trataría de un estafador de extravagante audacia. Y quisieron atraparlo, de donde se sucedieron algunos incidentes que me han sido fielmente referidos por madame Giry, por Mercier, el administrador, y por el mismo Gabriel, el maestro de canto y confidente de Richard, así como Mercier había sido el de Moncharmin.

Madame Giry parecía no haber conservado ningún encono contra los señores directores por la deplorable actitud que habían observado para con ella. Por lo menos, procediendo con mucha altivez, no lo demostraba. Conservaba su dignidad, su chal negro y su sombrero de color hollín. Moncharmin, cuando ella volvió a entrar en el servicio, le entregó finalmente una carta para el Fantasma. Ella tomó la carta, la puso con delicadeza en su cestillo, diciendo que aquella misma noche le haría llegar la carta al Fantasma.

Inútil, es decir, que Ices señores directores, a partir de aquel día, no volvieron a disputarle su palco al "amateur" invisible. Al día siguiente a aquel en que le hablan escrito, recibieron su respuesta. El correo, que lo único que tiene de fantástico es su exactitud, fue quien la hizo llegar.

"Señores –escribía F. de la O. –tomo nota complacido de sus ofrecimientos de hoy. Pero no se impacienten ustedes. Cuando suene la hora les haré saber a ustedes cómo y cuándo deberán pagarme los 20.000 francos de mi mensualidad corriente. –P. D. Acabo de saber que Cristina Daaé está ligeramente enferma, pero no se preocupen por no verla estos días. Les escribiré dos líneas cuando se sienta mejor. Esta joven necesita descenso. Pueden ustedes creermé."

Este fantasma parece comprometedor para las mujeres declaró Moncharmin.

Pero decidieron no tratar por el momento de averiguar el secreto de aquella relación. Tampoco quisieron vigilar a madame Giry e ignoraban cómo se las arreglaba ésta para hacerles cartearse con su nuevo "amigo". De este modo trataban de disipar su desconfianza para pescarlo *in fraganti*.

Todo esto había pasado antes del baile. Ahora bien: un acontecimiento importante ocurrió en la mañana del día en que la Opera debía dar su baile de máscaras conmemorativo. Los señores Moncharmin y Richard recibieron cada uno por su parte una carta del F. de la O., haciéndoles recomendaciones "personales", poniéndolos en guardia al uno contra el otro y dictándoles una conducta a la que debían ajustarse, manteniéndola recíprocamente secreta.

Las dos cartas, además, estaban redactadas en términos idénticos:

"Mi querido director: He pensado que es preferible que tratemos directamente nuestros menudos asuntos; así nos entenderemos mejor; y he resuelto tratar personalmente con usted, que es un hombre bien educado, que conoce a las gentes y que tiene una inteligencia poco común, cualidades muy apreciables, que me serte difícil encontrar en su deplorable colaborador. Si usted desea que no ocurra entre nosotros nada lamentable, le recomiendo mucho arte guarde usted solo el secreto del programa que voy a confiarle. Es muy simple. Como usted se imaginará, no le voy a decir que lleve consigo los 20.000 francos. Usted me haría meter en prisión una vez que yo los tuviera en el bolsillo, y el robado sería yo. No, le diré verbalmente cómo deberá proceder usted para que todos los meses me lleguen, sin peligro para ellos ni para mí.

"Ahora, he aquí las condiciones en las que nos encontraremos. Esta noche iré al baile, disfrazado de capuchino gris, con la capucha en la cabeza. Asista usted también disfrazado y con el mismo traje. Cita: entre doce y cuarto y doce y media en el tercer palco que se encuentra exactamente bajo el "palco de los ciegos". El primero que llegue esperará al otro. Felicidades. P. D. Puede usted, prevenir a la policía: ¡nos divertiremos! —"F. de la O.

El señor Moncharmin no previno a nadie. El señor Richard hizo otro tanto. Si por medio de este experimento, F. de la O. habla tratado de averiguar qué grado de influencia comenzaba a tener en la voluntad de los directores, debió quedar contento. Sus instrucciones fueron seguidas al pie de la letra.

Llamaban en la Opera el "palco de los ciegos" a un palco bastante vasto, situado en el último piso de la sala y desde el que no se podía ver nada. Esta circunstancia no fue como podría creerse, la causa determinante de tal denominación. Ella reside, más bien, en el hecho de que su director precedente reservó aquel sitio exclusivamente a los asilos de ciegos que llevaban allí gratuitamente a sus pensionistas, melómanos y extáticos, con ceras apasionadas y fatigadas de fumadores de opio, y con las manos formando pantallas tras de las orejas, para aspirar mejor el viento de la orquesta.

A la una y cuarto en punto, Moncharmin, bien arrebuado en su hábito de paño burdo, de máscara y capuchón, entró en el palco indicado bajo el "palco de los ciegos" y allí esperó. Richard, disfrazado igualmente, no tardó en llegar y reunírsele. Se miraron largo rato por los orificios de sus caretas, persuadido cada uno de ellos de que tenía por delante al invisible F. de la O... y esperando que quisiera iniciar la conversación.

Fue entonces que se oyó una voz que decía esto, que hemos consignado en el anterior capítulo:

—En fin, señor, henos aquí. Pero, ¿no le parece que estaríamos mejor para conversar en su gabinete? Aquí siempre es de temer la presencia de un oído indiscreto. ¡Vamos a su escritorio, señor!

Como en aquel palco no había más que dos capuchinos, cada uno de ellos creyó oír al otro y ambos se inclinaron. Richard fue el que salió delante; Moncharmin lo siguió. Parecían graves y pensativos al atravesar las salas y corredores en que se agitaba la mascarada. Enseguida se encontraron tras de la escena y ascendieron la escalera de la administración. El que iba delante, Richard, estaba convencido de que le indicaba el camino el otro.

El segundo, Moncharmin, se decía: "¡Conoce el camino tan bien como yo, y anda aquí como en su casa!".

Así penetraron en el despacho directorial. Moncharmin cerró la puerta y esperó. Y esta vez pareció que ninguna voz tomaría la iniciativa de la conversación.

Impacientado y nervioso, Richard fue el primero en romper aquel instante de silencio.

–Es necesario que acabemos este asunto de una vez –dijo.

Al reconocer la voz de Richard, Moncharmin dio un paso hacia atrás. Y luego, de pronto rompió a reír.

–En fin –dijo –, para un día de baile de máscaras la broma no está mala.

Al reconocer la voz de Moncharmin, Richard corrió hacia el fraile y le quitó el capuchón. La careta cayó. Y apareció la cara de su colaborador, que reía hasta derramar lágrimas.

–¡Eres un tonto! –declaró simplemente Richard, arrojando fastidiado su careta sobre el escritorio.

–¡Tienes razón, soy un tonto! –replicó Moncharmin. ¡Debiera haber sospechado que esta historia era una broma tuya! En fin, no ha estado mal esto, mi querido F. de la O. ¡Mis felicitaciones!

–¿Cómo dices? –interrogó Richard.

–He dicho: mis felicitaciones.

–Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Piensas seguir divirtiéndote a mi costa?... Te prevengo que no estoy de humor para eso...

Ante el enojo real de Richard, Moncharmin, cada vez más estupefacto, pareció reflexionar y sacó del bolsillo una carta que entregó a su colega. Este la tomó, la recorrió y no pudo contener una exclamación:

–¡Pero si he recibido otra igual! Otra vez nos han burlado. ¿Pero quién ha sido? Eso es lo que te juro averiguaré y te garantizo que me la va a pagar...

Moncharmin dijo:

–¿Hablas en serio, Richard?

–Pero, hombre, ¿qué te imaginas? –exclamó Richard nervioso. ¿Quieres ver mi carta? ¡Pues aquí la tienes!

Y él también sacó de la manga de su hábito de paño burdo, la misiva que habla recibido del F. de la O.

Sin embargo, Moncharmin miraba todavía a Richard de una manera que no le gustó a este último. Era fácil ver que el primero sospe-

chaba del segundo o por lo menos le desconfiaba. A Richard esto lo exasperó.

Moncharmin acabó por aclarar su pensamiento.

–Pero, dime, querido ¿quién fue el que habló en el palco sino tú?

Richard inició un ademán furioso que contuvo. En el momento en que iba a golpear con el puño sobre la mesa de su escritorio, se oyeron tres pequeños golpes secos en la mesa y su puño quedó en el aire.

Los dos directores se miraron.

–¿Has oído? –preguntó Richard, cuya voz no era muy serena.

–Sí –dijo Moncharmin, que se había puesto un poco pálido.

Escucharon de nuevo... Pensaban en los tres golpecitos secos de que les había hablado madame Giry.

Es que no cabía duda de que los habían oído... claramente oído... dentro de la mesa... porque debajo de la mesa no había nadie...

Pero había algo encima... Un sobre formato oficio, y sobre éste anotada la dirección con tinta roja. Y les pareció que los tres golpecitos secos sólo habían sido dadas para llamarles la atención sobre aquella carta.

Richard, que, aunque pretendiera lo contrario, no estaba completamente exento de superstición, extendió prudentemente la mano hacia el sobre, como si temiera que su contacto lo fuera a quemar.

Por último lo tomó sin que se produjese ningún incidente y lo abrió con nerviosa precipitación después de haber leído junto con Moncharmin que se había inclinado sobre su hombro el sobre escrito: "Para los señores directores de la Opera".

"Mis queridos amigos –decía la carta –: Fui yo el que habló en el palco. Estaba en él. Si ustedes no me vieron es porque desconfío un poco de la policía, siempre dispuesta a cometer torpezas, bien que hubiera tomado todas mis disposiciones, como pueden ustedes comprobarlo ahora, para que, si a ustedes se les ocurría prevenirla, los detuviera a ustedes primero, basada en los propios datos que ustedes le darían, cosa que, convengan ustedes en ello, hubiera sido bastante gracioso... Que esta perspectiva, mis queridos amigos, no se les olvide

en el caso de que quieran ustedes hacer intervenir en nuestras relaciones a alguna potencia extranjera”.

“He aquí cómo hay que proceder con los 20.000 francos: Pongan ustedes veinte billetes de mil francos en el sobre que acompaño y entreguen ustedes ese sobre cerrado, media hora antes de la próxima representación, a madame Girya; que hará lo necesario. Los salude muy cordialmente. F. de la O.”

En el sobre que acababan de abrir, encontraron, en efecto, otro exactamente igual, doblado en dos, y con esta inscripción en tinta roja: *“Señor F. de la O. –Personal”*

A la noche siguiente, media hora antes de levantarse el telón, un inspector fue a buscar a madame Girya, que estaba ya en su puesto de acomodadora, y le dijo que fuera inmediatamente al despacho del señor Richard.

La buena mujer no pareció sorprenderse absolutamente con el llamado y, abandonando momentáneamente sus funciones, que consistían en esperar la llegada de los espectadores, bajó rápidamente hasta la entrada de los abonados, atravesó la escena, subió la escalera, encontró en el descansillo a su hija Meg, que le estaba haciendo travesuras a un bombero, le administró un par de cachetazos y enseguida llamó al despacho del señor director.

–¡Pase!

No pareció notar que era examinada con una insistencia rara. Tomó un sobre bastante pesado que le entregaban. Leyó la dirección, y como llevaba en el brazo el cestillo del que raras veces se separaba, introdujo en él la carta.

–¿Usted sabe, sin duda, lo que eso quiere decir?

–¡Claro, señor director! No hay que ser bruja para comprender que es una carta para el Fantasma.

–¿Y va usted a entregársela personalmente?

–Así parece. ¿Qué quiere usted que haga con ella?

–¿Se la va a entregar en mano propia?

–Nunca he visto las manos del Fantasma, señor, y no le puedo asegurar que las tenga...

–Pero entonces, ¿cómo hace usted?

–Se la pongo en su sitio, eso es todo... Y parece que el la viene a buscar, puesto que es "preciso" que así se hagan las cosas...

–¿Hace mucho tiempo que usted le sirve de buzón?

–La primera vez que esto me sucedió fue en tiempos de los señores Debienne y Poligny, algunos días antes de que se retiraran... El señor Poligny me entregó una carta, pero mucho menos pesada que ésta... e hice con ella ni más ni menos de lo que voy a hacer con la presente... Adiós, señor, salvo sus respetos, me largo... Los clientes deben estar empezando a llegar y es preciso que cada cual se gane la vida, ¿verdad?

Richard y Moncharmin no la retuvieron. No habían quitado los ojos de encima a madame Giry y su cestillo. Apenas hubo cerrado la puerta se puso a seguirla Mercier, el administrador. Todos los movimientos de la acomodadora fueron espiados. No hizo nada que mereciera observarse y no tocó su cestillo hasta que estuvo delante del palco número 5. Entonces lo abrió tranquilamente, sacó la preciosa misiva, dejó sobre un taburete el cestillo y penetró en el palco, depositando el sobre encima de la tableta del antepecho.

Mientras tanto, Mercier se había permitido, a su vez, abrir el cestillo y comprobar que no contenta más que un pañuelo de encaje de la mayor finura, marcado con las iniciales entrelazadas F. O., un manojito de llaves, una caja de fósforos, doce sueldos, un número viejo de "Le Petit Journal", doblado en la parte del folletín "La hija del vampiro".

En cuanto a Moncharmin y Richard, armados de larga vistas e instalados en los palcos del piso superior, podían sin ser vistos tener constantemente bajo su doble mirada policial la carta para el Fantasma, y así pasaron toda la función, actos y entre actos.

No vieron nada en el palco y siempre vieron el sobre colocado en la repisa del antepecho. Se hablan arreglado para encontrarse al final de la función en el palco número 5, sin que se interrumpiera la vigilancia de que era objeto la carta ni siquiera un segundo.

Entonces los dos directores, delante de Mercier, que no entendía lo que pasaba, porque había observado la consigna sin ser puesto al

corriente del suceso, abrieron el sobre sonriendo. Pensaban que el Fantasma, que estaba sin duda animado de un espíritu práctico, se había sentido vigilado y se había cuidado muy bien de tocar el sobre que contenía los 20.000 francos. Después recorrieron con actitud algo fatua el camino hasta la administración.

Pero al llegar a su despacho descubrieron en el escritorio, en el mismo sitio que la víspera, un pequeño sobre con una esquelita que decía así:

"¡Araña y balaustrada! Las bromas cortas son las mejores; los papeles de Santa Farsa no circulan en mi imperio. Traten de ser algo más serios pasado mañana o si no me voy a enojar otro vez, araña y balaustrada. Su servidor, F. De la O."

¡Adiós palabras amistosas! Evidentemente, el Fantasma estaba furioso. Pero, ¿cómo había sabido que eran falsos los billetes de banco colocados en el sobre, puesto que éste había permanecido intacto y nadie lo había tocado? ¿Y cómo esta última amenaza –*¡araña y balaustrada!* –había llegado hasta el escritorio de Richard, puesto que desde la víspera, habiendo recordado Richard algo tarde la recomendación que les hicieran los directores salientes, había hecho colocar en su escritorio unos cerrojos de seguridad de los que él solo tenía las llaves? Richard estaba quebrado.

Ni gritos, ni maldiciones, ni gestos.

Pero parecía que en su silencio algo jadeante emanara exasperación.

Y lo que más lo exasperaba, más aún que las locas pretensiones de F. de la O., era la mirada de Moncharmin... aquella mirada que lo consideraba con una evidente ironía malévola. Porque aquella ironía no podía encerrar más que dos cosas: o bien la idea que se hacía Moncharmin de que P. de la O. gozaba particularmente en "fumarlo en pipa" a Richard, o bien en razón de sospechas que Moncharmin demostraba respecto de su colega. Y esta última posibilidad llevaba a su colmo el fastidio de Richard.

¡Ser mistificado y pasar por mistificador!

De pronto exclamó:

–¡Mercier! ¡Vaya a buscarme a Gabriel!

Gabriel, el maestro de canto, era amigo de Richard. Contaba con toda su confianza y a veces, en los casos difíciles, le habla suministrado excelentes consejos. Cuando Mercier estuvo de vuelta con Gabriel, Richard les indicó a los dos que se sentaran y después de verificar que nadie podría oír lo que iba a decirse allí sino ellos cuatro y después de recomendar a su secretario Remy, que velaba en la pieza inmediata, que no dejara pasar a nadie, contó desde el principio todos los detalles del extraño asunto. Gabriel y Mercier lo oyeron en perfecto silencio. Cuando hubo callado, Gabriel se puso de pie y dijo:

–Hay que poner los 20.000 francos en el sobre, pero 20.000 francos legítimos.

–Esa es mi opinión asintió Mercier, y agregó: Hay que prevenir al comisario de policía.

–¡Jamás! –exclamó Gabriel.

–¿Y por qué, señor Gabriel, no quiere usted que se llame al comisario de policía? –preguntó Moncharmin. Hay en esto una tentativa de chantaje bien caracterizada y, además, tenemos la prueba de que se penetra contra nuestra voluntad en nuestras oficinas. Siguiendo así, podemos llegar a sospechar de los empleados más honorables de nuestra administración.

–¡No, no! –repitió Gabriel. Nada de comisario de policía.

–¿Y por qué?

–Porque, una de dos: o es un verdadero fantasma...

Moncharmin cometió el error de sonreír.

Gabriel fue a plantarse delante de Moncharmin.

–¿Qué hay con eso? ¿Y si fuera un fantasma verdadero?...No hay para qué echarlas de diablo, ¿sabe usted?... ¡Yo he visto una vez ese fantasma!.. ¡Créame usted que no tenía cara de broma!

–¿Y qué hizo usted cuando lo vio?

–Eché a correr.

–¡Muy bien!...

–Y hasta disparé demasiado ligero, Bajé todo un piso sobre el trasero... Pero, en fin, como decía, admito que sea un fantasma falso...

Pues bien, en ese caso es que menos conviene decírselo al comisario de policía ni a nadie.

–¿Por qué? –volvió a preguntar Moncharmin encogiéndose de hombros.

–Porque nos pondríamos en ridículo.

–Gabriel tiene razón: nos pondríamos en ridículo –asintió Richard.

–Puesto que ésa es tu opinión, no tengo nada más que decir –replicó Moncharmin.

–¡Es un asunto que debemos arreglar entre nosotros! Si fuera un falso fantasma y nos robaran 20.000 francos, la gente se reiría a más no poder.

–¿Qué piensa usted, Mercier?

–Pienso como Gabriel, que hay que poner los 20.000 francos en un sobre. Un fantasma verdadero no sabría qué hacer con los 20.000 francos. Si se lleva los 20.000 francos, es que tenemos que habérmolas con un falso fantasma. Al menos, así sabremos a qué atenernos.

–Sí, pero eso nos costará 20.000 francos –observó Moncharmin.

–Pero somos cuatro –observó Richard –, cuatro para vigilar el sobre y, además, esa idiota de madame Giry... Apuesto a que no toca el sobre... Y si lo toca, siempre seremos cuatro para intervenir a tiempo.

Se dieron cita para el día siguiente en el despacho de Richard, media hora antes de la representación.

Richard fue el primero en llegar, y lo primero que vio sobre el escritorio fue un sobre igual al que encontró la última vez dirigido a: *F. de la O., personal*. Aquel descubrimiento no era como para tranquilizarlo.

Se puso a recorrer la pieza como una fiera enjaulada. Juró, renegó, pateó. Sospechó de todo el mundo. Recibió a su secretario Remy, que se presentó en esas circunstancias, con palabras de tan misteriosa cólera, y con tan incomprensibles amenazas contra quién sabe qué perforadores de paredes, que durante un momento pasó por loco aquel joven de espíritu tan equilibrado y maneras tan correctas. Por fin llegaron Gabriel, Mercier y Moncharmin. Richard cerró tras ellos la puerta

y le echó dos vueltas de llave; les mostró después el sobre, sin ocultarles que seguía ignorando cómo habría podido llegar hasta su mesa. Por último sacó 20.000 francos de su cartera –perfectamente legítimas esta vez –y los puso dentro del sobre, que entregó a Moncharmin, diciéndole:

–Tú mismo vas a llevarle este sobre a madame Giry. No se lo entregues sino en el umbral del palco. No le quites los ojos de encima hasta que penetre en el palco. Cuando esté dentro del palco la vigilarémos los tres; eso corre por mi cuenta.

Moncharmin se marchó con el sobre. Richard, Gabriel y Mercier se situaron en la sala, de manera que el sobre fuera vigilado, aún más que la primera vez. Constantemente hubo ocho ojos clavados sobre el palco. Aquellos ocho ojos no veían más que un sobre.

Después de la representación, el sobre seguía donde lo había colocado madame Giry: en la tabla del antepecho. Cuando los cuatro hombres se encontraron reunidos alrededor del sobre, Richard lo levantó, mostró que estaba intacto y dijo:

–Decididamente, es preciso que ese señor encuentre otro sistema si quiere entrar en posesión de nuestros 20.000 francos.

Abrió el sobre.

Contó los billetes. Estaban todos.

–¡Se rompió el encanto! –declaró.

De pronto, Moncharmin palideció y le dijo:

–Déjeme ver eso...

Le tomó los billetes, les echó una mirada.

–¡Pero estos billetes son falsos! –gritó. ¡Se ha llevado los buenos y los ha reemplazado con éstos!...

Era verdad.

Richard se desplomó en un sillón.

–Esto no puede quedar así –declaró Moncharmin con voz sorda...

Los cuatro se miraron consternados.

Richard dijo entre dientes:

–Esta prestidigitación resulta más cara que la de Hermann.

CAPITULO XII

HAY QUE OLVIDAR EL NOMBRE DE LA "VOZ DE HOMBRE"

Al día siguiente de aquel en que Cristina desapareció ante sus ojos, en un destello que le hacía todavía dudar de sus sentidos, el señor Vizconde de Chagny fue en busca de noticias a casa de la señorita Valerius. Se encontró con un cuadro encantador.

A la cabecera de la anciana señora que sentada en la cama, tejía calceta, Cristina estaba bordando un encaje.

Jamás óvalo más encantador, jamás frente más pura, reflejo de una conciencia apacible, jamás mirada más dulce se inclinaron sobre una labor de ángel. Los frescos colores habían vuelto alas mejillas de la joven. Las ojeras azules de sus ojos claros hablan desaparecido. Raúl no reconoció la faz trágica de la víspera. Si el velo de la melancolía esparcido sobre sus facciones adorables no hubiera aparecido ante los ojos del joven, como el último vestigio del drama inaudito en que se debatía aquella misteriosa criatura, hubiera podido creer que Cristina no era la incomprensible heroína.

Al aproximarse Raúl, Cristina se puso de pie, sin emoción aparente, y le tendió la mano. Pero la estupefacción de Raúl era tal, que permanecía allí, rígido, inmóvil, sin hacer un ademán ni decir una palabra.

—¡Cómo es eso, señor de Chagny! ¿No reconoce usted más a nuestra Cristina? Sí, su buen "Genio", nos la ha devuelto.

—¡Mamá! —interrumpió la joven con un acento breve, mientras que un vivo sonrojo le subía hasta los ojos —Mamá, creía que no se volvería a hablar jamás de eso... ¡Usted sabe muy bien que no hay tal Genio de la Música!

—¡Pues, hija mía, te ha estado dando lecciones durante tres meses!

–Mamá, le he prometido explicárselo todo un día muy próximo, espero; pero hasta ese día usted me ha prometido guardar silencio al respecto y no interrogarme más.

–¡Si me prometieras no volver a abandonarme! ¿Me has prometido eso, dime?

–Mamá, estas cosas no le interesan al señor de Chagny.

–En eso está usted equivocada –dijo el joven, con una voz que quería aparentar serena y resuelta y que seguía siendo trémula –. Todo lo que se refiera a usted me interesa hasta un punto que quizás acabe usted por comprender. No le negaré que mi sorpresa es tan grande como mi alegría al encontrarla junto a su segunda madre, pues todo lo que pasó ayer, las cosas que usted me dijo y lo que pude adivinar, nada me hacía prever una vuelta tan rápida. Sería el primero en felicitarme de ello, si usted no se obstinara en conservar respecto de todo esto un silencio que puede ser fatal... Yo soy su amigo desde hace demasiado tiempo, como para no preocuparme, junto con la señora Valerius, de una funesta aventura que seguirá siendo peligrosa mientras no hayamos puesto en claro su trama y de la que acabará usted por ser la víctima, Cristina.

Al oír estas palabras, la señora Valerius se agitó en el lecho.

–¿Qué significa eso? ¿Cristina está en peligro?

–Sí, señora... –declaró resueltamente Raúl, a pesar de las sellas que le hacía Cristina.

–¡Dios mío! –exclamó azorada la buena e ingenua anciana. ¡Es preciso, Cristina, que me lo digas todo! ¿Por qué me tranquilizabas? ¿Y de qué peligro se trata, señor de Chagny?

–¡Un impostor está abusando de su buena fe!

–¿El Genio de la Música es un impostor?

–Ella misma acaba de decirle que no hay tal Genio de la Música.

–¿Y qué es lo que hay, por Dios? –suplicó impotente. ¡Me van ustedes a matar con estas cosas!

–Hay, señora, alrededor nuestro, a su alrededor, alrededor de Cristina, un misterio terrestre mucho más de temer que todos los fantasmas y todos los genios.

La señora Valerius se volvió espantada hacia Cristina, pero ésta ya se había precipitado hacia su madre adoptiva y la estrechaba entre sus brazos.

–No lo creas, mi buena mamá, no lo creas –repetía.

Y trataba de consolarla con sus caricias, porque la pobre señora sollozaba tanto que partía el alma.

–¡Entonces, dime que no me abandonarás nunca! –imploró la pobre anciana.

Cristina callaba y Raúl prosiguió:

–Eso es lo que debe usted prometer, Cristina... ¡Eso es lo único que puede tranquilizarnos a su madre y a mí! Nos comprometemos a no dirigirle una sola pregunta sobre el pasado, si usted nos promete permanecer bajo nuestra salvaguardia en adelante...

–Ese es un compromiso que yo no pido y una promesa que no le haré –pronunció la joven con altivez –. Soy libre de mis actos, señor de Chagny; no tiene usted ningún derecho de vigilarme y le ruego que prescinda usted de hacerlo en adelante. En cuanto a lo que he hecho en estos últimos quince años, sólo un hombre en el mundo tendría derecho a exigirme que se lo dijera: ¡mi marido! ¡Pero no tengo marido, ni me casaré jamás!

Al decir esto con energía, extendió la mano en dirección a Raúl, como para que sus palabras fueran más solemnes, y Raúl palideció, no sólo a causa de las palabras que acababa de oír, sino porque acababa de notar en el anular de Cristina una sortija de oro.

–No tiene usted marido y, sin embargo, lleva usted una "alianza" –y quiso tomarle la mano, pero rápidamente Cristina la retiró.

–¡Es un regalo! –dijo sonrojándose otra vez y esforzándose en vano por ocultar su confusión.

–¡Cristina! Puesto que no tiene usted marido, este anillo no puede haberle sido dado sino por alguien que espera llegar a serlo. ¿Por qué insiste usted en engañarnos? ¿Por qué se empeña usted en torturarme? ¡Ese anillo es una promesa y esa promesa ha sido aceptada!...

–¡Eso es lo que le he dicho! –exclamó la anciana señora.

–¿Y qué le ha respondido, señora?

–Lo que se me ocurrió –exclamó Cristina exasperada –. ¿No le parece, señor, que este interrogatorio ha durado demasiado?... En cuanto a mí..

Raúl, muy emocionado, temió dejarla pronunciar las palabras de una ruptura definitiva y le interrumpió:

–Discúlpeme, señorita, que le haya hablado así... Usted sabe muy hico qué honrado sentimiento me hace mezclarme en este momento en cosas, ¡ay!, en las que nada tengo que ver. Pero déjeme usted decirle, que lo que he visto, y quizás haya visto más de lo que usted imagina... o lo que he creído ver, porque en verdad, nada tiene de particular que en una aventura semejante se dude del testimonio de los ojos...

–¿Qué ha visto usted, señor, o que ha creído ver?

–¡He visto su éxtasis al oír el sonido de la voz, Cristina, de la voz que brotaba de la pared, o del tabique de un palco, o del palco inmediato... sí, un éxtasis!... Y eso es lo que me da miedo por usted... ¡Está usted bajo el más peligroso de los hechizos!... Y parece, sin embargo, que se ha dado usted cuenta de la impostura, puesto que declara usted hoy que no existe tal Genio de la Música... Entonces, Cristina, ¿por qué se puso usted de pie con la faz radiante como si oyera la voz de los ángeles?... ¡Oh! Esa voz es bien peligrosa, Cristina, puesto que yo mismo, mientras que la oía, estaba tan encantado que usted desapareció de mi vista sin que yo supiera cómo ni por dónde... ¡Cristina, Cristina! En nombre del cielo, por la memoria de su padre, que la quiso tanto, usted va a decirnos a su bienhechora y a mí a quién pertenece esa voz. Y a pesar suyo, la salvaremos... ¡Vamos, Cristina, díganos el nombre de ese hombre!... ¡De ese hombre que ha tenido la audacia de ponerle en el dedo un anillo de oro!

–¡Señor de Chagny –dijo fríamente la joven –, no lo sabrá usted jamás!...

Y tras de esto se oyó la voz agria de la señora Valerius, que de pronto se ponía a favor de Cristina, viendo la hostilidad con que su pupila acababa de dirigirse al vizconde.

–¡Y si ella ama a ese hombre, señor vizconde, usted no tiene por qué meterse en eso!

–¡Ay, así es, señora! –repuso humildemente Raúl, que no pudo contener las lágrimas. ¡Ah, sí! En efecto, creo que Cristina lo ama... Todo me lo demuestra..., pero no es eso sólo lo que me desespera, pues no estoy seguro que aquel a quien Cristina ama sea digno de su amor...

–¡A mí solamente me corresponde apreciarlo, señor! dijo Cristina, mirando a Raúl con una expresión de soberana irritación.

–... Cuando se apela para seducir a una joven... prosiguió Raúl, que sentía que sus fuerzas le abandonaban... a medios tan románticos. Es preciso, verdad, o que el hombre sea bien miserable o la joven bien tonta.

–¿Por qué condena usted, Raúl, a un hombre que jamás ha visto, que nadie conoce y del que usted mismo no sabe nada?

–Sí, Cristina... Sí.. Sé al menos el nombre que usted pretende ocultarme para siempre... ¡Su Ángel de la Música, señorita, se llama Erik!...

Cristina, al oír aquello, se traicionó en el acto. Se puso blanca como un mantel del altar. Balbuceó:

–¿Quién se lo ha dicho?

–Usted misma.

–¿Cuándo?

–La otra noche, la noche del baile de máscaras. Al llegara su camarín, ¿no dijo usted: "*Pobre Erik?*" Pues bien, Cristina, había por allí un pobre Raúl que la oyó.

–Esta es la segunda vez que escucha usted tras de la puerta, señor de Chagny.

–¡Yo no estaba tras de la puerta!... Estaba en su camarín, en su *bondoir*, señorita.

–¡Malaventurado! –dijo la joven sollozando y con todos los signos de un indecible espanto. ¿Quiere usted entonces que lo maten?

–¡Quizá!

Raúl pronunció este "quizá" con tanto amor y tanta desesperación que Cristina no pudo contener el llanto, pero su voluntad dominó enseguida su emoción y tuvo el valor de interrogar al joven, sin apiadarse más de su dolor.

–¿Por qué me ha preguntado usted "su" nombre si ya lo sabía?

–¡Para saber si no habla soñado, para saber si lo había oído realmente!... Y ahora, Cristina, ya no tiene usted nada más que decirme... ¡Adiós!

El joven saludó a la señora Valerius, que no pronunció una sola palabra para retenerlo, puesto que habla dejado de gustarle a su protegida; después, más fríamente aún, se inclinó ante Cristina, que no le devolvió el saludo, y enseguida, rígido como la justicia, pero débil hasta el punto que creyó que se iba a desmayar, empujó la puerta del cuarto y pasó a la sala.

La mano suave de la joven se detuvo allí, posándose en su hombro.

Estaban solos entre los retratos del profesor Valerius y del anciano Daaé. Cristina se los señaló y dijo:

–Si le juro delante de ellos que lo amo, ¿Me creerá usted, Raúl?

–Sí, Cristina, le creeré –dijo el joven –, que no quería sino ser consolado.

–Pues bien, créame, Raúl, que si yo he complacido a Erik es porque lo amo a usted.

–¡Dios mío! dijo –el vizconde con un suspiro, y se sentó.

Evidentemente, quería oír algo más y la conversación comenzaba a gustarle.

–¡Hable, Cristina, le suplico, hable!... Sus palabras me devuelven la vida, pues, por mi salud, creí que moría...

Ella se sentó a su lado, tan cerca que sintió el movimiento de su suave respiración. La miraba sin poder hartarse la vista con aquel ángel que lo amaba, pero ella no lo miraba. Y habló sin ver a Raúl, o más bien mirándolo donde no estaba. Lo veía primero muy pequeño, cuando había recogido su chal del mar, y le decía que a partir de ese día lo había amado, a cause de su coraje de hombrecito, y luego lo recordaba cuando escuchaba al lado de ella las leyendas de su padre y también lo había amado entonces, porque era suave como una niña; y luego, cuando volvió más tarde, lo detestó, porque no se había atrevido a pronunciar las palabras que su corazón inconscientemente esperaba, y esto

también era una prueba de que lo quería. Y nunca había dejado de quererlo con el más casto amor, a través de los años.

Raúl, que lloraba dulces lágrimas, tomó la mano de la joven y no pudo dejar de preguntarle por qué se había conducido de una manera tan glacial cuando él se arrojó a sus pies. en el camarín y por qué siempre había tratado de huirle cuando él se aproximaba.

Cristina replicó con voz tranquila:

–Precisamente, amigo mío, porque no quería llegar a decirle lo que le digo hoy. Mi propósito era que usted ignorara siempre este amor que le confieso.

–¿Y la razón de esto? –imploró Raúl con ansiedad.

–La razón es que no quería apartarlo, Raúl, de su deber y que lo amo lo bastante como para no querer crearle remordimientos. Vivo entre estas dos imágenes –agregó, indicando los retratos de sus difuntos queridos –; el día, amigo cofa, en que no sea digna de contemplarlos, moriré.

–Cristina, usted será mi mujer.

Raúl pronunció aquella frase mirando a los dos testigos que le sonreían en sus cuadros. La joven le contestó tranquilamente:

–Ya sabía que usted estaría pronto a cometer esa locura. Y ésa es también, Raúl, otra razón por la que quería ocultarle mis sentimientos.

–¿Y qué locura ve usted en esto? –protestó el vizconde con candor –. ¿Qué locura puede haber en que yo me case con usted, si la amo? ¿Le parecería a usted más cuerdo que me casara con una mujer a la que no amase?

–Es una locura, amigo mío –afirmó enérgicamente Cristina. Sería una locura que "nos casáramos a su edad", usted descendiente de los Chagny, y yo cómica y descendiente de un menestral de aldea, y, además, contra la voluntad de su familia. ¡No consentiré jamás! Dirían que usted ha perdido el juicio o que yo se lo habría hecho perder, lo que seda peor.

Por áspera que hubiera sido la respuesta de la cantante, había sido suavizada por estas palabras: "A su edad". Raúl vio en ellas una esperanza cierta.

–¡Esperaré! –exclamó. Esperaré todo el tiempo que usted quiera, para que se vea bien claro que mi resolución es irrevocable y que mi corazón está de acuerdo con mi razón.

–¡Jamás su hermano consentirá semejante unión!

–Yo lo convenceré, Cristina. Cuando me vea próximo a morir de desesperación, será preciso que ceda.

–¡Su familia lo rechazará!

–No, porque usted estará conmigo y cuando la hayan visto quedarán conquistados por su hechizo. ¡Oh, Cristina, escúcheme!... Si usted lo quisiera, nada en el mundo podría impedir que fuéramos felices.

Cristina se había puesto de pie. Meneó la cabeza y una sonrisa llena de amargura pasó por sus labios pálidos.

–Es preciso renunciar a esa esperanza, amigo mío...

–¡Le juro que será usted mi mujer!

–Y yo –exclamó Cristina con un arranque de extraño dolor –, ¡y yo he jurado que nunca lo seré!

Raúl vaciló; sin duda habla oído mal... Quiso oír otra vez.

–¿Usted ha jurado?... ¿Usted ha jurado que no será jamás mi mujer? ¿Y a quién, señorita, ha hecho usted ese juramento, si no es a aquel a quien usted le aceptó el anillo?

Cristina no respondió. Raúl la asedió para que se explicara. La agitación del joven iba en aumento. La fiebre de los celos lo dominaba de nuevo. Le dio miedo.

–¡No desespere! exclamó Cristina en un arranque, en que el amor y el pudor libraron el más seductor combate. Me he jurado a mí misma que no tendré jamás otro esposo que usted.

–¡Sí, pero no se casará usted conmigo! –sollozó Raúl. ¡Qué triste remedio es ése para mi dolor! ¡Y qué extraños juramentos, Cristina! Todo esto está lleno de ambigüedad y, sin embargo, la creía a usted la franqueza misma... ¿Cómo es esto? Se jura usted a sí misma que no tendrá otro marido sino yo, y le jura usted a otra persona que no se casará conmigo. ¿A quién se lo ha jurado usted, Cristina? Quiero saberlo... ¡Desgraciado de mí si no lo sé! ¡Y dice usted que me quiere y

me exige que le crea! ¡Usted se olvida que yo sé el nombre de "la voz de hombre"!

Cristina le tomó entonces las manos y lo miró con toda la ternura de que era capaz, y el joven, bajo aquellos ojos, sintió que su pena se aliviaba.

—Raúl, le he confesado mi amor —dijo —para tener el derecho de decirle: es preciso olvidar "la voz de hombre" y no recordar siquiera cómo se llama... y no volver a tratar jamás de penetrar en el misterio de "la voz de hombre".

—¿Es entonces tan temible ese misterio?

Cristina alzó sus bellos brazos hacia las dos figuras mudas, testigos semi sonrientes, semi tristes, de aquel extraño diálogo: su mirada se enturbió, su garganta fue oprimida por un sollozo y por fin dijo:

—¡No puede haber otro más atroz en la Tierra!

Un silencio separó a los jóvenes.

Raúl estaba anonadado. Cristina quiso rematar su victoria.

—Júreme que no hará usted nada por "saber" —insistió Cristina. Júreme que nunca volverá a entrar en mi camarín, sino a mi llamado.

—¿Me promete llamarme usted alguna vez?

—Se lo prometo.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Entonces, se lo juro!

Fueron las últimas palabras que se dijeron aquel día.

Raúl le besó las manos y se marchó maldiciendo a Erik y prometiéndose tener paciencia.

CAPITULO XIII

ENCIMA DE LA TRAMOYA

Al día siguiente la volvió a ver en la Opera. Llevaba siempre puesta la sortija de oro. Se mostró cariñosa y buena. Le habló Raúl de los proyectos que alimentaba, de la carrera y porvenir de ella.

Raúl le dijo que la partida de la expedición polar había sido adelantada y que, dentro de tres semanas, un mes a más tardar, abandonaría Francia.

Cristina lo incitó casi alegremente a que considerara aquel viaje como un acontecimiento feliz, como una etapa de su gloria futura. Y como él le respondiera que la gloria sin amor no tenía ante sus ojos ningún encanto, lo trató como a un niño, cuyas penas tienen que ser pasajeras.

Raúl le dijo:

—¿Cómo puede usted, Cristina, hablar tan ligeramente de cosas tan graves? ¡Quizá no nos volvamos a ver jamás!.. ¡Yo puedo morir durante esta expedición!...

—Y yo también —respondió Cristina con sencillez.

Ya no sonreía, ya no bromeaba, ya no mentía. Parecía meditar en algo nuevo, que por primera vez penetraba en su alma. Su mirada estaba llena de luz.

—¿En qué piensa usted, Cristina?

—Pienso en que no nos veremos más.

—¿Y eso es lo que la pone tan radiante?

—Y que dentro de un mes tendremos que decirnos adiós... para siempre...

—A menos, Cristina, que comprometamos nuestra fe y que nos esperemos para siempre.

Ella le puso la mano sobre la boca:

—¡Cállese, Raúl!... ¡No se trata de eso, bien lo sabe usted!... No nos casaremos jamás. Así ha quedado convenido.

Parecía que de pronto no le era posible contener una alegría desbordante. Batía palmas con una alegría infantil. Raúl la miraba inquieto, sin comprender.

–Pero... pero... –exclamó enseguida, tendiendo ambas manos al joven, o más bien dándoselas, como si de repente hubiera resuelto regalárselas... –pero si no nos podemos casar, podemos ser novios... ¡Solo nosotros dos lo sabremos, Raúl!... ¡Ha habido casamientos secretos! ¡Bien puede haber noviazgos secretos!... ¡Seremos novios, amigo mío, durante un mes!... Dentro de un mes usted partirá... y yo podré ser feliz todo el resto de mi vida con el recuerdo de ese mes.

Estaba encantada con su idea... Pero volvió a ponerse grave.

–Esta –dijo –es una felicidad que no le hará dado a nadie.

Raúl había comprendido. Se aferró a aquella inspiración. Quiso convertirla enseguida en realidad. Se inclinó ante Cristina con una humildad sin igual y dijo:

–¡Señorita, tengo el honor de solicitar su mano!

–¡Ya es usted dueño de las dos, mi querido novio!...

–¡Oh, Raúl! ¡Qué felices vamos a ser!... ¡Vamos a jugar al futuro maridito y a la futura mujercita!...

Raúl se decía: ¡Qué imprudente! Dentro de un mes habré conseguido hacerla olvidar o habré puesto en claro y destruido el misterio de "la voz de hombre", y dentro de un mes Cristina consentirá en ser mi mujer. ¡Mientras tanto, juguemos!

Fue el juego más delicioso del mundo, y en el que se divertieron como pocas criaturas. ¡Qué de maravillosas cosas se dijeron! ¡Cuántos juramentos eternos cambiaron! La idea de que dentro de un mes no habría nadie para cumplir aquellos compromisos, los llenaba de una turbación que saboreaban con atroces delicias, entre risas y lágrimas. Jugaban con el corazón como otros juegan en el volante, pero como eran sus corazones los que se precipitaban en la pista, tenían que ser muy diestros, pero muy diestros para no hacerles daño. Un día era –el octavo del juego –Raúl sintió un gran dolor y detuvo la partida con estas palabras extravagantes: "Ya no voy al Polo Norte".

Cristina, que en su inocencia no había pensado en la posibilidad de esto, descubrió de pronto el peligro del juego y se reprochó amargamente. No le respondió una palabra a Raúl y se volvió a su casa.

Esto pasó de tarde, en el camarín de la cantante, donde tenían lugar sus citas y en donde se divertían en hacer festines con tres bizcochos, dos copitas de oporto y un ramo de violetas.

Aquella noche Cristina no cantaba. Y Raúl no recibió la carta acostumbrada, porque habían convenido en escribirse todos los días de aquel mes de noviazgo. Al día siguiente corrió a cesa de la señora Valerius, donde supo que Cristina permanecía ausente dos días. Había partido la víspera a las cinco de la tarde, diciendo que no estaría de regreso hasta pasado el día siguiente. Raúl estaba desconcertado. Detestaba a la vieja señora, que le comunicaba semejante noticia con la más absoluta tranquilidad. Trató se sonsacarle algo, pero, evidentemente, la buena señora no sabía nada. Consintió sólo en responder a las preguntas desesperadas del joven:

—Es un secreto de Cristina.

Y apuntaba al cielo con una unción profunda, que recomendaba discreción, a la vez que pretendía tranquilizar.

—¡Oh, sí! —exclamaba Raúl, furioso, al bajar la escalera. ¡Esta señora Valerius es mandada hacer para guardar señoritas!...

—¿Dónde podía estar Cristina?...

Dos días... Dos días de menas en una felicidad tan breve. ¡Y todo por culpa suya!... ¿No estaba convenido que partiría? Y si tenía la firme intención de no partir, ¿para qué habló tan pronto? Se acusaba de torpeza y fue el más desgraciado de los hombres durante cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales Cristina reapareció.

Reapareció en medio de un triunfo. Volvió a tener el éxito inaudito de la función de gala. Desde la aventura del "gallo", la Carlota no había podido salir a escena sin ser presa de la más cruel ansiedad. El terror de un nuevo "gallo" habitaba en su corazón y le quitaba todos sus medios, y los sitios que presenciaron su incomprensible caída se le habían vuelto odiosos. Consiguió rescindir su contrato y partió a hacer una gira por América. Daaé ocupó momentáneamente, a pedido de la

dirección, el empleo vacante. Un verdadero delirio la acogió en la "Juive".

El vizconde, que, naturalmente, estaba presente en aquella función, fue el único que sufrió al escuchar los mil ecos de aquel nuevo triunfo; porque vio que Cristina llevaba siempre puesto el anillo de oro. Una voz lejana murmuraba en el oído del joven: *"Esta noche lleva puesto el anillo de oro y no eres tú el que se lo ha dado. Esto noche ha dado también su alma, pero no te la ha dado a ti"*.

Y la voz proseguía: *"Si no quiere decirte lo que ha hecho en estos dos días...; si te oculta el sitio de su retiro, debes ir a preguntárselo a Erik"*.

Corrió al escenario. Trató de ponerse a su paso. Cristina lo vio, porque sus ojos lo buscaban. "¡Pronto! ¡Pronto! ¡Venga!..." –le dijo..

Y lo arrastró a su camarín, sin preocuparse para nada de todos los cortejantes de su naciente gloria, que murmuraban ante la puerta cerrada: "¡Es un escándalo!".

Raúl cayó enseguida de rodillas. Le juró que pariría y le suplicó que en adelante no abreviara ni un minuto de la felicidad ideal que se habían prometido. Cristina dejó correr sus lágrimas. Se abrazaban como dos hermanos desesperados que acababan de ser heridos por un duelo común y que se encuentran para llorar a un muerto.

De pronto, Cristina se desprendió de la tímida presión del joven; pareció escuchar algo desconocido... y con un ademán breve le indicó la puerta a Raúl. Cuando estuvo en el umbral, Cristina le dijo con una voz tan baja, que más adivinó sus palabras, de lo que realmente las oyó:

–Mañana, a la misma hora... Y siéntase feliz, Raúl... Es para usted que he cantado esta noche.

Pero, ¡ay!, aquellos dos días de ausencia habían roto el encanto de su amable mentira. Se miraron sin decirse nada, con los ojos tristes. Raúl se contenta para no gritar: "¡Estoy loco de celos! "Pero ella lo oía, sin embargo.

Entonces le dijo: "Vamos a dar una vuelta, amigo mío, el aire nos hará bien:

Raúl creyó que le iba a proponer algún paseo al campo, lejos de aquel edificio, que detestaba como una prisión, cuyo carcelero se pasaba entre sus paredes... el carcelero Erik... Pero Cristina lo condujo a la sombra de un pórtico de iglesia de tela pintada y lo hizo sentar en un banco de madera a la entrada de una puerta, entre la tranquilidad y el fresco dudosos de la decoración, ya colocada para el próximo espectáculo; otro día vagó con él, tomándolo de la mano, por los senderos de un jardín, cuyas plantas trepadoras habían sido cortadas por las manos hábiles de un decorador, como si los verdaderos cielos, las flores naturales y la tierra de verdad le estuvieran vedados y estuvieran condenados a no respirar más atmósfera que la del teatro. El joven vacilaba en dirigirle la menor pregunta, porque, como enseguida reparaba que no le podía responder, temía hacerla sufrir inútilmente. De cuando en cuando pasaba un bombero, que parecía velar aquel idilio melancólico. A veces, ella trataba de engañarlo y de engañarse respecto de la mentada belleza de ese marco inventado para la ilusión de los hombres. Su imaginación, siempre despierta, lo revestía con los más brillantes colores y tules, decía, "como no los podía ostentar la Naturaleza". Se exaltaba, mientras que Raúl lentamente oprimía su mano enfebrecida.

Cristina decía: "Mire, Raúl, esos muros, esos bosques, esas imágenes de tela pintada han visto los más sublimes amores, porque aquí han sido inventados por los poetas, que sobrepasan en cien codos la estatura de los hombres. Dígame, Raúl, que nuestro amor está bien aquí, porque él también ha sido inventado y porque él también no es, ¡ay!, más que una ilusión...".

Raúl, desesperado, no le respondía.

—Nuestro amor —insistía entonces —es demasiado triste en la tierra, ¡paseémoslo en el cielo! ¡Verá qué fácil es eso aquí!

Y Cristina lo arrastraba más allá de las nubes, en el desorden magnífico del aparejo escénico, y se complacía en darle vértigo corriendo delante de él por los puentecillos frágiles, entre los millares de cuerdas amarradas a las poleas, a los cabrestantes a las roldanas, en medio de un verdadero bosque aéreo de varas y de mástiles. Si Raúl

llegaba a vacilar, Cristina le decía en un mohín adorable: "¡Usted, un marino!".

Y luego voluta a bajar a tierra firme, es decir, a algún pasadizo bien sólido que los conducía a un sitio de risas, danzas, admoniciones de una voz severa: "¡Con más soltura, señorita!... ¡Más esmero en esos puntos!..." Era la clase de las chiquillas, de las que tienen entre seis y diez años... y ya llevan bata escotada, falda transparente, malla blanca, medias rosadas y trabajan, trabajan empeñosamente con sus piecitos doloridos con la esperanza de llegar a ser discípulas de las cuadrillas, corifeos, partiquinas, primeras bailarinas con muchos diamantes por todas partes... Mientras tanto, Cristina le daba bombones.

Otro día lo hacía entrar en una vasta sala de su palacio, toda repleta de oropeles, de jirones, de armaduras, de lanzas, de escudos y de penachos, y pasar revista a todos los fantasmas de guerreros inmóviles y cubiertos de polvo. Le dirigía palabras alentadoras, prometiéndole que volvería a ver las noches deslumbrantes de luz y los desfiles al son de la música y el estrépito de la orquesta.

Lo paseó así por todo su imperio, que era ficticio, inmenso, y que abarcaba diecisiete pisos desde el piso bajo hasta la techumbre y estaba habitado por un ejército de súbditos. Pasaba entre ellos como una reina popular, alentando a los trabajadores; sentándose en los talleres, dando discretos consejos a los obreros, cuyas manos vacilaban al cortar las ricas telas destinadas a revestir a los héroes. Los habitantes de aquel país ejercían todos los oficios. Había zapateros y joyeros. Todos hablan aprendido a quererla, porque se interesaba por los pesares y las alegrías de todos. Conocía rincones desconocidos habitados en secreto por viejos matrimonios.

Les golpeaba la puerta y les presentaba a Raúl como un príncipe Colibrí que había pedido su mano, y los das, sentados en algún accesorio apolillado, escuchaban las leyendas de la Opera como habían escuchado juntos en su infancia los viejos cuentos bretones. Aquellos ancianos no tenían recuerdos más que de la Opera. Habitaban allí desde hacía innumerables años. Las administraciones desaparecidas los habían olvidado allí; las revoluciones de palacio los habían ignorado;

en el exterior la historia de Francia había transcurrido sin que lo notaran y nadie se acordaba de ellos. Así transcurrieron encantadores días y Cristina y Raúl, a causa del excesivo interés que parecían poner en las cosas exteriores, se esforzaban en ocultarse recíprocamente el único pensamiento de sus corazones. Lo cierto es que Cristina, que se habla mostrado hasta entonces la más fuerte, se puso nerviosa hasta lo indecible. Durante sus paseos se echaba a correr sin razón o bien se detenía bruscamente y su mano, que se ponía helada de golpe, detenía a Raúl. Sus ojos parecían a veces perseguir sombras imaginarias. Gritaba:

"Por aquí", luego "por aquí", luego "por aquí", con una risa nerviosa que a veces se convertía en llanto.

Raúl entonces quería hablar, interrogarla a pesar de sus promesas, de sus compromisos. Pero antes de que él formulara ninguna pregunta, ella se anticipaba a responder febrilmente: "¡No es nada!... ¡le juro que no es nada!"

Una vez, al atravesar la escena, pasaron delante de una trampa abierta, Raúl se inclinó sobre el abismo oscuro y dijo: "Me ha hecho usted visitar las alturas de su imperio, Cristina..., pero cuentan extrañas cosas respecto de sus sótanos... ¿Quiere que bajemos a recorrerlos?" Al oírle decir aquello, Cristina lo tomó entre los brazos, como si temiera verlo desaparecer en el agujero negro y le dijo en voz baja y trémula: "¡Jamás! ¡Le prohíbo que vaya allá!.. Y, además, ese dominio no es mío!... Todo lo que está bajo el suelo le pertenece..."

Raúl clavó sus ojos en los suyos y le dijo con voz áspera:

—¿Ese habita ahí abajo?

—¡Yo no he dicho eso!... ¿Quién le ha dicho semejante cosa?... ¡Vamos!, venga... ¡Hay momentos, Raúl, en que me pregunto si es usted loco!... ¡Siempre oye usted cosas imposibles! ¡Venga! ¡Venga!

Y Cristina lo arrastró literalmente, porque él se obstinaba en quedar frente a la trampa como si aquel agujero lo atrajese.

La trampa se cerró de golpe, tan de golpe que no notaron quito la había manejado, dejándolos aquello sorprendidos.

—¿Quizás haya sido "él" quien estaba allí? —acabó por decir Raúl.

Cristina se encogió de hombros, pero no conseguía aparentar tranquilidad.

—¡No, no!, son los cerradores de trampas. Para pasar el tiempo les da por abrir y cerrar las trampas sin razón...

—¿Y si fuera "él", Cristina?

—¡No, le repito que no! Ahora está encerrado, trabaja.

—¡Ah! De veras, ¿trabaja?

—¡Sí, no puede estar trabajando y abriendo y cerrando trampas!

Y al decir esto se estremecía.

—¿Y en qué trabaja?

—¡Ah!, ¡en algo terrible!... Podemos estar muy tranquilos... ¡Cuando trabaja en eso, no ve, ni come, ni bebe, ni respira... durante días y noches es un muerto vivo y no tiene tiempo para divertirse en hacer mover las trampas!

Cristina se estremeció de nuevo y se inclinó escuchando hacia la trampa. Raúl no le dijo palabra.

Temía que su voz la hiciera de pronto recapacitar, deteniendo el curso todavía tan tenue de sus confidencias.

Cristina no se le había separado... lo tenía siempre entre sus brazos..., suspiró:

—¡Si fuera "él"!

Raúl preguntó con timidez:

—¿Le tiene usted miedo?

—No, absolutamente.

El joven adoptó sin quererlo la actitud de tenerle lástima, como se hace con los seres muy impresionables que acaban de tener un susto. Parecía decir: "¡Tenga en cuenta que aquí estoy yo!" Y su expresión, casi involuntariamente, se trocó en amenazadora; entonces Cristina lo miró con sorpresa, como si fuera un fenómeno de coraje y de abnegación, y pareció apreciar mentalmente en su justo valor tan inútil y audaz caballerosidad. Le dio un beso al pobre Raúl, como un hermano que le recompensa un exceso de ternura, por haber cerrado su pequeño puño fraternal para defenderla de los peligros siempre posibles de la vida.

Raúl comprendió y se sonrojó de vergüenza. Se sintió tan débil como ella. Se decía a sí mismo: "Pretende que no tiene miedo, pero se esfuerza temblando porque nos apartemos de la trampa". Era la verdad. Al otro día y los subsiguientes fueron a pasear sus extraños y castos amores casi en los desvanes, bien lejos de las trampas. La agitación de Cristina iba en aumento a medida que transcurrían las horas. Por último, una tarde, llegó muy retrasada, con la cara tan pálida y los ojos tan irritados por el reciente llanto que Raúl se resolvió a todo, a expresarle, por ejemplo, que no partiría al Polo si ella no le confiaba el secreto que la atormentaba.

—¡Cállese, Raúl! Por Dios, cállese. Si "él" lo oyese, desgraciado Raúl. Y los ojos azorados de la joven miraban con ansiedad en derredor. —¡La arrancaré a su poder, se lo juro, Cristina! Y no volverá usted a pensar más en "él".

—¿Sería posible?

Cristina expresó aquella duda, que era una palabra de aliento, arrastrando al joven hasta el último piso del teatro, a la "cumbre", lejos, muy lejos de las trampas. —La ocultaré en un rincón desconocido del mundo, donde no vendrá a buscarla. La dejaré puesta a salvo y entonces partiré.

Cristina asió las manos de Raúl con ímpetu increíble. Pero no se atrevió a expresar de otro modo su alegría.

Enseguida volvió inquieta la cabeza

—¡Más arriba! —dijo solamente, vayamos más arriba. Y lo llevó consigo hasta la cima.

Raúl seguía con dificultad. Pronto estuvieron en los techos, en el laberinto de maderamen. Se deslizaban entre cabrias y llaves, saltando de viga en viga ce no si pasaran en un bosque de árbol en árbol, de troncos formidables.

Y a pesar de la precaución que tenía de mirar a cada instante detrás de ella, no vio una sombra que la seguía como si fuera su sombra, que se detenía cuando ella se detenía, que se ponía en marcha cuando ella avanzaba y que no hacía más ruido que el que hace una sombra.

Raúl, por su parte, no se dio cuenta de nada, porque teniendo a Cristina por delante, no le importaba nada de lo que dejaba atrás.

CAPITULO XIV

LA LIRA DE APOLO

Así llegaron a la techumbre. Cristina se deslizó por las pizarras, ligera y segura como una golondrina. Su mirada entre las tres cúpulas y el frontil triangular recorrió el espacio desierto. Cristina respiró con fuerza, encima de París, cuyo valle, en plena labor, dominaba por completo. Miró a Raúl con confianza. Lo atrajo contra ella, y así, muy unidos, caminaron allá arriba, por las calles de zinc, por las avenidas de hierro colado; contemplaron su sombra gemela en los vastos estanques llenos de agua inmóvil, donde, durante el verano, los chiquillos de la escuela de baile se zambullen y aprender a nadar. La sombra, tras de ellos, siempre fiel a sus pasos, había surgido arrastrándose por los techos, alargándose con movimientos de alas negras, en las encrucijadas de las callejuelas de hierro, girando alrededor de los estanques, contorneando silenciosa las cúpulas; y los desgraciados jóvenes no sospechaban nada cuando se sentaron, por fin, tranquilos bajo la alta protección de Apolo, que alzaba con su gesto de bronce su prodigiosa lira, en el corazón de un cielo en llamas.

Una tarde luminosa de primavera los rodeaba. Unas nubes, que acababan de recibir del poniente sus ligeros tules de oro y de púrpura, pasaban lentamente dejándolos flotar sobre sus cabezas; y Cristina, que los contemplaba, le dijo a Raúl: "Pronto iremos más ligero y más lejos que esas nubes al fin del mundo, y luego usted me abandonará, Raúl". Pero si cuando llegue el momento de llevarme yo no consintiera en seguirlo, ¡arrebátame usted, Raúl!". ¡Con qué fuerza, que parecía dirigida contra ella misma, le dijo aquellas palabras, a la vez que se oprimía nerviosamente contra él!

Raúl se sorprendió al oírla —¿Teme usted cambiar de opinión, Cristina?

—¡No lo sé! —dijo sacudiendo con expresión extraña la cabeza. ¡Es un demonio!

Cristina se estremeció y se guareció en los brazos de Raúl, emitiendo un pequeño grito –¡Ahora tengo miedo de volver a habitar con él en la tierra!

–¿Y quién la obliga a hacerlo, Cristina?

–¡Si no volviera cerca de él podrían suceder grandes desgracias!... ¡Pero ya no puedo miss!... Sé muy bien que hay que tener lástima de las personas que viven "bajo la tierra"... ¡Pero eso es demasiado terrible!

"Y, sin embargo, el momento se aproxima; ya no me queda más que un día, y si no voy será él quien vendrá a buscarme con su voz. Me arrastrará consigo, a sus dominios, bajo la tierra, y se pondrá de rodillas delante de mí con su cabeza de muerto. ¡Y me dirá que me ama! ¡Y llorará! ¡Ah, esas lágrimas, Raúl, esas lágrimas en las cuencas negras de la calavera! No puedo ver correr más esas lágrimas."

Cristina retorció desesperadamente las manos, mientras que Raúl, presa a su vez de aquella desesperación contagiosa, la oprimía contra su corazón diciéndole:

–¡No, no! ¡Ya no lo oírás más decirle que la ama! ¡Ya no verá usted más correr sus lágrimas! ¡Huyamos!... Huyamos enseguida, Cristina.

Y ya la quería llevar consigo.

–No, no –dijo meneando dolorosamente la cabeza –, ¡ahora, no!, sería demasiado cruel... Déjelo que me oiga cantar mañana, por última vez... y después nos iremos. A medianoche usted vendrá a buscarme a mi camarín; a medianoche exactamente. En ese momento él me estará esperando en el comedor del lago...; estaremos libres y usted me llevará... Aunque me niegue, júremelo, Raúl, porque esta vez comprendo que si llego a ir allí no volveré jamás...

Y agregó:

–¡Usted no puede comprender!...

Y exhaló un suspiro al que le pareció que otro suspiro había respondido detrás de ella. Se volvió a mirar.

–¿Oyó usted?

Cristina temblaba a más no poder

–No –afirmó Raúl, no he oído nada.

–Es espantoso –confesó Cristina –, vivir así temblando constantemente. Y, sin embargo, aquí no corremos ningún peligro; estamos en nuestra casa, en mi ambiente, en el cielo, en pleno aire, en pleno día. ¡El sol deslumbra y a los pájaros nocturnos no les agrada el sol! ¡No le he visto nunca a la luz del día!... ¡Debe ser horrible! –balbuceó, volviendo hacia Raúl sus ojos extraviados –. ¡Oh, la primera vez que lo vi creí que iba a morirme!

–¿Por qué? –preguntó Raúl, realmente espantado por el tono de aquella formidable confidencia, ¿por qué creyó usted que iba a morir?

–¡Porque yo lo había visto!

Esta vez Cristina y Raúl se volvieron al mismo tiempo.

–Hay alguien aquí que se queja –dijo Raúl, quizá sea un herido... ¿Oyó usted?

–Yo no sabría decirlo –confesó Cristina –: cuando él no está presente tengo los oídos llenos de sus suspiros. Sin embargo, si usted ha oído...

Se pusieron de pie, pasearon alrededor, algunos pasos. Estaban bien solos sobre el inmenso techo de plomo. Raúl preguntó:

–¿Cómo fue que lo vio usted la primera vez?

–Hace tres meses que lo oía sin verlo. La primera vez que lo oí, creí como usted, que esa voz adorable que se había puesto de pronto a cantar a mi lado, cantaba en el camarín contiguo. Salí del mío y lo busque por todas partes, pero fue en vano, porque "la voz" sólo se oía dentro de mi camarín, que, como usted sabe, está aislado. Y no solamente cantaba, sino que me hablaba, respondía a mis preguntas como una verdadera voz de hombre, con la diferencia de que era bella como la voz de un ángel. ¿Cómo explicar tan increíble fenómeno? Yo no había dejado de pensar nunca en el Ángel de la Música que mi pobre padre me habla prometido enviarme así que muriese. Me atrevo a hablar de semejante niñería, Raúl, porque usted conoció a papá, que lo quería a usted, porque cuando niño usted creía como yo en el Ángel de la Música y estoy segura que no sonreirá ni se burlará de esto. Yo conservaba, amigo mío, el alma tierna y crédula de la pequeña Lota y

no era la compañía de la señora Valerius la que me hubiera modificado. Yo tomé mi pequeña almita blanca entre mis manos ingenuas y se la ofrecí a "la voz de hombre", creyendo ofrecérsela al Ángel. La culpa la tuvo, en parte, mi madre adoptiva, a la que no oculté nada del inexplicable fenómeno. Ella fue la primera en decirme: "Debe ser el Ángel, en todo caso, bien puedes preguntárselo." Eso fue lo que hice y la "voz de hombre" me respondió que, en efecto, era la voz del Ángel que yo esperaba y que mi padre moribundo me había prometido enviarme. A partir de ese momento una gran intimidación se estableció sobre "la voz" y yo, y tuve en ella una confianza absoluta. Me dijo que había descendido a la tierra para hacerme conocer las alegrías supremas del arte eterno y me pidió permiso para darme lecciones de canto todos los días. Consentí en ello con ardor ferviente y no falté a ninguna de las citas que me daba en mi camarín, a primera hora, cuando este rincón de la Ópera está desierto. Fueron lecciones celestiales. Parecía, amigo mío, que "la voz" sabía exactamente el punto de mis estudios en que me había dejado mi padre y qué sencillo método había empleado. De tal manera que acordarme, o mejor dicho, recordando mi garganta todas las lecciones pasadas y beneficiándose a la vez de las presentes, hizo progresos prodigiosos y tales que, en otras condiciones, hubieran exigido años. Tenga en cuenta, amigo mío, que soy algo débil, y que mi voz, en un principio, tenía poco carácter; las notas bajas estaban poco desarrolladas, las agudas eran algo duras y las centrales un poco veladas. Mi padre había combatido y vencido durante un momento esos defectos, pero "la voz" los venció definitivamente. Poco a poco el volumen de los sonidos fue aumentando en proporciones que mis fuerzas no permitían esperar; aprendí a darle a mi respiración mayor amplitud. "La voz" me confió, sobre todo, el secreto de desarrollar las notas de pecho en una voz de soprano. Por último, ella envolvió todo en el fuego de la inspiración, despertó en mí una vida ardiente, devoradora, sublime. "La voz" tenía la virtud, al hacerse oír, de elevarme hasta ella. Me ponía al unísono de sus transportes sublimes. El alma de "la voz" habitaba en mi boca y desataba en ella la armonía.

"¡Al cabo de pocas semanas no me reconocía cuando cantaba!... Estaba asustada; tenía miedo de que hubiese ocultado en aquello un sortilegio; pero la señora Valerius me tranquilizó.

"Sabía que era demasiado honesta, me decía, para que pudiera hacer presa en mí el demonio.

"Mis progresos eran un secreto, que, por orden de "la voz", sólo conocíamos la señora Valerius y yo. Cosca curiosa, fuera del camarín, cantaba con la voz de todos los días y nadie se daba cuenta de nada. Hacía todo lo que me decía "la voz". Ella me decía: "Es preciso esperar... Tenga fe... ¡Vamos a sorprender a París!". Y esperaba. Vivía en una especie de sueño extático en el que obedecía a "la voz". En esas circunstancias, Raúl, le advertí a usted una noche en la sala. Mi alegría fue tal que no pensé en ocultarla al volver al camarín. Por desgracia "la voz" ya estaba en él y notó en mi expresión que había algo de nuevo. Me preguntó "qué tenía" y no vi inconveniente en contarle nuestra dulce historia ni en disimularle el puesto que usted ocupaba en mi corazón. Entonces "la voz" calló; la llamé, no me respondió; le supliqué, pero fue en vano. ¡Tuve un miedo atroz de que se hubiera ido para siempre! ¡Ojalá hubiera sido así!... Volví esa noche a casa desesperada. Me eché al cuello de la señora Valerius diciéndole: "¡Sabes, "la voz" se ha ido! ¡No volverá quizá jamás!" Ella se asustó tanto como yo y me pidió explicaciones. Le contesté todo y entonces me dijo: "¡Claro! "La voz" está celosa!" Esto, amigo, me hizo comprender que lo amaba!..."

Al llegar aquí Cristina se detuvo un instante. Inclino la cabeza sobre el pecho de Raúl y permanecieron un instante abrazados en silencio. La emoción que las embargaba era tal que no vieron, o mejor dicho, que no oyeron moverse próximos a ellos a la sombra de dos alas negras que se aproximó rozando el suelo tan cerca, pero tan cerca de ellos que hubiera podido ahogarlos al cerrarse...

—Al día siguiente —prosiguió Cristina exhalando un profundo suspiro —volví a mi camarín muy pensativa. "La voz" estaba allí. Me habló con gran tristeza; me dijo que si yo le entregaba mi corazón a alguien en la tierra a ella no restaba más que volverse al ciclo. Y me dijo esto con tal acento de dolor humano que desde ese momento debí descon-

fiar y comenzar a comprender que habla sido víctima de mis sentidos singularmente alucinados. Pero mi fe en aquella aparición de "la voz" a la que se mezclaba tan íntimamente el recuerdo de mi padre, estaba intacta. Nada temía tanto como volverla a oír; por otra parte, habla reflexionado respecto del sentimiento que me atraía hacia usted; me di cuenta de todo el inútil peligro que encerraba; ignoraba hasta si usted se acordaría de mí. Sea como fuese, su situación social me vedaba para siempre la idea de una unión honesta; le juré a "la voz" que usted sólo era para mi un hermano, que nunca sería otra cosa y que mi corazón estaba libre de todo amor terrenal... y ésa es la razón, amigo mío, por la cual volvía los ojos cuando lo encontraba en el escenario, en los corredores; ésa era la razón por la que no le reconocía..., por la que no lo veía... Mientras tanto, las horas de lección entre "la voz" y yo eran horas de divino delirio. Jamás la belleza de los sonidos me habla poseído hasta aquel punto, y un día "la voz" me dijo: "Ve ahora, Cristina Daaé, a llevarles a los hombres un reflejo de la música del cielo".

"¿Por qué esa noche de gala la Carlota no vino al teatro?"

¿Por qué fui designada para reemplazarla? No lo sé, pero canté... canté con una inspiración rara, sentíme liviana como si me hubieran puesto alas; creí durante un momento que mi alma exaltada había abandonado mi cuerpo."

–¡Oh, Cristina! –exclamó Raúl, cuyos ojos se humedecieron ante aquel recuerdo –, aquella noche mi corazón vibró con cada acento de su voz. Vi correr las lágrimas por sus mejillas pálidas y lloré con usted. ¿Cómo podía usted cantar llorando?

–Las fuerzas me abandonaron –dijo Cristina, cerré los ojos... ¡Cuando volvía abrirlos usted estaba a mi lado! ¡Pero "la voz" también estaba allí, Raúl!... Tuve miedo por usted, y esa vez tampoco quise reconocerlo y me eché a reír cuando usted me recordó que había recogido mi chal en el mar...

"¡Ay! ¡No es posible engañar a "la voz"!.. Ella lo reconoció enseguida!.. ¡Y "la voz" estaba celosa!... Los dos días siguientes me hizo reproches atroces... Me decía: "Usted lo ama, si usted no lo amara, no le huiría! Sería un viejo amigo a quien usted le estrecharía la mano

como a tantos otros... ¡Si usted no lo amara no temería encontrarlo en su camarín, sola con él y conmigo!... ¡Si usted no lo amara no lo echaría de su presencia!..."

–¡Basta! –le dije a mi vez irritada –; mañana debo ir a Perros a visitar la tumba de mi padre. Voy a pedirle al señor Raúl de Chagny que me acompañe. Entonces podrá usted juzgar hasta qué punto me es indiferente.

–Perfectamente, pero tenga en cuenta que yo también iré a Perros –dijo el Ángel de la Música –, porque yo siempre estoy junto a usted, Cristina, y si usted es siempre digna de mi, si no me ha mentido usted, a las doce en punto tocaré sobre la tumba de su padre "La resurrección de Lázaro" en el violín del muerto...

"Así fue como le escribí, amigo mío, la carta que lo llevó a Perros. ¿Cómo pude ser engañada hasta ese punto? Cómo pude no sospechar la impostura al conocer aquellas preocupaciones personales de "la voz"?"

"Es que yo había perdido el dominio de mí misma, era un objeto entre sus manos... Y con los medios de que disponía tenía que engañar fácilmente a una criatura crédula como yo."

–Pero, en fin –exclamó Raúl, en aquel punto del relato en que Cristina parecía deplorar llorando la inocencia demasiado ingenua de un espíritu pueril... –pero, en fin, pronto supo usted la verdad... ¿Por qué no escapó usted enseguida a esta abominable pesadilla?

–¡Saber la verdad... Raúl! ¡Salir de esta pesadilla! ¡Pero, si yo no he caído en esta pesadilla sino desde el día en que supe la verdad!... ¡Cállese, cállese! No le he dicho una palabra... y ahora que vamos a bajar del cielo a la tierra, ¡téngame lástima, Raúl!.. ¡compadézcame!.. Una noche... noche fatal... era la noche en que hablan de suceder tantas desgracias..., la noche en que la Carlota lanzó un gallo y se puso a cacarear como si toda la vida hubiese vivido en un gallinero... la noche en que la sala quedó sumida de golpe en la oscuridad al caer la araña, con un estrépito de trueno, a la platea... Esa noche hubo muertos y heridos, y todo el teatro retumbaba con los más tristes clamores.

"Mi primer pensamiento, Raúl, en la batahola de la catástrofe, fue al mismo tiempo para usted y para "la voz", porque en ese momento formaban ustedes exactamente las dos mitades de mi corazón.

"Enseguida me tranquilicé respecto de usted porque lo vi en el palco de su hermano sano y salvo. En cuanto a "la voz", me había anunciado que asistiría a la representación y tuve miedo por ella; sí, realmente miedo, como si ella hubiera sido una persona viva capaz de morir. Yo me decía: "¡Dios mío!, ¡quizá la araña haya aplastado a "la voz"! Estaba en ese momento en escena, y era tal mi emoción que me disponía a correr a la sala a ver si encontraba "la voz" entre los muertos y los heridos, cuando se me ocurrió que si no le habla pasado nada malo estando ya en mi camarín, a donde se habría apresurado a ir para tranquilizarme. De un salto fui al camarín. "La voz" no estaba allí. Me encerré con llave y le supliqué llorando que si estaba todavía viva se me manifestara. "La voz" no respondió, pero de pronto oí un largo, un admirable gemido que me era muy conocido. Era el lamento de Lázaro cuando la voz de Jesús comenzó a abrir los párpados y a ver la luz del día. Era el llanto del violín de mi padre. Reconocía el golpe de arco de Daaé, el mismo, Raúl, el mismo que antaño, nos inmovilizara a orillas del mar, el mismo que había hechizado la noche del cementerio. Y luego, en el instrumento invisible y triunfante estalló el grito de alegría de la vida, y "la voz", haciéndose oír por fin, se puso a cantar la frase dominadora y soberana: «*¡Ven, y cree en mí! ¡Los que crean en mí no pueden morir! ¡Levántate y anda!*». No podría decir la impresión de fatalidad que me produjo aquella música que cantaba la vida eterna en el mismo instante en que, al lado nuestro, unos infelices aplastados quizá por la araña fatal, exhalaban el alma... Me pareció que me ordenaba a mí también que me pusiera de pie, que caminara hacia ella. "La Voz" se alejaba y yo la seguía. "*Ven y cree en mí*" Creía en ella y la seguía... la seguía... y, cosa extraordinaria, mi camarín, ante mis pasos, parecía alargarse, alargarse... Evidentemente, debía de haber en aquello un efecto de espejos..., porque el espejo estaba delante de mí... Y, de pronto, me encontré fuera de mi camarín sin saber cómo."

Raúl interrumpió bruscamente a Cristina:

—¿Qué dice usted? ¿Sin saber cómo? ¡Vamos, Cristina! ¡Cristina!, hay que tratar de no seguir soñando.

—No, amigo mío, no soñaba. Me encontré fuera de mi camarín sin saber cómo. ¡Usted, que me vio desaparecer de mi camarín una noche, quizá pueda explicármelo, pero yo no lo puedo!... Sólo puedo decir una cosa y es que, encontrándome delante del espejo, de pronto no lo vi más y que, al volverme a buscarlo, tras de mí no había ni espejo ni camarín... Me encontré en un corredor oscuro, tuve miedo y grité.

"Todo era sombra en mi rededor; a lo lejos un fulgor rojizo iluminaba un ángulo de pared, una esquina de encrucijada. Grité. Sólo mi voz llenó las paredes, porque el canto y los violines hablan callado. Y entonces, de pronto, una mano se posó sobre la mía, o más bien algo huesoso y helado me tomó el brazo y no me dejó más. Grité. Un brazo me tomó de la cintura y me sentí suspendida. Me debatí un instante llena de horror; mis dedos se deslizaron sobre piedras húmedas, en las que no pudieron hacer presa. Y luego permanecí inmóvil, rígida, convencida de que me iba a morir de espanto. Me llevaba hacia la pequeña luz roja; entramos en aquella luz y entonces vi que estaba entre las manos de un hombre envuelto en una gran capa negra y que una máscara le cubría toda la cara. Intenté un esfuerzo supremo, mi boca se volvió a abrir para gritar mi espanto; pero una mano la cerró, una mano que sentí sobre mis labios, sobre mi carne... ¡y que olía a muerto! Me desmayé.

"Cuánto tiempo permanecí sin sentido, lo ignoro. Cuando volví a abrir los ojos, siempre estábamos el hombre negro y yo en el seno de las tinieblas. Entretanto, el pequeño fulgor rojo nos habla seguido. Era una linterna sorda, colocada en el suelo y que iluminaba el chorro de una fuente. El agua que chapoteaba al salir del muro desaparecía casi enseguida sobre el piso en que yo estaba extendida. Mi cabeza reposaba sobre la rodilla del hombre de la capa y del antifaz negro, y mi silencioso compañero me refrescaba las sienes con un cuidado, con una atención, con una delicadeza que me parecieron más horrendas que la brutalidad de su rapto de hacía un instante. Sus manos, por ligeras que fuesen, olían a muerto. Las rechacé, pero sin fuerza. Pregunté con un

hilo de voz: "¿Quién es usted? ¿Dónde esta "la voz"?". Sólo un suspiro me respondió. De pronto un aliento cálido me pasó por la cara y vagamente distinguí en las tinieblas una forma blanca al lado de la forma negra del hombre. Y enseguida un relincho alegre vino a herir mis oídos estupefactos y murmuré: "César". La bestia resopló. Había reconocido, amigo mío, al caballo blanco del "Prophète", al que tantas veces diera terrones de azúcar. Una noche se había esparcido por el teatro el rumor de que aquel animal había desaparecido y que lo habla robado el Fantasma de la Opera. Yo, que creía en "la voz", no creía en el Fantasma, y hete aquí que me preguntaba, sin embargo, si no era prisionera del Fantasma. Llamé a "la voz" en mi auxilio, desde lo íntimo del corazón, al sentir que era alzada sobre el caballo, porque jamás hubiera creído que "la voz" y el Fantasma eran una misma cosa. ¿Ha oído usted hablar del Fantasma de la Opera, Raúl?

—Sí —respondió el joven—. Pero, dígame, Cristina, ¿qué le pasó una vez que estuvo sobre el caballo blanco del "Prophète"?

—No hice ningún movimiento, y me dejé llevar... Poco a poco una extraña modorra sucedía al estado de angustia y de terror en que me había puesto aquella infernal aventura. La forma negra me sostenía, y yo ya no hacía nada por evitarla. Una calma singular iba esparciéndose por mi ser, y pensé que debía estar bajo la influencia de algún poderoso elixir. Tenía el pleno dominio de mis sentidos. Mis ojos se iban acostumbrando a las tinieblas, interrumpidas aquí y allá por débiles luces... Me di cuenta de que estábamos en una estrecha galería circular, y pensé que daría la vuelta de la Opera, que bajo tierra es inmensa. Una vez, amigo mío, una sola vez había bajado a esos sótanos, que son prodigiosos, pero me había detenido en el tercer piso, no atreviéndome a internarme más abajo. Y, sin embargo, dos pisos más en los que habría podido alojarse una ciudad, se abrían bajo mis pies. Pero las cosas que habla visto me dieron miedo. Había allí demonios embadurnados de negro delante de grandes hornallas, que agitaban palas y garfios, que atizaban el fuego y amenazaban a los curiosos, abriendo de golpe ante ellos las enormes fauces rojas de los hornos... Pues bien: mientras que "César" trotaba tranquilamente, llevándome sobre el lomo en aquella

noche de pesadilla, vi de pronto lejos, muy lejos, y pequeñitos, muy pequeñitos, como vistos con un antejo invertido, a los demonios negros delante de los braseros rojos de sus calderas... Aparecían... desaparecían... reaparecían, de acuerdo con el ritmo extraño de nuestra marcha... Por último, desaparecieron por completo. La forma de hombre me sostenía siempre, y "César" caminaba sin necesidad de ser guiado y con paso seguro... No podría decir ni aproximadamente cuánto duró ese viaje en la sombra. Sólo tenía idea de que girábamos, girábamos, girábamos...

"¿No sería mi cabeza la que daba vueltas?... ¡No lo creo, no! Estaba perfectamente lúcida. Me decía: "¿Cuándo nos detendremos? ¿Cuándo llegaremos?". "César" levantó de pronto la cabeza, dilató el hocico, resopló y aceleró un poco el paso. Sentí una impresión de aire húmedo, y "César" se detuvo. La noche era menos densa: Una luz azulada nos rodeaba. Miré dónde nos encontrábamos. Estábamos a orillas de un lago, cuyas aguas de plomo se tendían en la sombra; pero la luz azul iluminaba aquella orilla y vi una barquilla amarrada a un anillo de hierro de aquel malecón.

"Sin duda, yo sabía que todo aquello existía, y la visión de aquel lago y de aquella barquilla bajo tierra no tenía para mí nada de sobrenatural. Pero tenga usted en cuenta las condiciones en que llegaba a la orilla. Las almas de los muertos no debían sentir mayor inquietud al elevarse a la Estigia. Caronte no era, sin duda, ni más lúgubre ni más mudo que la forma de hombre que me transportó en la barquilla. ¿Había agotado el elixir sus efectos? ¿La frescura de aquellos sitios habrá bastado, acaso, para que volviera por completo en mí? Pero mi modorra se desvaneció e hice algunos movimientos que denotaron que otra vez volvía a dominarme el terror. Mi siniestro compañero debió notarlo, porque con un ademán rápido me tomó en sus brazos y con un silbido despidió a "César", que se internó en las tinieblas de la galería, y cuyas herraduras oí retumbar en los peldaños sonoros de una escalera.

"El hombre me depositó en la barquilla, desamarró, se apoderó de los remos y bogó con fuerza y rapidez. Sus ojos, bajo el antifaz, no se apartaban de mí; sentía el peso constante de aquellas pupilas inmóviles.

El agua a nuestro alrededor no hacía ningún ruido. Nos deslizábamos entre aquel fulgor azulado de que ya hablé, y después nos hundimos por completo en la sombra y abordamos. La barquilla chocó contra un cuerpo duro. Y otra vez me cargó en sus brazos. Yo había recobrado la fuerza de gritar. Clamé desesperadamente. Y luego de pronto, me callé anonadada por la luz. Sí, una luz deslumbrante, entre la que había sido depositada. Me puse de pie de un salto. Estaba en todo el dominio de mis fuerzas. En el centro del salón, que no parecía decorado, adornado, amueblado más que con flores, la forma negra del hombre enmascarado estaba de pie, con los brazos cruzados..., y me habló:

"—Tranquílcese, Cristina —me dijo —, no corre usted ningún peligro. ¡Era "la voz"!

"Mi furor superó mi estupefacción. Me precipité sobre la careta para arrancársela y conocer la cara de "la voz". La forma de hombre me dijo:

"—No corre usted ningún peligro, si no toca el antifaz.

"Y, tomándome suavemente de los brazos, me hizo sentar.

"Luego se hincó de rodillas delante de mí, y no dijo nada más.

"La humildad de aquella actitud me devolvió un poco de valor; la luz, al iluminarlo todo a mí alrededor, me devolvió ala realidad de la vida. Por extraordinaria que pareciera la aventura, tenía ahora un marco de cosas mortales que yo podía ver y tocar. Tenía que habérmelas, sin duda, con algún extravagante maniático que habla constituido domicilio en los sótanos del teatro, así como otros, con la complicidad muda de la administración, habían encontrado su refugio definitivo en los desvanes de aquel monstruoso palacio.

"Miré al hombre hincado.

"Entonces, entonces... "la voz", "la voz", que había reconocido bajo la careta, porque ella no fue disfrazada, estaba allí de rodillas delante de mí... ¡y era un hombre!

"Ya no pensaba siquiera en la horrible situación en que me encontraba, ya no me preguntaba ni que iba a ser de mí y cuál era el propósito oscuro y fríamente tiránico que me había llevado a aquel salón como se encierra a un preso en un calabozo o a una esclava en un ha-

rén. No, no; yo sólo me decía: ¡"La voz" es eso, un hombre! Y me puse a llorar.

El hombre, siempre de rodillas, comprendió, sin duda, el sentido de mis lágrimas, porque me dijo:

–"¡Es verdad, Cristina! Yo no soy ángel, genio, ni fantasma ¡Yo soy Erik!

"No, no; es imposible hacer nada contra Erik... ¡Sólo es posible huirle!"

–¿Y cómo, pudiendo huirle, ha vuelto usted a su lado?

Porque era preciso... Y usted comprenderá esto cuando sepa cómo salí de su casi.

–¡Oh, ya lo sé! –exclamó Raúl. Y usted, Cristina, dígame..., tengo necesidad de que me diga eso para escuchar con más calma el final de esta extraordinaria historia de amor..., y usted Cristina, ¿lo odia?

Aquí volvió a interrumpirse el relato de Cristina. A los dos jóvenes les parecía que el eco había repetido tras de ellos "Erik"... ¿Qué eco? Se volvieron y notaron que la noche había caldo. Raúl hizo un movimiento como para levantarse; pero Cristina lo retuvo a su lado: "¡No se mueva! Es preciso que usted lo sepa todo aquí".

–¿Por qué aquí, Cristina? Temo que le haga mal el fresco de la noche.

–Lo único que debemos temer, amigo mío, son las trampas. Aquí estamos lejísimos de ellas... y no tengo derecho para verle a usted fuera del teatro... En este momento no debemos contrariarle... no despertemos sus sospechas...

–¡Cristina! ¡Cristina! Tengo el presentimiento de que hacemos mal en dejar para mañana por la noche lo que debiéramos hacer enseguida...

–Ya le he dicho que si no me oye cantar mañana le causará un dolor mortal.

–Sí, es difícil huirle para siempre y no darle un disgusto al señor Erik.

–Tiene usted razón, Raúl, al decir eso, porque mi fuga le matará. La joven agregó con voz sorda:

–Pero es un duelo a armas iguales, porque estamos expuestos a que nos mate.

–¿La quiere a usted tanto?

–Hasta el crimen.

–Pero su paradero no es imposible de hallar... Vamos a buscarle. Puesto que Erik no es un fantasma, es posible hablarle y hasta obligarle a responder.

Cristina meneó la cabeza.

–¡No! –dijo Cristina sencillamente.

–¡Oh, para qué tantas palabras!... Usted lo ama, sin duda... Sus miedos, sus terrores, todo eso es también amor y del más delicioso. El amor que uno no se confiesa –explicó Raúl con amargura –. El amor que cuando se piensa en él hace temblar... ¡Imagínese, un hombre que habita un palacio bajo tierra!

Y rió sardónicamente.

–¿Se empeña usted en que vuelva allá? –interrumpió brutalmente la joven. Tenga cuidado, Raúl, ya se lo he dicho, ¡de allí no volvería jamás!

Hubo un silencio espantoso entre los tres... los dos que hablaban y el que escuchaba en la sombra...

–Antes de responderle –dijo Raúl, por fin, con voz lenta –deseo saber qué sentimiento le inspira, puesto que no lo odia usted.

–¡Me inspira horror! –dijo Cristina: y dijo esta frase con tal fuerza, que cubrió los suspiros de la noche.

"Eso es lo más terrible –prosiguió con creciente vehemencia –. Le tengo horror y no lo detesto. ¿Cómo odiarlo, Raúl? ¡Imagínese a Erik a mis pies, en la sala del lago, bajo tierra! ¡Se acusa, se maldice, implora mi perdón!

"Confiesa su impostura. ¡Me ama! Pone a mis pies un inmenso y trágico amor... me ha encerrado con él bajo tierra, por amor... pero me respeta... se arrastra a mis pies, solloza, ¡llora!... Y cuando me pongo de pie, Raúl, cuando le digo que sólo puedo despreciarlo, si no me devuelve en el acto la libertad que me ha quitado, cosa increíble..., me h ofrece..., sólo me resta partir. Está pronto a enseñarme el misterioso

camino; pero... solamente... solamente... tendré que recordar que si no es fantasma, ni ángel, ni genio, es siempre "voz", ¡porque canta!...

"Y lo escucho... ¡y permanezco!...

"Aquella noche no cambiamos una palabra más... Habla tomado un arpa y comenzó a cantarme, él, voz de hombre, voz de ángel, lo romano de Desdémona. El recuerdo de haberla cantado yo misma me avergonzaba. Hay, Raúl, una virtud en la música que hace que nada exista en el mundo exterior fuera de sus sonidos que vienen a exaltar-nos. Olvidé mi extravagante aventura. Sólo revivía "la voz", y yo la seguía embriagada en su viaje armonioso, como si formara parte del auditorio de Orfeo. Me hizo estremecer de dolor, de desesperación, de alegría, en el seno de la muerte y en triunfantes himeneos... Escuchaba... "la voz" me hizo oír una música desconocida que me causó una extraña impresión de suavidad, de languidez, de reposo... una música que después de haber electrizado todo mi ser, lo apaciguó poco a poco y lo condujo hasta el umbral del ensueño. Me adormecí.

"Cuando desperté estaba sola, recostada en un sofá, en un dormitorio muy sencillo, en el que había un pequeño lecho de bronce, y cuyas paredes estaban tapizadas de cretona, iluminando la pieza una lámpara, colocada sobre el mármol de una vieja cómoda Luis Felipe. ¿Qué decoración nueva era aquella?... Me pasé las manos por los ojos, como para ahuyentar una pesadilla. ¡Ay, poco tardé en darme cuenta de que no había soñado! Estaba presa y sólo pude descubrirle a mi corcel, dos puertas, una de las cuales estaba herméticamente cerrada y la otra daba sobre un cuarto de baño de los más confortables; agua fría y caliente a discreción. Al volver a mi cuarto, noté sobre la cómoda una esquila escrita con tinta roja que me puso al tanto de mi triste situación y que, por si eso hubiese sido necesario, terminó por quitarme toda duda sobre la realidad de los acontecimientos:

"Mi querida Cristina –decía el papel –, no tengo temor alguno por su suerte. Usted no tiene en el mundo mejor ni más respetuoso amigo que yo. Usted queda sola en esta residencia, que le pertenece. Yo salgo a buscarle en las tiendas todo lo que pueda usted necesitar"

"¡Evidentemente –me dije –, he caído en manos de un loco! ¿Qué va a ser de mí? ¿Y cuánto tiempo pensará este miserable mantenerme encerrada en esta prisión subterránea?

"Recorrí como una insensata mi pequeño departamento buscando siempre una salida que no encontraba. Me acusaba amargamente por mi absurda superstición, y tuve un placer doloroso en burlarme de la estúpida inocencia con que había oído, a través de las paredes, la voz del Genio de la Música... Cuando se es tan tonta, me decía, hay que esperar que a una le ocurran las más inauditas catástrofes. Tenía ganas de darme de bofetadas y a la vez me inspiraba a mí misma lastima y risa. Fue en este estado que Erik me volvió a ver.

"Después de dar tres golpecitos secos en la pared, torró tranquilamente por una puerta que yo no había podido descubrir y que dejó abierta. Estaba cargado de cajas de cartón y de paquetes, y los depositó apresuradamente sobre mi cama, mientras que yo le cubría de ultrajes y le ordenaba que se quitara el antifaz, si es que tenía la pretensión de exultar debajo de aquel la cara de un hombre honrado.

"Me respondió con gran serenidad:

"–Jamás verá usted la cara de Erik.

"Me reprochó que todavía no me hubiera vestido a aquella hora del día –se dignó informarme que eran las dos de la tarde –. Me iba a conceder media hora para que procediera a mi *toilette*, y al decir esto dio cuerda a mi reloj y lo puso en la hora. Hecho esto me invitó a que pasara al comedor, donde me anunció que me esperaba un excelente almuerzo. Yo tenía mucho apetito; le di con la puerta en las narices y pasé al gabinete de *toilette*. Me di un baño, después de colocar cerca de mí unas grandes tijeras, con las que estaba resuelta a matarme si Erik, después de haberse conducido como un loco, cesaba de conducirse como un caballero. La frescura del agua me hizo mucho bien, y cuando reaparecí delante de Erik había adoptado la discreta resolución de no ofenderle ni rozarle en nada, y de halagarle, si era preciso, para obtener mi pronta liberación. Fue él el primero en hablarme de sus proyectos respecto de mí, y me los comunicó para tranquilizarme, según me dijo. Le complacía demasiado mi presencia para privarse de ella enseguida.

Ahora debía yo haber perdido todo miedo de estar a su lado. Me amaba, pero no me lo diría sino en la medida que yo se lo permitiera, y el resto del tiempo se lo pasaría haciendo música.

"-¿Qué entiende usted por ese resto de tiempo? –le pregunté.

"Me respondió con firmeza:

–Cinco días.

–¿Y después quedaré libre?

–Quedará usted libre, Cristina, porque en esos cinco días usted aprenderá a no tenerme miedo, y entonces de cuando en cuando volverá usted a visitar al pobre Erik.

"El acento con que pronunció estas últimas palabras me impresionó profundamente. Me pareció descubrir en él tan real, tan sincera desesperación, que alcé sobre la máscara una mirada enternecida. No podía ver los ojos tras de la careta, y esto aumentaba aun más el malestar extraño que causaba el interrogar a aquel misterioso pedazo de seda negra; pero bajo el antifaz, en la extremidad de la barba, aparecieron una, dos, tres, cuatro lágrimas.

"Silenciosamente, me indicó un sitio frente a él, en una mesita que ocupaba el centro de la pieza en que la víspera él tocara el arpa, y me senté, muy impresionada. Comí, sin embargo, con buen apetito unos langostinos y un ala de pollo, acompañándolos con una copita de Tokay, que él mismo había traído, me dijo, de las bodegas de Koenigsberg, frecuentadas antaño por Falstaff. En cuanto a él, no comía ni bebía. Le pregunté de que nacionalidad era, y si su nombre de Erik no denotaba su origen escandinavo. Me respondió que no tenía ni nombre ni patria, y que habla tomado el nombre de Erik para acercarse a mí, que era sueca. Le pregunté por qué, si me amaba como decía, no había buscado otro medio de hacérmelo saber que arrebatarme con él para encerrarme bajo tierra.

"-¡Es muy difícil –le dije –hacerse amar en una tumba!

"–Cada cual tiene –me respondió con un acento extraño –las citas que puede.

"Luego se puso de pie y me tendió la mano, porque quería, me dijo, hacerme los honores de su residencia, pero yo retiré vivamente mi

mano de la suya, lanzando un grito. Es que había sentido una impresión a la vez húmeda y ósea, y recordé que sus manos tenían olor a muerto.

"—¡Oh!, disculpe —dijo con un suspiro.

"Se abrió la puerta delante de mí.

"—Este es mi cuarto —me dijo. Vale la pena de ser visitado... si es que usted quiere verlo.

"No vacilé. Sus maneras, sus palabras, toda su actitud, me decían que tuviera confianza... y comprendía que, en efecto, no debía tener miedo.

"Entré. Me pareció que penetraba en una cámara mortuoria. Las paredes estaban todas cubiertas de negro, pero en vez de las lágrimas de plata que completan de ordinario ese fúnebre ornato, se vetan sobre un inmenso pentagrama las notas repetidas del "Dies irae". En el medio de la habitación había un trono, del que caían cortinados de damasco rojo, y debajo de aquél había un féretro abierto.

"Al ver aquello retrocedí.

"—Es ahí dentro que duermo —me dijo Eric —. Hay que acostumbrarse a todo en la vida, hasta a la eternidad.

"Volví la cabeza, tan siniestra impresión me había causado aquel espectáculo. Mis ojos encontraron entonces el teclado de un órgano que ocupaba toda una pared. En el atril había un cuaderno garabateado con notas rojas. Pedí permiso para verlo, y en la primera página leí: "Don Juan triunfante".

"—Sí —me dijo —, a veces compongo. Hace veinte años que comencé este trabajo. Cuando lo termine, lo llevaré conmigo en este féretro y no volveré a despertarme jamás.

"—Hay que trabajar en él entonces lo menos posible —dije.

"—A veces trabajo en él quince días y quince noches seguidas, durante los cuales sólo vivo de música, y luego descanso años.

"—¿Quiere usted tocarme algo de su "Don Juan triunfante"? —le pregunté creyendo que lo complacería, aunque apenas si podía vencer la repugnancia de permanecer en aquel cuarto funerario.

"-¡No me pida usted nunca eso! –me respondió con voz sombría. Este "Don Juan" no ha sido escrito sobre la letra de un Lorenzo D'Aponte inspirado por el vino, los amorfos y el vicio finalmente castigado por el vicio. Le tocaré Mozart, que hará correr sus bellas lágrimas y le inspirará honestas reflexiones. Pero mi "Don Juan" arde, Cristina, y, sin embargo, no es fulminado por el fuego celeste.

"Después de esto, volvimos al salón del cual acabábamos de salir. Noté que en aquel departamento no había espejos en ninguna parte. Iba a hacer esta observación, pero Erik acababa de sentarse al piano. Me decía:

“–Hay una música, Cristina, tan terrible que consume a todos los que la conocen. Usted no ha oído todavía esa música, felizmente, porque le quitarla sus frescos colores y nadie la reconocería al volver a la vida de París. Cantemos ópera, Cristina Daaé.

"Y me dijo esta última frase como si me dirigiera una injuria.

"Pero no tuve tiempo de meditar sobre el tono que había impreso a estas últimas palabras. Comenzamos el dúo de "Otelo" y ya la catástrofe estaba sobre nuestras cabezas. Aquella vez me había dejado el papel de Desdémona, que canté con una desesperación, con un espanto que nunca había alcanzado hasta entonces. La vecindad de semejante compañero, lejos de anonadarme, me inspiraba un terror magnífico. Los acontecimientos de que era víctima me acercaban singularmente al pensamiento del poeta y encontré acentos que hubieran deslumbrado al músico. En cuanto a él, su voz era poderosa y su alma vengativa apoyaba todas las notas, aumentando terriblemente su poder. El amor, los celos, el odio, estallaban en gritos desgarradores. El antifaz negro de Erik me hacía pensar en la máscara natural del moro de Venecia. Era el mismo Otello. Creí que me iba a herir, que iba a caer bajo sus golpes... y, sin embargo, no hacía ningún movimiento para huirle, para evitar su furor, como la tímida Desdémona. Por el contrario, me acercaba a él, atraída, fascinada, encontrándole encantos a la muerte en el centro de semejante pasión, pero antes de morir quería conocer, para llevar su imagen sublime en mi mirada, sus facciones desconocidas que debía transfigurar el fuego del arte eterno. Quise ver la cara de "la voz" e

instintivamente, con un ademán involuntario, porque ya no me dominaba, mis dedos arrancaron la máscara...

"—¡Oh! ¡Horror!..., ¡horror!... ¡horror!..."

Cristina se detuvo ante aquella visión que parecía que era apartada de sus manos trémulas, mientras que los ecos de la noche así como habían repetido el nombre de Erik, repetían tres veces el clamor: "¡Horror!, ¡horror! ¡horror!". Raúl y Cristina, más estrechamente unidos aún por el terror del relato, alzaron los ojos hacia las estrellas que brillaban en un cielo apacible y puro.

Raúl dijo:

—Es extraño, Cristina, cómo esta noche tan suave y tan tranquila esté llena de sollozos. Difiérase que se lamenta junto con nosotros.

Cristina le respondió:

—Ahora que va usted a conocer el secreto, sus oídos, como los míos, van a estar llenos de lamentos. —Luego, tomando entre las suyas las manos protectoras de Raúl y sacudida por un largo estremecimiento, prosiguió:

—¡Oh, sí!, aunque viva cien años, oírás, siempre el clamor sobrehumano que exhaló el grito de su dolor y de su rabia infernales, mientras que la cara aparecía ante mis ojos, inmensos de horror, como mi boca, que no podía cerrarse y que ya, sin embargo, no gritaba. ¡Oh, Raúl! ¡Cómo no ver más aquellas cosas, si mis oídos están para siempre llenos de sus gritos, y mis ojos están siempre llenos de su imagen!... ¡Qué imagen! ¡Cómo no verla siempre y cómo hacérsela ver!... Raúl, usted ha visto las cabezas de los muertos cuando han sido desecadas por los siglos, y quizá, si no fue usted víctima de una atroz pesadilla, usted vio su cabeza de muerto en la noche aquella del cementerio. También vio usted pasearse en el último baile de máscaras a la "Muerte roja". Pero todas esas cabezas de muerto estaban inmóviles y su horrenda mudez no vivía. Pero imagínese, si puede, la máscara de la muerte poniéndose a vivir de golpe, para expresar con los cuatro agujeros de sus ojos, de su boca y de su nariz, la cara en su más alto grado, el furor soberano de un demonio y la falta de mirada en los agujeros de los ojos, porque como lo vi más tarde, no se ven nunca sus

ojos, sino en la sombra profunda... Pegada contra la pared, con la boca dilatada por el terror y el pelo erizado, yo debía parecer la imagen misma del espanto, así como él era la efigie de lo horrendo.

"Acercó a mi oído el rechinar de sus dientes sin labios y mientras yo caía de rodillas, exhaló lleno de odio, cosas insensatas, frases sin sentido, maldiciones, delirios...

"Inclinado sobre mí, me gritaba:

"—¿Has querido mirar? ¡Pues mira! ¡Hártate los ojos, embriaga tu alma con mi fealdad maldita! ¡Mira la cara de Erik! ¡Ahora ya conoces la cara de "la voz"! ¿No te bastaba con oírme? Has querido saber cómo era... ¡Son tan curiosas las mujeres!...

"No cesaba de reír, repitiendo: "¡Son tan curiosas las mujeres!..." con una risa amenazadora, ronca, formidable... Decía también cosas como éstas:

"—¿Estas satisfecha? ¿Qué bello soy, eh? Cuando una mujer me ha visto como me has visto tú, es mía, me ama para siempre. ¡Yo soy un personaje de la estirpe de Don Juan!...

E irguiéndose por completo, con la mano puesta en la cadera, haciendo oscilar sobre los hombros aquella cosa horrible que era su cabeza, me gritaba:

"—¡Mírame! ¡Yo soy "Don Juan triunfante"!

"Y como yo volviera la cabeza pidiendo gracia, me hizo volver violentamente la cara hacia él, encajando entre mis cabellos sus dedos de esqueleto.

—¡Basta, basta! —interrumpió Raúl. Lo mataré, lo mataré. En nombre del Cielo, Cristina, dígame dónde queda ese "corredor del lago". ¡Es preciso que lo mate!

—Pues entonces, calle, Raúl, si quiere usted saber.

—¡Oh, sí, quiero saber cómo y por qué volvió usted allí! Ahí está el secreto. ¡Cristina, tenga cuidado, no haya otro! Pero, sea como fuere, ¡lo mataré!

—¡Oh!, mi Raúl, escúcheme puesto que lo quiere saber, escúcheme. Me arrastraba del cabello, me colocaba frente a la cosa que había

entre sus hombros. Y entonces... y entonces... ¡Oh, esto es más horrible todavía!

–Y bien, entonces, ¿qué?... –exclamó Raúl con furia –. ¡Hable usted, por fin!

–Entonces me silbó: "Cómo, ¿me tienes miedo? ¿Es posible esto? ¿Te imaginas quizá que llevo otra careta y que esto... esto... mi cara es una máscara? Pues bien, se puso a bramar, arráncala como la otra. ¡Vamos, anda, anda! ¡Te lo exijo! Tus manos... tus manos..., dame tus manos. Si no te bastan las tuyas, te prestaré las mías, y los dos nos esforzaremos por arrancar la careta". Me eché, implorante, a sus pies; pero me tomó las manos, Raúl, y las hundió en el horror de su cera... ¡Con las uñas se desolló las carnes, sus horribles carnes muertas!

“–¡Aprende!, ¡aprende! –me clamaba del fondo de su garganta, que resoplaba como una fragua –. ¡Aprende que estoy hecho enteramente, que estoy hecho con algo muerto... de la cabeza a los pies... y que es un cadáver quien te ama, quien te adora y que no se apartará de ti jamás!.. ¡Voy a hacer agrandar el féretro, Cristina, para más adelante, para cuando estemos al término de nuestros amores!... ¡Mira!: ¡ya no río! ¡Lloro sobre ti, Cristina, que me has quitado la máscara y a causa de eso no me podrás dejar jamás!... Mientras podías creerme bello, Cristina, era posible que volvieras... Pero ahora que conoces mi fealdad horrenda huirías para siempre... Te guardo conmigo... ¿Por qué quisiste verme?... Sí mi mismo padre no me ha visto nunca y mi madre para no verme más me regaló, llorando, mi primera máscara.

"Me había dejado libre, al fin, y se arrastraba por el suelo, sacudido como por un hipo. Y luego, como un reptil, se arrastró fuera de la pieza, penetró en su cuarto, cuya puerta se cerró y yo quedé sola, entregada a mi horror y mis reflexiones, pero libre de la visión de la horrenda cosa. Un prodigioso silencio, el silencio de la tumba, habla sucedido a aquella tempestad y pude reflexionar en las consecuencias terribles del gesto por el que había arrancado la máscara. Las últimas palabras del monstruo no podían ser más claras. Yo misma me había emparedado para siempre y mi fatal curiosidad iba a ser causa de todas mis desgracias. Me lo había repetido con insistencia... No correría

peligro alguno, mientras no tocara el antifaz, y, sin embargo, se lo arranqué... Maldije mi imprudencia, pero tuve que reconocer, en medio de mi espanto, que el razonamiento del monstruo era lógico. Sí, habría vuelto si no hubiera visto su cara... Ya me había conmovido, interesado, apiadado lo bastante con sus lágrimas para que fuera insensible a sus ruegos. En fin, yo no era una ingrata, y su impostura no podía hacerme olvidar que era "la voz" y que me habla exaltado con su genio. ¡Hubiera vuelto! Y ahora, si salía de aquellas catacumbas, no volvería a ellas. ¡No hay quien vuelva a una tumba a encerrarse con un cadáver que la ama!

"En el modo furibundo de mirarme, o, más bien, de acercarse a mí los dos agujeros negros de su mirada recóndita, durante la espantosa escena, pude medir todo el salvajismo de su pasión. Para que no me hubiera tomado en sus brazos cuando yo no podía oponerle ninguna resistencia, era necesario que aquel monstruo fuera a la vez un ángel, y quizás era un poco el Ángel de la Música, y puede que lo hubiese sido por completo si Dios le hubiese vestido de belleza en vez de vestirle de podredumbre. Sea como fuere, todo aquello, resaltaba para mí la certidumbre de que Erik me amaba lo bastante furiosamente, lo bastante vengativamente como para que me conservara para siempre cautiva. Y ya, extraviado el pensamiento por la suerte que me esperaba, presa del horror de ver reabrirse la puerta del cuarto funerario y de volver a ver la cara del monstruo sin máscara, me deslicé a mi propio cuarto y me apoderé de las tijeras que podían poner fin a mi espantoso destino... cuando las voces del órgano se hicieron oír, atravesando las gruesas paredes de mi cárcel.

"Fue entonces, amigo mío, que comencé a comprender las palabras de Erik sobre lo que él llamaba, con un desprecio que me dejó estupefacta, música de ópera. Lo que oía, no tenía nada que ver con lo que había oído hasta aquel momento. Su "Don Juan triunfante" porque para mí no cabía duda de que para olvidar el horror del minuto presente, se había precipitado sobre su obra maestra su "Don Juan triunfante" no me pareció en un principio más que un largo, atroz y magnífico

sollozo, en el que el pobre Erik había encerrado toda su miseria maldita.

"Volví a ver el cuaderno de notas rojas y me imaginaba fácilmente que aquella música habla sido escrita con sangre. Me paseaba por todos los detalles del martirio; me hacía penetrar en todos los rincones del abismo habitado por el "hombre atroz"; me mostraba a Erik golpeando su pobre, horrible cabeza contra las paredes fúnebres de aquel infierno, huyendo, para no espantarlas, de la mirada de las sombras. Asistía aniquilada, jadeante y vencida, al despertar de aquellos acordes gigantescos en que era divinizado el Dolor, y luego los sonidos brotaban del abismo y se agrupaban de golpe en un vuelo prodigioso y amenazador; su tropel ascendió hacia el cielo, describiendo giros, como el águila asciende hacia el sol, y aquella sinfonía triunfal pareció abarcar el mundo, y comprendí que la obra estaba realizada, que la Fealdad, suspendida en las alas del Amor, se había atrevido a mirar frente a frente a la Belleza. Yo estaba como ebria; la puerta de Erik cedió bajo mis esfuerzos. Se puso de pie al oírme, pero no se atrevió a volverse hacia mí.

"—Erik —exclamé —, muéstreme su cara sin temor. ¡Le juro que es usted el más doloroso y sublime de los hombres, y si Cristina Daaé se estremece otra vez al contemplarle, es que pensará en el esplendor de su genio!"

"Entonces Erik se volvió, porque me creyó, y yo también ¡ay! tenía fe en mí.. Alzó hacia el Destino sus manos descarnadas y cayó de rodillas a mis pies balbuceando frases de amor en su boca de muerto... y la música había callado... Besaba la orla de mi vestido y no vio que yo había cerrado los ojos."

—¿Qué más le contaré, amigo mío? Usted conoce ahora el drama... Durante quince días se renovó... quince días durante los cuales le mentí. Mi mentira fue tan horrible como el monstruo que me la inspiraba, y pude recuperar mi libertad. Quemé su antifaz. Y tanto hice que, aun cuando no cantaba, se atrevía a mendigar una de mis miradas, como un perro tímido que da vueltas alrededor de su amo. Andaba también a mi alrededor como un esclavo fiel, y me rodeaba de mil cuidados. Poco a

poco llegué a inspirarle confianza, y se atrevió a hacerme pasear por la orilla del lago Averno y llevarme en la barquilla por sus aguas de plomo; durante las últimas noches de mi cautiverio, me hacía franquear las rejas que cierran los subterráneos de la calle Scribe. Allí esperaba un carruaje que nos llevaba en una carrera desenfundada a las soledades del bosque. Yo no pensaba en escaparle por medio de la fuerza. Ante todo, Raúl, yo sabía que mientras no huiera de París, de Francia, de Europa, del mundo, siempre volvería a apoderarse de mi; pero ya comprendía que le tenía en mi poder y que la hora de mi libertad estaba próxima. La noche del bosque en que nos encontramos estuvo a punto de serme fatal, porque tiene unos celos tan furiosos de usted que no pude calmarlo, sino afirmándole su próxima partida... Por último, después de quince días de aquel abominable cautiverio en que cedí, sucesivamente, de entusiasmo y de piedad, de desesperación y de horror, me creyó cuando le dije: ¡volveré!

–¿Y usted ha vuelto, Cristina? –gimió Raúl con voz sombría.

–Es verdad, Raúl, y debo decir que no fueron las espantosas amenazas con que acompañó mi devolución a la libertad las que me hicieron mantener mi palabra; sino el sollozo desgarrador que exhaló en el umbral de su tumba. Si, aquel sollozo –repitió Cristina, meneando dolorosamente la cabeza–, me ató más a aquel desdichado de lo que yo misma pude suponer en el momento de los adioses. ¡Pobre Erik! ¡Pobre Erik!

–Cristina –dijo Raúl poniéndose de pie –, dice usted que me ama y apenas habían transcurrido unas horas después que usted recuperara su libertad y ya volvía usted junto a Erik... ¡Recuerde el baile de máscaras!

–Las cosas estaban dispuestas de ese modo... Recuerde usted también que esas horas las pasé junto con usted, Raúl, con grave peligro para ambos...

–Durante esas horas yo dudé que usted me amara.

–¿Lo duda usted aún, Raúl? Sépase entonces que ceda una de mis visitas a Erik ha aumentado el horror que me inspira, porque cada una

de esas entrevistas, en vez de calmarle, como yo esperaba, lo ha vuelto loco de amor... y tengo miedo... miedo... ¡mucho miedo!...

—¿Usted tiene miedo... y dice que me ama? Si Erik fuera bello, ¿me amaría usted, Cristina?

—¡Desgraciado! ¿Para qué tentar al Destino? ¿Para qué preguntarme cosas que oculto como un pecado en el fondo de la conciencia?

Se puso a su vez de pie, rodeó la cabeza del joven con sus bellos brazos trémulos y le dijo:

—¡Oh! mi novio de un día, si yo no te amara no te daría mis labios. Por primera y última vez, aquí los tienes.

El posó encima los suyos, pero la sombra que los rodeaba pareció desgarrarse con tal violencia como si se acercara la tempestad, y al huir sus ojos, en que vivía el espanto de Erik, les mostró antes de que desapareciera en el bosque de la techumbre, un inmenso pájaro nocturno que los miraba con sus ojos de brasa y que parecía aferrado alas cuerdas de la lira de Apolo.

CAPITULO XV

UN GOLPE MAESTRO DEL AFICIONADO A LAS TRAMPAS

Raúl y Cristina corrieron, corrieron. Ahora huían del techo en que brillaban los ojos de brasa que no se ven más que en la sombra profunda; y no se detuvieron hasta el octavo piso, bajando hacia la tierra. Aquella noche no había representación y los bastidores estaban desiertos.

–Me está usted haciendo cometer una cobardía, Cristina –dijo Raúl, que estaba muy agitado–. Me está usted haciendo huir y jamás lo he hecho en mi vida.

–¡Bah! –respondió Cristina, que comenzaba a calmarse; me parece que hemos estado huyendo de nuestra propia sombra.

–Era Erik. Tenla los ojos de fuego de que usted me ha hablado. Hubiera debido clavarle en los brazos de la lira de Apolo como se clava a la lechuza en las puertas de nuestras granjas bretonas, y no se hubiera oído hablar más de él.

–Mi buen Raúl, hubiera habido que comenzar por subir a la lira de Apolo, pero no es casa fácil.

–Allí estaban, sin embargo, los ojos de fuego.

–¡Oh!, ahora está usted lo mismo que yo, que los veo en todas partes, pero después reflexiono y me digo: lo que me parecieron dos ojos de brasa eran los clavos de oro de dos estrellas que contemplaban la ciudad a través del cordaje de la lira.

Y Cristina bajó otro piso, Raúl la seguía y dijo:

–Puesto que está usted decidida a partir, Cristina, le aseguro que lo mejor serla hacerlo enseguida. ¿Para qué esperar a mañana? Quizás haya oído lo que hablábamos...

–¡No, no! Está trabajando, le digo. Trabaja en su "Don Juan triunfante" y no se ocupa de nosotros.

–Está usted tan poco segura de eso, que constantemente se vuelve a mirar hacia atrás.

–Vamos a mi camarín.

–Démonos más bien cita fuera de la Opera.

–¡Jamás hasta el momento de nuestra fuga! Nos traería desgracia el que yo no cumpliera mi palabra. Le he prometido no verle a usted más que aquí.

–Tengo siquiera la suerte de que le haya permitido eso. ¿Sabe usted que ha sido muy audaz al imaginar este juego del noviazgo?

–¡Pero si lo sabe! Me dijo: "Tengo confianza en usted, Cristina. El señor Raúl de Chagny está enamorado de usted y debe partir. ¡Que sea tan desgraciado como yo antes de irse!..."

–¿Y qué quiere decir eso?

–Eso es lo que yo le pregunto. ¿Se es desgraciado cuando se ama?

–¡Sí, Cristina; cuando se ama y no se tiene la seguridad de ser correspondido!

–¿Dice usted eso por Erik?

–Por Erik y por mí –respondió el joven sacudiendo la cabeza con aire pensativo y desolado.

Llegaron al camarín de Cristina.

–¿Cómo puede usted creer que está más segura en este camarín que en el teatro? –preguntó Raúl. Puesto que usted le ha oído a través de las paredes él también puede oírnos.

–¡No! Me ha dado su palabra de que no se volverá a poner tras las paredes de mi camarín y creo en la palabra de Erik. Mi camarín y mi cuarto en la casita del lago son míos, exclusivamente míos y sagrados para él.

–¿Cómo pudo usted salir de este camarín y ser transportada a la galería oscura, Cristina? ¿Quiere usted que repitamos aquella escena?

–Es peligroso, amigo mío, porque el espejo podría otra vez arrastrarme y en lugar de huir me verla obligada a ir al extremo del pasadizo secreto que conduce a la orilla del lago y allí llamar a Erik.

–¿Y la oiría?

En todas partes donde le llamara, Erik me respondería. El mismo me lo ha dicho, es un genio muy curioso. No crea, Raúl, que es sencillamente un hombre que tiene la extravagancia de vivir bajo tierra.

Hace cosas que ningún otro hombre podría hacer, sabe cosas que el resto del mundo ignora.

–Tenga cuidado, Cristina, va usted a convertirlo de nuevo en fantasma.

–No, no es un fantasma, es un hombre del cielo y de la tierra, nada más.

–¡Un hombre del ciclo y de la tierra!... Con qué naturalidad dice usted eso. ¿Y sigue usted decidida a huirle?

–Sí, mañana.

–¿Quiere usted que le diga por qué descarta verla huir esta noche?

–¿Por qué, amigo mío?

–Porque mañana no se decidirá usted a nada.

–Entonces, Raúl, usted me llevará a pesar mío... ¿No ha quedado así convenido? ¿Aquí, entonces, mañana por la noche?

–¡A las doce y media! –dijo el joven con aire sombrío. Suceda lo que suceda cumpliré mi promesa. ¿Dice usted que después de asistir a la representación la irá a esperar al comedor del lago?

–Allí es, en efecto, donde me ha dado cita.

–¿Y cómo podría usted ir al encuentro de Erik, Cristina, si no sabe usted salir del camarín, "a través del espejo"?

–Pues yendo directamente al borde del lago.

–¿A través de toda la tramoya? ¿Por las escaleras y los pasadizos en que andan los maquinistas y los peones de servicio? ¿Cómo hubiera usted podido conservar el secreto de semejante expedición? Todos se hubieran puesto a seguir a Cristina Daaé y ésta hubiera llegado a la orilla del lago seguida por una muchedumbre.

Cristina sacó de un cofre una enorme llave y se la mostró a Raúl.

–¿Qué es eso? –le preguntó el joven.

–Es la llave del subterráneo de la calle Scribe.

–Comprendo, Cristina. Conduce directamente al lago... ¿Me quiere dar esa llave?

–¡Jamás! –respondió Cristina con energía. Se la devolveré a Erik, depositándola en el palco del Fantasma. Es preciso que Erik pueda entrar tranquilamente de noche en su casa.

De pronto Raúl vio que Cristina cambiaba bruscamente de color. Una palidez mortal se esparció por sus facciones.

–¡Oh! ¡Dios mío! –exclamó. ¡Erik! ¡Erik! ¡tenga piedad de mí!

–¡Cállese! –ordenó el joven ¿No me ha dicho usted que en cualquier parte podría oírlo?

Pero la actitud de la cantante se volvía cada vez más inexplicable. Se retorció los dedos, repitiendo con expresión extraviada.

–¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

–Pero, ¿qué hay?, ¿qué hay? –imploraba Raúl.

–El anillo.

–¿Cómo, el anillo? Se lo suplico, Cristina, explíquese.

–¡El anillo de oro que me había dado!...

–¡Oh! ¡Era Erik el que le habla dado el anillo!

–Usted lo sabía, Raúl, pero lo que no sabía es lo que dijo al darme: "Le devuelvo su libertad, Cristina, pero es a condición de que este anillo lucirá siempre en su dedo. Mientras usted lo conserve, estará libre de todo peligro y Erik será su amigo. Pero si se separa de él, guay de usted, Cristina, porque Erik se vengará..." Migo mío, amigo mío, mi anillo ha desaparecido... ¡Desdichados de nosotros!

Fue en vano que buscaran el anillo alrededor de ellos. La joven no se calmaba.

–Fue cuando le acordaba aquel beso, allá arriba, bajo la lira de Apolo trató de explicarse temblando: el anillo debe haberse deslizado del dedo y caído a la ciudad. ¿Cómo encontrarlo ahora? ¡Qué desdicha nos amenazará, Raúl! ¡Oh, sí huyamos, huyamos!

–Huyamos enseguida –insistió una vez más Raúl.

Cristina vaciló. Raúl pensó que iba a decir que sí... Pero luego sus claras pupilas se enturbiaron y dijo:

–¡No, mañana!

Y se le apartó precipitadamente, en un completo desconcierto, deslizándose los dedos unos sobre otros, como si tuviera aún esperanzas de que el anillo fuera a reaparecerse en la mano.

En cuanto a Raúl, volvió a casi muy preocupado con todo lo que había oído.

–Si no la salvo de manas de ese impostor –dijo hablando en voz alta ni acostarse, está perdida... ¡Pero la salvaré!

Apagó la luz y sintió en las tinieblas la necesidad de injuriar a Erik. Gritó por tres veces con voz muy fuerte:

–¡Farsante!... ¡Farsante!... ¡Farsante!..

Pero de pronto se incorporó sobre el codo; un sudor frío le corrió por las sienas. Dos ojos, dos ojos ardientes como brasas, acababan de encenderse al pie de su cama. Lo miraban fijamente, terriblemente en la noche negra.

Raúl era valiente y, sin embargo, temblaba. Adelantó la mano, tambaleando, vacilando, inseguro sobre la mesa de luz. Habiendo encontrado la caja de fósforos, encendió la luz. Los ojos desaparecieron.

Pensó nada tranquilizado:

–Cristina me ha dicho que sus ojos no se vetan más que en la oscuridad. Sus ojos han desaparecido con la luz, pero quizá esté ahí.

Se levantó, buscó, registró prudentemente el cuarto. Miró bajo la cama como los niños. Entonces se encontró ridículo y dijo en voz alta:

–¿Qué creer? ¿Qué no creer en semejante cuento de aparecidos? ¿Dónde acaba lo real? ¿Dónde principia lo fantástico? ¿Qué es lo que ha visto Cristina? ¿Qué es lo que ha creído ver?

Y yo mismo –agregó con rabia –, ¿qué he visto? ¿He visto realmente los ojos de brasa hace un instante? ¿No habrán brillado más que en mi imaginación? ¡Ahora resulta que no estoy seguro de mí mismo y que no podría jurar si he visto o no esos ojos!

Volvió a acostarse y de nuevo apagó la luz. Los ojos reaparecieron.

–¡Oh! –suspiró Raúl.

Erguido en su cama los miraba a su vez tan fijamente cuanto podía. Después de un silencio que ocupó en apelar a todo su valor, gritó de pronto:

–¿Eres tú, Erik? Hombre, genio o fantasma, ¿eres tú?

Y reflexionó:

–Si, es él... está en el balcón.

Entonces corrió en camisa a un pequeño mueble en el que tomó al tanteo un revólver. Una vez armado abrió la puerta. La noche estaba extremadamente fresca. Raúl echó una rápida mirada sobre el balcón desierto, entró y volvió a cerrar la puerta. Volvió a acostarse muy agitado con el revólver a su alcance, sobre la mesa de noche.

Otra vez volvió a apagar la luz.

Los ojos estaban siempre allí, al pie de su cama. ¿Estaba entre la cama y el cristal de la ventana o detrás del cristal, es decir, en el balcón?

Eso era lo que quería saber Raúl. Quería también saber si aquellos ojos pertenecían a un ser humano... quería saberlo todo.

Entonces, pacientemente, fríamente, sin turbar la sombra que lo rodeaba, el joven volvió a tomar su revólver y apuntó.

Apuntó a las dos estrellas de oro que lo miraban siempre con tan singular fulgor inmóvil.

Apuntó algo más arriba de las dos estrellas. Si aquellas estrellas eran ojos y si encima de aquellos ojos había una frente y si no le vacilaba el pulso...

Una detonación retumbó con terrible estrépito en el silencio de la casa...

Y mientras que en los corredores se oían pasos precipitados, Raúl, sentado en la cama, con el brazo extendido pronto a hacer fuego otra vez, miraba...

Las dos estrellas esta vez habían desaparecido.

—¡Luz, sirvientes! —gritaba el conde Felipe atrozmente ansioso. —
¿Qué hay Raúl?

—Nada, que me parece que he soñado —respondió el joven. He hecho fuego sobre las estrellas que no me dejaban dormir.

—¿Qué dices?... ¿Te sientes mal? Dime, Raúl, ¿qué te ha pasado?
Y el conde se apoderó del revólver.

—No, no creas que estoy divagando.

—Por otra parte, vamos a cerciorarnos...

Se levantó, se puso una bata, se calzó las pantuflas, tomó de manos de un sirviente una luz y abriendo la puerta volvió a salir al balcón.

El conde había comprobado que la ventana había sido atravesada por una bala a la altura de un hombre. Raúl se había inclinado sobre el balcón con la vela.

—¡Ah, ah —exclamó... —Sangre... sangre... aquí también... Tanto mejor... Un fantasma que sangra es menos peligroso —dijo chanceándose.

—¡Raúl, Raúl, Raúl!

El conde lo sacudía como si hubiera querido hacer salir a un sonámbulo de un peligro sueño.

—¡Pero si te digo que no estoy dormido! —protestó Raúl con impaciencia. Aquí está la sangre y todos pueden verla. Yo creía estar soñando y que hacía fuego sobre dos estrellas. Eran los ojos de Erik... y aquí está su sangre.

Enseguida agregó, súbitamente inquieto:

—¡Quien sabe si no he hecho mal en tirar y Cristina es muy capaz de no perdonármelo!... Todo esto no habría sucedido si hubiese tomado la precaución de correr las cortinas al acostarme.

—¡Raúl! ¿Te has vuelto loco? ¡Despiértate! ¡Despiértate!

—¡Vamos! Harías mejor en ayudarme a buscar a Erik, porque un fantasma que sangra ha de ser posible encontrarle.

El ayuda de cámara del conde dijo:

—Es cierto, señor, hay sangre en el balcón.

Un sirviente trajo una lámpara y con su luz se pudo examinar todo. El rastro de la sangre seguía la baranda del balcón e iba a dar a un caño de desagüe por el que ascendía.

—Mi amigo —dijo el conde Felipe, le has hecho fuego a un gato.

—¡Qué desgracia! —dijo Raúl con una risa que sonó dolorosamente en los oídos del conde. Eso es muy posible porque con Erik nunca hay medio de saber a qué atenerse. ¿Era Erik? ¿Era un gato? ¿Era el Fantasma? ¿Era carne o era tumba? No, no, con Erik nunca es posible saber a qué atenerse. Desde ese día Raúl comenzó a decir estas frases extrañas que respondían muy íntima y lógicamente a las preocupaciones de su corazón y que formaban lógica continuación a las condiciones extrañas, a la vez reales y de apariencia sobrenatural, de Cristina

Daaé; y estas frases no contribuyeron poco a persuadir a muchos que el cerebro del joven comenzaba a desequilibrarse. El mismo conde lo creyó y más tarde el juez de instrucción, basado en el informe del comisario de policía Mifroid, no vaciló en creerlo.

–Raúl, ¿quién es Erik? –preguntó el conde oprimiendo la mano de su hermano.

–¡Es mi rival y si no ha muerto, tanto peor!

Con un ademán despidió a los sirvientes.

La puerta de la pieza se cerró quedando solos los dos Chagny. Pero la servidumbre no se alejó tan deprisa que el ayuda de cámara del conde no le oyera pronunciar claramente y con energía esta frase a Raúl:

–Esta noche raptaré a Cristina Daaé.

Esta frase fue repetida después al juez de instrucción Faure; pero nunca x supo exactamente lo que hablaron los hermanos en aquella entrevista.

Los sirvientes afirmaron que aquélla no era la primera pelea que los hacia encerrarse.

A través de las paredes se oían gritos y siempre se trataba de una artista llamada Cristina Daaé.

En el momento del desayuno, que el conde tomaba siempre en su escritorio, Felipe dio orden de que le pidieran a su hermano que fuera a verlo. Raúl se presentó sombrío y mudo. La escena fue muy corta.

–¡Lee esto! –ordenó el conde.

Felipe entregó a su hermano un diario: "La Época".

Con el dedo le designó un suelto.

El vizconde, leyendo entre dientes:

"Una gran noticia social. El señor vizconde Raúl de Chagny se ha comprometido a casarse con la artista lírica señorita Cristina Daaé. Si hemos de dar crédito a los decires de entre bastidores, el conde Felipe ha jurado que por primera vez un Chagny no cumpliría una promesa. Como el amor es en la Opera tan omnipotente como en cualquier otra parte, todos se preguntan de qué medios podrá disponer el conde Felipe para impedir que su hermano el vizconde conduzca al

altar a la "nueva Margarita". Se dice que los dos hermanos se adoran, pero el conde se ilusiona singularmente si cree que el amor fraternal podrá más que el amor liso y llano”

El conde (triste) –. Ya lo ves, Raúl, nos estás poniendo en ridículo. Esa muchacha te ha hecho perder la cabeza por completo con sus historias de aparecidos.

(El vizconde le había, pues, transmitido el relato de Cristina a su hermano)

El vizconde. –¡Adiós, hermano mío!

El conde. –¿Es cosa resuelta? ¿Partes esta noche? *(El vizconde no responde)* ¿Con ella?... No es posible que hagas semejante locura. *(Silencio del vizconde)* Ya sabré impedírtelo.

El vizconde. –¡Adiós!

(Se va)

Esta escena ha sido contada al juez de instrucción por el mismo conde, que no volvió a ver a su hermano Raúl sino esa misma noche en la Opera, algunas minutos antes de la desaparición de Cristina.

Todo el día fue consagrado, en efecto, por Raúl a los preparativos del rapto.

Los caballos, el coche, el cochero, las provisiones, los bagajes, el dinero necesario –no tomarían ferrocarril para despistar al Fantasma –; todo eso lo ocupó hasta las nueve de la noche.

A las nueve, una especie de berlina, cuyas cortinas estaban caídas sobre las portezuelas herméticamente cerradas, se colocó en la fila del lado de la rotonda. Tiraban de ella dos vigorosos caballos y la manejaba un cochero, cuya cara era difícil de reconocer, tan arrebujado estaba en los pliegues de su abrigo. Delante de aquella berlinesa había tres coches. La instrucción estableció que eran el cupé de la Carlota, que habla vuelto de repente a París, el de la Sorelli y el del conde Felipe de Chagny. De la berlina no bajó nadie. El cochero permaneció en el pescante. Los otros tres cocheros habían permanecido también en sus asientos.

Una sombra, envuelta en una gran cepa, y llevando en la cabeza un sombrero chambergo, pasó entre la rotonda y los carruajes. Parecía

examinar más atentamente la berlina. Se acercó a los caballos, luego al cochero, y enseguida se marchó sin decir palabra. La instrucción creyó más tarde que aquella sombra era la del vizconde Raúl de Chagny; por mi parte no lo creo, porque esa noche, como las demás, el vizconde de Chagny llevaba un sombrero de copa que, por otra parte, fue hallado. Me parece más bien que aquella sombra era la del propio Fantasma, que estaba al corriente de todo, como se va a ver enseguida.

La Opera estaba en una de sus noches más brillantes. La aristocracia estaba magníficamente representada. En aquella época los abonados no cedían, no alquilaban ni compartían sus palcos con la finanza, el comercio o el extranjero. Hoy, en el palco del marqués de Tal, que conserva siempre su título, palco del marqués Tal, porque el marqués es el abonado titular, en ese palco se pavonea, con toda su distinguida familia, un acaudalado carnicero, usando de un perfecto derecho, puesto que contribuye a pagar el palco del marqués. Entonces estas costumbres eran casi desconocidas. Los palcos de la Opera eran salones en que se estaba casi seguro de encontrar o de ver gentes de mundo, que a veces tienen afición a la música. Todo aquel público selecto se conocía, sin que por esto se frecuentara necesariamente. Pero todas las caras eran habituales y nadie ignoraba la fisonomía del conde Chagny.

La noticia aparecida por la mañana en "La Época" había debido producir su efecto, porque todos los ojos estaban vueltos hacia el palco en que el conde Felipe, en apariencia muy indiferente y tranquilo, estaba solo.

El elemento femenino de aquella deslumbrante asamblea parecía singularmente intrigado y la ausencia del vizconde daba lugar a cien cuchicheos detrás de los abanicos. Cristina Daaé fue acogida con bastante frialdad. Aquel público especial no le perdonaba que hubiera apuntado tan alto.

La diva se dio cuenta de la mala disposición de una parte de la sala y se turbó.

Los abonados, que pretendían estar al cabo de los amores del vizconde, no dejaron de sonreír en ciertos pasajes del papel de Margarita.

Fue así que se volvieron ostensiblemente hacia el palco de Felipe Chagny, cuando Cristina cantó la frase:

*Je voudrais bien savoir
Quel était ce jeune homme
Si c'est un grand seigneur,
Et comment il se nomme.*

Con el mentón apoyado en la mano, el conde parecía no advertir aquellas manifestaciones. Miraba atentamente la escena. Pero ¿la veía? Parecía estar lejos de todo...

Cristina iba perdiendo cada vez más su aplomo. Temblaba. Iba derecho a una catástrofe... Su partenaire Carolus Fonta se preguntó si no estaría enferma, si podría permanecer en escena hasta el fin del acto, que era el del jardín. En la sala se recordaba la desgracia que le había sucedido al final de ese acto a la Carlota, y el "gallo" histórico que había suspendido momentáneamente su carrera en París.

Precisamente en ese momento hacia su entrada la Carlota en un palco balcón; entrada sensacional. La pobre Cristina levantó los ojos hacia aquel nuevo motivo de emoción. Reconoció a su rival. Creyó verla burlarse. Esto la salvó. Olvidó para triunfar una vez más.

A partir de aquel momento cantó con toda su alma. Trató de sobrepasar todo lo que había hecho hasta entonces, y lo consiguió. En el último acto, cuando comenzó a invocar a los ángeles y a alzarse del suelo, arrastró en el mismo arranque a toda la sala estremecida, y todos creyeron ver que tenía alas.

Ante aquel llamado sobrehumano, un hombre se había levantado y permanecía de pie en el centro de la platea, de frente a la actriz, como si en un movimiento único abandonara la tierra... Era Raúl.

Anges purs! Anges radieux!

Y Cristina, con los brazos extendidos, con la garganta encendida, envuelta en la gloria de sus cabellos sueltos sobre sus hombros desnudos, lanzaba el clamor divino:

Portez mon âme au sein des cieux

De pronto se hizo entonces una densa oscuridad en la sala. Aquello fue tan rápido, que los espectadores tuvieron apenas tiempo para dar un grito de estupor, porque la luz iluminó de nuevo la escena

..¡Pero Cristina ya no estaba allí!... ¿Qué había sucedido?... ¿Qué milagro era aquél? Todos se miraban sin comprender, y la emoción llegó a su colmo enseguida. La impresión no era menor en el escenario que en la sala.

Desde los bastidores se precipitaron hacia el sitio en que había un instante Cristina cantaba. El espectáculo se interrumpió en medio del mayor desconcierto.

¿Qué había sido de Cristina? ¿Qué sortilegio la había robado a millares de espectadores entusiastas y de entre los brazos de Carolus Fonta? En verdad, era cosa de preguntarse si oyendo su ruego inflamado los ángeles no la habían arrebatado en cuerpo y alma...

Raúl, siempre de pie en la platea, había lanzado un grito. El conde Felipe se había puesto de pie en el palco. Se miraba a la escena, al conde, a Raúl, y se inquiría si aquel curioso suceso no tendría que ver con el suelto aparecido aquella misma mañana en un diario. Pero Raúl salió apresuradamente, el conde desapareció de su palco, y mientras caía el telón, los abonados se precipitaban al escenario. El público esperaba que se le diera una explicación en medio de un rumoroso indescriptible. Todos hablaban a la vez.

Cada cual quería explicar las cosas a su manera. Unos decían: "Cayó dentro de una trampa", otros: "Fue a dar a las bambalinas: la desgraciada debe de haber sido víctima de algún nuevo mecanismo inaugurado por la nueva dirección"; otros afirmaban: "Ha sido una celada, como lo demuestra la coincidencia de la oscuridad y la desaparición".

Pero el telón se levantó lentamente, y Carolus Fonta, adelantándose hasta el atril del director de orquesta, anunció con voz grave y triste:

"Señoras y señores: un acontecimiento inaudito y que nos sume en la más profunda inquietud, acaba de producirse. Nuestra compañera, Cristina Daaé, acaba de desaparecer bajo nuestros ojos, sin que nadie pueda saber cómo".

CAPITULO XVI

SINGULAR ACTITUD DE UN ALFILER DE GANCHO

En el escenario había un alboroto indescriptible. Artistas, maquinistas, bailarinas, figurantas, coristas, abonados, todo el mundo interrogaba, se atropellaba, gritaba:

–¿Dónde está? ¿Se ha hecho raptar? Es el vizconde de Chagny que se la ha llevado.

–No; es el conde.

–¡Ah! Ahí está la Carlota. Es ella la que debe de haber dado el golpe.

–¡No, es el Fantasma!

Y algunos ríen, sobre todo después de haberse comprobado por el atento examen de las trampas y los pisos, que no se trataba de un accidente.

En aquella aglomeración rumorosa se destaca un grupo que conversa en voz baja, haciendo ademanes de desesperación. Lo forman Gabriel, el maestro de canto, Mercier, el administrador, el secretario Remy. Se han retirado al ángulo de un biombo que pone en comunicación la escena con el ancho pasadizo del *foyer* de la danza. Allí detrás de enormes pilas de accesorios, parlamentan:

–¡He llamado y no me han respondido! No estarán quizás en el despacho. En todo caso es imposible saberlo, porque se han llevado las llaves.

Así se expresaba el secretario Remy, y no cabe duda de que en aquellas palabras designa a los señores directores. Estos han dado órdenes de que durante el último entreacto no vayan a incomodarlos ha o ningún pretexto. *"No están para nadie."*

–Sin embargo –exclamó Gabriel, no se roba todos los días a una cantante en plena escena...

–¿Les ha gritarlo usted eso? –interroga Mercier.

–Me vuelvo allá –dice Remy; y desaparece corriendo. En eso llega el director de escena:

–¿Y bien, señor Mercier? ¿No viene usted? ¿Qué hacen ustedes aquí? Le necesitamos allí, señor administrador.

–No quiero saber ni hacer nada antes de que llegue el comisario – declara Mercier –. He mandado llamar a Mifroid. Veremos cuando esté aquí.

–Pues yo le digo que es preciso que baje enseguida a los conmutadores.

–No iré antes de que llegue el comisario...

–Pues yo ya he bajado a los conmutadores.

–¡Ah!, ¿y qué vio usted allí?

–Pues no vi allí a nadie absolutamente, ¿oye usted?

–Entonces, ¿qué quiere que vaya a hacer?

–Evidentemente –replica el director de escena, que se pasa frenéticamente los dedos entre una melena rebelde. ¡Evidentemente! Pero si hubiera alguien en los conmutadores, ese alguien podría explicarnos cómo fue que se oscureció la escena de golpe, y no se puede dar con Mauclair en ninguna parte, ¿comprende usted?

Mauclair era el jefe del alumbrado que dispensaba a voluntad el día y la noche en el escenario de la Opera.

–¿Cómo? ¡No se puede encontrar a Mauclair! –repite Mercier sorprendido. ¿Y sus ayudantes?

–¡Ni Mauclair ni ayudantes! ¡No hay nadie en los conmutadores, le digo! Esta claro –grita el director de escena –que esta chica no se ha raptado sola. El golpe estaba preparado, y es preciso averiguar cómo... ¡Y los directores no aparecen!... He prohibido que bajen a la iluminación y he puesto un bombero delante de los conmutadores. ¿No se ha hecho bien?

–Sí, sí, ha hecho usted bien... Y ahora, esperemos al comisario.

El director de escena se aleja, encogiéndose de hombros, exasperado, mascullando injurias contra aquellas gallinas que permanecen metidas en un rincón, cuando todo el teatro está sin pies ni cabeza.

Tranquilos no estaban, por cierto, Gabriel ni Mercier. Pero es claro que habían recibido una consigna que los paralizaba.

No debían incomodar a los señores directores por razón alguna. Remy había infringido aquella orden y no le había valido de nada.

Precisamente, se lo ve que vuelve de su nueva expedición. Su expresión está singularmente alterada.

–¿Y, qué tal?, ¿les habló usted? –interroga Mercier.

–Moncharmin acabó por abrir la puerta. Los ojos se le salían de las órbitas. Creí que me iba a pegar. No pude decirle una palabra, y, ¿sabe usted lo que me gritó? "¿Tiene usted un alfiler de gancho?" – ¡No! –Pues, entonces, ¡déjeme en paz!" Quise explicarle que acababa de ocurrir en el teatro un acontecimiento inaudito... Se puso a gritar: "¡Un alfiler de gancho!

–¡Deme un alfiler de gancho!". Un escribiente que lo oyó –porque gritaba como un loco –acudió con un alfiler de gancho y se lo dio enseguida. Inmediatamente Moncharmin me dio con la puerta en las narices, ¡y aquí estoy!

Y no pudo usted decirle que Cristina Daaé...

–¡Oh, hubiera querido verlo a usted! ¡Echaba chispas!... No quería saber de nada, sino de su alfiler de gancho... ¡Me parece que si no se lo hubiesen encontrado enseguida, le da un ataque! Todo esto, por cierto, no es natural, y parece que nuestros directores se hubieran vuelto locos...

Pero el secretario Remy no está contento, y lo demuestra.

–¡Esto no puede seguir así! ¡Yo no estoy acostumbrado a ser tratado de este modo!

De pronto, Gabriel le dice al oído:

–Esto es otro golpe del F. de la O.

Remy se burla, Mercier suspira, parece dispuesto a hacer una confidencia..., pero habiendo mirado a Gabriel, que le hace seña de que calle, permanece mudo. No hay que olvidar que Gabriel y Mercier están al tanto de las dificultades en que F. de la O. ha puesto a los señores directores.

Entretanto, Mercier, que ve crecer su responsabilidad a medida que transcurren los minutos, y que los directores no aparecen, no puede contenerse:

–Pues allá voy a ver cómo me reciben.

Gabriel, poniéndose de pronto muy serio, lo detiene:

–¡Piense en lo que hace, Mercier! Si permanecen encerradas en su despacho, es quizá porque ello es necesario. ¡F. de la O. tiene más de una cuerda en su arco!

Pero Mercier sacude la cabeza:

–¡Tanto peor! ¡Voy allá! Si me hubiesen escuchado, hace ya mucho tiempo que lo hubiera dicho todo a la policía.

Y se marchó:

–“Todo” ¿qué? –pregunta enseguida Remy. “¿Qué?” se le hubiera dicho a la policía? ¡Ah!, usted calla, Gabriel. ¿Usted también está en la confidencia? Pues hace mal en no ponerme a mí también al tanto de ella, porque si no me voy a poner a gritar que todos ustedes se han vuelto locos... sí, todos.

Gabriel pone cara de tonto y finge no comprender aquella salida incorrecta del señor secretario particular.

–¿Qué confidencia? –murmura. No sé qué quiere usted decir.

Remy se exaspera.

–Esta noche, aquí mismo, Richard y Moncharmin hacían ademanes y gestas de alienados.

–No lo noté –responde Gabriel muy fastidiado.

–¡Pues es usted el único!... Se imagina usted que no las vi... Y que el señor Parabisse, el director del crédito Central no advirtió nada... ¿Y que el señor embajador de La Barderie tiene los ojos en la nuca?... Pero, señor maestro de canto, todos los abonados han estado mostrando con el dedo a nuestros directores...

–¿Y qué hacían nuestros directores? –preguntó Gabriel con su expresión más boba.

–¿Qué hacían? ¡Usted sabe mejor que nadie qué hacían! ¡Usted estaba ahí!... ¡Y usted los observaba junto con Mercier!.. Y ustedes eran los únicos que no reían.

–No comprendo.

Muy frío, muy reservado, Gabriel alza los brazos y los deja caer, lo que significa, evidentemente, que aquello no le importa nada... Remy prosigue:

–¿Qué significa esta nueva manta? ¿Por qué no quieren ahora que uno se les acerque?

–¿Cómo? ¿No quieren que uno se les acerque?

–No quieren que se les toque.

–¿De veras ha notado usted que no quieren que se los toque? ¡Eso sí que es raro!

–¡Ah, conviene usted en ello! ¡Ya era tiempo! ¡Y caminan para atrás!

–¡Para atrás! ¿Usted ha notado que nuestros directores caminan para atrás? Yo creía que solamente los cangrejos caminaban así.

–¡No se ría, Gabriel, no se ría!

–No me río –protestó Gabriel, que se puso serio como una piedra.

–Puede usted explicarme, Gabriel, usted que es amigo íntimo de la dirección, por qué en el entreacto del "jardín", estando delante del *foyer*, al adelantarme con la mano tendida hacia el señor Richard, le oí decirle al señor Moncharmin precipitadamente y en voz baja: "¡Apártese! ¡apártese! Y sobre todo, no toque al señor director..." ¿Soy acaso un apestado?

–¡Increíble!

–Y, momentos más tarde, cuando el señor embajador de La Borderic se dirigió a su vez al señor Richard, ¿no vio usted al señor Moncharmin precipitarse entre ambas y no le oyó usted decir: "señor embajador, se lo suplico, no toque usted al señor director?"

–¡Singularísimo!... Y ¿qué hacía Richard mientras tanto?

–¿Qué hacía? Ya lo vio usted, daba media vuelta, saludaba delante de sí, donde no habla nadie, y se retiraba caminando para atrás.

–¿Para atrás?

–Y Moncharmin, detrás de Richard, también dio media vuelta, es decir, que hizo detrás de Richard un rápido semicírculo, y también se retiró caminando para atrás. Y así se dirigieron hasta la escalera de la

administración... siempre de espaldas, ¿oye usted? ¡Siempre de espaldas! En fin, si no están locos de atar, ¿me quiere usted explicar qué significa eso?

–Quizás estuvieran ensayando –indicó Gabriel, sin convicción una figura de baile.

El señor secretario se sintió ofendido por una gracia tan chabacana en un momento tan dramático. Frunció el ceño, sus labios se contrajeron y se inclinó al oído de Gabriel:

–No se pase de listo, Gabriel. Aquí ocurre algo en que a Mercier y a usted quizá les incumba alguna responsabilidad.

–¿Qué pasa? –interrogó Gabriel.

–Cristina Daaé no es la única persona que haya desaparecido de pronto esta noche.

–¡Ah!, ¡bah!

–No hay "¡Ah!, ¡bah!, ¿Puede usted decirme por qué cuando madame Giry huyó hace un momento al *foyer*, Mercier la tomó de la mano y se la llevó precipitadamente consigo?

–¡Hombre!, ¡pues no lo noté!

–Si, no lo notó usted, pero siguió usted a la vieja Giry y a Mercier hasta el despacho de éste. Después se los vio a usted y a Mercier, pero no se ha vuelto a ver a la acomodadora.

–¿Sospecha usted que nos la hemos comido?

–¡No!, pero la han encerrado en el escritorio bajo llave, y cuando se pasa cerca de la puerta de ese escritorio, ¿sabe usted lo que se oye? Se oyen estas palabras: "¡Oh, qué bandidos! ¡Oh!, ¡qué bandidos!"

En este momento la singular conversación fue interrumpida por la llegada de Mercier, jadeante.

–¡Está bien! –dijo con voz desesperada –¡No hay nada que hacer!... Les he gritado: "¡Es muy grave! ¡Abran! Soy yo, Mercier". Oí pasos. Se abrió la puerta y apareció Moncharmin. Estaba muy pálido. Me preguntó: "¿Qué quiere?" Le repliqué: "Se han llevado a Cristina Daaé". ¿Saben ustedes lo que me respondió? "¡Tanto mejor para ella!" Y cerró la puerta, poniéndome esto en la mano.

Mercier abrió la mano; Remy y Gabriel miraron.

–¡El alfiler de gancho! –exclama Remy.

–¡Extraño! ¡Muy extraño! –dice en voz baja Gabriel, que no puede disimular un estremecimiento.

De pronto una voz hizo que los tres se volvieran:

–Disculpen señores, ¿podrían ustedes decirme dónde está Cristina Daaé?

A pesar de la gravedad de las circunstancias, semejante pregunta los hubiera hecho estallar en una carcajada, si no hubieran visto una cara tan contraída por el dolor, que les dio pena en el acto. Era el vizconde Raúl de Chagny.

CAPITULO XVII

"¡CRISTINA! ¡CRISTINA!"

La primera idea de Raúl, después de la desaparición fantástica de Cristina Daaé, fue acusar a Erik. Ya no dudaba del poder casi sobrenatural del Ángel de la Música en aquel dominio de la Opera, en que aquél había establecido tan diabólicamente su imperio.

Y Raúl se había precipitado al escenario en un ímpetu de desesperación y de amor. "¡Cristina! ¡Cristina!", sollozaba desesperado, llamándola como ella debía llamarle desde el fondo de aquel abismo oscuro al que el monstruo la había conducido como una presa, toda estremecida aún de exaltación divina, toda vestida con el blanco sudario en que ya se ofrecía a los ángeles del paraíso.

—"¡Cristina! ¡Cristina!" —repetía Raúl, y le parecía oír los gritos de la joven a través de las frágiles tablas que le separaban de ella. Se agachaba, escuchaba... Iba de un lado a otro como un insensato. ¡Ah!, ¡descender!, ¡descender, descender! a aquel pozo de tinieblas cuyas puertas le estaban cerradas. ¡Oh!, aquel obstáculo frágil que antes se deslizaba con tanta facilidad sobre sí mismo para dejar ver el abismo hacia el que tiende todo su deseo. Aquellas tablas, que su paso hace crujir y que hace retumbar bajo su peso el prodigioso vacío de la tramoya... Aquellas tablas están más que inmóviles esta noche; parecen inmutables. Aparentan la solidez de no haberse movido nunca... y hete aquí que las escaleras que permiten bajar a los sótanos del escenario están vedadas a todo el mundo...

¿Qué va a ser de él? ¿Qué es de ella?... "¡Cristina! ¡Cristina!" Lo rechazan riendo, se burlan de él. Creen que el pobre novio es un chilla-do.

¿En qué carrera local y por entre qué pasadizos de sombra y misterios por él sólo conocidos, habrá arrastrado Erik a la inocente criatura hasta el antro funerario, cuya puerta se abre sobre el lago infernal?... "¡Cristina! ¡Cristina!" ¿Por qué no respondes? ¿Estás siquiera todavía

viva, Cristina? ¿No has exhalado tu último suspiro en un minuto de sobrehumano horror, bajo el aliento abrasador del monstruo?

Horribles pensamientos atraviesan como relámpagos el cerebro perturbado de Raúl.

Evidentemente, Erik ha sorprendido el secreto de ambos, ha sabido que Cristina lo traicionaba. ¿Qué venganza va a ser la suya?

¿A qué no se atrevería el Ángel de la Música, precipitado de lo alto de su orgullo? ¡Cristina, entre los brazos soberanos del monstruo, está perdida!

Y Raúl piensa otra vez en las estrellas de oro que fueron la noche última a vagar en su balcón y deplora que su arma resultara impotente para fulminarlas.

Sin duda hay ojos de hombres que se dilatan en las tinieblas y brillan como estrellas o como los ojos de los gatos. (Algunos albinos que parecen tener ojos de conejo a la luz, tienen ojos de gato en la sombra)

Si, no cabía duda de que era sobre Erik que había hecho fuego.

¿Por qué no lo habría muerto? El monstruo había huido por el caño de desagüe, también como los gatos o como los presidiarios, que serían capaces de escalar el cielo valiéndose de un caño de lluvia.

Sin duda Erik meditaba entonces algún golpe decisivo contra el joven, pero habla sido herido y habla huido para volverse contra la pobre Cristina.

Así pensaba lleno de angustia Raúl, al dirigirse al camarín de la artista...

“¡Cristina! ¡Cristina!” lágrimas amargas quemaron los párpados del joven al ver esparcidas sobre los muebles las ropas destinadas a vestir a su bella novia en el instante de la fuga... ¡Ah! ¿Por qué no querría partir antes? ¿Por qué habla demorado tanto? ¿Por qué se empeñaría en jugar con la catástrofe amenazante, con el corazón del monstruo?... ¿Por qué había querido, piedad suprema, arrojarle a aquella alma de demonio la limosna última de aquel canto celeste?...

Anges purs, Anges radieux,

Portez mon âme au sein des cieux!

Raúl, con la garganta desbordante de sollozos, juramentos e injurias, tantea con sus manos trémulas el gran espejo que un día se abrió ante sus ojos para dar paso a Cristina al antro tenebroso. Oprime, sacude, frota... golpea con el puño el espejo inmóvil... pero parece que el espejo sólo obedece a Erik... Quizá todo esfuerzo sea inútil para mover aquel espejo... quizá baste pronunciar ciertas palabras... Cuando era pequeño le contaban que habla objetos que obedecían a la palabra.

De pronto, Raúl recuerda... "Una reja que da sobre la calle Scribe... un subterráneo que sube directamente del lago a la calle Scribe..." Sí, Cristina le ha hablado de eso... y enseguida sale, echa a correr.

Ya está en la calle, pasea sus manos trémulas por las piedras ciclópeas, busca las salidas... encuentra los barrotes de una reja... ¿Será aquélla? ¿Será esta otra? Desliza miradas impotentes entre los barrotes... ¡Qué noche profunda hay allá dentro!... Escucha... ¡Qué silencio!... Gira alrededor del edificio... ¡Ah, he aquí unos barrotes enormes! ¡Rejas prodigiosas!... ¡Es la puerta del patio de la administración!...

Raúl corre a la portería.

—Disculpe, señora, ¿usted no podría indicarme una reja, sí, una puerta hecha con barrotes de hierro que da sobre la calle Scribe... y que conduce al lago... Usted sabe, ¿no?, al lago. Si, al lago, pues, que está bajo tierra, debajo de la Opera.

—Sí, señor; sé que hay un lago bajo la Opera; pero no sé qué puerta conduce a él... No he ido nunca.

—¿Y la calle Scribe, señora? ¿La calle Scribe? ¿Nunca ha estado usted en la calle Scribe?

La portera ríe, estalla en una carcajada. Raúl huye bramando, salta, trepa escaleras, baja otras, atraviesa toda la administración, se encuentra en la luz del escenario.

Se detiene, su corazón palpita con furia en su pecho jadeante. ¿Habrà reaparecido Cristina Daaé? Allí hay un grupo; interroga:

—Disculpen, señores: ¿no han visto ustedes a Cristina Daaé?

Y se largan a reír.

En el mismo minuto, el escenario zumba con un nuevo rumor y entre una aglomeración de fracs negros que lo rodean, con grandes ademanes explicativos, aparece un hombre que parece estar muy tranquilo y que tiene una expresión amable, una cara sonrosada y regordeta, encuadrada por cabellos riadas e iluminada por unos ojos azules de serenidad maravillosa. El administrador Mercier le indica el recién llegado al vizconde de Chagny, diciéndole:

–Aquí tiene usted, señor, la persona a quien en adelante podrá dirigir esa pregunta. Le presento al comisario de policía Mifroid.

–¡Ah! ¡El señor vizconde Chagny! Me alegro de encontrarle señor –dijo el comisario–. Si tuviera usted la bondad de acompañarme... y ahora, ¿dónde están los directores? ¿Dónde están los directores?

Como el administrador callara, el secretario Remy tomó sobre sí el hacer saber al señor comisario que los señores directores se habían encerrado en su despacho y que ignoraban aún todo lo acontecido.

–¿Es posible? ¡Vamos a su despacho!

Y el señor Mifroid, seguido por el cortejo siempre creciente, se dirigió hacia la administración. Mercier aprovecha la aglomeración para deslizar una llave en la mano de Gabriel.

–Todo esto va mal –le murmuró. Ve a darle aire a la vieja Giry...

Y Gabriel se alejó.

Pronto llegaron ante la puerta directorial. En vano Mercier suplica que abran; la puerta permanece inmóvil.

–¡Abran en nombre de la ley! –ordena la voz clara y un poco alterada del señor Mifroid.

Por fin, la puerta se abre. Todos se precipitan en las oficinas detrás del comisario.

Raúl es el último en entrar. En el momento en que se dispone a seguir al grupo, una mano se posa sobre su hombro y oye que le dicen al oído:

–Los secretos de Erik no interesan a nadie.

Se volvió, sofocando un grito. La mano que se había posado sobre su hombro estaba ahora sobre los labios de un personaje de tinte de ébano, ojos de ónix, y con la cabeza cubierta por un gorro de astracán.

El desconocido prolongó el ademán que recomendaba discreción y en el momento en que el vizconde iba a preguntarle, saludó y desapareció.

CAPITULO XVIII

REVELACIONES SORPRENDENTES DE MADAME GIRY REFERENTES A SUS RELACIONES PERSONALES CON EL FANTASMA

Antes de seguir al señor comisario de policía Mifroid al despacho de los señores directores, el lector me permitirá que le hable de ciertos sucesos extraordinarios que se desarrollaron en aquel despacho, en que el secretario Remy y el administrador Mercier hablan intentado en vano penetrar, y donde los señores Moncharmin y Richard se hablan encerrado herméticamente con un propósito que el lector ignora todavía y que mi deber de relator me impone no callar por más tiempo.

No sorprenderé a nadie, afirmando que los señores Richard y Moncharmin no habían abandonado la esperanza de hacer volver a su caja los primeros veinte mil francos que el Fantasma les habla arrancado. Y con ese fin no hablan vacilado en arriesgar otros veinte mil. Eso era una audaz especulación, o, si se prefiere, un atrevido cálculo frecuente en los jugadores en desgracia. Los señores directores hablan perdido la primera apuesta con F. de la O., y esperaban su desquite en la segunda.

—¡Ahora va a ser la nuestra! —exclamó Richard. No he predicado tanto la paciencia, mi querido Moncharmin, sino para atrapar a F. de la O. con las manos en la masa.

—La masa era nada menos que el sobre mágico.

Le había dicho esto aquella misma mañana, mostrándole una nueva carta del Fantasma, que les recordaba el vencimiento. *"Procedan como la última vez —indicaba amablemente F. de la O. —, pues todo salió muy bien. Entreguen el sobre en que ustedes hayan puesto los veinte mil francos a la excelente madame Giry"*

Y la esquila estaba acompañada del sobre acostumbrado. Sólo faltaba llenarlo.

Esta operación debía ser realizada aquella misma noche, media hora antes de la función. Es, pues, una media hora antes de que se levantara el telón para aquella tan famosa representación de "Fausto" que penetramos en el antro directorial.

Richard le muestra el sobre a Moncharmin; luego cuenta delante de él los veinte mil francos y los desliza en el sobre, pero sin cerrar.

–Y ahora –dice –llámeme a la vieja Giry.

Fueron a buscar a la acomodadora. Entró haciendo una elegante reverencia. La señora lenta siempre su traje de tafetán negro, cuyo color se estaba poniendo a trechos marrón o lila, y su sombrero con plumas color hollín.

Parecía estar de buen humor. Al llegar, dijo enseguida:

–¡Buenas noches, señores! Sin duda se tratará otra vez del sobre.

–Sí, madame Giry –dijo Richard con una gran amabilidad. Se trata del sobre... y también de otra cosa.

–¡A sus órdenes, señor director! ¡A sus órdenes! ¿Y de qué otra coser se trata?

–Ante todo, madame Giry, tendría que hacerle una pequeña pregunta. Muy bien, señor director, aquí me tiene lista para responderle.

–Estamos de acuerdo y vamos a entendernos. La historia del Fantasma es una graciosa broma, ¿verdad?... Bueno, pues dicho sea aquí entre nosotros, ¡ya ha durado bastante!

Madame Giry miró a los directores como si le hubiesen hablado en chino. Se aproximó al escritorio de Richard y dijo bastante inquieta:

–¿Qué quiere usted decir? ¡No lo he comprendido!

–¡Oh! Nos comprende usted muy bien. En todo caso es preciso que nos comprenda usted... Y para comenzar va usted a decir cómo es que se llama.

–¿Quién?

–¡Esa persona de la que usted es cómplice, madame Giry!

–¡Yo soy cómplice del Fantasma! ¿Yo? ¿La cómplice en qué?

–Usted hace todo lo que él quiere.

–¡Oh! No es muy exigente, ¿sabe usted?

–¿Y siempre le da propinas?

- Sí, no me puedo quejar de él.
–¿Cuánto le da por llevarle este sobre?
–Diez francos.
–¡Diablos!, pero es de balde!
–¿Por qué?

Voy a decírselo dentro de un momento, madame Giry. Ahora quiséramos saber por qué razón... extraordinaria... se ha entregado usted en cuerpo y alma a ese Fantasma en vez de entregarse a caro... No es por cinco, ni por diez francos que puede conquistarse la amistad ni la abnegación de madame Giry.

–¡Ah, eso es verdad!... Y esa razón no tengo por qué ocultársela, señor director. Sin duda que no hay ningún desdoro en esto... Al contrario.

- No lo ponemos en duda, madame Giry.
–Bueno..., al Fantasma no le gusta que cuente sus historias...
–¡Ah, ah! –dijo burlonamente Richard.

–¡Pero ésta no se refiere más que a mí... –prosiguió la vieja –. Bueno, era en el palco número 5... una noche encuentro allí una carta para mí... una especie de nota escrita con tinta colorada... Esta nota, señor director, no tendría necesidad de leérsela, la sé de memoria... ¡y no la olvidaré nunca, así viva cien años!

Y madame Giry recitó la carta con una actitud y una voz conmovedoras:

“–Señora. –1825: Mlle. Ménétiér; figuranta, se vuelve marquesa de Cusag. –1832: Mlle. María Taglioni, bailarina, es convertida en condesa Cilibert des Voisins. –1846: la Sota, bailarina, se casa con un hermano del rey de España. –1847. Lola Montes, bailarina, se casa morganáticamente con el rey Luis de Baviera y es creada condesa de Lansfeld. –1858: Mlle. Baría, bailarina, se casa con el barón de Hermeville. –1870: Teresa Hessler, casa con don Fernando, hermano del rey de Portugal”

Richard y Moncharmin escuchan a la vieja, que a medida que adelanta en la enumeración de aquellos ilustres himeneos se anima, se yergue, cobra audacia y, finalmente, inspirada como una sibila sobre su

trípode, lanza con una voz vibrante de orgullo la última frase de la carta profética: "1885: *Meg Giry, emperatriz*"

Agotada por aquel esfuerzo supremo, la acomodadora cae desplomada en una silla, diciendo: "Señores: aquella carta estaba firmada: "¡*El Fantasma de la Opera!*", yo había oído hablar del Fantasma, pero sólo creía en él a medias. Desde el día en que mi pequeña Meg, la carne de mi carne, el fruto de mis entrañas, sería emperatriz, creí en él por completo".

En verdad, no era necesario contemplar largo rato la fisonomía de madame Giry para comprender lo que habría podido obtenerse de aquella hermosa inteligencia con estas dos palabras: "fantasma y emperatriz".

—Pero, ¿quién era el que manejaba los hilos de aquel títere?... ¿Quién?

—Madame Giry, ¿sabe usted lo que contiene este sobre?

—No, señor, absolutamente.

—Pues bien, mire usted.

Madame Giry desliza en el sobre una mirada opaca, pero que enseguida recupera su brillo.

—¡Papeles de mil francos! —exclama.

—¡Sí, madame Giry, papeles de mil francos... ¡Y usted lo sabía muy bien!

—¿Yo? ¡Señor director! Yo le juro que...

—¡No jure, madame Giry!... Y ahora le voy a decir la otra cosa para la cual la he llamado... Madame Giry, la voy a hacer arrestar.

Las dos plumas negras del sombrero color hollín que afectaban generalmente la forma de dos puntos de interrogación, se convirtieron enseguida en puntos de admiración; en cuanto al propio sombrero, osciló amenazador sobre un peinado tempestuoso. La sorpresa, la indignación, la protesta y el espanto se tradujeron, además, en madame Giry por medio de una pirueta extravagante, pirueta de la Virtud ofendida, que la llevó de un salto hasta las narices del señor director, que no pudo menos que hacer retroceder su sillón.

—¡Hacerme arrestar!

La boca que dijo aquello pareció querer escupir a la cara del señor Richard los tres dientes que aún le quedaban.

El señor Richard se mostró heroico. No retrocedió. Su índice amenazador Indicaba ya a los magistrados ausentes la acomodadora del palco número S.

–¡La voy a hacer arrestar, madame Girya, por ladrona!

Cosa extraordinaria: madame Girya parece calmarse de pronto.

–¡Si es a causa de los veinte mil dijo casi tranquilamente, usted señor Richard, debe saber mejor que yo a dónde han ido a parar los veinte mil!

–¿Yo? –interrogó Richard, estupefacto. ¿Y cómo lo sabría?

–¡Porque fueron a parar a su bolsillo!... dice la vieja en voz baja y contemplándole como si viera al diablo.

Y agregó con voz sorda:

–Tanto peor... ¡No había más remedio! ¡Que el Fantasma me perdone!

Y como Richard se pusiera de nuevo a gritar, Moncharmin le ordenó que se callara.

–¡Bueno! ¡Bueno! Déjale explicarse a esta mujer.

Pero Richard, que está casi apoplético:

–¡Cómo! ¿Dice que yo me he metido los veinte mil francos en el bolsillo? ¿Y quiere que la deje decir eso?

Madame Girya levanta su cabeza de mártir nimbada por la fe de su propia inocencia.

–¡Yo no he podido decir eso! –declaró enseguida, puesto que era yo esa persona que colocaba los veinte mil francos en el bolsillo del señor Richard, si es que había veinte mil francos en el sobre, porque, lo repito, yo no lo sabía... ¡Ni el señor Richard tampoco, por lo demás!

–¡Ah, ah! –exclamó Richard, afectando un aire de amenaza que desagradó a Moncharmin. ¡Yo tampoco sabía nada! ¡Usted me metía veinte mil francos en el bolsillo y yo no lo sabía!... Me alegro mucho de saberlo madame Girya.

–Sí, –asintió la terrible señora –, es cierto... No sabíamos palabra ni uno ni otro... Pero usted, usted tuvo que acabar por no hacerlo.

Richard hubiera devorado, sin duda, a madame Giry si Moncharmin no hubiera estado presente. Pero Moncharmin la protege y precipita el interrogatorio.

—¿Qué sobre era el que ponía usted en el bolsillo del señor Richard? No era el que nosotros le dábamos, el que usted llevaba delante de nosotros al palco número 5, y, sin embargo, ése era el que contenía los veinte mil francos.

—No, disculpe. Era precisamente el que me daba el señor director el que yo deslizaba en el bolsillo del señor director. En cuanto al que depositaba en el palco del Fantasma, era otro exactamente igual y que yo tenía pronto y escondido en la manga.

Al decir esto, madame Giry sacó de su bolsillo un sobre preparado y con idéntico sobre escrito al que contenta los veinte mil francos. Los señores directores se apoderan de él... Lo abren... Contiene veinte billetes falsificados, como los que le sorprendieron tanto el mes anterior.

—¿Qué sencillo había sido! —exclama Richard.

—¿Qué sencillo! —repite Moncharmin más solemne que nunca.

—Los golpes más famosos —prosigue Richard —han sido siempre los más sencillos... Basta con tener un cómplice.

—¡Sí, o una cómplice! —agrega Moncharmin con su voz más fría.

Y prosiguió con los ojos fijos en madame Giry, como si hubiese querido hipnotizarla:

—¿Era realmente el Fantasma al que le hacía llegar este sobre y era realmente él quien le decía que lo substituyese al que nosotros le entregábamos? ¿Era él realmente quien le decía que colocara este último en el bolsillo del señor Richard?

—¿Por supuesto que era él!

—Entonces, ¿querría usted, señora, darnos una pequeña muestra de sus habilidades? Aquí está el sobre. Proceda como si nosotros no supiéramos nada.

—Perfectamente, señores.

La vieja Giry vuelve a tomar el sobre que contiene los veinte billetes de mil francos y se dirige hacia la puerta.

–Va a salir.

Los dos directores le cierran el paso.

–¡Ah, no! ¡Ya estamos escarmentados! ¡Basta! No vamos a caer otra vez en la trampa.

–Pero, señores, ¿Qué voy a hacer entonces? ¡Ustedes me dicen que proceda como si ustedes no supieran nada! Pues si ustedes realmente no supieran nada, yo me marcharía llevándome el sobre.

–Y entonces, ¿cómo lo deslizaría usted en mi bolsillo? –argumenta Richard, a quien Moncharmin no le quita de encima el ojo izquierdo, mientras que su ojo derecho está muy ocupado con madame Giry, posición difícil para la mirada, pero Moncharmin está dispuesto a todo para descubrir la verdad.

–Tengo que deslizárselo en el bolsillo en el momento en que usted menos lo sospeche, señor director. Usted, durante la representación viene siempre a dar una vueltita por los bastidores, y yo con frecuencia, usando de mi derecho de madre, acompaño a Meg hasta el *foyer* de la danza, le llevo sus chinelas en el momento de pasar al escenario y hasta su pequeña regadera... En fin, voy y vengo tranquilamente... Llegan los abonados, hay gente aglomerada; me mezclo entre ella, paso detrás de usted, señor director, pongo cualquier pretexto para agacharme y deslizo el sobre en el bolsillo del faldón de su frac... ¡No es una brujería!

–¡No es una brujería! brama Richard poniendo ojos de Júpiter sonante. No es una brujería. Sí, pero yo la sorprendo en flagrante delito de mentira, vieja bruja.

El insulto hiere menos a la honorable señora que la mancha que se pretende arrojar sobre su buena fe. Se yergue hirsuta con sus tres dientes de fiera.

–¿Y por qué?

A causa de que aquella noche la pasé en la sala vigilando el palco número 5 y el sobre falsificado que usted depositó en él. No bajé al *foyer* de la danza ni un segundo.

—Por eso fue, señor director, que esa noche no le deslicé el sobre. Se lo entregué durante la representación siguiente... Vea usted, era la noche en que el subsecretario del ministerio de Bellas Artes...

Al oír estas palabras, el señor Richard interrumpe bruscamente a madame Giry...

—¡Oh, es cierto! —dice pensativo—. Recuerdo... ¡Sí, ahora recuerdo! El subsecretario estuvo entre bastidores. Me hizo llamar. Bajé un momento al *foyer* de la danza. Estaba parado en las gradas del *foyer*... El subsecretario y su jefe de gabinete estaban en el *foyer*... De pronto me volví... Era usted quien pasaba detrás de mí.. Me pareció que usted me habla rozado... Usted sola estaba detrás de mí... Sí, me parece que la estoy viendo todavía, madame Giry.

—Sí, señor director, perfectamente, yo acababa de deslizarle el sobre en el bolsillo del frac. Es un bolsillo muy cómodo, señor director.

Y madame Giry acompaña una vez más la palabra con el ademán. Pasa detrás del señor Richard y tan rápidamente que impresiona al señor Moncharmin que está con los ojos bien abiertos, deposita el sobre en el bolsillo de uno de los faldones del frac directorial.

—¡Evidentemente! —exclama Richard algo pálido... Muy hábil la treta de F. de la O. El problema para él se planteaba de este modo: suprimir todo intermediario peligroso entre el que da los veinte mil francos y el que los toma. No podía acertar con nada mejor que venir, sacármelos del bolsillo sin que yo lo notara, puesto que no sabía siquiera que estaban allí... ¡Es admirable!

—¡Oh! ¡Admirable, sin duda! —recalcó Moncharmin. Solamente te olvidas, Richard, de que yo he dado diez mil francos sobre esas veinte mil y que a mí no me han puesto nada en el bolsillo.

CAPITULO XIX

CONTINUACIÓN DE LA CURIOSA ACTITUD DE UN ALFILER DE GANCHO

La última frase de Moncharmin expresaba de una manera demasiado evidente la sospecha con que consideraba a su colaborador para que no determinara en el acto una explicación tormentosa, al final de la cual quedó convenido que Richard se someterla a todas las decisivas pruebas de Moncharmin, tendientes a descubrir al extraño, fantástico y miserable individuo que así se burlaba de ellos.

Así llegamos al entreacto "del jardín", durante el cual el secretario Remy, a quien nada escapa, observó tan curiosamente la sorprendente Conducta de sus directores, y desde luego nada nos será más fácil que encontrar una razón a las actitudes tan excepcionalmente funambulescas y sobre todo poco conformes con la idea que uno debe hacerse de la dignidad directorial.

La conducta de Richard y Moncharmin les estaba de antemano trazada por la revelación que se les acaba de hacer: 1º, Richard debía repetir exactamente aquella noche todo lo que habla hecho cuando la desaparición de los primeras veinte mil francos; 2º, Moncharmin no debería perder de vista ni un segundo el bolsillo trasero de Richard, en el que madame Giry deslizaría los segundos veinte mil.

En el sitio exacto donde estuvo parado para saludar al subsecretario de Bellas Artes fue a colocarse Richard, y a espaldas suyas, a algunos pasos de distancia, se estacionó Moncharmin.

Madame Giry pasa, roza al señor Richard, desliza los veinte mil francos en el bolsillo de su director y desaparece...

O más bien se la hace desaparecer. Cumpliendo la orden que Moncharmin le ha dado minutos antes de la reconstrucción de la escena, Mercier encierra ala buena mujer en el despacho de la administración. De esta manera le será imposible a la vieja comunicarse con el Fantasma.

Y se deja encerrar sin resistencia, porque madame Giry ya no es más que una pobre gallina mojada, azorada de espanto, con ojos de volátil asustado, bajo una cresta en desorden; parecele que ya oye en el corredor sonoro el ruido de los pasos del comisario con el que está amenazada, y exhala suspiros capaces de derribar las columnas de la escalera de honor.

Mientras tanto, el señor Richard se inclina, hace una reverencia y camina de espaldas, como si tuviera por delante a ese alto y omnipotente funcionario que se llama el subsecretario de Bellas Artes.

Pero si semejantes muestras de atención no hubieran provocado ninguna sorpresa en el caso en que delante del señor director se hubiese encontrado el subsecretario de Estado, parecieron inexplicables y produjeron una estupefacción muy comprensible, no habiendo absolutamente nadie delante del señor director.

El señor Richard saludaba al vicio... se inclinaba ante el espacio... y retrocedía –caminaba de espaldas –delante de nada.

En fin, algunos pasos más lejos, el señor Moncharmin hacía otro tanto.

Y haciendo a un lado al señor Remy suplicaba al embajador de La Borderie y al señor director del Crédito central que "no tocaran al señor director".

Moncharmin, que lenta su plan, no quería que Richard pudiera decirle dentro de un momento, cuando se comprobara la desaparición de los veinte mil francos: "Habrà sido el señor embajador, o el director del Crédito Central o el propio secretario Remy".

Tanto más cuanto que, según la propia declaración de Richard, éste no encontraba a nadie en el teatro, cuando la primera escena... ¿Por qué entonces, si hoy tenía que repetir todos sus pasos y ademanes, uno por uno, había de encontrarse con alguien?

Habiendo primero marchado de espaldas, para saludar, Richard continuó caminando de este modo por prudencia... hasta el pasadizo de la administración... De este modo siempre era vigilado de atrás por Moncharmin y él mismo vigilaba sus aproches por delante.

Esta nueva manera de pasearse entre bastidores adoptada por los señores directores de la Academia Nacional de Música no podía tampoco, evidentemente, pasar inadvertida.

Se la notó.

Felizmente para los señores Richard y Moncharmin en el momento de aquella curiosísima escena, todas las "lanchas" del cuerpo de baile estaban en sus cuevas.

Porque los señores directores hubieran obtenido un gran, gran éxito ante aquellas muchachas.

Pero ellos sólo pensaban en sus veinte mil francos.

Al llegar al corredor semioscuro de la administración, Richard le dijo en voz baja a Moncharmin:

–Estoy seguro de que nadie me ha rozado siquiera... Ahora tú vas quedar bastante lejos de mí y me vigilarás en la sombra hasta la puerta de mi escritorio... Es necesario que no despertemos sospechas en nadie y veremos qué sucede.

Pero Moncharmin replicó:

–¡No, Richard, no! Sigue adelante... Yo iré inmediatamente detrás de ti. No me apartaré ni un paso.

–Pero –exclamó Richard –de esta manera jamás podrán robarnos nuestros veinte mil francos.

–Así lo espero –declaró Moncharmin.

–Entonces lo que estamos haciendo es absurdo.

–Estamos haciendo exactamente lo que hicimos la última vez... La última vez me acerqué a ti a la salida del escenario, en el codo del pasadizo... y te seguí "pisándote los talones".

–¡Es exacto! –suspiró Richard meneando la cabeza y obedeciendo pasivamente a Moncharmin.

Dos minutos después los dos directores se encontraban en el despacho directorial.

Fue el propio Moncharmin quien se echó la llave en el bolsillo.

–Aquí permanecemos encerrados los dos la vez pasada hasta que tú saliste de la Opera para dirigirte a tu cesa.

–Es cierto. Y nadie vino a incomodarnos.

–Nadie.

–Entonces –interrogó Richard que trataba de refrescar sus recuerdos, entonces seguramente fui robado en el trayecto de la Opera a mi domicilio...

–¡No! –dijo con un tono más seco que nunca Moncharmin... no... no es posible. Fui yo quien te condujo a tu casa en mi carruaje. Los veinte mil francos desaparecieron en tu casa, no me cabe la menor duda.

Esa era la idea que lenta ahora Moncharmin.

–¡Eso es imposible! –protestó Richard. Tengo plena confianza en mis sirvientes... y si uno de ellos hubiera dado el golpe, enseguida habría desaparecido.

Moncharmin se encogió de hombros, como diciendo que no entraba en esos detalles.

Lo que hace que Richard comience a encontrar que Moncharmin emplea para con él un tono insoportable.

–¡Moncharmin, me tienes hartos!

–Richard, esto no puede seguir.

–Te atreves a sospecharme.

–Si, de una broma de mal gusto.

–No se juega con veinte mil francos.

–Eso es precisamente lo que pienso –declara Moncharmin, abriendo un diario y sumiéndose en su lectura con ostentación.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó Richard. ¿Te vas a poner a leer el diario?

–Si, Richard, hasta la hora en que te acompañe a tu casa.

–¿Cómo la última vez?

–Como la última vez.

Richard arranca el diario de las manos de Moncharmin. Moncharmin se pone de pie, más irritado que nunca. Encuentra delante de él a un Richard exasperado, que le dice, cruzándose de brazos, además de insolente desaffo desde el principio del mundo:

–Pues te voy a decir lo que estoy pensando. Estoy pensando en lo que podría sospechar si, como la última vez, después de haber pasado

la noche junto contigo me acompañas hasta casa, y si en el momento de separarnos compruebo que los veinte mil francos han desaparecido del bolsillo de mi frac como la última vez.

—¿Y qué podrías pensar? —exclamó Moncharmin poniéndose carmesí.

—Podría pensar que tú no te has separado de mí un paso, y que, según tu deseo, tú has sido el único en acercarte a mí, como la última vez; podría pensar, que si esos veinte mil francos han desaparecido de mi bolsillo, hay muchas probabilidades de que estén en los tuyos.

Moncharmin dio un salto al oír la hipótesis aquélla.

—¡Oh! —exclamó. Necesito un alfiler de gancho.

—¿Y qué quieres hacer con un alfiler de gancho?

—¡Prenderte!... ¡Un alfiler de gancho! ¡A ver, un alfiler de gancho!

—¿Quieres prenderme con un alfiler de gancho?

—Si, hombre, prenderte los veinte mil francos... De este modo, que sea aquí, en el trayecto o en tu domicilio, sentirás la mano que tira de tu bolsillo... y verás si es la mía Richard. ¡Ah! Ahora eres tú quien me sospecha... ¡Un alfiler de gancho!

Y fue en ese momento que Moncharmin abrió la puerta del pasadizo, diciendo:

—¡Un alfiler de gancho! ¿Quién me da un alfiler de gancho? Y también sabemos cómo, en el mismo instante, el secretario Remy, que no poseía un alfiler de gancho, fue recibido por el director Moncharmin, mientras que una ordenanza proporcionaba el alfiler tan deseado.

Y he aquí lo que sucedió:

Moncharmin, una vez que hubo cerrado la puerta, se arrodilló a espaldas de Richard.

—¿Supongo —dijo —que los veinte mil francos estarán siempre aquí?

—Yo también.

—¿Los legítimos? —preguntó Moncharmin, que estaba bien resuelto a no dejarse "fumar" esta vez.

—¡Fíjate tú! Yo no quiero tocarlos —declaró Richard.

Moncharmin sacó el sobre del bolsillo de Richard y contó temblando los billetes. Se tranquilizó viendo que estaban todos y que eran muy auténticos. Los volvió a poner en el bolsillo del faldón y los prendió cuidadosamente con el alfiler.

Después de eso se sentó detrás del faldón, del que no apartó los ojos, mientras que Richard, sentado delante de su escritorio, permanecía inmóvil.

—Ten un poco de paciencia, Richard —dijo Moncharmin. No faltan más que algunos minutos. El reloj va a dar muy pronto las doce campanadas de la medianoche. A esta hora fue que partimos la última vez.

—¡Oh! Tengo toda la paciencia necesaria.

La hora transcurría lenta, pesada, misteriosa, sofocante. Richard trató de reír.

—Voy a acabar por creer en la omnipotencia del Fantasma. Y en este momento sobre todo, ¿no te parece, Moncharmin, que en la atmósfera de esta pieza hay un no sé qué que inquieta, que indispone, que asusta?

—Es cierto —confesó Moncharmin, que estaba realmente impresionado.

—¡El Fantasma! —prosiguió en voz baja Richard, como si temiera ser escuchado por oídos invisibles. ¡El Fantasma! ¡Si fuera realmente un fantasma el que dio aquellos tres golpes secos en esta mesa y que oímos tan claramente... el que depositó en ella los sobres mágicos... el que mató a José Buquet... el que desprendió la araña central... el que nos roba! ¡Porque, en fin, aquí no estamos más que tú y yo!... Y si los billetes desaparecen sin que tengamos nada que hacer en ello ni tú ni yo... no va a haber más remedio que creer en el Fantasma... en el Fantasma...

En ese momento el reloj de la chimenea produjo el ruido del escape y el primer campanazo de las doce sonó.

Los dos directores se estremecieron.

Los oprimió una angustia cuya causa no hubieran podido determinar y que en vano trataban de combatir. El sudor les bañaba las frentes. Y el duodécimo campanazo vibró singularmente en sus oídos.

Cuando el reloj calló, exhalaban un suspiro y se pusieron de pie.

–Me parece que podemos marcharnos –dijo Moncharmin.

–Así me parece –asintió Richard.

–Antes de marcharnos, ¿me permites que examine tu bolsillo?

–¡Cómo no, Moncharmin! ¡Es imprescindible!

–¿Y qué pasa? –le preguntó Richard a Moncharmin, que tanteaba.

–Siento siempre el alfiler.

–Evidentemente, como decías muy bien, no es posible que nos rolen sin que yo lo note.

Pero Moncharmin, cuyas manos seguían tanteando siempre el bolsillo por fuera, gritó:

–Sí, siento siempre el alfiler, pero no siento los papeles.

–¡No, no te burles, Moncharmin! El momento no es oportuno.

–¡Fíjate tú mismo! En un solo movimiento Richard se quitó el frac. Los dos directores registran el bolsillo...

–¡Está vacío!

Lo más curioso es que el alfiler de gancho sigue prendido en el mismo sitio.

Richard y Moncharmin palidecen. Ya no había duda del sortilegio.

–¡El Fantasma!... –murmura Moncharmin.

Pero Richard salta de golpe sobre su colega.

–¡Sólo tú has tocado mi bolsillo!... ¡Dame mis veinte mil francos! ¡Dame mis veinte mil francas!

–¡Te juro por lo más sagrado –dice Moncharmin, que parece estar por desmayarse –que no los tengo!

Y como volvieron a golpear en la puerta, caminando con paso casi automático, reconociendo apenas al administrador Mercier, cambiando con él algunas frases deshilvanadas, sin comprender una palabra de lo que el otro le decía, depositó con un movimiento inconsciente en la mano de aquel fiel servidor, completamente desconcertado, el alfiler de gancho que ya no le servía para nada.

CAPITULO XX

EL COMISARIO DE POLICÍA, EL VIZCONDE Y EL PERSA

La primera palabra del señor comisario de policía al penetrar en el despacho directorial fue pidiendo noticias de la cantante.

—¿Cristina Daaé no está aquí?

Lo seguía, como ya he dicho, una multitud compacta.

—¿Cristina Daaé? No. ¿Por qué? —respondió Richard.

En cuanto a Moncharmin, no tenía fuerzas ni para pronunciar una palabra... Su estado de ánimo era mucho más grave que el de Richard, porque Richard puede todavía sospechar de Moncharmin, mientras que Moncharmin se encuentra frente al gran misterio..., al que hace temblar ala humanidad desde su origen: ¡lo desconocido!

Richard volvió a repetir, porque la muchedumbre que rodeaba a los directores y al comisario observaba un silencio impresionante:

—¿Por qué me pregunta usted, señor comisario, si Cristina Daaé está aquí?

—Porque es necesario que aparezca, señores directores de la Academia Nacional de Música —declara solemnemente el señor comisario de policía. ¿Cómo es eso que es preciso que aparezca? Entonces, ¿ha desaparecido?

—¡En plena representación!

—¡En plena representación! ¡Es extraordinario!

—¿No es cierto? ¡Y algo tan extraordinario como la desaparición misma, es que yo se la haga saber!

—¡En efecto! —asintió Richard, que se tomó la cabeza entre las manos, murmurando: —¿Qué nuevo lío es éste? ¡Ah, decididamente es como para echarlo todo a rodar!

Y se arrancó, sin notarlo, algunos pelos del bigote.

—Entonces —dijo, como si estuviera soñando, —¿ha desaparecido en plena representación?

–Sí, ha sido arrebatada de la escena en el acto de la prisión, en el momento en que invocaba la ayuda del Cielo; pero dudo que haya sido arrebatada por los ángeles.

Todo el mundo se volvió. Un joven pálido y trémulo de emoción repite:

–¡Yo estoy seguro!

–¿De qué está seguro? –interroga Mifroid.

–Que Cristina Daaé ha sido raptada por un ángel, por un ángel, señor comisario, y hasta podría decirle su nombre.

–¡Ah, ah! Señor vizconde de Chagny, usted pretende que la señorita Cristina Daaé ha sido robada por un ángel, ¿por un ángel de la Opera, sin duda?

Raúl mira a su alrededor. Evidentemente busca a alguien. En aquel minuto en que le parecía tan necesario llamar en ayuda de su novia el auxilio de la policía, no le desagradaría volver a ver a aquel misterioso desconocido que hace un instante le recomendaba discreción. Pero no lo descubre en ninguna parte. ¡Vamos, es preciso que hable!... Sin embargo, se siente incapaz de explicarse ante aquella muchedumbre que lo examina con una curiosidad indiscreta.

–Sí, señor, por un ángel de la Opera –le respondió al señor Mifroid –, y cuando estemos solos le diré dónde habita.

–Tiene usted razón, señor.

Y el comisario de policía, después de hacer sentar a Raúl a su lado, hace salir a todos los curiosos, excepto, sin embargo, los dos directores, que, por otra parte, no hubieran protestado, tan por encima parecían estar de todas las contingencias.

Entonces Raúl se decidió:

–Señor comisario, ese ángel se llama Erik, habita en la Opera y es el Ángel de la Música.

–¿De veras? ¡El Ángel de la Música! Qué curioso es esto. ¡El ángel de la Música!

Y volviéndose hacia los directores, el señor comisario Mifroid pregunta:

–Señores, ¿tienen ustedes ese angelito en casa?

Los señores Richard y Moncharmin sacudieron la cabeza negativamente, sin sonreír siquiera.

—¡Oh! —dijo el vizconde. Estos señores tienen que haber oído hablar del Fantasma de la Opera... Pues bien; yo puedo afirmarles que el Fantasma de la Opera y el Ángel de la música son la misma persona. Y su verdadero nombre es Erik.

El señor Mifroid se había puesto de pie y consideraba a Raúl con atención.

—Disculpe, señor, ¿tiene usted acaso la intención de burlarse de la justicia?

—¡Yo! —protestó Raúl, que pensó con angustia: "¡Otra persona más que no va a querer oírme!".

—Entonces, ¿qué invención es esa del Fantasma de la Opera?

—¡Le digo a usted que estos señores han oído hablar de él!

—Señores, parece que ustedes conocen al Fantasma de la Opera...

—¡No, señor comisario, no lo conocemos, y bien quisiéramos conocerlo, porque, sin ir más lejos, esta misma noche nos ha robado veinte mil francos!

Y Richard dirigió a Moncharmin una mirada terrible que parecía decir: "Devuélvame los veinte mil francos o lo digo todo". Moncharmin lo comprendió tan bien que hizo un ademán desesperado: "¡Oh, dilo todo! ¡Dilo todo!".

En cuanto al señor Mifroid, miraba sucesivamente a los directores y a Raúl, y se preguntaba si no se habría metido por error en una casa de locos. Se pasó la mano por el pelo.

—Un fantasma —dijo—, que la misma noche que rapta una cantante, roba veinte mil francos, es un fantasma muy activo. Si ustedes me permiten, voy a dividir los asuntos. La cantante primero, los veinte mil francos después. Veamos, señor de Chagny, tratemos de hablar seriamente. Usted cree que la señorita Cristina Daaé ha sido robada por un individuo llamado Erik. ¿Lo conoce usted a ese individuo? ¿Lo ha visto usted?

—Sí, señor comisario.

—¿Dónde?

–En un cementerio.

El señor Mifroid tuvo un sobresalto, volvió a contemplar a Raúl y dijo:

–¡Evidentemente!... En ese sitio es donde se encuentran generalmente los fantasmas. ¿Y qué hacía usted en el cementerio?

–Señor –dijo Raúl –, me doy perfecta cuenta de lo extravagante de mis respuestas y del efecto que le causan a usted. Pero le ruego crea que estoy en mi pleno juicio. Va en ello la vida de la persona que quiero más en el mundo, junto con mi hermano Felipe. Quiero convencerlo, en pocas palabras, porque el momento urge y los minutos son preciosos. Desgraciadamente, si no le cuento a usted desde el principio el más raro suceso del mundo, usted no me creerá. Voy a decirle, señor comisario, todo lo que sé sobre el Fantasma de la Ópera. Desgraciadamente, señor comisario, lo que sé es muy poco.

–¡No importa! ¡Hable, hable! –exclamaron Richard y Moncharmin súbitamente interesados.

Desgraciadamente, luego perdieron la esperanza, un instante acariciada, de que iban a saber algún detalle que los pusiera en la pista de su sofisticador, porque enseguida se persuadieron de la triste pero evidente verdad de que el señor Raúl de Chagny habla perdido por completo la razón. Todo aquel infundio de Perros-Guirec, de calaveras, de violín encantado, de la "voz de hombre" en el camarín de la Daaé, no podía haber nacido sino en la cabeza acalorada del enamorado.

Era visible, por lo demás, que el señor comisario Mifroid compartía cada vez más aquella manera de ver y sin duda el magistrado hubiera puesto fin a aquel palabrerío incoherente, si las mismas circunstancias no se hubieran encargado de interrumpirlo.

La puerta acababa de abrirse y un individuo, singularmente vestido con un basto sobretodo negro y la cabeza cubierta por un sombrero de copa, a la vez lustroso y pelado, que le entraba hasta las orejas, hizo su entrada. Corrió hacia el comisario y le habló en voz baja. Era sin duda, algún agente de la seguridad que venía a dar cuenta de una comisión urgente.

Durante este coloquio, el señor Mifroid no le sacaba a Raúl los ojos de encima.

Por último, dirigiéndose a él, dijo:

–Señor, ya hemos hablado bastante del Fantasma. Vamos a hablar un poco de usted si no tiene inconveniente. ¿Usted debía raptar esta noche a la señorita Cristina Daaé?

–Sí, señor comisario.

–Y, sin embargo, su carruaje sigue esperando sus órdenes, del lado de la rotonda, ¿no es así?

–Sí, señor comisario.

–¿Sabía usted que al lado del suyo había otros tres coches?

–No reparé absolutamente en ello.

–Eran los de la señorita Sorelli, que no encontró sitio en el patio de la administración; el de la Carlota y el de su hermano, el señor conde de Chagny...

–Es posible.

–Lo cierto, en cambio, es que si su carruaje, el de la Sorelli y el de la Carlota están siempre en su sitio... el del señor conde de Chagny se ha ido.

–Eso no tiene nada que ver, señor comisario...

–¡Disculpe! El señor conde, ¿no se oponía a su casamiento con la señorita Daaé?

–Esas son puramente cosas de familia.

–Usted me respondió antes que se oponía... y que era por eso que usted iba a raptar a la señorita Daaé para eludir la oposición, de su hermano... Pues bien, señor de Chagny, permítame decirle que su hermano ha andado más rápido que usted... Él es quien ha raptado a Cristina Daaé.

–¡Oh! –dijo Raúl llevándose la mano al corazón. ¡No es posible! ¿Está usted seguro de eso?

–Luego de haberse constatado la desaparición de la artista, organizada con complicidades que hemos de verificar, el señor conde se precipitó hacia su coche, y lo lanzó en una carrera furibunda a través de París.

Un grito ronco se escapó de la boca crispada por la rabia del desgraciado joven.

–¡Oh! –gritó –, cueste lo que cueste los alcanzaré.

Y en dos saltos estuvo fuera del despacho.

–Y tráigala aquí –gritó alegremente el comisario. Me parece que esta pista vale más que la del Ángel de la Música.

Después de esto, el señor Mifroid se vuelve hacia su auditorio estupefacto, y le administra este pequeño curso de policía honrada, pero nada pueril:

–Yo no sé realmente si es el señor conde de Chagny el que se ha llevado a Cristina Daaé..., pero necesito saberlo y creo que en este momento nadie mejor que el vizconde, su hermano, querría averiguar esto. En este momento, corre, vuela, es mi principal auxiliar. Tal es, señores, el arte de la policía que parece tan complicado y que como se ve es sencillísimo; consiste sobre todo en hacer actuar como policías a las personas que no pertenecen a la institución.

Pero quizás el señor Mifroid no hubiera estado tan contento de sí mismo, si hubiese sabido que la carrera de Raúl había sido detenida desde su entrada en el primer corredor, vacío, sin embargo, de la multitud de curiosos que habría sido necesario dispersar.

Raúl se encontró con que le cerraba el paso una gran sombra.

–¿Adónde va usted tan deprisa, señor de Chagny? –le preguntó la sombra.

Raúl levantó la cabeza impacientado y reconoció el gorro de astracán de hacía poco rato. Se detuvo.

–¿Quién es usted –le preguntó con voz nerviosa –, que sabe de los secretos de Erik y no quiere que yo hable de ellos?

–Yo soy el persa –dijo la sombra.

CAPITULO XXI

EL PERSA Y EL VIZCONDE

Raúl recordó entonces que su hermano, una noche de espectáculo, le había indicado a aquel singular personaje, del que no sabía nada, una vez que dijeron de él que era un persa, y que habitaba una vieja casita en la calle de Rívoli.

¿Por qué aquella noche el persa, "*que no hablaba nunca*", se obstinaba en entrar en conversación con Raúl? ¿Y por qué le hablaba de Erik? ¿Qué sabía de Erik?

¡Erik! Sólo estas dos sílabas eran capaces de detener al joven en su rápida carrera. Y el hombre de tinte cetrino, ojos de azabache y gorro de astracán, las volvió a pronunciar. Se inclinó hacia Raúl.

—¿Espero, señor de Chagny, que no habrá usted traicionado el secreto de Erik?

—¿Y por qué habría vacilado en traicionar a ese monstruo, señor? —replicó Raúl con altivez, tratando de hacer a un lado al importuno. ¿Es acaso su amigo?

—¡Espero que no haya dicho usted nada de Erik, porque el secreto de Erik es el de Cristina Daaé y hablar del uno es hablar de la otra!

—¡Oh, señor! —exclamó Raúl con impaciencia. Parece usted estar al corriente de muchas cosas que me interesan, pero en este momento no puedo detenerme a oírle...

—Permítame que insista, señor de Chagny, ¿a dónde va usted?

—¿No lo adivina usted? A socorrer a Cristina Daaé...

—Entonces, señor, no se vaya, porque Cristina Daaé... está aquí...

—¿Con Erik?

—¡Con Erik!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo estaba en la representación, y no hay más que un Erik en el mundo capaz de combinar un rapto semejante... ¡Oh! —agregó con un suspiro —, he reconocido la mano del monstruo.

–¿Usted le conoce, entonces?

El persa no le oyó, pero se oyó un nuevo suspiro.

–¡Señor –dijo Raúl –, ignoro cuáles son sus intenciones!... pero, ¿podría usted hacer algo por mí?... es decir, por Cristina Daaé.

–Creo que sí, señor de Chagny, y por eso es que le he salido a usted al paso.

–¿Y qué podría usted hacer?

–Tratar de llevarlo al lado de ella... y al lado de él.

–Ya he intentado esta noche en vano esa empresa, pero si me hace usted semejante servicio mi vida será suya. Una palabra más: el comisario de policía acaba de hacerme saber que Cristina Daaé ha sido raptada por mi hermano, el conde Felipe...

–¡Oh, no lo creo, señor de Chagny!

–No es posible, ¿verdad?

–No sé si es posible, pero me parece absurdo atribuirle este rapto al conde Felipe, que no ha trabajado nunca, que yo sepa, de ilusionista.

–Sus argumentos son contundentes, señor, y reconozco que estoy loco... ¡Ah, señor, corramos, corramos!... Confío por completo en usted... ¡Cómo no he de creer en usted si es la única persona que me cree a mí y la única que no sonrío cuando pronuncia el nombre de Erik!

Al decir esto, Raúl, cuyas manos quemaban de fiebre, en un arranque espontáneo tomó entre las suyas las del persa. Estaban heladas

–¡Silencio! –dijo el persa deteniéndose y poniéndose a escuchar los ruidos lejanos del teatro y los menores crujidos que se producían en las paredes y en los corredores próximos. No volvamos a pronunciar ese nombre aquí. Llamémosle Él, y así es menos probable que llamemos su atención.

–¿Lo cree usted tan próximo a nosotros?

–Todo es posible, señor, si en este momento no está junto con su víctima en su residencia del lago...

–¡Ah! ¿Usted también conoce ese escondite?

– ...Si no está allí puede estar en esta pared, en este piso, en este techo. ¡Qué sé yo! ¡El ojo en esa cerradura!... ¡El oído contra esa viga!

Y rogándole que apagara el ruido de sus pasos, el persa encaminó a Raúl por corredores que el joven no había visto nunca, aun en los tiempos en que Cristina le hacía recorrer aquel laberinto.

–Con tal –dijo el persa –de que Darío haya llegado.

–¿Quién es Darío? –interrogó el joven, a la vez que seguía andando.

–Darío es mi sirviente.

Estaban en aquel momento en el centro de una verdadera plaza desierta, plaza inmensa que apenas iluminaba un farolillo. El persa detuvo a Raúl y en voz tan baja que Raúl tuvo dificultad en oírle, le preguntó:

–¿Qué le dijo usted al comisario?

–Le dije que el ladrón de Cristina era el Ángel de la Música, alias el Fantasma de la Opera, y que su verdadero nombre era...

–¡Chist!... ¿Y el comisario lo creyó?

–No.

–¿No le atribuyó ninguna importancia a lo que usted le decía?

–¡Ninguna!

–¿Lo tomó por un loco?

–Sí.

–¡Tanto mejor! –suspiró el persa.

Y la carrera recomenzó.

Después de haber dejado y subido algunas escaleras desconocidas para Raúl, los dos hombres se encontraron frente a una puerta que el persa abrió con un pequeño llavín que sacó de un bolsillo del chaleco. El persa, como Raúl, estaba, naturalmente, de frac. Pero, si Raúl llevaba un sombrero de copa, el persa tenía un gorro de astracán, como ya lo he hecho notar. Era una ofensa al código que rige entre bastidores, donde el sombrero alto es de rigor; pero es cosa sabida que en Francia, todo les está permitido a los extranjeros; la gorra de viaje a los ingleses y el gorro de astracán a los persas.

–Señor –dijo el persa –, su sombrero alto va a molestarlo en la expedición que proyectamos... Haría usted bien en dejarlo en el camarín.

–¿En qué camarín?

¡En el camarín de Cristina Daaé!

Y el persa, después de hacer pasar a Raúl por la puerta que acababa de abrir, le mostró enfrente el camarín de Cristina.

Raúl ignoraba que se podía visitar a Cristina por otro camino que aquel que él tomaba ordinariamente.

Se encontraba entonces en la extremidad del corredor que tenían que recorrer por completo antes de golpear en la puerta del camarín.

–Conoce usted muy bien la Opera, señor.

–No tan bien como El –dijo modestamente el persa.

Y empujó al joven hacia el camarín de Cristina. Estaba tal cual lo había dejado Raúl momentos antes.

El persa, después de cerrar la puerta, se dirigió hacia un tabique muy delgado que separaba el camarín de una pieza llena de trastos viejos que había a continuación de éste.

Escuchó y luego tosió con fuerza.

Enseguida se oyó que alguien se movía en la pieza de al lado y segundos más tarde golpeaba en la puerta del camarín.

–¡Entra! –dijo el persa.

Entró un hombre que también usaba gorro de astracán y que vestía una larga hopalanda.

Saludó y sacó debajo de su capote una caja ricamente cincelada. La depositó sobre el tocador, volvió a saludar y se dirigió hacia la puerta.

–¿Nadie te ha visto entrar, Darlo?

–No, señor.

–Que nadie te vea salir.

El sirviente deslizó una mirada por el corredor y rápidamente desapareció.

–Señor –dijo Raúl –,estaba pensando en que sería fácil que nos sorprendieran aquí, y eso evidentemente nos molestaría. Es imposible que el comisario no venga a hacer un registro en este camarín.

–¡Oh, no es al comisario al que hay que temer!

El persa abrió la ceja. Había en ella un par de largas pistolas de un dibujo y de un adorno magníficos.

Así que se produjo el rapto de Cristina Daaé hice prevenir a mi sirviente para que me trajera estas armas. Las conozco desde hace mucho tiempo, no las puede haber más seguras.

—¿Piensa usted batirse en duelo, señor? —interrogó el joven —, sorprendido por la llegada de aquel arsenal.

—A un duelo vamos, efectivamente, señor —respondió el otro, examinando la carga de pistolas. ¡Y qué duelo!

Después de esto le entregó una pistola a Raúl y le dijo:

—En este duelo seremos dos contra uno; pero esté listo para todo, señor, porque no le oculto que vamos a tener que habérnosla con el más terrible adversario que es posible imaginar. Pero, ¿usted ama a Cristina Daaé, verdad?

—¡Sí, la amo! Pero usted que no la ama, señor, ¿me quiere explicar por qué está pronto a arriesgar su vida por ella?.. ¡Sin duda odia usted a Erik!

—No, señor —dijo con tristeza el persa —, no lo odio.

—Si lo odiara, hace mucho tiempo que no me haría daño.

—¿Le ha hecho daño a usted?

—El mal que me ha hecho se lo he perdonado.

—Es realmente extraordinario —prosiguió Raúl —oírle hablar a usted de ese hombre. Le trata usted de monstruo, habla usted de sus crímenes, le ha hecho a usted daño, y noto en usted la misma piedad inaudita que me desesperaba en Cristina.

El persa no respondió. Había ido a buscar un taburete y lo colocó contra el muro opuesto al espejo que ocupaba toda la pared de enfrente. Luego trepó sobre el taburete, y acercando la nariz al papel con que estaba tapizado el cuarto, pareció buscar algo.

—Bueno, señor —dijo Raúl que hervía de impaciencia —, lo estoy esperando. ¡Vamos!

—¿Vamos, dónde? —preguntó el persa sin volver la cabeza.

—¡Pero al encuentro del monstruo! ¡Bajemos! ¿No me ha dicho usted que tenía un medio para hacerlo?

–¡Lo estoy buscando!

Y la nariz del persa seguía paseándose a lo largo de la pared.

–¡Ah! –exclamó de pronto el hombre del gorro, aquí está. Y su índice se apoyó en un ángulo del dibujo del papel.

Luego se volvió y saltó del taburete al suelo.

–Dentro de medio minuto dijo, estaremos "en su camino".

Y atravesando el camarín fue a tantear el gran espejo.

–No, todavía no cede... –murmuró.

–¡Cómo! –dijo Raúl, ¿vamos a salir por el espejo? ¡Cómo Cristina!

–¿Cómo supo usted que Cristina Daaé podía salir por el espejo?

–Porque yo mismo la vi... Estaba escondido ahí tras de esa cortina, y la vi desaparecer no por el espejo pero en el espejo.

–¿Y qué hizo usted entonces?

–Creí, señor, en una aberración de mis sentidos, ¡en que estaba loco o sonando!

–Es alguna nueva fantasía del Fantasma –dijo irónicamente el persa... –¡Ah!, señor de Chagny –prosiguió con la mano siempre apoyada en el espejo... –¡ojalá permitiera el Cielo que tuviésemos que enfrentar a un fantasma! Podríamos dejar tranquilas en su caja estas pistolas... Deje aquí su sombrero, hágame el favor... bien... y ahora cierre su frac cuanto pueda sobre la pechera... como yo... cruce las solapas y levante el cuello...; es preciso que nos hagamos invisibles en la medida de lo posible...

Después de un corto silencio y empujando siempre el espejo, agregó:

–El escape del contrapeso, cuando se aprieta el resorte desde el interior del camarín tarda algo en producirse. No pasa lo mismo cuando se está detrás de la pared y se puede manejar directamente el contrapeso. Entonces el espejo gira instantáneamente y es levantado con una rapidez fulminante.

–¿Qué contrapeso? –preguntó Raúl.

"El que hace correr, pues, todo este costado de la pared. No supondría usted que se mueve solo, como por encanto.

Y el persa, haciendo acercar a Raúl contra él, apoyaba siempre la mano en la que tenía la pistola contra el espejo.

—Va a ver usted dentro de un momento, si pone mucha atención, que el espejo se va a alzar algunos milímetros y luego se va a correr unos milímetros de izquierda a derecha. Entonces estará sobre su eje y girará. ¡Es increíble lo que puede hacerse con un contrapeso! Un niño puede con su dedo hacer girar una casa... Cuando una pared, por pesada que sea, es colocada por el contrapeso sobre su eje, bien en equilibrio, no pesa más que un trompo sobre su púa.

—¡No gira! —exclamó Raúl impaciente.

—¡Ah, espere un poco! Ya tendrá tiempo de impacientarse. El mecanismo, evidentemente, está oxidado o el resorte no funciona.

La frente del persa se puso pensativa.

—Y, además, agregó, puede haber otra cosa.

—¿El qué, señor?

—Quizá él haya cortado la cuerda del contrapeso e inmovilizado todo el sistema...

—¿Por qué? Tiene que ignorar qué personas bajan por ahí.

—Lo habrá sospechado quizá porque sabe que yo conozco el sistema.

—¿Él fue quien se lo enseñó?

—¡No! Lo seguí para darme cuenta de sus desapariciones misteriosas y di con el secreto. ¡Oh!, es el sistema más sencillo de puerta corrediza. Es un mecanismo viejo como el palacio sagrado de Tebas, como la sala del trono de Ecbatana, como la sala del trípode de Delfos... como...

—¡No gira, señor no gira... ¡Y Cristina! ¡Cristina!

El persa dijo fríamente:

—¡Haremos todo lo que es humanamente posible!... Pero él puede detenernos desde el primer piso.

—¿Domina entonces estas paredes?

—Domina las paredes, las puertas, las trampas. Entre nosotros le llamábamos con un nombre que significa "el aficionado a trampas".

–Así fue como me habló de él Cristina... con el mismo misterio y atribuyéndole el mismo terrible poderío... Pero todo esto me parece muy extraordinario... ¿Por qué estas paredes le obedecen a él solo? ¡El no las ha construido!

–¡Sí, señor!

Y como Raúl le miraba sorprendido, el persa le hizo seña de que callara y luego le indicó el espejo... Parecía un reflejo trémulo. La imagen doble de ambos se agitó como el agua rizada por el viento y luego todo aquello quedó inmóvil.

–Ya ve usted, señor, que esto no gira. Tomaremos otro camino.

–¡Esta noche no hay otro! –declaró el persa con voz singularmente lúgubre... Y ahora atención y esté pronto para hacer fuego.

El mismo apuntó con su pistola al espejo. Raúl imitó su ademán. El persa atrajo al joven con el brazo que tenía libre contra su pecho y de pronto el espejo giró entre un deslumbramiento, en un entrecruzamiento de luces enceguedor, giró como una de esas puertas rodantes que dan acceso a las salas de los teatros..., giró arrastrando a Raúl y al persa, precipitándoles de la plena luz ala más completa oscuridad.

CAPITULO XXII

EN LOS SÓTANOS DE LA OPERA

—Apunte, pronto para hacer fuego —repitió rápidamente el compañero de Raúl.

Detrás de ellos la pared, después de dar una vuelta completa, se había cerrado.

Los dos hombres permanecieron un instante inmóviles, conteniendo la respiración.

En aquellas tinieblas reinaba un silencio que nada, absolutamente nada interrumpía.

El persa se decidió a hacer un movimiento y Raúl le oyó deslizar-se de rodillas, buscando al tanteo alguna cosa en la sombra.

De pronto, delante del joven, las tinieblas se iluminaron prudentemente a la luz de una pequeña linterna sorda, y Raúl tuvo un sobresalto instintivo como para escapar a la vigilancia de un enemigo secreto. Pero enseguida comprendió que aquella luz la llevaba el persa, cuyos movimientos observaba atentamente. El pequeño disco rojo se paseaba por las paredes, arriba, abajo, alrededor de ellas, minuciosamente. Aquellas paredes estaban formadas a la derecha por un muro, a la izquierda por un tabique de madera, y arriba y abajo por pisos de tabla. Y Raúl se decía que Cristina había salido por allí el día en que siguiera a la voz del Ángel de la Música. Ese debía ser el camino acostumbrado de Erik cuando iba a través de las paredes a sorprender la buena fe y a mistificar la inocencia de Cristina, Y Raúl, que recordaba las palabras del persa, pensó que aquel camino había sido misteriosamente establecido por trabajos del propio Fantasma. Sólo más tarde supo que Erik había encontrado allí, como mandado hacer para él, aquel corredor secreto, cuya existencia sólo él conociera durante mucho tiempo. Aquel corredor había sido hecho cuando la Comuna de París para que los carecieras pudieran llevar directamente a los presos hasta los calabozos improvisados en los sótanos, porque los federados

ocuparon el edificio enseguida del 18 de marzo, convirtiendo la techumbre en punto de partida de los globos que debían llevar a los departamentos sus proclamas incendiarias y los sótanos en prisión de Estado.

El persa se había puesto de rodillas y habla colocado en el suelo su linterna. Parecía ocupado en hacer una rápida tarea en el piso y de pronto veló la luz.

Entonces Raúl oyó un leve chirrido y notó en el piso del corredor un cuadro luminoso muy pálido.

Era como si acabara de abrir una ventana sobre los sótanos todavía iluminados de la Opera. Raúl no veía ya al persa, pero de pronto lo sintió a su lado y oyó su respiración.

—Sígueme y haga todo lo que yo haga.

Raúl vio entonces que el persa se arrodillaba junto al cuadrado luminoso y que, suspendiéndose de las manos se dejaba deslizar en los sótanos. El persa llevaba la pistola sujeta entre los dientes.

Cosa curiosa, el vizconde tenía plena confianza en el persa. Aunque no supiera nada de él, y aunque la mayor parte de sus frases sólo habían concurrido a aumentar la oscuridad de aquella aventura, no vacilaba en creer que, en aquella hora decisiva el persa estaba con él y contra Erik. Su emoción le había parecido sincera cuando le hablaba del "monstruo"; el interés que le había demostrado no le parecía sospechoso. En fin, si el persa hubiera tenido algún siniestro proyecto contra él no habría puesto un arma en sus manos como lo hizo. Y sea como fuera, ¿no era preciso que llegara a cualquier precio junto a Cristina? Si hubiese vacilado, aun teniendo dudas sobre las intenciones del persa, el joven se hubiera considerado como el último de los cobardes.

Raúl, a su vez, se arrodilló y se suspendió de la trampa con ambas manos. "Tírese", oyó que le decía, y cayó en los brazos del persa que le ordenó enseguida que se echara boca abajo en el suelo, cerró encima de ellos la trampa, sin que Raúl viera por medio de qué estratagema y luego vino a acostarse a su lado. Quiso hacerle una pregunta, pero la mano del persa le tapó la boca y enseguida oyó una voz, en la que

reconoció enseguida la del comisario de policía que hacía un momento le había interrogado.

Raúl y el persa se encontraban en ese momento detrás de un tabique que los disimulaba perfectamente. Cerca de allí una estrecha escalera subía a una piecita, en la que el comisario debía pasarse haciendo preguntas, porque se oía al mismo tiempo el ruido de sus pasos y el eco de su voz.

La luz que rodeaba los objetos era muy débil, pero al salir de aquella oscuridad espesa que reinaba en el pasadizo secreto de arriba, Raúl no tuvo dificultad en distinguir la forma de las copas.

No pudo contener una sorda exclamación, porque había allí tres cadáveres.

El primero estaba acostado en el estrecho descanso de la escalera que ascendía hasta la puerta tras de la cual se oía al comisario; los otros dos habían rodado hasta el pie de la escalera, con los brazos en cruz. Raúl, si hubiera pasado los dedos a través de los intersticios del tabique que los ocultaba, habría podido tocar la mano de uno de aquellos desgraciados.

—¡Silencio! —volvió a repetir el persa en voz bajísima.

—El también había visto los cuerpos caídos y sólo dijo una palabra para explicarlo todo.

—“¡El!”.

La voz del comisario se oía en aquel momento con más fuerza. Pedía explicaciones sobre el sistema de iluminación y el administrador se la daba.

El comisario debía estar, pues, en el "teclado de órganos" o en sus dependencias.

En aquella época, la electricidad no era empleada más que para obtener ciertos efectos escénicos muy restringidos y para las campanillas. El inmenso edificio y la propia escena estaban aún iluminados a gas y era sobre todo con gas hidrógeno, que se regulaba y modificaba la iluminación de las decoraciones y esto por medio de un aparato especial que a causa de la multiplicidad de sus tubos fue llamado el "teclado del órgano".

Junto ala escotilla del apuntador había un tragaluz reservado al jefe de la iluminación, que desde allí impartía las órdenes a sus empleados y vigilaba su ejecución. Debajo de aquel tragaluz tenía que estar Mauclair durante toda la representación.

Entre tanto Mauclair no estaba en su puesto ni sus empleados tampoco.

–¡Mauclair! ¡Mauclair!

La voz del director de escena retumbaba ahora en los sótanos como un tambor. Pero Mauclair no respondía...

Hemos dicho que una puerta se abría sobre una pequeña escalera que subía del segundo sótano. El comisario la empujó, pero la puerta resistió. "¡Hola! ¡Hola!, señor director, no puedo abrir esta puerta¿Es siempre tan dura?"

El director de escena dio un fuerte empujón contra la puerta. Notó que a la vez que la puerta, empujaba un cuerpo humano, y no pudo contener una exclamación; a ese cuerpo humano lo reconoció enseguida:

–¡Mauclair!

Todas las personas que habían seguido al comisario se adelantaron inquietas.

–¡El pobre infeliz está muerto! –dijo el director.

Pero el comisario Mifroid, al que nada sorprendió, estaba ya inclinado sobre aquel cuerpo robusto.

–No –dijo –, está ebrio, lo que es muy distinto.

–Sería la primera vez –declaró el director.

Entonces le habrán hecho tomar algún narcótico, es muy posible.

Mifroid se incorporó, bajó algunos escalones, y exclamó:

–¡Miren!

Al pie de la escalera, iluminada por la luz de un farolillo rojo, había dos cuerpos extendidos. El director reconoció a los ayudantes de Mauclair... Mifroid bajó y los auscultó.

–Duermen profundamente –dijo –curioso, muy curioso. Ya no podemos poner en duda que un desconocido ha intervenido en el servicio de iluminación... y ese desconocido trabajaba evidentemente para

el raptor... ¡Pero rara idea ésta de raptar a una artista en la escena!
¿Para qué complicar así las cosas? Que llamen al médico del teatro, por favor...

Y el señor Mifroid repitió:

–¡Curioso! ¡Muy curioso!

Luego se volvió hacia el interior de la piecita, dirigiéndose a unas personas que no era posible ver desde el sitio en que estaban Raúl y el persa.

–¿Qué les parece todo esto, señores? –les preguntó. Sólo ustedes no dan su opinión. Sin embargo, es imposible que no tengan ustedes alguna idea al respecto...

Entonces Raúl y el persa vieron asomarse al descansillo las caras desconcertadas de los dos directores y oyeron la voz alterada de Moncharmin.

Están pasando, señor comisario, una serie de cosas que no podemos explicarnos.

Y las dos caras desaparecieron.

–Muchas gracias por el dato –dijo Mifroid con tono burlón.

Pero el director de escena, cuyo mentón descansaba sobre la palma de su mano derecha, que es el gesto de la meditación profunda, dijo:

–No es ésta la primera vez que Mauclair se duerme en el teatro. Recuerdo que una noche lo encontré roncando en su pequeño cubil, al lado de su caja de rapé.

–¿Hace mucho tiempo de eso? –preguntó el señor Mifroid.

–No, mucho no –dijo el director de escena... Era, me parece, sí eso es, la noche en que la Carlota dio su famoso "gallo"...

–¿De veras, la noche del "gallo" de la Carlota?

Y el señor Mifroid miró atentamente al director de escena como si hubiera querido penetrar su pensamiento.

–¿Mauclair toma rapé? –preguntó con expresión indiferente.

–Sí, señor comisario... Precisamente ahí está sobre ese estante su caja de rapé... ¡Oh!, sí, es un gran rapetero.

–¡Y yo también! –dijo Mifroid, y deslizó la caja en su bolsillo.

Raúl y el persa asistieron, sin que nadie sospechara su presencia, al transporte de los tres cuerpos que unos maquinistas fueron a cargar.

El comisario les siguió y todos subieron detrás de él. Durante un rato todavía se oyó retumbar sus pasos en el escenario.

Cuando estuvieron solos, el persa le hizo señas a Raúl, de que se pusiera de pie. Este obedeció, pero como se olvidara de volver a colocar la pistola a la altura de los ojos, pronto para hacer fuego, aquél le recomendó que volviera el arma a aquella posición y no la modificara por causa alguna.

–¡Pero eso fatiga la mano inútilmente! –murmuró Raúl –, ¡y si tengo que tirar no estaré seguro de mi pulso!

–Entonces cambie el arma de mano –concedió el persa.

–¡No sé tirar con la izquierda!

A esto el persa respondió con una declaración extraña, que no podía, sin duda, contribuir a aclarar la situación en el cerebro atribulado del joven:

–No se trata de tirar con la mano izquierda ni con la derecha; se trata de tener una de las manos colocada como si fuera a hacer funcionar el gatillo de una pistola, estando el brazo en semi flexión; en cuanto a la pistola, puede usted, si quiere, guardarla en el bolsillo.

Y luego agregó:

–¡Que esto quede bien entendido o no respondo de nada! ¡Es una cuestión de vida o muerte!... ¡Ahora, silencio y sígame!

Se encontraban entonces en el segundo nivel de sótanos, Raúl sólo entreveía a la luz de algunas lucecitas inmóviles en sus celdas de vidrio, una ínfima parte de aquel abismo extravagante, sublime e infantil, divertido como un retablo de titiritero, espantoso como un antro, que está debajo del escenario de la Opera.

Esos sótanos formidables son cinco. Reproducen todos los planos del escenario, su trampa y trampillas. Los costados son reemplazados por rieles y un maderamen transversal sostiene a las trampas y trampillas. Unas vigas, que descansan sobre dados de hierro o de piedra, forman series de molinetes que permiten el libre paso de las combinaciones o "trucos". A estos aparatos se les da cierta estabilidad unién-

dolos con ganchos de hierro, según las necesidades del momento. Los cabrestantes, los tambores y los contrapesos están casi todos distribuidos en los sótanos. Sirven para maniobrar los grandes decorados, para operar los cambios a la vista, para provocar la desaparición súbita de los personajes en las escenas de magia. Es en los sótanos, han dicho los señores X. Y. Z. —quienes han consagrado un estudio muy interesante a la obra de Charles Garnier —que se transforma a los varones enclenques en hermosos caballeros, a las brujas horribles en hadas radiosas de juventud. Lucifer sale de los sótanos y en ellos se hunde. Las luces del infierno se escapan de ellos y en ellos alinean los coros de los demonios.

...Y los fantasmas se pasean como en su casa...

Raúl seguía al persa, obedeciendo estrictamente sus recomendaciones, no tratando de comprender los ademanes que le ordenaba hiciera... diciéndose que toda su esperanza estaba en él.

...¿Qué hubiera hecho sin él en aquel dédalo desconcertante? ¿No lo hubiera acaso detenido a cada paso el entrecruzamiento prodigioso de vigas y cordajes? ¿No se hubiera enredado sin poderse desprender en aquella tela de araña gigantesca?

Y si hubiera podido pasar entre aquella malla de hilos y contrapesos que sin cesar se alzaba ante sus ojos, ¿no corría el riesgo de caer en uno de esos agujeros que se abrían bajo sus pasos y cuyo fondo de tinieblas no percibía la vista?

...Bajaban... Bajaban siempre...

Ahora estaban en los sótanos del tercer piso.

Y su marcha era siempre iluminada por algún fanal lejano...

Cuanto más bajaban más precauciones parecía tomar el persa... No cesaba de volverse hacia Raúl y de recomendarle que llevara la mano como era debido, mostrándole su puño, ahora desarmado, pero pronto para hacer fuego, como si sostuviera una pistola.

De pronto una voz estentórea los clavó en su sitio. Alguien gritaba allá arriba, sobre sus cabezas: "¡Suban a escena todos los conserjes! El comisario de policía los llama".

Se oyeron pasos, unas sombras se deslizaron en la sombra. El persa atrajo a Raúl tras de un portante... Vieron pasar cerca de ellos, encima de ellos, a unos viejos encorvados por los años... Algunos, apenas podían arrastrar las piernas...; otros, a causa del hábito, con la cabeza gacha y las manos echadas hacia adelante parecían buscar puertas que cerrar.

Porque eran los conserjes, o, más bien, cerradores de puertas... los antiguos maquinistas agotados a quienes protegía una administración generosa... Los habían convertido en cerradores de puertas en los pisos altos y en los subterráneos. Iban y venían sin cesar por el escenario para cerrar las puertas –y así los llamaban entonces, porque creo que todos han muerto ya –los cazadores de corrientes de aire.

El persa y Raúl se felicitaron de este incidente, que los libraba de testigos incómodos, porque algunos de aquellos cerradores de puertas, no teniendo qué hacer y careciendo de domicilio, por necesidad o por pereza pasaban la noche en la Opera. Era posible tropezar con ellos, despertarlos, provocar un pedido de explicaciones. La encuesta del señor Mifroid los libraba momentáneamente de aquellos malos encuentros.

Pero no gozaron largo rato de su soledad... Otras sombras bajaban ahora por el camino por donde habían subido los porteros. Aquellas sombras llevaban cada una un farolillo que movían mucho, que colocaban arriba, abajo, a derecha, a izquierda, pareciendo, con toda evidencia, que buscaban algo o a alguien.

–¡Diablo! –murmuró el persa. No sé qué es lo que buscan, pero podrían encontrarnos aquí.. ¡Huyamos!... ¡Pronto!... Con la mano en guardia, señor, siempre pronta para hacer fuego. Pleguemos el brazo, ¡así!... La mano a la altura del ojo, como si se batiera en duelo y oyera la voz de "¡Fuego!". Deje la pistola en el bolsillo... Pronto, bajemos y arrastraba a Raúl al cuarto sótano a la altura del ojo... ¡Cuestión de vida o muerte!... Aquí, por esta escalera –llegaban al quinto sótano –. ¡Ah, qué duelo, señor, qué duelo!...

El persa, al llegar al piso del quinto sótano, respiró...

Parecía gozar de un poco más de seguridad de la que sentía hacía un instante, cuando ambos se detuvieron en el tercero; pero, sin embargo, conservaba la mano en la misma actitud...

Raúl tuvo ocasión de sorprenderse una vez más; pero sin hacer, por cierto, ninguna observación y de admirar en silencio aquella extraordinaria concepción de la defensa personal, que consistía en conservar la pistola en el bolsillo, mientras que la mano permanecía siempre pronta para servirse de aquélla, en previsión de esperar ala orden de "¡Fuego!".

A este respecto, Raúl creía recordar que le había dicho: "Estas son pistolas de las que estoy seguro".

De lo que parecía lógico sacar esta conclusión interrogante:

"¿Qué puede importarle el estar seguro de una pistola de la que parece inútil servirse?"

Pero el persa lo detuvo en sus vagos ensayos de cogitación. Haciéndole seña de que permaneciera quieto, subió algunos peldaños de la escalera que acababan de descender. Luego se volvió rápidamente hacia Raúl.

—Somos unos tontos —le dijo—. Pronto vamos a vernos libres de esas sombras con linterna...³

Los dos hombres permanecieron entonces a la defensiva durante, por lo menos, cinco minutos, y luego el persa empujó de nuevo a Raúl hacia la escalera que acababan de bajar; pero de pronto un ademán le ordenó de nuevo que no se moviera.

Delante de ellos la sombra se agitaba.

—¡Boca abajo! —le dijo el persa al oído.

Los dos hombres se extendieron en el suelo.

Era tiempo.

Sintieron sobre sus caras la ráfaga cálida de su capa.

³ En aquella época los bomberos, aparte de su servicio durante las representaciones, tenían encargo de velar por la seguridad de la Opera; pero este servicio ha sido suprimido. Según me dijo el director, señor Pedro Gailbard, fue porque se temió que, no conociendo bien la complicada y enorme tramoya del teatro, "le pudieran poner fuego".

Porque pudieron verla lo bastante como para distinguir que la sombra llevaba una capa que le cubría de la cabeza a los pies. En la cabeza llevaba un chambergo.

La sombra se alejó rozando las paredes y dando a veces puntapiés en los ángulos de las paredes.

—¡Uf! —exclamó el persa. ¡De buena nos hemos escapado!... Esa sombra me conoce y ya me ha llevado dos veces al despacho directo-rial.

—¿Es alguien de la policía del teatro? —preguntó Raúl.

—¡Es algo mucho peor! —respondió el persa, sin dar más explica-ciones.⁴

—¿No es "él"?

—¿Él?... Si nos sorprende de frente, veremos siempre sus ojos de oso... Eso es lo que constituye en parte nuestra fuerza en la sombra... Pero puede llegar por la espalda... a pasos sordos... y podemos darnos por muertos si no mantenemos siempre la mano a la altura de los ojos como si fuésemos a hacer fuego hacia adelante.

El persa no había acabado todavía de formular esta reflexión, cuando delante de los dos hombres surgió una cara fantástica.

Una cara entera, no solamente unos ojos.

Pero toda una cara luminosa, toda una cara de fuego que se adelantaba a la altura de un hombre, ¡Pero sin cuerpo!

Aquella cara despedía llamas.

Parecía en la sombra una brasa con facciones de hombre.

⁴ Ni el autor ni el persa darán otra explicación más sobre la aparición de aquella sombra. Mientras que en esta verídica historia todo será normalmente explicado, por más anormales que parezcan algunos de sus acontecimientos, el autor no le hará comprender expresamente al lector qué quiso decir el persa con estas palabras: "¡Es algo mucho peor!" (que alguien de la policía del teatro). El lector tendrá que adivinarlo porque el autor le ha prometido al ex director de la Opera, señor Pedro Gailhard, guardar secreto sobre la personalidad muy interesante y útil de la encapotada sombra errante que, a la vez que se condenaba a vivir en los sótanos de la Opera, ha prestado inmensos servicios a aquellos que en las noches de gala, por ejemplo, se atreven a colarse en los sótanos. Hablo aquí de servicios de Estado, y no me atrevo a ser más explícito.

—¡Oh! —dijo el persa entre dientes. ¡es la primera vez que la veo!... ¡El teniente de bomberos no estaba loco! ¡La había visto perfectamente!... ¿Qué será esa cara? No es "él"; pero es quizás él quien nos la manda... ¡Atención, atención!... ¡No quite, por Dios, su mano de la altura de los ojos!

La cara de fuego, que parecía una cara del infierno, de demonio en combustión, se adelantaba siempre a la altura de un hombre, sin cuerpo, hacia los dos hombres desconcertad.

—Quizás "él" nos echa a esta figura por delante para sorprendernos mejor de espalda o de costado... No se sabe nunca a qué atenerse con él... Conozco muchas de sus tretas... ¡Pero ésta no la conozco todavía! ¡Huyamos!.. Por prudencia... verdad... ¡por prudencia!... ¡La mano ala altura de los ojos!

Y los dos se escabulleron por un largo corredor subterráneo que se abría ante ellos.

Después de algunos minutos de marcha se detuvieron.

—Sin embargo —dijo el persa —, ¡rara vez viene por aquí! ¡Este lado no le interesa!... ¡Este lado no conduce al lago ni a la casa del lago!... Pero quizá sepa que andamos en su busca... bien que yo le haya jurado dejarlo tranquilo y no ocuparme en adelante de sus asuntos.

Al decir esto, volvió la cabeza y Raúl hizo otro tanto.

Y volvieron a ver la cabeza de fuego tras de sus cabezas. Los había seguido... Y había debido correr también con más rapidez quizá, porque les pareció que estaba más cerca.

Al mismo tiempo empezaron a sentir un cierto ruido cuya naturaleza les era imposible adivinar; les pareció solamente que aquel ruido cambiaba de sitio y se transportaba junto con la cara de fuego. Eran unos chirridos, o más bien rechinamientos, como si millares de uñas rascaran un pizarrón, ruido atrozmente insoportable que también produce a veces una piedrita escondida en la tiza y que rechina contra la pizarra.

Retrocedieron aún; pero la cara en llamas avanzaba, ganándoles terreno. Los ojos eran redondos y fijos, la nariz algo torcida y la boca grande con el labio inferior caído y en forma de semicírculo; semejan-

do los ojos, la nariz y el labio de luna, cuando la luna está toda roja, color sangre.

¿Cómo se deslizaba aquella luna en las tinieblas, a la altura de un hombre, sin punto de apoyo, sin cuerpo para soportarla, al menos aparentemente? ¿Y cómo andaba tan ligero, en línea recta, con los ojos fijos? ¿Qué era todo aquel crepitar, chirriar y rechinar que arrastraba consigo?

Llegó un momento en que el persa y Raúl no pudieron retroceder más y se pegaron a la pared, sin saber qué iba a ser de ellas, a atusa de aquella incomprensible cara de fuego, y sobre todo ahora, de aquel ruido más intenso, más zumbador, más vivo, "muy numeroso", porque sin duda aquel ruido era fornido por centenares de pequeños ruidos que se agitaban en las tinieblas bajo la cara de fuego.

Sigue avanzando la cabeza de llamas ¡Ahí está!... Con su ruido... ahí pasa...

Y los dos hombres, pegados contra la pared, sienten que sus cabellos se les erizan de horror porque ahora saben de dónde provienen aquellos millares de ruidos. Vienen en tropel, ruedan en la sombra en pequeñas olas precipitadas, más rápidas que las olas de la marca creciente, pequeñas olas de sombra que bullen bajo aquella luna cabeza de fuego.

Y las pequeñas olas les pasan por las piernas, les suben por las piernas, irresistiblemente. Entonces, Raúl y el persa no pueden contener un grito de horror, de espanto y de dolor.

No pueden seguir teniendo la mano a la altura de los ojos. Las manos les bajan a las piernas para rechazar las pequeñas olas que suben, olas luminosas, que se arrastran, pequeñas cosas agudas, olas que están llenas de patas, de uñas, y de garras, y de dientes.

Sí, Raúl y el persa están casi por desmayarse como el teniente de bomberos Papin. Pero la cabeza de fuego se vuelve al oír sus voces de espanto, se vuelve hacia ellos y les habla:

—¡No se muevan! ¡No se muevan!... Sobre todo, no me sigan... Yo soy el matarratas... ¡Déjenme pasar con mis ratas!...

Y bruscamente la cabeza de fuego desaparece, desvanecida en las tinieblas, mientras que el pasadizo se ilumina a lo lejos, a causa, sencillamente, de la maniobra que el matador de ratas ha hecho hacer a su linterna sorda. Hacía un momento, para no asustar a las ratas delante de él, había vuelto la linterna hacia sí mismo, iluminando su propia cara; ahora, para apresurar la huida de aquéllas, ilumina las tinieblas hacia delante... Y entonces echa a correr, haciéndose preceder por la ola de ratas que se trepan, rechinan, chillan, hacen ruidos sordos, indefinidos.

El persa y Raúl, pasado el susto, respiran, pero todavía están trémulos.

—Debí recordar que Erik me había hablado del matador de ratas, pero no me había dicho que tuviera este aspecto... y es raro que nunca lo haya encontrado⁵. ¡Creí que fuera una de las tretas del monstruo! —suspiró; pero no..., jamás anda por estos sitios.

—¿Estamos, entonces, muy lejos del lago? —interrogó Raúl.
—¿Cuándo llegaremos al lago, señor?... ¡Vamos al lago!... ¡Vamos al lago!... ¡Cuándo estemos junto al lago llamaremos, sacudiremos las paredes, gritaremos!... ¡Cristina nos oirá!... ¡Y él también nos oirá!... Y puesto que usted lo conoce, le hablaremos.

—¿Es usted un niño! —dijo el persa. ¡Jamás penetraremos en la casa del lago por el lago!

—¿Y por qué?

—Porque allí es donde ha acumulado toda su defensa. ¡Yo mismo nunca he podido abordar la otra orilla... en la orilla de la casa!.. ¡Hay

⁵ El ex director de la Opera. M. Pedro Gailhard, me contó un día la inmensa depredación subterránea causada por las ratas, hasta el día en que la administración trató, por un precio bastante elevado, dicho sea de paso, con un individuo que se comprometió a suprimir el azote haciendo una gira por los sótanos cada quince días. Desde entonces no hay más ratas en la Opera. El señor Gailhard creía que aquel hombre había descubierto un perfume secreto, que atraía irresistiblemente a las ratas. Las arrastraba consigo hasta una pileta en que las ratas se ahogaban por perseguirlo. Ya hemos visto el espanto que aquella cara había causado al teniente de bomberos Papín, espanto que llegó hasta el desmayo conversación con el señor Gailhard, y para mí no cabe duda de que la cabeza de fuego encontrada por aquel bombero fue la misma que causó tan tremendo pánico al persa y al vizconde de Chagny. (Papeles del persa)

que atravesar el lago primero!.. ¡Y está bien defendido!... Temo que alguno de estos viejos maquinistas, cerradores de puertas desaparecidos, haya tratado de atravesar el lago. Yo mismo casi perezo... ¡Si el monstruo no me hubiera reconocido a tiempo!.. Un consejo, señor, no se acerque nunca al lago... Y sobre todo, tápese los oídos si oye cantar la voz bajo el agua... la voz de la sirena.

–Pero entonces –dijo Raúl en un acceso de fiebre, de impaciencia y de rabia –, ¿qué hacemos aquí?... Si usted no puede hacer nada por Cristina, déjeme al menos morir por ella.

El persa trató de calmar al joven:

–No tenemos más que un medio para salvar a Cristina, créame usted, y es penetrar en su escondrijo, sin que el monstruo lo advierta.

–¿Y podemos esperar eso, señor?

–Si no tuviera esa esperanza, no hubiera ido a buscarlo a usted.

–¿Y por dónde es posible entrar a la casa del lago sin atravesar el lago?

–Por el tercer sótano, del que fuimos tan inoportunamente expulsados... señor, y donde vamos a volver enseguida... Voy a decirle, señor –dijo el persa con la voz súbitamente alterada –, el sitio exacto... Queda entre la pared y un decorado del "Roi de Lahore", olvidado allí... exactamente el sitio en que fue hallado muerto José Buques...

–¡Ah! ¿Aquel jefe maquinista que fue encontrado ahorcado?

–Sí, señor –agregó con acento singular el persa; pero cuya cuerda no se pudo encontrar... Vamos, valor y en marcha... y ponga su mano en guardia, señor... Pero, ¿dónde es que estamos?

El persa tuvo que encender otra vez su linterna sorda.

Dirigió un haz de luz a los dos vastos corredores que se cortaban en ángulo recto y cuyas bóvedas se perdían en lo infinito.

–Debemos estar –dijo –en la parte más particularmente reservada al servicio de las aguas... No veo ningún caño de los caloríferos.

Precedió a Raúl, buscando el camino, deteniéndose de pronto, cuando temía el paso de algún "hidráulico", luego tuvieron que evitar el fulgor de una especie de faja subterránea que acababa de apagar y

delante de la cual Raúl reconoció los demonios entrevistados por Cristina cuando su primer viaje el día de su primera cautividad.

De esta manera volvieron poco a poco hasta encontrarse bajo la prodigiosa tramoya de la escena.

Debían estar entonces en el fondo del pozo, a una gran profundidad, si se tiene en cuenta que hubo que cavar la tierra quince metros más abajo de las napas de agua que existían en toda esa parte de la capital; fue preciso agotar casi toda esa agua. Se sacó tanta agua, que para hacerse una idea del agua expulsada por las bombas, habría que imaginarse una superficie como la plaza del Louvre y una altura una vez y media mayor que las torres de Notre Dame. Sin embargo, hubo que conservar un lago.

En aquel momento el persa tocó una pared y dijo:

—Si no me equivoco, esta pared podía muy bien pertenecer a la casa del lago.

Golpeaba contra una de las paredes del pozo. Quizá convenga que el lector sepa cómo fueron contruidos el fondo y las paredes del pozo.

A fin de evitar que las aguas que rodean la construcción quedaran en contacto inmediato con las paredes que sostienen todo el establecimiento de la maquinaria teatral, cuyo conjunto de maderamen, de carpintería, de cerrajería, de telas pintadas al temple, debe ser preservado muy especialmente de la humedad, el arquitecto se vio en la necesidad de levantar en todas partes una doble pared aisladora.

El trabajo de hacer aquellas paredes exigió todo un año. Fue contra el muro de la pared interior que golpeó el persa hablándole a Raúl de la residencia del lago. Para alguien que hubiera conocido al arquitecto del momento, el ademán del persa hubiera parecido indicar que la misteriosa casa de Erik habla sido construida entre el doble recinto formado por una gruesa pared construida con pedregullo, luego un muro de ladrillo, una enorme capa de cemento y otra pared de varios metros de espesor.

Al oír las palabras del persa, Raúl se precipitó contra la pared y se puso a escuchar.

Pero no oyó nada... nada más que los pasos lejanos que retumbaban en el piso en las partes altas del teatro.

El persa había apagado de nuevo su linterna.

–¡Atención! –dijo. Cuidado con la postura de la mano y ahora silencio, porque vamos a tratar de penetrar en su casa.

Y lo empujó hasta la pequeña escalera que hacía un momento habían bajado.

Volvieron a subir, deteniéndose en cada escalón, espionando la sombra y el silencio...

Así llegaron al tercer sótano.

El persa le hizo entonces seña a Raúl de que se hincara y fue así, arrastrándose de rodillas y sobre una mano –porque la otra la llevaba en la posición indicada –que llegaron contra la pared del fondo.

Contra esa pared había una tela, un decorado del "Roi de Lahore".

Y muy cerca de ese decorado había un portante...

Entre ese decorado y aquel portante, había exactamente el ancho de un cuerpo.

Un cuerpo que un día había sido hallado ahorcado... El cuerpo del maquinista José Buquet.

El persa, siempre de rodillas, se había detenido. Escuchaba.

Un momento pareció vacilar y miró a Raúl; luego sus ojos se fijaron en lo alto, en el segundo sótano que les enviaba la débil luz de la linterna, por entre el intersticio de dos tablas.

Evidentemente aquella luz molestaba al persa. Por fin meneó la cabeza y se decidió.

Se deslizó entre el portante y el decorado del "Roi de Lahore". Raúl estaba de cuclillas.

La mano del persa tanteaba la pared.

Raúl lo vio apoyarse fuertemente como se habla apoyado sobre la pared en el camarín de Cristina...

Y una piedra giró sobre sí misma...

Ahora habla un agujero en la pared...

El persa sacó entonces la pistola que llevaba en el bolsillo e indicó a Raúl que debía imitarlo. Amartilló la pistola.

Y resueltamente, siempre de rodillas, se deslizó en el agujero que la piedra habla formado al girar.

Raúl, que había querido ser el primero en pasar, tuvo que contentarse con seguirlo.

Aquel agujero era muy estrecho. El persa se detuvo enseguida; Raúl le oía tantear la piedra a su alrededor. Y luego volvió a sacar su linterna sorda y se reclinó hacia delante, examinó algo a sus pies y enseguida apagó la linterna. Raúl oyó que le decía bajísimo:

–Va a ser preciso que nos dejemos caer sin hacer ruido desde algunos metros de altura; quítese los botines.

El persa estaba ya haciendo esta operación. Le pasó su calzado a Raúl.

–Póngalos –le dijo –más allá de la pared... Los encontraremos al salir.⁶

Después de esto el persa se adelantó un poco. Luego se volvió por completo, siempre de rodillas y se encontró así frente a frente con Raúl. Le dijo:

–Voy a suspenderme de las manos en la extremidad de la piedra y dejarme caer en su casa. Enseguida usted hará otro tanto. No tenga temor: lo recibiré en mis brazos.

El persa hizo lo que dijo y Raúl oyó enseguida un ruido sordo producido evidentemente por la caída del cuerpo. El joven se estremeció, temeroso de que aquel ruido delatara la presencia de ambos.

Sin embargo, más que aquel ruido, fue causa de gran angustia para Raúl, la ausencia de todo otro ruido. ¡Cómo, según el persa, acababan de penetrar en las propias paredes de la residencia del lago y no se oía a Cristina!.. ¡Ni un grito!.. ¡Ni un llamado!.. ¡Ni un gemido! Dios bendito: ¿llegarían acaso demasiado tarde?..

⁶ Nunca se volvió a encontrar aquel par de botines dejados, según los papeles del persa, entre el portante y el decorado del *Roi de Lahore*, en el sitio en que fue encontrado José Buquet ahorcado. Debieron llevárselos algún maquinista o un "cerrador de puertas".

Arrastrando las rodillas contra el piso, aferrándose a la piedra con sus dedos nerviosos, Raúl se dejó caer, a su vez, y enseguida se sintió oprimido por dos brazos.

–¡Soy yo! –dijo el persa –¡Silencio!

Y permanecieron inmóviles, escuchando.

Jamás alrededor de ellos la sombra había sido tan intensa... ni más terrible.

Raúl se hundía las uñas en los labios para no gritar: "¡Cristina! ¡Soy yo! ¡Respóndeme, Cristina, si no estás muerta!"

Por fin la linterna sorda volvió a funcionar. El persa dirigió sus rayos encima de sus cabezas, contra la pared, buscando el agujero por donde habían penetrado, y que había desaparecido.

–¡Oh! –dijo. La piedra se ha vuelto a cerrar por sí sola.

Y la luz de la linterna bajó a lo largo de la pared hasta el piso.

El persa se agachó y recogió algo, una especie de hilo que examinó enseguida y arrojó con horror.

–"¡El hilo del Pendjab!" –murmuró.

–¿Qué es eso? –preguntó Raúl.

–¡Esto –respondió el persa –bien pudiera ser la cuerda del ahorcado, que tanto buscaron sin encontrarla!

Y enseguida, presa de una ansiedad nueva, paseó el pequeño disco rojo de luz por las paredes... De ese modo, suceso extraño, iluminó un tronco de árbol que parecía aún lleno de vida, cubierto de hojas... Y las ramas de aquel árbol subían a lo largo de la pared e iban a perderse en el techo.

A causa de la pequeñez del disco luminoso, era difícil darse cuenta en el primer momento de qué era aquello... Se veía un montón de ramas... y luego una hoja... luego otra... y al lado no se veía nada... nada más que el chorro luminoso que parecía reflejarse a sí mismo... Raúl deslizó su mano sobre aquello, sobre aquel reflejo.

–¡Hola! –dijo. ¡La pared es un espejo!

–¡Sí, un espejo! –dijo el persa, con el acento de la emoción más profunda.

Y agregó, pasándose la mano con que sostenía la pistola por la frente sudorosa:

—¡Hemos caído precisamente en la cámara de los suplicios!

CAPITULO XXIII

INTERESANTES E INSTRUCTIVAS TRIBULACIONES DE UN PERSA EN LOS SUBSUELOS DE LA OPERA

(Relato del persa)

El persa ha relatado él mismo cuán en vano intentara hasta aquella noche penetrar en la residencia del lago por el lago; cómo descubriera la entrada por el tercer sótano y cómo, por último, el vizconde de Chagny y él se encontraron en la lucha con la infernal imaginación del Fantasma en la cámara de los suplicios. He aquí el relato escrito que nos ha dejado (en condiciones que serán descritas más adelante) y en el que no he cambiado una sola palabra. Lo doy tal cual, porque he creído que no debía dejar pasar en silencio las aventuras personales del "Daroga" alrededor de la casa del lago, antes de que cayera en ella en compañía de Raúl. Si durante un instante este comienzo tan interesante parece alejamos un poco de la cámara de los suplicios, ello no es más que para volvernos a ella enseguida en mejores condiciones, después de haber explicado cosas muy importantes y ciertas actitudes y maneras de ser del persa, que han podido parecer muy extraordinarias.

“Era la primera vez que penetraba en la casa del lago –escribe el persa –. En vano le había rogado al “aficionado a trampas” –así era como le llamábamos en Persia a Erik –que me abriera sus misteriosas puertas. Siempre se negó a ello. Yo, que estaba pago para conocer muchos de sus secretos y sus tretas, en vano había tratado de forzar la consigna por medio de la astucia. Desde que encontrara a Erik en la Opera, donde parecía haber elegido domicilio, le espiaba con frecuencia, ora entre bastidores, ora en los subsuelos, ora a orillas del lago; citando se creía solo, subía a la barquilla y abordaba directamente al muro de enfrente. Pero la sombra que lo rodeaba era siempre demasiado opaca para permitirme ver en qué sitio exacto hacía girar su puerta en la pared. La curiosidad, y también urca idea espantosa que se une ocurrió reflexionando respecto de ciertas frases que me dijeron

un día en que, a mi vez, me creía solo, indujéronme a meterme en la barquilla y dirigirme hacia aquella parte del muro en que había visto desaparecer a Eric. Fue entonces que tuve que habérmelas con la Sirena que vigilaba los alrededores de aquel sitio y cuyo encanto hubo de serme fatal. Apenas una había apartado de la orilla cuando el silencio en el que navegaba fríe insensiblemente turbado por una especie de suspiro constante que una rodeó. Era aquello a la vez tina respiración y una música que ascendía de las agitas del lago y que una envolvía sin que yo pudiera darme cuenta del extraño artificio.

"Aquello una seguía, se trasladaba junto conmigo y era algo tan suave que no una daba miedo. Deseoso, por el contrario, de acercarme a la fuente de aquella suave y cautivadora armonía, una incliné en la borda de la barquilla, porque no una cabía duda de que aquel encanto surgió de las aguas. Ya estaba en el medio del lago y no había nadie más en el bote que yo; la voz –porque ahora era claramente una voz lo que se oía –estaba a mi lado, sobre el agua. Me incliné, me incliné más aún... El lago estaba absolutamente tranquilo y un rayo de luna que pasaba por la reja de la calle Scribe venía a iluminarlo; no me delató nada en la superficie lisa y negra como tinta. Me restregué los oídos con el objeto de libertarme de algún zumbido posible, pero tuve que reconocer que no podía haber zumbido tan armonioso como el soplo constante que me seguía y que ahora una atraía.

"Si yo hubiese sido un espíritu supersticioso y fácilmente accesible a las fábulas, no hubiera dejado de pensar que tenía que habérmelas con alguna sirena encargada de marear al viajero que se atreviera a bogar sobre las aguas de la casa del lago, pero, a Dios gracias, soy de un país en que se ama demasiado lo fantástico como para conocerlo a fondo y yo mismo lo había estudiado, demasiado hacía años, con Erik de modo que no ignoraba cómo se puede engañar con las tretas más sencillas a la pobre imaginación humana.

"No dudaba, pues, que me encontraba ante una nueva aritmaja de Erik, pero aquella invención era tan perfecta que, al inclinarme en el borde de la pequeña barca, me impulsaba menos el deseo de descu-

brir la superchería que el gozar de su encanto. Y me incliné, me incliné hasta hacer volcar la barquilla.

De pronto, dos brazos monstruosos salieron del seno de las aguas y me aferraron del cuello, arrastrándome al fondo con una fuerza irresistible. Estaba irremediabilmente perdido si no hubiera tenido tiempo de lanzar un grito por medio del cual Erik me reconoció.

"Porque era él, y en lugar de ahogarme, como había tenido sin duda la intención, nadó y me depositó suavemente en la orilla.

"—Qué imprudente eres —me dijo irguiéndose delante de mí, todo empapado en aquella agua del infierno—. ¿Por qué has intentado entrar en mi casa? Yo no te había invitado. No quiero que vengan a ella ni tú ni nadie. ¿Me salvaste acaso la vida para volvérmela insostenible? Por grande que haya sido el servicio prestado, Erik acabará por olvidarlo, y ya sabes que nada puede contener a Erik, ni aún el propio Erik.

Mientras él me hablaba, yo no sentía otro deseo que no fuera el de conocer lo que ya llamaba, entonces, la treta de la Sirena. Aceptó satisfacer mi curiosidad, porque Erik que es un verdadero monstruo —yo lo juzgo así porque en Persia tuve ocasión de verlo en acción— es, además, un niño vanidoso, y nada lo complace tanto, después de haber sorprendido a la gente, como demostrarle la ingeniosidad verdaderamente milagrosa de su espíritu.

"Se puso a reír y me mostró una larga caña.

—“¡Nada más simple! —me dijo. Pero es muy cómodo para respirar y cantar bajo el agua. Es una treta que aprendí de los piratas de Tonkín, que pueden permanecer así horas enteras ocultos en el fondo de los ríos⁷

"Le hablé suavemente.

—Es una treta que ha estado a punto de matarme —le dije, y que quizás ha sido fatal para otros.

⁷ Un informe oficial consigna, en 1908, cómo el célebre pirata De Tham pudo escapar con todos los suyos a los soldados franceses, sumergiéndose, provistos de cartas, en un río.

"No me respondió, pero se puso de pie ante mí con ese aspecto terrible que le conozco muy bien.

No me dejé amilanar y le dije resueltamente:

"-¡Ya sabes lo que me has prometido, Erik! Basta de crímenes...

-¿Pero es cierto, acaso –repuso, volviendo a tomar su expresión afable –que yo he cometido crímenes?

"-¡Cómo, desgraciado! –exclamé. ¿Has olvidado acaso las Horas Rosadas de Mazenderan?

"-Sí, –respondió poniéndose triste de repente. Más vale que las haya olvidado, pero ¡cuánto la hice reír a la pequeña sultana!

"-Todo eso –declaré –son cosas del pasado... Pero me refiero al presente..., ¡y tú tienes que darme cuenta del presente, porque si yo lo hubiese querido no existiría para ti!.. Acuérdate de esto, Erik: ¡yo te salvé la vida!

"Y aproveché el giro que habla tomado la conversación para hablarle de algo que desde hacía algún tiempo me volvía a la mente.

"-Erik –le dije –, Erik vas a jurarme...

"-¿El qué? –exclamó. Ya sabes que yo no cumplo mis juramentos. Los juramentos sólo sirven para atrapar a los tontos...

"-Dime una cosa.. Bien me la puedes decir a mí.

"-¿El qué?

"-La araña; Erik... La caída de la gran araña.

"-¿Y qué hay con eso?

"-Sabes muy bien lo que quiero decir.

"-¡Oh! –dijo burlonamente. Eso de la araña... ¡no tengo por qué ocultártelo!... ¡Lo de la araña no fui yo! Estaba muy gastada y yo no era por cierto el encargado de hacerla componer.

"Cuando Erik reía se ponía más atroz que nunca saltó a la barquilla, mofándose de una manera tan siniestra que no pude menos de estremecerme.

"-Muy gastada, querido Daroga⁸. Estaba muy gastada la araña... Se cayó sola.. ¡Hizo: bum! Y ahora oye un consejo, Daroga; ¡ve a

⁸ Daroga se llama en Persia al jefe de policía.

secare si no te quieres resfriar!... Y no vuelvas a subir nunca a mi bote y, sobre todo, no trates de entrar en mi casa... No siempre llego a tiempo... Daroga. Y sentiría tener que dedicarte mi oración fúnebre.

"Y al decir esto estaba parado en la popa de su barca y reinaba con un balanceo de mono. Así parecía más que nunca al fatal barquero, con los ojos de oro por añadidura. Después no vi más que sus ojos y por último desapareció en la noche del lago.

"Fue a partir de ese día que renuncié a penetrar en su casa por el lago. Evidentemente aquella entrada estaba bien guardada, sobre todo desde que sabía que yo la conocía. Pero pensé que debía haber otra, porque más de una vez había visto desaparecer a Erik en el tercer subsuelo, mientras lo vigilaba y sin que yo pudiese saber cómo. No me cansaré en repetir que desde que descubrí Erik instalado en la Opera vivía en un perpetuo tenor a carera de sus horribles fantasías, no ciertamente por lo que pudiese ocurrirme pero lo temía todo por los demás⁹.

"Y cuando sucedía algún accidente, algún suceso fatal no dejaba de decirme: "¡Quizá sea Erik!"; así como otros dicen a mi alrededor: "¡Es el Fantasma!" ¡Cuántas veces he oído decir esta frase a personas que sonreían! ¡Infelices! Si hubiesen sabido que ese fantasma existía en carne y hueso y era hasta más terrible que la sombra vana ¿Pie evocaban, seguro estoy de que hubieran dejado de reír... Si hubieran sabido solamente de lo que era capaz Erik sobre todo en un campo de maniobras como la Opera... ¡Y si hubiesen conocido el fondo íntimo de su pensamiento!..

"En cuanto a mí, ¡ya no vivía!... Aunque Erik me hubiera dicho muy solemnemente que había cambiado mucho y irte se había vuelto el más virtuoso de los hombres desde que era amado por él mismo, no podía dejar de estremecerme pensando en el monstruo. Su horrible; singular y repulsiva fealdad lo ponía fuera de la humanidad, y muchas

⁹ Aquí el persa hubiera debido confesar que la suerte de Erik le interesaba igualmente, porque si el gobierno de Teherán hubiese sabido que Erik vivía, habría suprimido su modesta pensión al antiguo Daroga, generoso, como lo demuestra claramente esta verídica historia.

veces pensé que por eso mismo él creía no tener deber alguno para con la especie humana. La manera como ene había hablado de su amor no había hecho más que aumentar mis inquietudes, porque yo preveía en aquel acontecimiento al que había hecho alusión con el tono voluble que yo le conocía, la causa de nuevos dramas, más horrendos que los anteriores. Yo sabía hasta qué grado de sublime y desastrosa desesperación podía llegar el dolor de Erik y las fiases que ene había dicho –vagamente anunciadoras de la más horrible catástrofe –no cesaban de ocupar mi pensamiento.

"Por otra parte, yo había descubierto las extrañas relaciones que se habían establecido entre el monstruo y Cristina Daaé. Oculto en el desván situado junto al camarín de la joven diva, asistí a sesiones admirables de música, que sumergían evidentemente a Cristina en un maravilloso éxtasis, pero, sin embargo, yo no hubiese creído que la voz de Erik que era tonante como la del trueno o dulce corno la de los ángeles, pudiera hacer olvidar su fealdad. Lo comprendí todo citando supe que Cristina nunca lo había visto. Tuve ocasión de penetrar en el camarín, y recordando las lecciones que él me había dado en un tiempo, no me costó mayor trabajo dar con el resorte que hacía girar la pared que sostenía el espejo, y comprobé irte por medio de un arreglo de ladrillos huecos, de ladrillos portavoces, se hacía oír de Cristina como si hubiera estado a su lado. Así descubrí también el camino que conducía a la puerta y a la celda la celda de los comuneros y también la trampa que debía permitirle a Erik introducirse directamente en la tramoya de la escena.

Algunos días más tarde, cuál no sería mi estupefacción al comprobar con mis propios ojos y mis propios oídos que Erik y Cristina se veían, y al sorprender al monstruo, inclinado sobre la pequeña fuente que mana, en el camino de los comuneros (allá en las entrarías de la tierra) refrescando las sienas de la Daaé desvanecida. Un caballo blanco, el caballo blanco del "Prophète" que había desaparecido de las caballerizas situadas en el subsuelo de la Opera, estaba tranquilo al lado de ellos. Me mostró. Fue algo temible. Y chispear los ojos de oro y antes de que pudiera decir una palabra recibí en plena frente un

golpe que me aturdió. Cuando volví en uní, Erik, Cristina y el caballo blanco habían desaparecido. No dudé que la desdichada estuviera cautiva en la casa del lago.

"Sin vacilar resolví volver a la orilla, a pesar del peligro cierto de semejante tentativa. Durante veinticuatro horas velé, espionando oculto en la negra ribera, la aparición del monstruo, porque comprendía que tendría que salir, impulsado por la necesidad de buscar provisiones.

"Y a este respecto debo decir que cuando Erik salía por París o se atrevía a mostrarse en público, se colocaba en el horrible agujero de su nariz, tina nariz artificial, provista de bigotes, lo que no le quitaba por completo su aire macabro, puesto que cuando pasaba, decían a sus espaldas: "Ese anda paseando con permiso del sepulturero"; pero lo hacía algo más –digo algo más –soportable a la vista.

"Estaba, pues, espionándolo en la orilla del lago del Lago Averno, como le llamó varias veces delante de uní a su lago y cansado por la larga espera pensé: Debe haber salido por otra puerta, por la del tercer subsuelo, citando oí un leve chapoteo en la sombra, vi brillar dos ojos de oro, como dos fanales, y enseguida la barquilla atracó. Erik saltó a tierra y se dirigió hacia mí

"–¡Hace veinticuatro horas que estás ahí! –me dijo. ¡Me estás incomodando! Te prevengo que todo esto va a concluir mal. Y serás tú el que habrá tenido la culpa, porque mi paciencia va dejando de tener límites para contigo. Te imaginas que me sigues, inmenso tonto –(textual) –, y soy yo el que te sigue y sé todo lo que tú sabes de uní aquí. Ayer te perdoné la vida en mi camino de los comuneros, pero te recomiendo, que no te vuelva a ver en él. Todo esto es muy imprudente y no sé, a fe unía, qué te has propuesto.

"Estaba tan irritado que no se me ocurrió ni por un momento interrumpirle. Después de haber resoplado como una foca, precisó su horrible pensamiento, que coincidía con mi pensamiento temeroso.

"–Sí, es preciso que sepa de una vez qué es lo que te propones. Te digo que con tus imprudencias –porque ya te has hecho detener dos veces por la sombra del sombrero de fieltro, que no sabía qué andabas

haciendo por los sótanos y que te condujo a los directores, los que te tomaron por un persa fantástico aficionado a los cuadros de magia y a los bastidores de teatro (sí, yo estaba allí en el despacho; tú sabes muy bien que yo estoy en todas partes). Te repito, pites, que con tus imprudencias van a acabar por preguntarse qué es lo que buscas aquí... y acabarán por saber que buscas a Erik... y querrán, como tú, buscar a Erik y descubrirán la casa del lago... ¡Bueno, querido, está bien, tanto peor! ¡Yo no respondo de nada!

"Volvió a resoplar como una foca.

"-¡No respondo de nada! ¡Si los secretos de Erik dejan de ser los secretos de Erik tanto peor para machos! Eso es todo lo que tenía que decirte y a menos que seas un grandísimo tonto –(textual)– esto debería bastarte...

"Se había sentado en la popa del bote y golpeaba contra la madera de su pequeña embarcación con los talones, esperando a ver qué le respondía yo. Le dije sencillamente:

"-No es a Erik a quien vengo a buscar aquí.

"-¿Ya quién es?

"-Sabes muy bien que es a Cristina Daaé.

"Erik me replicó:

"-Tengo perfecto derecho de darle cita en mi casa. Me arma por mí mismo.

"-No es cierto –le dije. La has raptado y la mantienes cautiva.

"-Escucha –me dijo: ¿me prometes no volver a ocuparte más de mis asuntos si te demuestro que Cristina ene ama?

"-Sí, te lo prometo –respondí sin vacilar, porque pensé que semejante monstruo jamás podría darme aquella prueba.

"-Pues bien, es muy sencillo: Cristina Daaé saldrá de aquí citando le plazca y volverá cuando quiera... Sí, volverá cuando guste... Volverá por su voluntad, porque me ama...

"-¡Oh! Dudo que vuelva, pero tienes el deber de dejarla partir.

"-Mi deber, grandísimo tonto –(textual)–, es mi voluntad de dejarla ir, y volverá, te digo, porque me ama... Todo esto concluirá, te lo aseguro, con un casamiento en la Magdalena, inmenso tonto –(textual)

–¿Me crees al fin? Si hasta la misa del casamiento está ya escrita...
¡Verás que Kirye!

"Golpeó de nuevo con los talones contra las tablas del bote, con una especie de ritmo que acompañaba a media voz cantando: "¡Kirye! ¡Kirye!.. ¡Kirye Eleison! ¡Ya verás, ya verás qué misa!"

–Escucha –le interrumpí –, te creeré si veo a Cristina Daaé salir de la casa del lago y volver a ella libremente.

"–¿Y no te volverás a ocupar más de mis asuntos?"

"–Te lo prometo.

"–Pues bien, lo verás esta noche... Ven al baile de máscaras; Cristina y yo iremos a dar una vuelta por la fiesta. Ve enseguida a ocultarte en el desván contigo a su camarín y verás a Cristina tomar resueltamente el camino de los comuneros.

"–¡Perfectamente!

"Si lo que decía era verdad, no tenía que hacer otra cosa más que inclinarme, pues una mujer hermosísima tiene el derecho de amar a un monstruo horrible, sobre todo cuando éste tiene a su favor la seducción de la música y cuando esa mujer es, precisamente, una notable cantante.

"–¡Y ahora, vete! Porque es preciso que salga a hacer mis compras.

"Me fui siempre inquieto respecto de Cristina Daaé, pero llevando en el fondo de mi pensamiento una idea agobiante, sobre todo después que Erik la había despertado tan brutalmente a propósito de mis imprudencias.

"Me preguntaba: "¿Cómo irá a acabar todo esto?" Y bien que fuera de temperamento bastante fatalista, no podía librarme de una indefinible angustia a causa de la enorme responsabilidad que me había echado encima sin día, al dejar vivir a un monstruo que ahora amenazaba "a muchos miembros de la especie humana"

"Con gran sorpresa mía, las cosas pasaron como me las había anunciado. Cristina salió de la casa del lago y volvió a ella varias veces, sin que aparentemente nada la forzara a ello. Mi espíritu quiso entonces apartarse de aquel misterio amoroso, pero me era difícil no

pensar en Erik, sobre todo a causa de aquel pensamiento temeroso que me embargaba. Sin embargo, resignado a proceder con extremada prudencia, no cometí la falta de volver a orillas del lago ni recorrer el camino de los comuneros. Pero la preocupación de la puerta secreta del tercer sótano no me abandonaba, y más de una vez me dirigí a aquel sitio, que yo sabía que estaba desierto durante el día. Hacía allí estaciones interminables, haciendo girar los pulgares, oculto detrás de un decorado del "Roi de Lahore" que habían dejado allí no sé por qué, pues esa obra se daba muy pocas veces. Tanta paciencia, había de ser recompensada. Un día vi avanzar de rodillas al monstruo. Yo estaba seguro de que no me veía. Pasó entre el decorado y se dirigió hasta el muro, y en sin sitio que traté de fijar exactamente a la distancia, apretó un resorte que, al hacer girar una piedra dejó un espacio libre. Desapareció por aquel hueco y la piedra se cerró tras él. Conocía, al fin, el secreto del monstruo, secreto que podía, en el momento preciso, librarne la entrada de la casa del lago.

"Para estar seguro de ello esperé por lo menos una media hora y a mi vez hice funcionar el resorte. Todo se produjo como anteriormente, pero me guardé bien de deslizarme por el agujero, sabiendo que Erik estaba en su casa. Por otra parte, la idea de que podía ser sorprendido allí por Erik, me recordó de pronto la muerte de José Buquet, y no queriendo comprometer semejante descubrimiento, que podía llegar a ser útil para tantos, salí de los sótanos del teatro después de haber vuelto a colocar cuidadosamente la piedra en su sitio, según un sistema que era el mismo empleado en Persia.

"Como es de imaginar, seguían intrigándome mucho las relaciones de Erik y de Cristina Daaé, no porque me moviera en este caso una curiosidad enfermiza, sino a causa, como ya te dicho, de aquel tenaz pensamiento oculto que no me abandonaba.

"—Si Erik llega a descubrir —decía yo —que no es amado por sí mismo, podemos esperarle todo.

"Y no cesando de vagar prudentemente por la Opera, pronto supe la verdad sobre los tristes amores del monstruo. Dominaba el espíritu de la angelical criatura por medio del terror, pero el corazón de Cris-

tina pertenecía por completo al vizconde de Chagny. Mientras que estos dos jugaban inocentemente a los novios en los techos de la Ópera –huyendo del monstruo –, no sospechaban que alguien velaba por ellos. Estaba decidido a todo, a matar al monstruo si era preciso y presentarse luego a la justicia. Pero Erik no se dejó ver, y esto por cierto no concurría a tranquilizarme.

“Es preciso que relate todo mi plan. Yo creía que el monstruo, empujado fuera de su guarida por los celos, me permitiría de ese modo penetrar en la casa del lago por el pasaje del tercer sótano. ¡Tenía tanto interés en bien de todos por saber exactamente que podía haber allá dentro! Un día, cansado de esperar una ocasión, hice girar la piedra y oí una música admirable. El monstruo trabajaba con todas las puertas abiertas en su *Don Juan Triunfante*”. Yo sabía que ésa era la obra de su vida. Dejó un momento de tocar y se puso a caminar por su cuarto corno un loco. Y dijo en voz alta, con acento tonante:

“–Es necesario que todo esto esté concluido "antes". ¡Bien concluido!

“Aquella frase no era como para tranquilizarme, y al volver a sonar la música, cerré la piedra sigilosamente. A pesar de estar cerrada la piedra, seguí oyendo un vago canto lejano que salía del fondo de la tierra, como habrá oído el canto de la sirena brotar del fondo del agua. Y me acordé de las palabras de algunos maquinistas que habían hecho sonreír cuando la muerte de José Buquet:

"Había cerca del cuerpo del ahorcado un rumor que parecía el canto por los muertos.

"El día del rapto de Cristina Daaé no llegué al teatro, sino ya tarde y temblando ante la perspectiva de saber malas noticias. Habrá pasado un día negro, porque después de leer en un diario la noticia del casamiento de Cristina y del vizconde de Chagny, no cesaba de preguntarme si al fin y al cabo no haría bien en denunciar al monstruo. Pero el sentido común venció, persuadiéndome que tal actitud sólo podía servir para precipitar la catástrofe posible.

"Cuando mi carruaje se detuvo delante de la Ópera, miré aquel monumento como si una sorprendiera verlo todavía en pie.

"Pero soy, como todo buen oriental, un poco fatalista y entré resuelto a esperararlo todo. El rapto de Cristina en la escena de la prisión, que naturalmente sorprendió a todos, me encontró preparado. Era, sin duda, Erik el que la había escamoteado, siendo, como él es de verdad, el rey, de los prestidigitadores. Y pensé que había llegado su último instante para Cristina y para todos los que esperábamos allí.

"Momentos hubo en que estuve por aconsejarle a todo aquel público que se iba demorando en el teatro que huyera. Pero otra vez me detuvo en aquel propósito de denuncia la certidumbre en que estaba de que uno tornarían por loco. Por último no ignoraba que si, por ejemplo, gritaba "¡Fuego!", podía motivar una catástrofe, sofocaciones en la huida, pisoteos, forcejeos salvajes, peor aún que el desastre tan tenido.

"Sin embargo, resolví proceder sin tardanza, personalmente. El momento me parecía por lo demás propicio. Había muchas probabilidades de que Erik no pensara en aquel momento más que en su cautiva. Había que aprovechar la situación para penetrar en su antro por el tercer sótano y pensaba asociarme en esta empresa con el pobre desesperado vizconde, quien aceptó de plano mi proposición con una confianza en mí que me impresionó profundamente; yo había mandado briscar mis pistolas por mi sirviente. Darío se nos reunió en el camarín de Cristina con la caja de las armas. Le di una pistola al vizconde y le aconsejé que estuviera pronto para hacer fuego como yo, porque al fin y al cabo Erik podía esperarnos demás de la pared. Había resuelto entrar en el camino de los comuneros por la trampa.

"El joven vizconde me preguntó al ver las pistolas, si íbamos a batirnos en duelo. Sin duda –le respondí –, ¡y qué duelo! Pero no tuve tiempo, por supuesto, de explicarle nada.

"El vizconde era valiente, pero ignoraba casi por completo las condiciones de su adversario. Y eso era una ventaja

"¿Qué es un duelo con el más temible de los esgrimistas al lado de un combate con el más genial de los prestidigitadores? Yo mismo me resignaba difícilmente a la idea de tener que combatir con un hombre que no era realmente visible sino cuando lo quería y que, en cam-

bio, veía todo a nuestro rededor en medio de la más completa oscuridad... Con un hombre cuya extraña ciencia, cuya sutileza, imaginación y destreza le permitían disponer de todas las fuerzas naturales combinadas para crear ante los ojos y ante los oídos la ilusión que engaña y pierde. ¿Y esto, en los sótanos de la Opera, es decir, en el mismo país de la fantasmagoría? ¿Puede imaginarse esto sin temblar? ¿Puede tenerse tina idea siquiera de lo que podría suceder ante los ojos y los oídos de u n habitante de la Opera si se hubiera encerrado en la Opera –en sus cinco subsuelos y sus veinte pisos altos –a un Robert Houdini, feroz bromista, que ora se burla y ora odia, que ora vacía los bolsillos y ora mata? Imaginemos esto: "¡Combatir al aficionado a trampas!" ¡La cantidad de trampas con eje, de esas sorprendentes trampas con eje, que son las mejores, que colocó en Persia, en todos nuestros palacios! ¡Combatir al maestro en trampas en el país de las trampas!...

"Si, por un lado, mi esperanza era que no se hubiera separado de Cristina Daaé en aquella casa del lago a que la había, sin duda, llevado otra vez desmayada, por otro lado, mi terror era que estuviera en alguna pare alrededor de nosotros preparando el lazo de Pendjab.

"Nadie como él sabía tirar el lazo de Pendjab y es el príncipe de los estranguladores así corno es el rey de los prestidigitadores. Cuando había concluido de hacer reír a la pequeña sultana en los tiempos de las Horas Rosadas de Mazenderan, aquélla le pedía que la divirtiera arrastrándola. Y no había encontrado cosa mejor que el juego del lazo de Pendjab. Erik, que había residido en la India, habrá vuelto de allí con una destreza increíble para estrangular. Se hacía encerrar en un patio al que conducían a un guerrero –generalmente un condenado a muerte –armado de una larga lanza y de una larga espada. Erik no contaba más que con un lazo, y siempre en el instante en que el guerrero creía que iba a batir a Erik de un formidable golpe, se oía silbar el lazo de un brusco tirón. Erik oprimía la delgada cuerda al cuello de su enemigo y enseguida lo arrastraba delante de la pequeña sultana y sus mujeres que miraban desde una ventana y aplaudían. La pequeña sultana aprendió también a arrojar el lazo de Pendjab, y mató así a

varias de sus doncellas y hasta algunas amigas que estaban de visita. Pero prefiero dejar a un lado este tema terrible de las Horas Rosadas de Mazenderan. Si he hablado de él es porque habiendo entrado con el vizconde de Chagny en los sótanos de la Opera, tuve que poner en guardia a mi compañero contra la posibilidad siempre amenazadora de un estrangulamiento. Una vez en los sótanos, mis pistolas ya no podían servirnos de nada, puesto que yo estaba seguro de que no habiéndose opuesto en el primer instante a nuestra entrada en el camino de los comuneros, Erik ya no se dejaría ver: Pero siempre le sería posible estrangularnos. No tuve tiempo de explicarle todo esto al vizconde y no sé si, aunque hubiera dispuesto de ese tiempo, lo hubiera invertido en contarle que había por allí, en la sombra, un lazo de Pendjab pronto para entrar en acción. Era inútil complicar la situación y me limité a aconsejarle al señor de Chagny que mantuviera siempre la mano a la altura de los ojos con el brazo plegado, en la actitud del tirador que espera la orden de hacer fuego. En esta posición le es imposible, aun al más diestro estrangulador, echar con eficacia el lazo de Pendjab. A la vez que el cuello, el lazo oprime la mano o el brazo, volviéndose así inofensivo, pues es muy fácil quitárselo.

“Después de haber evitado al comisario de policía, a algunos cerradores de puertas, a los bomberos, de haber encontrado por primera vez al matador de ratas y de haber pasado inadvertidos ante los ojos del hombre del sombrero de fieltro, el vizconde y yo llegamos al tercer sótano entre el pilar y los decorados del “Roi de Lahore”. Hice girar la piedra y saltamos a la morada que Erik se había construido entre la doble pared de los cimientos de la Opera (y esto lo más tranquilamente del mundo, porque Erik fue uno de los primeros empresarios de construcción de Ch. Garnier, el arquitecto de la Opera, y porque después siguió trabajando secretamente solo, cuando todos los trabajos se suspendieron oficialmente durante la guerra franco-prusiana, el sitio de París y la Comuna).

"Yo conocía demasiado a Erik como para tener la pretensión de que iba a descubrir todas las tretas que había podido fabricar durante aquel tiempo; así es que no estaba nada tranquilo al entrar de un salto

en la casa. Yo sabía lo que había hecho en algunos palacios de Mazenderan. A la más honesta construcción del mundo pronto la convertía en la casa del diablo, y enseguida era espiada o comunicada por el eco. ¡Cuántos dramas de familia, cuántas tragedias sangrientas había producido aquel monstruo con sus trampas! Tenía invenciones sorprendentes. Y, sin duda, que la más curiosa, la más horrible, y la más peligrosa de todas, era la cámara de los suplicios.

“Excepto en los casos raros en que la pequeña sultana se divertía en hacer sufrir a algunos infelices, no se dejaba entrar en ella más que a los condenados a muerte. Era aquélla, a mi entender, la invención más atroz de las Horas Rosadas de Mazenderan. Así es que cuando el visitante que había entrado ingenua e imprudentemente en la cámara de los suplicios se daba por satisfecho, le era permitido recurrir al lazo de Pendjab que se dejaba siempre a su disposición colgando de las ramas del árbol de hierro.

"Cual no sería mi emoción cuando, enseguida de haber penetrado en la casa del monstruo, me di cuenta de que la pieza a la que acabábamos de saltar el señor vizconde de Chagny y yo, era la reconstrucción exacta de aquella cámara de los suplicios de las floras Rosadas de Mazenderan.

“A nuestros pies encontré el lazo de Pendjab que había temido tanto durante todo el trayecto. Yo estaba convencido de que aquella cuerda ya había servido para losé Buques. El maquinista debió sorprender, como yo, alguna noche a Erik en el momento en que hacía girar la piedra del tercer sótano. Debí querer entrar a su vez antes de que la piedra se cerrara, y cayendo a la cámara de los suplicios no salió de ella más que ahorcado. Me imaginé a Erik arrastrando el cuerpo del que quería librarse hasta el decorado del "Roi de Lahore" y suspendiéndolo de ella, para que sirviera de ejemplo o para aumentar el terror supersticioso que lo ayudaba a proteger las inmediaciones de su caverna.

“Pero luego, después de haberlo pensado, Erik volvía para recuperar el lazo de Pendjab, que está singularmente trenzado con tripas

de gato y que hubiera podido excitar la curiosidad del juez de instrucción. Así se explicaba la desaparición de la cuerda del ahorcado.

"Y he aquí que yo acababa de descubrir aquel lazo a mis pies, en la cámara de los suplicios... No soy pusilánime, pero un sudor frío me inundó la cara.

"La linterna, cuyo pequeño disco rojo hacía pasear por las paredes de la famosa cámara, temblaba en mi mano.

"El señor de Chagny lo notó y me dijo:

"—¿Qué sucede, señor?"

"Le hice señas violentamente de que callara, porque me restaba esa suprema esperanza de que podríamos estar en la cámara de los suplicios y que el monstruo lo ignorara.

"Y aun esta esperanza no era la salvación, porque me imaginaba que quizá la cámara de los suplicios estuviera encargada de proteger la casa del lago por la parte del tercer sótano, y esto automáticamente.

"Sí, los suplicios quizás iban a comenzar automáticamente. ¿Quién podrá decir qué movimiento nuestro esperaba para esto?"

"Le recomendé a mi compañero la inmovilidad más absoluta.

"Un silencio aplastante nos rodeaba.

"Y mi linterna roja seguía recorriendo las paredes de la cámara fatal..."

"¡Era la misma! ¡Sí, era la misma!..."

CAPITULO XXIV

EN LA CÁMARA DE LOS SUPPLICIOS

"Estábamos en el centro de una pequeña sala de forma perfectamente hexagonal... cuyas seis paredes estaban interiormente revestidas de espejos... de arriba abajo...; en los ángulos se distinguían muy bien los listones de espejo... los pequeños sectores destinados a girar sobre sus tambores... sí, sí... los reconocía... y reconocía el árbol de hierro, en su ángulo, en el fondo de uno de esos pequeños sectores... el árbol de hierro, con su rama de hierro para los ahorrados.

"Tomé el brazo de mi compañero.

"El vizconde estaba desesperado por gritarle a su amada que acudía a socorrerla... Temía que no pudiera contenerse.

"De pronto oímos un ruido a nuestro lado.

"Primero fue como si abrieran y cerraran una puerta a nuestra izquierda, en la pieza contigua; después oímos un largo lamento. Re-tuve más fuertemente aún el brazo del señor Chagny, y luego oímos claramente estas palabras:

"—¡No cabe otra solución! O la misa nupcial o la misa de los muertos.

"Reconocí la voz del monstruo.

"Se oyó otro gemido.

"Después hubo un largo silencio.

"Ahora yo estaba persuadido de que el monstruo ignoraba nuestra presencia en su antro, porque de otra manera se hubiera arreglado para que no lo oyéramos. Le hubiera bastado para eso cerrar la pequeña ventana invisible, por la cual los aficionados a las torturas observan la cámara de los suplicios.

"Además, yo estaba seguro de que si "él" hubiera sabido de nuestra presencia, los suplicios hubieran comenzado enseguida.

"Teníamos, desde luego, una gran ventaja sobre Erik. Estábamos junto a él y él no lo sabía.

“Lo importante era no revelárselo y yo no temía nada tanto como la impulsividad del vizconde de Chagny; que quería precipitarse a través de las paredes para reunirse con Cristina Daaé, cuyos gemidos creíamos oír a intervalos.

“–¡La misa de los muertos no es alegre! –prosiguió la voz de Erik, mientras que la misa nupcial es espléndida, magnífica. Es preciso tomar una resolución y saber qué es lo que se quiere. No quiero seguir viviendo así, bajo tierra, en un agujero, como un topo. “Don Juan triunfante ” ya esta terminado. Ahora quiero vivir como todos, quiero tener una mujer como todo el mundo. He inventado una máscara que me permite tener una cara como cualquier otro. Ni se volverán para mirarme. Y tú serás la más feliz de las mujeres. Y cantaremos para nosotros solos hasta hartarnos. ¿Lloras? ¿Tienes miedo de mí? Sin embargo, en el fondo, no soy malo. Ayúdame y verás. ¡Sólo me ha faltado ser amado para ser bueno! Si tu me amaras sería manso como un cordero y harías de mí lo que quisieras.

“El gemido que acompañaba aquella letanía de amor creció, creció. Jamás he oído nada más desesperante; y el señor de Chagny, y yo reconocimos que aquella lacerante lamentación pertenecía al propio Eric. En cuanto a Cristina, debía hallarse en alguna parte, quizá del otro lado de la pared que estábamos mirando, muda de horror, sin fuerzas para gritar, con el monstruo echado a sus pies.

“Aquella lamentación era sonora, y bramaba como la queja de un océano. Por tres veces Erik arrancó aquella queja de la roca de su pecho.

–¡No me amas! ¡No me amas!

“Luego se dulcificó.

“–¿Por qué lloras? Sabes que eso me apenas...

“Un silencio.

“Cada silencio era para nosotros una nueva esperanza. Nos decíamos:

“–Quizás haya dejado sola a Cristina detrás de la pared.

“Y sólo pensábamos en la posibilidad de advertir a Cristina de nuestra presencia sin que el monstruo lo sospechara. Ahora no podía-

mos salir del cuarto de los suplicios si Cristina no nos abría la puerta; y era mediante esa condición esencial que podríamos socorrerla, porque ignorábamos dónde podía encontrarse esa puerta.

“De pronto, el silencio de al lado fue interrumpido por el sonido de un timbre eléctrico.

“Se oyó un salto del otro lado de la pared y la voz de trueno de Erik.

“—¡Están llamando! ¡Pasen adelante!

“Una carcajada lúgubre.

“—¿Quién será que viene a molestarnos? Espéreme un momento aquí... Voy a decirle a la Sirena que abra.

“Unos pasos se alejaron, una puerta se cerró. No tuve tiempo de pensar en el nuevo honor que se preparaba; olvidé que el monstruo quizá no salía sino para cometer un nuevo crimen; sólo me di cuenta de una cosa: ¡Cristina estaba sola del otro lado de la pared!

“El vizconde de Chagny ya estaba llamándola:

—¡Cristina! ¡Cristina!

“Puesto que oíamos lo que se decía en la pieza de al lacto, no habrá ninguna razón para que mi compañero no fuera oído a su vez. Y, sin embargo, el vizconde tuvo que repetir varias veces su llamado. Por fin, una voz débil llegó hasta nosotros.

“—¡Estoy soñando! gemía...

“—¡Cristina! ¡Cristina! Soy yo, Raúl.

“Silencio.

“—¡Pero respóndeme, Cristina!... Si estás sola, por Dios, respóndeme.

“Entonces la voz de Cristina murmuró el nombre de Raúl.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Soy yo! No es sueño... ¡Cristina, ten confianza! hemos venido para salvarte... No vayas a incurrir en ninguna imprudencia... Cuando oigas que vuelve el monstruo, avísanos.

—¡Raúl!.. ¡Raúl!..

—Le hizo repetir varias veces que no estaba soñando y que Raúl de Chagny había podido llegar hasta ella guiado por un amigo abnegado que conocía el secreto de la guarida de Erik.

Pero a la rápida alegría que le proporcionarnos sucedió un estado de terror más grande. Quería que Raúl se alejara enseguida. Temblaba de que Erik fuera a descubrir su escondite, porque en ese caso no hubiera vacilado en matar al joven. Nos dijo en algunas palabras precipitadas, que Erik se había vuelto completamente loco de amor y que había resuelto exterminar a todo el mundo y a él mismo, si ella no consentía ser su esposa ante el alcalde y el cura, el cura del templo de la Magdalena. Le había dado plazo hasta las once de la noche del día siguiente. Era el último plazo. Tendría entonces que escoger, como decía, entre la misa nupcial y la misa de los muertos.

"Y Erik había pronunciado esta frase que Cristina sólo había comprendido a medias:

"Sí o no; si es no, ¡todo el mundo muerto y enterrado!

"Pero yo comprendía perfectamente aquella frase, porque respondía de una manera terrible a mi temerosa idea.

"—¿Puede usted decirnos dónde está Erik? —pregunté.

"Respondió que debía estar fuera de la casa.

"—¿Podría usted cerciorarse de esto?

"—No... estoy atada... no puedo hacer un solo movimiento.

Al oír esto, el señor de Chagny y yo no pudimos contener un grito de rabia.

¡La salvación de los tres dependía de la libertad de movimientos de la joven.

"—¡Oh, liberarla! ¡Llegar hasta ella!

"—Pero, ¿dónde están ustedes? —volvió a preguntar Cristina. No hay más que dos puertas en mi cuarto: el cuarto Luis Felipe, del que le he hablado, Raúl...; una puerta por donde entra y sale Erik y otra que no ha abierto nunca delante de mí y que me ha prohibido que cruce jamás, porque es, me ha dicho, la más peligrosa de las puertas... la puerta de los suplicios...

"—¿Cristina, estamos detrás de esa puerta...

"—¿Están en la cámara de los suplicios?

"—Sí, pero no vemos la puerta.

“—¡Ah! Si pudiera arrastrarme siquiera hasta allí... golpearía contra la puerta, y ustedes se darían cuenta del sitio donde queda.

“—¿Es una puerta con cerradura? —pregunté.

“—Sí, con cerradura.

“Pensé un instante. Se abre del otro lado con una llave, como todas las puertas, pero de nuestro lado se abre mediante un resorte y no va a ser fácil descubrirlo.

“—¡Señorita! —dije—. Es absolutamente necesario que nos abra usted esa puerta.

“—Pero, ¿cómo? —respondió la voz sollozante de la desdichada... Oírnos un cuerpo que se agitaba, que trataba evidentemente de librarse de las ligaduras que la inmovilizaban...

“—No saldremos del paso sino por medio de la astucia. Es preciso conseguir la llave de esa puerta...

—Yo sé dónde está —respondió Cristina, que parecía agorada por el esfuerzo que acababa de hacer. Pero no consigo desatarme... ¡Qué miserable!..

"Hubo un sollozo.

“—¿Dónde está la llave? —pregunté, ordenándole al señor de Chagny que callara y me dejara hacer a mí, porque no teníamos que perder un segundo.

“—En su cuarto, al lado del órgano, junto con otra llavecita de bronce que también me ha prohibido que toque las dos están en un saquito de cuero, al que llama la bolsa de la vida y de la muerte.. ¡Raúl! ¡Raúl!... ¡huya!... Todo aquí es misterioso y terrible... y Erik se va a volver loco por completo... y ustedes están en el cuarto de los suplicios.. Váyanse por donde vinieron... Debe haber razones para que ese cuarto se llame así.

“—¡Cristina! —dijo el joven—, saldremos juntos de aquí o aquí moriremos juntos.

“—Sólo depende de nosotros el que salgamos sanos y salvos —dije—, pero es preciso que conservemos nuestra sangre fría ¿Por qué la ha atado a usted señorita? Usted no puede, sin embargo, escapar de aquí, él lo sabe muy bien.

"—¡Es que me quise matar! Esta noche el monstruo, después de haberme transportado aquí desmayada, medio cloroformada, se ausentó. Parece que fue —él me lo dijo— a casa de un banquero... Cuando regresó me encontró con la cara ensangrentada. Intenté matarme... Me golpeé la frente contra las paredes.

"—¡Cristina! —gritó Raúl, y se puso a sollozar.

"—Entonces me ató... ¡No tengo derecho a morir hasta mañana a las once de la noche...

"*Toda esta conversación a través de la pared fue mucho más entrecortada y mucho más prudente que la forma en que la transcribo. A menudo nos deteníamos en medio de una frase, porque nos parecía oír un crujido, un rumor insólito... Cristina nos decía: ¡No, no es él! ¡Ha salido, estoy segura de que ha salido! Reconocí el ruido que hace al cerrarse la puerta del lago. Ha ido a ver qué desgraciado imprudente ha hecho sonar al pasar la piedra del lago*

—¡Señorita! —dije —ha sido el monstruo el que la ató... y él es quien la desatará... Para eso sólo se precisa representar un poco de comedia... No olvide usted que él la ama.

"—¡Ay de mí! —oímos decir. ¿Cómo haría para olvidarlo nunca?

"—Recuérdelo para sonreírle... suplíquele... dígame que esas ligaduras le hacen daño.

"Pero Cristina Daaé nos dijo:

"—¡Silencio!.. Oigo ruido contra la pared del lago... Es él.. ¡Váyanse!.. ¡Váyanse!.. ¡Váyanse!..

"—¡No podríamos irnos aunque lo quisiéramos! —afirmé de modo que impresionara a la joven. No podríamos salir de aquí... y estamos en la cámara de los suplicios.

—"¡Silencio! —dijo con voz sorda Cristina. Los tres callamos.

"Unos pasos pesados se arrastraban lentamente detrás de la pared y luego se detenían para volver de nuevo a hacer crujir el piso.

"Luego oyóse un suspiro formidable, seguido por un grito de horror de Cristina, y oímos la voz de Erik.

"—Te pido que me perdones si te muestro semejante cara. En qué estado estoy, ¿verdad? La culpa la tiene el otro...

"—¿Para qué llamó? ¿Acaso les pregunto yo a los que pasan qué hora es? Ya no le preguntaré más la hora a nadie. La culpa es de la Sirena...

"Oyóse otro suspiro más profundo, más formidable, que salía de lo más hondo del abismo de su alma.

"—¿Por qué has gritado, Cristina?

"—Porque estoy sufriendo, Eric.

"—Creí que te habías asustado.

"—Erik, desata mis ligaduras. ¿Acaso aquí no quedo presa?

"—Querías otra vez morir.

"—Tú me has dado el plazo, Erik hasta mañana a las once de la noche.

Los pasos volvieron a hacer crujir el piso.

"—Al fin y al cabo, puesto que debernos morir juntos... y que tengo tanta prisa como tú, sí, yo también, estoy harto de esta vida, ¿comprendes? Espera... no te muevas... voy a desatarte... Basta con que digas una palabra: ¡NO! y todo habrá concluido para todos... Tienes razón... sí, tienes razón. ¿Para qué esperar hasta mañana a las once de la noche? ¡Ah, sí, porque hubiera sido más bello... He tenido siempre la manía del decoro... de lo grandioso... es infantil... No hay que pensar más que en sí mismo... en la propia muerte... lo demás es superfluo... ¿Estás mirando qué mojado estoy? ¡Oh, querida, es que cometí el error de salir!.. Hace un tiempo atroz... Además, una está pareciendo que tengo alucinaciones... ¿Sabes, ese que estaba llamando hace un momento a la puerta de la Sirena? (Va a ver el fondo del lago si sigue llamando). Pues se parecía... Bien, date vuelta... ¿Estás contenta? Ya estás desatada... ¡Dios mío, tus muñecas, Cristina! ¿Les he hecho daño, di? Sólo por esto merecería la muerte... Y a propósito de muerte, tengo que cantar la misa.

"Al oír aquellas palabras no dejaba de tener un presentimiento atroz... Yo también había llamado una vez a la puerta del monstruo... y, sin saberlo por cierto... había puesto en marcha alguna corriente de alarma... Y recordé los dos brazos surgiendo de las aguas negras co-

mo tinta... ¿Quién sería el infeliz que se extraviara por aquellas orillas?

"La idea de aquel desgraciado me impedía casi regocijarme de la estratagema de Cristina, y, entretanto, el vizconde de Chagny murmuraba a mi oído esta palabra mágica: ¡liberada!.. ¿Quién era? ¿Quién sería el "otro", aquel por quien oíamos ahora la misa de los muertos?

"¡Ah, qué canto sublime y precioso! Toda la casa del lago se estremecía... Todas las entrañas de la tierra temblaban... Habíamos puesto el oído contra la pared para oír mejor a Cristina Daaé, que se ocupaba en libertarnos, pero sólo oíamos la misa de difuntos. Aquello era más bien una misa de condenados... Formaba en el seno de la tierra una ronda de demonios.

"Recuerdo que el "Dies irae" que cantó nos envolvió como una tormenta. Sí, el rayo y el relámpago estaban alrededor nuestro. Sin duda, yo le había oído anteriormente. Llegaba hasta a hacer cantar a las bocas de piedra de mis toros androcéfalos, sobre los muros del palacio de Mazenderan... Pero cantar así, ¡nunca! ¡jamás! Cantaba como el dios del trueno.

"De pronto el órgano y la voz se detuvieron tan bruscamente, que el señor de Chagny y yo retrocedimos, tanto nos impresionó aquello. Y la voz, súbitamente cambiada, transformada, chilló, distintamente, estas sílabas metálicas:

"-¿Qué has hecho de mi bolso?

CAPITULO XXV

LOS SUPPLICIOS COMIENZAN

(Continuación del relato del persa)

“–La voz repitió con furor

–¿Qué has hecho de mi bolso?

Cristina Daaé debía temblar tanto como nosotros.

“–¡Era para quitarme mi bolso que querías que te desatara, di?..

“Se oyeron pasos precipitadas, la carrera de Cristina que volvía al cuarto Luis Felipe, como para buscar un abrigo delante de nuestra pared.

“–¿Por qué me huyes? –decía la voz fumosa que la seguía. ¡Devuélveme enseguida la bolsa! ¿No sabes que es la bolsa de la vida y de la muerte?

–Escúchame, Erik –suspiró la voz de la joven –, puesto que es cosa resuelta que en adelante viviremos juntos... ¿qué le importa a usted?.. ¡Todo lo suyo me pertenece!...

Aquello iba dicho con una voz tan temblorosa, que despertaba lástima. La desgraciada debía estar empleando toda la energía que le quedaba en dominar su terror... Pero no era con tan infantiles argumentos, que era posible aplacar al monstruo.

“–Sabes muy bien, que en esa bolsita no hay más que dos llaves... ¿qué quieres hacer con ellas? –preguntó.

“–Quisiera –dijo Cristina –visitar ese cuarto que no conozco, y que usted siempre me ha ocultado... ¡Es una curiosidad de mujer! –agregó con un tono que quiso ser juguetón y que sólo debió concurrir a aumentar la desconfianza de Erik, tan falso debió parecerle.

“–¡No me gustan las mujeres curiosas! –replicó Erik, y tú deberas desconfiar de esto si conoces la historia de Barba Azul... Vamos, devuélveme mi bolso... ¡Devuélveme mi bolso.. ¿Quieres darme esa llave, pequeña curiosa?

"Y se echó a reír, mientras que Cristina exhalaba un grito de dolor...

"Erik acababa de quitarle la bolsita.

"Fue en ese momento que el vizconde, no perdiendo contenerse, lanzo un grito de rabia y de impotencia, que difícilmente conseguí sofocar en sus labios...

"—¡Oh! —exclamó el monstruo, ¿qué es eso? ¿No has oído, Cristina?

"—¡No! ¡no! —respondió la desdichada, ¡no he oído nada!

"—Me pareció oír un grito.

"—¡Un grito! ¿Se ha vuelto usted loco, Erik?... ¿Quién quiere usted que grite en el fondo de ese pozo? Fui yo quien gritó, porque usted me hacía daño... ¡Yo no he oído nada!

"—¿Con qué tono me dices eso! ¡Estás trémula! ¡Qué impresionada te noto! ¡Mientes! ¡Han gritado! ¡Han gritado!.. ¡Hay alguien en la cámara de los suplicios!.. ¡Ahora lo comprendo todo!..

"—¡No hay nadie, Erik!

—¡Ahora comprendo!

"—¿Nadie?

"—¡Tu novio... quizá!

"—¡Ay!, ¡yo no tengo novio, bien lo sabe usted!

Oyóse otra carcajada sardónica.

"—¡Fácil es averiguarlo!.. Mi pequeña Cristina, mi amor; no hay necesidad de abrir la puerta, para ver lo que ocurre en la cámara de los suplicios... ¿Quieres ver?.. ¿Quieres ver?.. Mira... si hay alguien... si hay realmente alguien, vas a ver iluminarse allá arriba, cerca del techo, la ventana invisible... Basta para ello correr esta cortina negra y apagar toda luz... Bien, así... ¡Apaguemos!.. ¡No tengas miedo de estar en la sombra al lado de tu esposo...

Entonces se oyó la voz desfallecida de Cristina:

"—¡Por Dios, no apague!.. ¡Tengo miedo! Me da miedo estar a oscuras... Esa cámara no me interesa absolutamente... Es usted quien siempre me asusta con esa cámara, como a una criatura... Tenía cu-

riosidad de verla, es cierto. ¡Pero ahora ya no me interesa nada, absolutamente nada!

"Y lo que yo temía sobre todo, comenzó "automáticamente"... De pronto nos vimos inundados de luz. ¡Sí! Tras de nuestra pared hubo como un incendio. El vizconde de Chagny, que no lo esperaba, se sorprendió tanto que casi cayó al suelo. Y la voz colérica estalló otra vez al lado...

"-¡No te decía que había alguien!.. ¿Ves ahora la ventana luminosa... allá arriba? ¡El que está detrás de esa pared no la ve! Pero tú vas a subir a la escalera doble. ¡Está ahí para eso!.. Me has preguntado con frecuencia para qué servía... Pues bien, ahora ya lo sabes... ¡Sirve para mirar por el ventanillo de la cámara de los suplicios!.. ¡Son entretenimientos para niños!.. Ve, querida, sube a mirar por el ventanillo.

"Yo no sé si el vizconde oía ahora a mi lado la voz desfallecida de la joven, tanto le preocupaba el espectáculo inaudito que acababa de surgir ante su vista... En cuanto a mí, que había visto repetidamente aquel espectáculo por el ventanillo de las Horas Rosadas de Manzen-deram, no me ocupaba sino de lo que se decía al lado, buscando en ello una oportunidad para proceder

"-¡Sube, sube a mirar por la ventanilla! Después me dirás qué facha tiene nuestro visitante.

"Oímos arrastrar la escalera que fue aplicada contra la pared...

"-¿Subes?... ¿No?... ¡Voy a subir yo... querida!

"-Bueno, pues voy a subir a ver... ¡Déjeme!

"-¡Oh! ¡querida...!, qué amable eres... Qué bien está que quieras ahorrarme ese esfuerzo a mis años... Me dirás qué facha tiene, si es ñato o aguileño... ¡Si las gentes supieran qué felicidad es tener una nariz... una nariz propia... no se les ocurriría venir a pasearse por la cámara de los suplicios...

"En aquel instante oímos encima de nuestras cabezas una voz que decía muy claramente estas palabras...

"-Amigo mío, no hay nadie.

"-¿Nadie...? ¿Estás segura de que no hay nadie?

"-¿Nadie...? Absolutamente nadie.

"-Pues me alegro... ¿Qué tienes, Cristina? ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? Pero si no hay nadie... Vamos, baja... Bueno, responde... puesto que no hay nadie... ¿Qué te pareció el paisaje?

"-¡Ah! muy hermoso.

"-Bueno, estás mejor, ¡muy bien! ¡Nada de emociones! ¿Y qué diantre de casa, eh, en que se pueden ver semejantes paisajes?

"Sí, parece que una estuviera en el museo Grévin. ¿Pero dígame, Erik, ahí dentro no hay suplicios? ¡Qué susto me ha dado usted!

"-¿Por qué, si no hay nadie?

"¿Fue usted el que hizo esa cámara, Erik? Decididamente, es usted un gran artista, Erik.

"-¡Sí, un gran artista en mi género!

"-Pero dígame, Erik ¿por qué ha llamado usted a esa pieza la cámara de los suplicios?...

"-¡Oh! es muy sencillo. Ante todo ¿qué vio usted?

-Vi un bosque.

"-¿Y qué hay en ese bosque?

"-Árboles...

"-¿Y qué hay en un árbol?

"-Pájaros.

"-¿Has visto pájaros?

"-No, no he visto pájaros.

"-Entonces, ¿qué viste? ¡busca!.. ¡Has visto ramas! ¿Y qué hay en una rama? -dijo la voz terrible. ¡Hay una horca! ¡Por eso le llamo a mi bosque la cámara de los suplicios.. ¡Ya ves, no es más que una manera de decir! ¡Todo eso es broma!.. ¡Yo no me expreso nunca como los demás.. ¡No hago nada como los demás!.. ¡Pero estoy muy fatigado... muy cansado!.. Ya estoy harto, créeme, de tener un bosque en casa, y una cámara de los suplicios... ¡Y de estar alojado como un impostor en el fondo de una caja de doble fondo!.. ¡Estoy harto... harto! ¡Quiero tener una casa tranquila, con puertas y ventanas comunes y una mujer honesta adentro! ¡Tu debieras comprender esto, Cristina, y no imponerme que te lo repita a cada rato!... Una mujer a

la que yo querría, a la que llevaría a pasear el domingo, y a la que haría reír toda la semana. ¡Ah; no te aburrirías conmigo! Sé muchas cosas ingeniosas, sin contar las pruebas de naipes. ¿Oyes? ¿Quieres que te llaga una prueba de naipes? Eso nos haría pasar un rato, esperando que lleguen las once de mañana por la noche! ¡Mi Cristina! ¡Mi pequeña Cristina! ¿Me escuchas.. ¿Ya no me escuchas, di?.. ¿Me quieres?... No, no me quieres. ¡Pero no importa! ¡Me querrás! Antes no podías mirar mi máscara porque sabías lo que había debajo... Y ahora la miras y te olvidas de lo que hay debajo y ya no me rechazas... ¡Uno se habitúa a todo cuando quiere bien... cuando pone buena voluntad!.. ¡Cuántos jóvenes que no se aman antes del matrimonio se han adorado después! ¡Oh, ya no sé lo que digo... ¡Pero te divertirías mucho conmigo! No hay otro como yo –te lo juro ante el buen Dios que nos casará, si eres razonable–, no hay otro como yo para hacer el ventrílocuo! ¡Yo soy el primer ventrílocuo del mundo!.. ¡Te vas!.. ¿No quieres creerme?.. Escucha...

“El miserable, que era en efecto el primer ventrílocuo del mundo, estaba aturdiendo a Cristina, yo me daba clara cuenta de eso, para apartar su atención de la cámara de los suplicios... ¡Cálculo estúpido! ¡Cristina sólo pensaba en nosotros!... Varias veces la oí repetir con el acento más dulce que pudo encontrar y con el tono de la más ardiente súplica

“–¡Apague el ventanillo, Erik, apague el ventanillo!

“Porque Cristina se imaginaba que aquella luz que apareciera de golpe en la pequeña ventana, y de la que el monstruo había hablado de manera tan amenazadora, tenía su terrible razón de ser... Una sola cosa la tranquilizaba momentáneamente, y era que nos había visto a los dos, detrás de la pared, en el centro de la magnífica iluminación; de pie y sin daño alguno. Pero hubiera estado más tranquila, sin duda, si la luz se hubiese apagado.

“El otro había comenzado ya a hablar como ventrílocuo. Decía:

“–¡Mira! Estoy levantando un poco mi máscara. ¡Oh! ¡Un poco solamente!.. ¿Ves mis labios? ¿Acaso tengo labios? No se mueven... Mi boca está cerrada... esto que parece una boca... ¡Y, sin embargo,

oyes mi voz! hablo con el vientre... es lo más natural.. ¡Le dicen a esto ser ventrílocuo... Es algo muy conocido: ¿oyes mi voz? ¿dónde quieres que la ponga? ¿En tu oído derecho? ¿En tu oído izquierdo? ¿En la mesa? ¿En los cofrecillos de ébano de la chimenea? ¿Quieres oírla más lejana? ¿Quieres oírla más próxima? ¿La prefieres agria, estridente, gangosa?... Mi voz se pasea por todas partes... ¡Por todas partes!.. Escúchala, querida, en el cofrecillo de la derecha de la chimenea y oye lo que dice: "¿Hay que dar vuelta al escorpión?"... Y ahora, ¡zas!, oye lo que dice en el cofrecillo de la izquierda: ¿Hay que dar vuelta a la langosta?" Y ahora, ¡zas! ya está en la bolsita de cuero... ¿Qué es lo que dice?: "¡Yo soy la bolsita de la vida o de la muerte!" Y ahora ¡zas! ¡La pongo en la garganta de la Carlota, en el fondo de la garganta de oro, de la garganta de cristal de la Carlota! ¿Qué es lo que dice? Dice: "Es cierto, señor Gallo, soy la que canta: "J'écoute cette voix solitaire... (un gallo) que chante dans mon... " (¡otro gallo!). Y ahora está en la silla del palco del Fantasma... y dice: "¡La señora Carlota canta esta noche como para hacer caer la araña!.."

Y ahora ¡zas! ¿Dónde está la voz de Erik? Escucha, querida Cristina, escucha... ¡Está tras de la puerta del cuarto de los suplicios... ¡Escúchame... Y ¿qué es lo que digo?.. Escúchame: digo: "¡Ay de aquellos que tienen la felicidad de poseer tina nariz, tina nariz bien propia, y que vienen a meterla en la cámara de los suplicios! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!"

"¡Maldita voz del formidable ventrílocuo! ¡Estaba en todas partes, en todas partes!.. Entraba por la pequeña ventana invisible... a través de las paredes.. corría alrededor nuestro.. entre nosotros... ¡Erik estaba ahí!.. ¡Nos hablaba! Hicimos un ademán como para echarnos encima de él, pero ya más rápida, huís impalpable que la voz sonora de Eco, la voz de Erik había pasado de un salto al otro lado de la pared.

Después no pudimos oír nada más, porque he aquí lo que pasó.
La voz de Cristina:

"-¡Erik! ¡Erik! Me fatiga usted con su voz.. ¡Cállese, Erik!.. ¿No le parece que hace calor aquí?"

“—¡Oh, sí! —responde la voz de Erik. El calor se está volviendo insoportable...

"Y otra vez la voz de Cristina embargada por la angustia

“—¿Qué significa esto?... ¡La pared está caliente... ¡La pared está quemando!...

“—Te lo voy a explicar, querida. Es a causa del "bosque de al lado

"—¿Qué quiere usted decir... el bosque de al lado?

—¿No reparaste que era un bosque del Congo?

"Y la risa del monstruo se elevó tan terrible, que dejamos de distinguir los clamores suplicantes de Cristina... El vizconde de Chagny gritaba y golpeaba contra las paredes, como un loco... Me era imposible contenerlo... Pero sólo se oía la risa del monstruo... y el propio monstruo sólo debía oír su risa... Luego, un ruido rápido, de luchas, el de un cuerpo que cae al suelo y lo arrastran, y el estrépito de un violento portazo... Y luego nada, nada más alrededor nuestro, salvo el silencio abrasador del mediodía... en el centro de un bosque africano...

"He dicho de aquel cuarto en que nos encontrábamos el señor vizconde de Chagny y yo, que era regularmente hexagonal y cubierto enteramente de espejos. Lo he visto después, especialmente en algunas exposiciones, esa obra de cuartos dispuestos así y llamados "casas de espejismo" o "palacios de las ilusiones". Pero la invención corresponde por entero a Erik, que construyó bajo mi vista la primera sala de este género en los tiempos de las Horas Rosadas de Mazenderan. Bastaba colocar en los ángulos algunos motivos decorativos, como, por ejemplo, una columna, para ver instantáneamente un palacio de mil columnas, pues gracias a la ilusión de los espejos, la sala real se aumentaba con seis salas hexagonales, multiplicándose cada una de éstas hasta el infinito.

"Antaño, para divertir a la pequeña sultana, había dispuesto de esa manera una decoración, que denominaba "el templo innumerable"; pero la sultanita se aburrió muy pronto de tan infantil ilusión y entonces Erik transformó su invento en cámara de los suplicios. En lugar del motivo arquitectónico colocado en los ángulos, puso en pri-

mer plano un árbol de hierro. ¿Por qué aquel árbol que imitaba perfectamente la vicia, con sus hojas pantallas, era de hierro? Porque debía ser bastante sólido como para resistir todos los ataques del "paciente", que era encerrado en la cámara de los suplicios. Veremos cómo, por dos veces, la decoración así obtenida se transformaba instantáneamente en otras dos decoraciones sucesivas, gracias a la rotación automática de los tambores disimulados en los ángulos y que habían sido divididos en tres partes, uniéndose a los ángulos de los espejos y soportando cada uno un motivo decorativo que apareciera sucesivamente.

"Las paredes de aquella extraña sala no le daban ningún asidero al paciente, puesto que, fuera del motivo decorativo de su solidez a toda prueba, estaban solamente guarnecidas de espejos tan gruesos que no tuvieran nada que temer del furor del infeliz arrojado allí, por otra parte, con las manos y los pies desnudos.

"Ningún mueble. El techo era luminoso. Un ingenioso sistema de calefacción eléctrica, que ha sido después imitado, permitía elevar la temperatura de las paredes a voluntad, dándole así a la sala la atmósfera que se deseaba.

"Me empeño en enumerar todos los detalles exactos de tina invención muy natural, y que daba, merced a algunas ramas pintadas, la ilusión sobrenatural de un bosque ecuatorial incendiado por el sol de mediodía, para que nadie ponga en duda el equilibrio actual de mi cerebro y para que nadie tenga el derecho de decir: "Este hombre se ha vuelto loco" o "Este hombre nos está tomando por tontos"¹⁰. Si yo hubiera contado las cosas simplemente así: "Habiendo bajado al fondo de un sótano nos encontramos con un bosque ecuatorial incendiado por el sol del mediodía ", hubiera obtenido un hermoso efecto de sorpresa estúpida; pero yo no busco ningún efecto, siendo mi objeto al escribir estas líneas el contar exactamente lo que nos sucedió al señor

¹⁰ Se explica que en la época en que escribía el persa tomara todas esas precauciones contra la incredulidad. Hoy, que todo el mundo ha visto salas como la descrita, esas precauciones serían superfluas.

vizconde de Chagny y a mí en el curso de una aventura terrible que, en cierto momento, ocupó la justicia de este país.

"Vuelvo a reanudar el relato donde lo suspendí

"Cuando el techo se iluminó y que alrededor nuestro el bosque se llenó de luz, la estupefacción del vizconde fue enorme. La aparición cíclica aquel bosque impenetrable, cuyos troncos y ramas innumerables nos envolvían hasta el infinito, lo sumió en una consternación agobiante. Se pasó las manos por la frente como para ahuyentar una visión de ensueño, y sus ojos parpadearon, como parpadear al despertar y cuesta trabajo reanudar el convencimiento sobre la realidad de las cosas. Durante un momento se olvidó cómo escuchar.

"He dicho que la aparición del bosque no me sorprendió, de manera que continué escuchando lo que seguía ocurriendo en la pieza contigua. En fin, mi atención era atraída menos por el decorado, del que mi pensamiento podía prescindir, que por el propio espejo que la producía. Aquel espejo estaba "roto" a trechos.

"Sí, tenía roturas, habían conseguido rajarlo a pesar de su solidez, y esto me demostraba de la manera más evidente que la cámara en que nos encontrábamos "ya había servido"

"Un desgraciado, cuyos pies y manos habían estado menos desnudos que los pies y manos de los condenados de Mazenderan, había caído sin duda en aquella "ilusión mortal", y loco de rabia había golpeado aquellos espejos que, a pesar de sus leves heridas, habían seguido reflejando su agonía. Y la rama del árbol en que había terminado su suplicio estaba dispuesta de tal modo, que antes de morir había podido ver –supremo consuelo –agitarse en el espacio a mil ahorcados como él ¡Sí, sí, José Buquet había pasado por allí!

"¿Iríamos a morir como él?

"No lo pensaba, porque sabía que teníamos algunas horas por delante, y que yo sería capaz de emplearlas más útilmente de lo que había podido hacerlo José Buquet.

"¿No tenía acaso un conocimiento completo de las tretas de Erik? Pues no podía darse ocasión más propicia para servirme de ello.

"En primer lugar, no pensé absolutamente en regresar por el pasaje que nos había conducido hasta aquella cámara maldita, y no me ocupé de la probabilidad de volver a hacer funcionar la piedra interior que cerraba aquel pasaje. La razón era obvia: ¡Me era imposible por falta de medios! Habíamos saltado de demasiado alto en la cámara de los suplicios.

"Y ningún mueble nos permitía ahora alcanzar al techo, ni la rama del árbol de hierro, ni los hombros de uno de nosotros a modo de escabel.

"No había más que una salida posible, la que se abrió sobre el cuarto Luis Felipe, y en la que se encontraban Erik y Cristina Daaé. Pero si aquella salida tenía el aspecto de una puerta común del lado exterior, era completamente invisible por el lado de adentro...

"Había, pues, que intentar abrirla sin saber siquiera su ubicación exacta, lo que no era una tarea vulgar. Sea como fuere, me daba ánimo la certidumbre en que estaba de que había un medio de abrir aquella puerta desde el interior de la cámara de los suplicios. Sí, yo había visto entrar a Erik en su casa por el camino de aquella pieza.

"Cuando estuve bien cierto de que ya no quedaba esperanza ninguna para nosotros por el lado de Cristina Daaé, cuando hube oído al monstruo llevar, o más bien arrastrar a la desgraciada joven fuera del cuarto Luis Felipe, para que no "estorbara nuestro suplicio", resolví ponerme enseguida a la obra, es decir, a buscar el secreto de la puerta.

"Pero, ante todo, tuve que calmar al señor de Chagny, que se paseaba entre el bosque como un alucinado, exhalando clamores incoherentes.

"Los retazos de conversación que había sorprendido a pesar de todo entre Cristina y el monstruo, no habían contribuido poco a ponerlo fuera de sí; si a esto se agrega la impresión del bosque mágico y el calor que comenzaba a hacer correr el sudor por nuestras sienes, no será difícil darse cuenta de que el espíritu del señor de Chagny comenzara a extraviarse un tanto.

“A pesar de todas mis recomendaciones, mi compañero procedía sin la menor prudencia.

“Iba y venía sin razón precipitándose hacia un espacio inexistente, creyendo entrar en un sendero que lo llevaría hasta el horizonte, y dándose de narices a los pocos pasos en el propio reflejo de su ilusión de bosque.

“Y al hacer estas cosas gritaba: ¡Cristina! ¡Cristina! Y agitaba la pistola y llamaba con todas sus fuerzas al monstruo, desafiaba a muerte al Ángel de la Música e injuriaba al bosque ilusorio. Era el suplicio que producía su efecto en su espíritu no prevenido.

“Traté de tranquilizar al pobre vizconde, razonando lo más serenamente que pude, haciéndole palpar los espejos y el árbol de hierro, las ramas colocadas sobre los tambores, y explicándole, según las leyes de la óptica, todo el sofisticado dispositivo luminoso que nos rodeaba, y del que no podíamos ser víctimas como tinos ignorantes vulgares.

“—Estamos encerrados en una pieza, en una pequeña pieza esto es lo que debe usted repetirse... Y saldremos de esta pieza sólo cuando hayamos encontrado la puerta. ¡Busquémosla, pues, con afán!

“Y le prometí que si me dejaba proceder sin aturdirme con sus gritos y con sus paseos de loco, antes de una hora descubriría el secreto de la puerta.

“Entonces se acostó en el suelo como se hace en los bosques y declaró que esperaría que yo encontrara la puerta del bosque, puesto que no podía hacer cosa mejor. Y creyó deber agregar que en el sitio en que se hallaba la vista era espléndida. (El suplicio, a pesar de todas mis explicaciones, hacía su efecto)

“En cuanto a mí, olvidando el bosque, la emprendí con uno de los espejos, y me puse a tantear en todos sentidos, briscando el punto débil en que había de apoyar para hacer girar la puerta, según el sistema de las puertas y trampas giratorias de Eric. Unas veces ese punto débil podía ser una simple mancha en el espejo, grande como una lenteja, y bajo la cual se encontraba el resorte que había que hacer funcionar. ¡Busqué! ¡Busqué! Tantée hasta donde podían alcan-

zar mis manos. Erik era más o menos de la misma estatura que yo, y pensaba que no habría colocado el resorte a mayor altura que su talla –no era solamente una hipótesis, sino mi última esperanza –Yo había decidido recorrer así, minuciosamente y sin desmayar, los seis costados de espejos y examinar muy atentamente el piso.

"Al mismo tiempo que examinaba los tableros con gran prolijidad, trataba de no perder un minuto, porque el calor iba creciendo cada vez más y nos estábamos asando literalmente en aquel bosque incendiado.

"Estaba trabajando así hacía inedia hora y ya había recomido tres costados, cuando nuestra mala suerte quiso que me volviese al oír una sorda exclamación lanzada por el vizconde.

"–¡Me ahogo! –decía. Todos estos espejos multiplican el calor de un modo infernal... ¿Acabaremos por encontrar ese resorte?.. ¡Si tarda usted un poco nos vamos a asar aquí!

"No me disgustó oírle hablar así.

"No había dicho una palabra del bosque y esperé que la razón de mi compañero podría todavía luchar largo rato con el suplicio. Pero enseguida agregó:

"–Lo que me consuela es que el monstruo le ha dado de plazo a Cristina hasta mañana a las once de la noche; si no podemos salir de aquí para socorrerla, por lo menos habremos muerto antes de que ella y la misa de Erik puedan servir para todos.

"Y aspiró una bocanada de aire caliente que casi lo hizo desmayar... Como yo no tenía las mismas razones desesperadas del vizconde de Chagny para aceptar la muerte, me volví, después de dirigirle algunas palabras de aliento, hacia el espejo; pero había cometido el error de dar, al hablar; algunos pasos, de modo que en la mañana inaudita del bosque ilusorio, no pude volver a dar con mi tablero. Tenía que volver a recomenzar la tarea al azar.. No pude ocultar mi desagrado y el vizconde comprendió que había que comenzar de nuevo. Esto lo desesperó más todavía.

"–¡Jamás saldremos de este bosque! –gimió.

"Y su desesperación, al crecer, le hizo olvidar cada vez más que allí sólo había espejos y que tenía que habérselas con un bosque verdadero." "Yo me había puesto de nuevo a buscar... a tantear... La fiebre me iba a su vez dominando... porque no encontraba nada, absolutamente nada... En el cuarto de al lado siempre reinaba el mismo silencio. Estábamos bien perdidos en el bosque... sin salida... sin brújula... sin guía... sin nada. ¡Oh! Yo sabía lo que nos esperaba si nadie venía en nuestro auxilio... o si yo no encontraba el resorte... Pero por más que buscaba el resorte, sólo encontraba ramas.. Admirables ramas que se erguían rectas delante de mí o se arqueaban graciosamente encima de mi cabeza... Pero no daban sombra... Era esto bastante natural, puesto que estábamos en un bosque ecuatorial, con el sol exactamente encima de nuestras cabezas... Un bosque del Congo..."

"Varias veces el señor de Chagny y yo nos habíamos quitado y vuelto a poner el frac, encontrando tinas veces que nos daba más calor y otras, por el contrario, que nos preservaba del calor."

"Yo resistía todavía moralmente; pero el señor de Chagny me pareció que estaba completamente perdido. Pretendía que hacía tres días y eres noches que caminaba sin cesar por aquel bosque, en busca de Cristina Daré. De cuando en cuando creía vela tras de fin bosque, de un árbol o deslizándose a través de las ramas, y la llamaba con frases suplicantes que me llenaban de lágrimas los ojos."

"—¡Cristina, Cristina! —decía ¿Por qué una huyes? ¿Ya no una quieres? ¿No somos novios? ¡Cristina, espérame! ¡Ya ves que no puedo más... ¡Cristina, ten piedad!... ¡Voy a morir en el bosque... lejos de tí!.."

"—¡Oh, tengo sed! —se quejaba con acento delirante."

"Yo también tenía sed... La garganta me ardía..."

"Y entretanto, de cuclillas ahora en el piso, seguía buscando, buscando... el resorte de la puerta invisible... tanto más cuanto que la permanencia en el bosque se iba volviendo peligrosa al acercarse la noche... Ya comenzaban a rodearnos las sombras de la noche... Habían llegado rápidamente, como cae la noche en los bosques ecuatoriales... de golpe, casi sin pasar por el crepúsculo..."

“Ahora bien, la noche en los bosques ecuatoriales es siempre peligrosa, sobre todo no teniendo, corno nosotros, con qué hacer fuego para ahuyentar a los animales feroces. Dejando a un lado, por un instante, la búsqueda del resorte, traté de romper algunas ramas para hacer un juego con mi linterna sorda, pero yo también choqué con los malditos cristales, y eso me volvió a tiempo a la realidad.

“El calor no se había ido con la luz.. Al contrario... Ahora hacía más calor a la luz azulada de la luna. Le recomendé al vizconde que tuviera las armas prontas a hacer fuego y de apartarse del sitio de nuestro campamento, mientras que yo seguía buscando el resorte.

“De pronto, el rugido del león se dejó oír a algunos pasos. Quedamos con los oídos zumbando.

“—¡Oh! —dijo el vizconde en voz baja. ¡No anda lejos!.. ¿No lo ve usted? Allá, entre los árboles, en aquella maleza... Si vuelve a rugir otra vez hago fuego.

“Y el rugido recomenzó más formidable. Y el vizconde disparó el arma, pero no creo que hiriera al león, sólo rompió el espejo, lo comprobé al día siguiente al amanecer. Durante la noche debimos andar un buen trecho, porque nos encontramos de pronto en la orilla del desierto, de un inmenso desierto de piedras y de rocas. No valía mi pena, en verdad, salir del bosque para caer en el desierto. Harto de luchar, me extendí al lado del vizconde, con el cuerpo fatigado de buscar resortes que no podía encontrar.

“Me tenía sorprendido —y se lo dije al vizconde —de que no hubiéramos tenido otros malos encuentros durante la noche. Generalmente, después del león, aparecía el leopardo, y después se oía a veces el zumbido de la mosca tsé-tsé. Eran imitaciones muy fáciles de conseguir, y le expliqué al señor de Chagny, mientras descansábamos antes de la travesía del desierto, que Erik conseguía el rugido del león con un largo tamboril terminado por una piel de asno en una de las extremidades. Sobre esa piel está tendida una cuerda de tripa atada por el centro a otra cuerda del mismo género, que atraviesa el tambor en toda su altura.

"Erik no tenía más que frotar esta cuerda con un guante empolvado con resina, y según la manera de Botar, conseguirá imitar de una manera sorprendente el bramido del león, del leopardo, el zumbido de la mosca tsé-tsé.

"La creencia de que Erik podía estar en la pieza contigua con sus tacos, me sugirió de pronto la idea de entrar a parlamentar con él, porque evidentemente había que renunciar a la idea de sorprenderle. Y ahora debía saber a qué atenerse respecto de los habitantes de la cámara de los suplicios. Yo llamé: ¡Erik! ¡Erik! Grité lo más fuerte que pude a través del desierto, pero nada respondió a mi voz.. Por todas partes, alrededor nuestro, sólo había silencio y la inmensidad desnuda de aquel desierto pétreo...

"¿Qué iba a ser de nosotros en medio de aquella horrible soledad?

"Literalmente comenzábamos a morir de calor; de hambre y de sed... De sed sobre todo. Por último vi al señor de Chagny erguirse y designarme con la mano un punto del horizonte ¡Acababa de descubrir un oasis!

"Sí, allá lejos, muy lejos, el desierto era reemplazado por el oasis... un oasis con agua... agua límpida como un espejo... ¡agua que reflejaba el árbol de hierro!.. ¡Oh, sí, era el cuadro del espejismo!.. Lo reconocí enseguida... el más temible... Nadie lo había podido resistir... Nadie... Me esforcé por dominar toda mi razón... y no ponerme a esperar el agua, porque sabía que si me ponía a esperar el agua que reflejaba el árbol de hierro, y después de esperar el agua me daba de cabeza contra el espejo, no me quedaría más que una cosa por hacer: jahorcarme en el árbol de hierro!

"Por eso le grité al señor de Chagny. "¡Es un espejismo!.. ¡Es un espejismo!.. No crea en el agria, es otro suplicio basado en el reflejo... "Entonces, sin más me mandó a pasear; como se dice generalmente, con mis cuentos del espejo, mis resortes, mis puertas giratorias y mi palacio de espejismos... Afirmó colérico que yo estaba loco o ciego para imaginar que toda el agua que corría allá a lo lejos, no era verdadera agua.. ¡Y el desierto era real! ¡Y el bosque también! No era

posible que le hiciera tragar a él todas aquellas patrañas. Había viajado bastante.. en todos los países... Y empezó a arrastrarse, implorando:

"¡Agua, agua!..

"Y tenía la boca abierta, como si bebiera... Y yo también tenía la boca abierta como si bebiera...

"Porque no sólo veíamos el agua, sino que la oíamos... La oíamos correr... ¡chapotear!.. ¿Comprenden esta palabra: chapotear?.. ¡Es una palabra que se oye con la lengua!.. ¡La lengua se sale de la boca para oírla mejor!...

"En fin, suplicio más intolerable aún: oíamos llover y no llovía. Aquella era la invención más demoníaca... ¡Oh! Yo sabía cómo obtenía Erik aquel efecto. Colocaba piedrecitas en una caja muy estrecha y larga, cortada a trechos por tabiques de madera y metal.

"Las piedrecitas, al caer, tropezaban en esos tabiques y salaban del uno al otro, lo que producía sonidos que recordaban exactamente el repiqueteo de una lluvia de tormenta.. Así es que había que vernos a Chagny y a mí, arrastrándonos, hacia la ribera... nuestros ojos y nuestros oídos se llenaban de agua, pero nuestra lengua seguía seca como yesca...

"Al llegar al espejo el señor de Chagny lo lamíó... y yo también lamí el espejo... ¡Estaba ardiendo!

"Entonces nos retorcimos en el suelo con un estertor desesperado. El señor de Chagny se acercó a la sien la última pistola que había quedado cargada y yo miré a mis pies el lazo de Pendjab.

"Yo bien sabía por qué en aquel nuevo decorado había reaparecido el árbol de hierro. ¡El árbol de hierro me estaba esperando!

"Pero mientras miraba el lazo del Pendjab, vi una cosa que me hizo estremecer con tal violencia, que el señor de Chagny contuvo su movimiento suicida. Ya estaba murmurando: "Adiós, Cristina".

"Le tomé el brazo, y le quité la pistola... después me arrastré de rodillas hasta lo que había visto.

"Acababa de descubrir junto al lazo del Pendjab, en una pintura del piso, un clavo de cabeza negra, cuyo uso no ignoraba.

"Por fin había encontrado el resorte... el resorte que iba a hacer girar la puerta... que iba a devolvernos la libertad... que iba a librar-nos de Erik.. Tanteé el clavo... lo oprimí... Miré al señor de Chagny con una cara radiante... El clavo de cabeza negra cedía bajo mi presión... Y entonces no se abrió una puerta en el muro, pero se corrió una trampa en el suelo.

"Enseguida nos llegó el aire fresco por aquel pozo negro. Nos inclinamos sobre aquel cuadro de sombra como sobre una fuente límpida. Con la cara metida en la sombra fresca la bebíamos. Y cada vez nos inclinábamos más encima de la trampa. ¿Qué podría haber en aquel agujero? En aquel sótano que acababa de descubrir misteriosamente su puerta, en aquel recinto... ¡Quizá hubiera agua! Agua para beber...

"Extendí un brazo en las tinieblas y encontré una piedra, luego otra... Una escalera negra que bajaba al sótano.

"El vizconde estaba ya listo para arrojarse al agujero.

"Allá abajo, aún cuando no encontráramos agua, nos escaparíamos a la opresión radiante de aquellos malditos espejos...

"Pero detuve al vizconde, porque temía una mala pasada del monstruo, y, una vez encendida mi linterna sorda fui el primero en bajar.

"La escalera se internaba en las tinieblas más profundas girando sobre sí misma. ¡Ah, qué adorable frescura la de la escalera y las tinieblas!...

"Aquella frescura debía proceder menos del sistema de ventilación establecido necesariamente por Erik, que de la frescura misina de la tierra, que debía estar toda saturada de agua en el nivel en que nos encontrábamos...

"¡Y, además, el lago no debía estar lejos!...

"Pronto, nos encontramos al final de la escalera... Nuestros ojos comenzaban a acostumbrarse a la sombra, a distinguir alrededor nuestras formas... formas redondas... hacia las cuales dirigí el pequeño sol luminoso de mi linterna...

"Eran toneles...

"¡Estábamos en la bodega de Erik!

"El señor de Chagny acariciaba las firmas redondas y repetía incansablemente

"¡Toneles, toneles! ¡Cuántos toneles!

"En efecto, había cierta cantidad alineados muy simétricamente en dos filas, entre las que nos encontrábamos...

"Eran pequeños toneles, y me imaginé que Erik los había elegido de aquel tamaño para poderlos transportar con mayor facilidad a la casa del lago.

"Los examinábamos uno tras otro, buscando a ver si alguno tenía una espita, indicándonos, por lo tanto, que se le quitaba líquido de cuando en cuando.

"Pero todos los toneles estaban muy herméticamente cerrados.

"Entonces, después de haber sopesado uno para comprobar que estaba lleno, nos pusimos de rodillas y con la hoja de un cortaplumas que siempre llevo conmigo traté de hacer saltar el tapón.

"En aquel momento nos pareció oír, como si llegara de muy lejos, una especie de canto monótono, cuyo ritmo conocía por haberlo oído muchas veces en las calles de París.

"—¡Toneles!.. ¡Toneles! ¿Hay toneles para vender?

"—Mi mano quedó un instante inmovilizada. El señor de Chagny también había oído. Me dijo:

"—Es curioso... ¡Parece que fuera el tonel el que cantara!...

"El canto se repitió más lejano... "¡Toneles!... ¡Toneles!... ¿Hay toneles para vender?

"—Sí, sí, se lo juro —me dijo el vizconde ¡El canto se aloja dentro del tonel!..

"Nos pusimos de pie y fuimos a mirar tras el tonel...

"—Es adentro —decía el señor de Chagny. ¡Le aseguro que es adentro!..

"Pero no oímos nada más y tuvimos que limitarnos a acusar el mal estado, la perturbación real de nuestros sentidos.

"Volvimos al tapón. El señor de Chagny lo tomó a dos manos y con un esfuerzo supremo lo hizo saltar

“–¿Qué es eso? –exclamó enseguida el vizconde. ¡esto no es vino!

“El vizconde había acercado sus dos manos llenas de algo a mi linterna... Me incliné hacia las manos del vizconde... y enseguida arrojé lejos de nosotros y tan violentamente mi linterna que se apagó e hizo pedazos.

“Lo que yo acababa de ver en las manos del señor de Chagny.. ¡era pólvora!

CAPITULO XXVI

**¿HAY QUE DAR VUELTA AL ESCORPIÓN? ¿HAY QUE DAR
VUELTA A LA LANGOSTA?**

(Fin del relato del persa)

“¡De manera que al descender al fondo de la bodega, había tocado el fondo mismo de mi idea tenebrosa! ¡El miserable no me había engañado con sus vagas amenazas dirigidas contra muchos de la especie humana! Fuera de la humanidad, se había construido lejos de los hombres una guarida de alimañas subterráneas, resuelto a hacer saltar todo junto con él, en una espantosa catástrofe, si los de encima de la tierra iban a acosarlo al antro en que había refugiado su espantosa fealdad.

Tu descubrimiento que acabábamos de hacer nos causó una impresión tan violenta que nos hizo olvidar todos los suplicios pasados, todos los sufrimientos presentes...

"Nuestra excepcional situación, bien que un instante antes nos hubiéramos encontrado al borde mismo del suicidio, no se habrá presentado aún tan claramente espantosa. Ahora comprendíamos todo lo que había querido decir y todo lo que le había dicho el monstruo a Cristina Daaé, y todo lo que significaba la abominable frase: "Sí o no". Si es no, todos pueden darse por muertos y enterrados... Sí, enterrados bajo los escombros de la que habrá sido la Gran Opera de París... ¿Podía imaginarse más horrible crimen para abandonar la vida en una apoteosis de honor?..

“Preparada para garantizar la tranquilidad de su guarida, la catástrofe iba a servir para vengar los amores del más horrible monstruo que hubiese visto jamás la luz del día... "Mañana a las once de la noche, último plazo". ¡Oh! ¡Había escogido bien la hora!.. ¡Habría mucha gente en la fiesta!... Allá arriba... ¡en los altos deslumbradores da la casa de música!.. ¿Qué mejor séquito podía ambicionar para morir? Iba a bajar a la tumba con los más bellos escotes del mundo,

adornados con todas las alhajas... ¡Mañana, a las once de la noche!.. ¡Y cómo podía Cristina Daaé responder otra cosa que no? ¿Acaso no preferiría desposarse con la muerte antes que con aquel cadáver viviente? ¿Acaso no ignoraba que de su negativa dependía la suerte desastrosa de muchos de la especie humana?.. ¿Mañana o las once de la noche?..

"Y arrastrándonos en las tinieblas, huyendo de la pólvora, tratando de encontrar los escalones de piedra... porque allá arriba sobre nuestras cabezas... la trampa de acceso al cuarto de los suplicios se había apagado a su vez, nos repetíamos: ¡Mañana, a las once de la noche!

"Por último encontré la escalera; pero de pronto me paré rígido de espanto en el primer escalón, porque una idea terrible acababa de brotar de mi cerebro.

"—¿Qué hora es?

"—¡Oh! ¿Qué hora es? ¿Qué hora? Porque en fin, mañana a las once de la noche es quizás enseguida, ¡es quizás ahora mismo! Me pareció que estábamos encerrados en aquel infierno desde hacía días y días... desde hacía años... desde el principio del mundo... Todo esto va a saltar quizá dentro de un momento... ¡Oh, un ruido... un crujido! ¿Ha oído usted, señor? ¡Ahí, ahí, en ese rincón! ¡Santo Dios! ¡Un ruido como el de un aparato de relojería!.. ¡otra vez!.. ¡Ah! ¡Están sin luz! Es quizás el mecanismo que lo va a hacer saltar todo dentro de un instante... Sí, un ruido como de un mecanismo, ¿no lo oye usted? ¿Está usted sordo?

"El señor de Chagny y yo nos ponemos a gritar como locos... El miedo nos acosa... Subimos la escalera llevándonos por delante los peldaños... ¡La trampa quizás esté cerrada allá arriba!.. Quizá sea el cierre de esa puerta lo que cause toda esta sombra... ¡Ah! ¡Salir de la sombra!.. ¡Volver a hallar la claridad mortal de la cámara de los espejos!..

"Llegamos al fin a la cima de la escalera... ¡No, la trampa no está cerrada, pero ahora hay tanta sombra en la cámara de los espejos como en la bodega de la cual salimos!... Salimos por completo de la

bodega... Nos arrastramos por el piso de los suplicios... el piso que nos separa de aquel polvorín... ¿Qué hora es?... Gritamos... Llamamos... El señor de Chagny grita con todas sus fuerzas que empiezan a renacer: "¡Cristina! ¡Cristina!" ¡Y yo llamo a Erik!... ¡Le recuerdo que le he salvado la vida!... ¡Pero nada nos responde!... Nada más que nuestra propia desesperación... que nuestra propia locura... ¿Qué hora es?... "Mañana, a las once de la noche!"... Discutimos... Nos esforzamos por medir el tiempo que hemos pasado encerrados allí... Pero no somos capaces de razonar... ¡Si se pudiera ver siquiera la esfera de un reloj con las agujas en marcha! Mi reloj se ha parado hace rato... pero el del señor de Chagny camina... Me dice que le dio cuerda al vestirse para venir a la Opera... Tratamos de deducir de este hecho alguna conclusión que nos haga esperar que no hemos llegado aún al minuto fatal...

"El menor ruido que nos llega por la trampa, que en vano he tratado de volver a cerrar, nos oprime con la más atroz angustia... ¿Qué hora es? No nos queda un solo fósforo... Y, sin embargo, habría que ver. Al señor de Chagny se le ocurre romper el vidrio del reloj y tantear las dos agujas... Un silencio profundo, mientras tantea, interroga los minutereros con la punta de los dedos... ¡El anillo del reloj le sirve de punto de partida!.. Calcula por la separación de las agujas que deben ser justamente las once...

"Pero las once que nos hacen estremecer han podido pasar ya, ¿no es cierto?.. Quizá sean las once y diez minutos... y tendríamos por lo menos doce horas por delante.

"Y de pronto gritó

—¡Silencio!

"Me ha parecido oír pasos en la pieza contigua.

"¡No me he engañado! Oigo un ruido de puertas, seguido de pasos precipitados. Golpean contra la pared. Es la voz de Cristina Daaé:

"—¡Raúl! ¡Raúl!

"¡Oh! Ahora gritamos todos a la vez de un lado y otro de la pared, Cristina solloza; no sabía si encontraría al señor de Chagny con vida... El monstruo ha estado terrible, según parece... No ha hecho

más que delirar esperando que ella se resolviera a pronunciar el "sí" que le negaba... Y, sin embargo, ella le prometía aquel "sí" si la conducía hasta la cámara de los suplicios... Pero él se había opuesto obstinadamente, profiriendo amenazas atroces contra toda la especie humana... En fin, después de horas y horas de aquel infierno, acababa de salir hacía un instante... dejándola sola para que reflexionara por última vez...

"Horas y horas... ¿Qué hora es? ¿Qué hora es, Cristina?"

"¡Son las once..., las once menos cinco minutos!"

"-¿Pero qué once son?"

"-¡Las once que deben decidir de la vida o de la muerte!.. Acaba de repetírmelo al marcharse -prosigue la voz angustiada de Cristina - . ¡Esta espantoso!.. ¡Delira; se ha arrancado la máscara y sus ojos de oro echan llamas!... ¡No hace más que reír... Me ha dicho riendo como fin demonio ebrio: "¡Cinco minutos! ¡Te dejo sola a causa de tu pudor notorio!... ¡No quiero que te sonrojes delante de mí cuando me digas "sí" como las tímidas desposadas! ¡Qué diablos, también tengo maneras!" ¡esta, les digo, como un demonio ebrio!... "Toma -me dijo, metiendo los dedos en la bolsita de la vida y de la muerte; tonta la llavecita de bronce que abre los cofrecillos de ébano que están sobre la chimenea Luis Felipe... En uno de esos cofrecillos encontrarás un escorpión y en el otro una langosta, unos animalitos muy bien imitados en bronce del Japón; son unos animalitos que dicen sí o no. Es decir, que no tendrás más que hacer girar al escorpión sobre su eje y colocarlo en la posición contraria a aquella en que lo encontrarás... Eso significará para mí cuando vuelva a entrar en el cuarto Luis Felipe, en el cuarto de los desposorios: ¡sí! La langosta, si es a ésta que haces girar, significará: ¡no! ¡Cuando vuelva al cuarto Luis Felipe, al cuarto de la muerte!.." Y reía como un demonio ebrio. Yo no hacía otra cosa más que pedirle de rodillas la llave de la cámara de los suplicios, prometiéndole ser su mujer para siempre si me concedía eso... ¡Pero me dijo que jamás volvería a necesitarse esa llave y que la iba a arrojar al fondo del lago!.. Y luego, riendo como un demonio ebrio, me dejó, diciéndome que volvería dentro de cinco minutos, por-

que sabía todo lo que se debe, cuando se es un caballero, al pudor de las mujeres... Y me volví a gritar: "¡Ten cuidado con la langosta! No sólo gira, sino que salta. ¡Y de qué modo salta!"

"Trato de reproducir aquí con frases, palabras entrecortadas, exclamaciones, el sentido de las palabras delirantes de Cristina... Porque ella también, durante aquellas veinticuatro horas, debió tocar el fondo del dolor humano... ¡y quizás había sufrido más que nosotros!..."

"A cada instante Cristina se interrumpía y nos interrumpía para exclamar: "¡Raúl! ¿Sufres mucho?... "Y tanteaba las paredes que estaban frías ahora, y preguntaba por qué razón habían estado calientes... ¡Y los cinco minutos transcurrieron y en mi pobre cabeza se agitaban las patas de todos los escorpiones y de todas las langostas!..."

"Yo había conservado, sin embargo, bastante lucidez para comprender que si se hacía girar la langosta, la langosta saltaba... y, con ella muchos de la especie humana. No cabía duda de que la langosta estaba en conexión con alguna corriente eléctrica destinada a hacer saltar el polvorín... El señor de Chagny, que desde que volviera a oír la voz de Cristina parecía haber recobrado toda su fuerza moral, explicaba rápidamente a la joven la situación crítica en que nos encontrábamos nosotros y toda la Opera... Era necesario hacer girar el escorpión enseguida..."

"Aquel escorpión que respondía al sí tan deseado por Erik, debía ser algo que impediría quizá que se produjera la catástrofe.

–"Ve... Cristina, mi adorada –ordenó Raúl.

"Hubo un silencio.

–"Cristina –exclamé, ¿dónde está usted?"

–"¡Junto al escorpión!"

–"¡No lo toque!"

"Se me había ocurrido la idea –porque conocía a Erik –que el monstruo había engañado otra vez a la joven. Era quizá el escorpión que iba a hacerlo saltar todo. Porque, en fin ¿por qué se había marchado de allí?... hacía buen rato ya que los cinco minutos habían transcurrido... y no había vuelto... ¡Sin duda se habría puesto a sal-

vo!... Y estaba esperando quizá la explosión formidable... ¡Y no esperaba más que eso!... No podía esperar en verdad que Cristina consentiría jamás en ser su presa voluntaria... ¿Por qué no había vuelto?... ¡No toque el escorpión!

“—¡Ahí está!... —exclamó Cristina. Lo digo... ¡viene!...

"Llegaba, en efecto. Oímos sus pasos que se acercaban al cuarto Luis Felipe. Se había aproximado a Cristina. No decía una palabra...

"Entonces alcé la voz

“—¡Erik! Soy yo, ¿me reconoces?

"A este llamado respondió enseguida con un tono extremadamente pacífico

"—¿Todavía están ustedes vivos ahí dentro? Bueno, traten de permanecer quietos...

"Quise interrumpirle, pero me dejó helado al oírle decir muy fríamente: "Ni una palabra más, "Daroga" o hago volar todo por el aire"

Y enseguida agregó:

“—¡Ese honor va a tenerlo esta señorita!... La señorita no ha tocado el escorpión (¡con qué calma habla!); la señorita no ha tocado la langosta (¡con qué espantosa sangre fría!), pero hay tiempo para todo. Yo no necesito llaves... abro y cierro todo cuando quiero y como quiero... Abro los cofrecillos de ébano; mire usted, señorita, dentro de los cofrecillos de ébano. ¡Qué lindos animalitos! ¡Qué bien imitados están... y qué inofensivos parecen!.. ¡Pero el hábito no hace al monje! Si se hace girar la langosta, ¡saltamos todos, señorita! Hay debajo de nuestros pies bastante pólvora como para hacer saltar un barrio de París... ¡Si se hace girar el escorpión, toda esa pólvora queda anegada!... Señorita, con motivo de nuestra boda va usted a hacerles un precioso regalo a los centenares de parisienses que aplauden en este momento una pobre obra maestra de Meyerbeer.. Va usted a regalarles la vida... ¡porque usted va, con sus lindas manos, señorita, a dar vuelta el escorpión!... Y enseguida, ¡ah, alegría! nos casaremos. Si dentro de dos minutos, señorita, no ha hecho usted girar el escorpión... yo haré girar y saltar a la langosta, que salta a maravilla.

"El silencio reinó de nuevo, más espantoso que todos los silencios. Yo sabía que cuando Erik adoptaba aquella voz pacífica, tranquila y fatigada, es que había llegado al extremo de todo, capaz del más titánico crimen o de la más inaudita abnegación, y que una sílaba ingrata a su oído podía desencadenar el huracán. El señor de Chagny había comprendido por su parte que sólo le restaba orar, y puesto de rodillas oraba...

"En cuanto a mí, mi corazón latía con tal violencia que tuve que oprimirlo con las manos, de miedo a que estallara... Presentíamos demasiado lo que pasaba en aquellos segundos supremos en el espíritu atribulado de Cristina Daaé... Comprendíamos su hesitación en hacer girar el escorpión... ¡Y si fuera el escorpión, sí, el que hiciera saltar todo!.. ¿Si Erik hubiese resuelto perecer junto con nosotros?

En fin, la voz de Erik volvió a oírse pero esta vez suave, de una suavidad angelical...

"-Los dos minutos han transcurrido... ¡Adiós, señorita!.. ¡Salta, langostita, salta!..

"-Erik -exclamó Cristina, que debió precipitarse sobre las manos del monstruo: -¿me juras por ni infernal amor que es el escorpión el que hay que hacer girar?

"-Sí, para que de un salto pasemos a nuestras bodas.

"-¡Ah! Ya ves, vamos a saltar...

"-¡A nuestras bodas!.. ¡Inocente criatura! ¡El escorpión abre el baile!... Pero basta, ¿no quieres hacer girar el escorpión? ¡Pues entonces déjame que haga saltar la langosta!

"-¡Erik!

-¡Basta!..

"Yo había unido mis gritos a los de Cristina Daaé. El señor de Chagny, siempre de rodillas, continuaba rezando.

"-¡Erik! ¡He hecho girar el escorpión!..

"¡Ah, qué segundos vivimos entonces! ¡Esperábamos!

"Esperábamos convertirnos en migajas, en medio del trueno y de los escombros...

"Sentí crujir bajo nuestros pies, en el abismo abierto... cosas... cosas que podían ser el principio de la apoteosis de horror; porque por la trampa abierta sobre las tinieblas, fauce negra sobre la negra noche, llegaba un silbido inquietante, como el primer escape de un cohete.

"Primero débil... después, más denso... después, muy fuerte...

"¡Pero escuchemos! ¡Escuchemos y oprimamos con ambas manos nuestras cabezas, nuestro corazón pronto a saltar con otros muchos de la especie humana.

"Eso no es el silbido del fuego.

"Parece más bien un escape de agua...

"Acerquémonos a la trampa.

"¡Escuchemos! ¡Escuchemos!

"Acerquémonos a la trampa, ¡Qué fresca!

"Nuestra sed, que se había disipado con el susto, vuelve más fuerte con el ruido del agua.

"¡Agua! ¡Agua! Sí, es agua lo que sube.

"Que sube en la bodega por arriba de los toneles de pólvora... El agua, el agua, hacia la cual descendemos con la garganta ardiendo... El agua que sube hasta nuestros labios, hasta nuestras bocas...

"Y bebemos en el fondo de la bodega, bebemos a plena boca...

"Y volvemos a subir entre la sombra la escalera que habíamos bajado para ir al encuentro del agua y que volvíamos a subir junto con el agua.

"¡Cuánta pólvora perdida y bien mojada! ¡Buena tarea!

"No se repara en el agua, en la casa del Lago... Si esto sigue, todo el lago va a entrar en la bodega.

"Porque, en verdad, no se sabe cuándo va esto a detenerse... Hemos subido de la bodega en la que el agua sigue ascendiendo... Y el agua sale de la bodega, se derrama por el piso... Si esto continúa toda la casa del Lago va a quedar inundada. El suelo de la cámara de los suplicios es ahora un lago pequeño en el que chapalean nuestros pies. Basta de agua. Es preciso que Erik cierre la llave; ¡Erik! ¡Erik! ¡Basta de agua! Cierra la llave... ¡Ya nos llega a media pierna!..

“–¡Cristina, Cristina! ¡El agua sube, nos alcanza a las rodillas!
–grita el señor de Chagny.

“Pero Cristina no responde; sólo se oyen los ruidos que hace el
agua al subir

“Nada ni nadie en la pieza de al lado... No ha quedado nadie que
cierre la llave, que haga girar el escorpión.

“Estamos solos en la sombra y el agua negra nos oprime, nos
inunda, nos hiela. ¡Erik! ¡Erik! ¡Cristina! ¡Cristina!

Ahora hemos perdido pie y damos manotadas, arrastrados por un
movimiento de rotación irresistible, porque el agua gira con nosotros
y tropezarnos contra los espejos negros que nos rechazan... y nuestras
gargantas surgiendo del torbellino gritan desesperadas...

“¿Iremos a morir así, ahogados en la cámara de los suplicios?..
¡Nunca vi esto! En los tiempos de las Horas Rosadas de Mazenderan,
Erik no me hizo ver nunca este espectáculo por la ventanilla invisible...
¡Erik! ¡Erik! ¡Yo te salvé la vida!

“¡Acuérdate!.. ¡Estabas condenado!.. lbas a morir... Yo te abrí
las puertas de la vida... ¡Erik!

“¡Ah! giramos en el agua como los restos de un naufragio.

“Pero de pronto mis manos extraviadas aferran el tronco del ár-
bol de hierro... y llamo al señor de Chagny.. Y henos aquí a los dos
suspendidos de la rama del árbol de hierro...

“¡Y el agua sube siempre!

“... Qué espacio habrá, ¿recuerda usted?, entre la rama del árbol
de hierro y el techo en forma de cúpula del cuarto de los espejos...
Trate de recordar. ¿Irá a inundar esta agua los sótanos de la Opera?
¿Rebalsará sobre París? No, lo natural es que encuentre su nivel... ¡Sí,
me parece que se detiene!.. ¡No!.. ¡no!.. ¡Horror! ¡Nademos!.. Nues-
tros brazos al nadar se entrelazan, nos ahogamos... chapoteamos en el
agua negra... nos cuesta respirar encima del agua negra.. el aire huye,
lo oímos huir encima de nuestras cabezas, quién sabe por qué aparato
de ventilación... ¡Oh!, giremos, giremos, hasta que hayamos encontra-
do ese respiradero de aire... Pero las fuerzas me abandonan, trato de
asirme a las paredes. ¡Oh, que resbalosos son los espejos mojados...

¡Volvemos a girar!.. Nos hundimos... ¡Un último esfuerzo! ¡Un último grito! ¡Erik! ¡Cristina!.. glú, glú, glú... en los oídos... glú, glú, glú... en el fondo del agua negra... glú, glú, glú... Y me parece oír todavía antes de perder por completo el conocimiento entre dos glú, glú...: "¡Toneles!.. ¡Toneles!.. ¿Quién quiere vender toneles?

CAPITULO XXVII

FINAL DE LOS AMORES DEL FANTASMA

Aquí termina el relato escrito que me dejó el persa.

A pesar del horror de una situación que parecía condenarlos sin remisión a muerte, el señor de Chagny y su compañero fueron salvados por la abnegación sublime de Cristina Daaé. Y el resto de la aventura la supe de labios del propio "Daroga".

Cuando fui a verlo habitaba siempre su pequeño departamento de la calle Rívoli frente a las Tullerías. Estaba muy enfermo y se necesitaba nada menos que todo mi ardor para revivir para mí el increíble drama. Era siempre su viejo y fiel sirviente Darío el que lo servía y me hacía entrar a verlo. El "Daroga" me recibía junto a la ventana que daba sobre el jardín, sentado en un gran sillón en el que trataba aún de erguir su busto, que no había carecido de belleza. Nuestro persa conservaba aún sus magníficos ojos, pero su pobre cara estaba muy fatigada. Se había hecho afeitar por completo la cabeza, que cubría generalmente con un gorro de astracán, vestía una amplia hopalanda muy sencilla, bajo cuyas mangas se entretenía inconscientemente en hacer girar los pulgares, pero su espíritu se conservaba muy lúcido.

No podía recordar las pasadas angustias sin que cierta fiebre lo dominara, y era a retazos que le podía arrancar el final sorprendente de esa extraña historia. A veces se hacía rogar mucho antes de responder a mis preguntas, y a veces exaltado por sus recuerdos evocaba espontáneamente ante mis ojos, con un relieve sorprendente, la imagen espantosa de Erik y las terribles horas que el señor de Chagny y él habían vivido en la morada del lago.

Había que ver el estremecimiento que lo agitaba cuando me pintaba su despertar en la penumbra inquietante del cuarto Luis Felipe... después del drama de las aguas...

Al abrir los ojos se había visto extendido sobre un lecho... El señor de Chagny estaba acostado sobre un canapé, al lado del ropero de espejo. Un ángel y un demonio velaban junto a ellos...

Después de los espejismos e ilusiones del cuarto de los suplicios, la precisión de los detalles burgueses de aquella pequeña pieza tranquila, parecían haber sido inventados con el objeto de perturbar también el espíritu del mortal temerario que se extraviara en aquel dominio de la pesadilla viviente. Aquella cama marquesa, aquellas sillas de caoba lustrada, aquella cómoda con sus bronceos, el cuidado con que las mantas de croché estaban colocadas en el respaldo de los sillones, el reloj, a cada lado de la chimenea los pequeños cofrecillos de apariencia tan inofensiva... en fin, aquella rinconera adornada con objetos de conchilla, almohadillas rojas para alfileres, barcos de nácar y un enorme huevo de avestruz... iluminado todo discretamente por una lámpara con pantalla colocada sobre una mesita... todo aquel mobiliario que era de una fealdad casera tan apacible, tan razonable, "en el fondo de los sótanos de la Opera", desconcertaba aún más la imaginación que todas las fantasmagorías pasadas.

Y la sombra del hombre de la máscara, en aquel pequeño cuadro anticuado, ordenado y prolijo, se destacaba aun más formidable.

Se acercó al oído del persa y le dijo:

—¿Te sientes mejor, "Daroga"? ¿Estás mirando mis muebles?... Es lo único que me queda de mi desdichada madre...

Le dijo otras cosas que yo no recordaba; pero y esto le parecía muy singular —el persa tenía el recuerdo exacto de que durante aquella visión lejana del cuarto Luis Felipe, sólo Erik hablaba. Cristina Daaé no decía una palabra: se movía sin hacer ruido, poniendo en juego todas las virtudes de una samaritana... y callaba. Llevaba en una taza té o un licor cordial humeante... El hombre de la máscara se la tomaba de la mano y se la alcanzaba al persa.

En cuanto al señor de Chagny, dormía...

—Erik —dijo echando un poco de ron en la taza del "Daroga":

Volvió en sí antes de que pudiéramos saber si usted volvería a ver el día, "Daroga". Está muy bien... duerme... No debemos despertarle...

Durante un instante Erik salió del cuarto y el persa, irguiéndose sobre el codo, miró a su alrededor... Advirtió junto a la chimenea la silueta de Cristina Daaé. Le dirigió la palabra... la llamó... pero estaba todavía muy débil y volvió a caer sobre su almohada... Cristina se le acercó, le puso la mano sobre la frente y luego se alejó. Y el persa recuerda que entonces, al irse, no le dirigió una sola mirada al señor de Chagny, que es cierto, dormía... volvió a sentarse en un sillón, junto a la chimenea, silenciosa como una hermana de caridad que hubiera hecho voto de silencio.

Erik volvió con unos pequeños frascos, que depositó sobre la chimenea. Y hablando siempre en voz baja, para no despertar al señor de Chagny, le dijo al persa, después de haberse sentado a su cabecera y tomándole el pulso:

—Ahora están salvos los dos. Dentro de un rato los voy a reconducir a la superficie de la tierra *“para complacer a mi mujer”*.

Después de decir esto se puso de pie y volvió a salir sin dar más explicaciones.

El persa se puso a contemplar el perfil tranquilo de Cristina Daaé a la luz de la lámpara. Leía un pequeño libro de cantos dorados, como suelen ser los libros religiosos.

Hay ediciones análogas de "La Imitación de Cristo". Y el persa guardaba en el oído el acento natural con que el otro le había dicho: *“por complacer a mi mujer”*.

El "Daroga" volvió a llamar en voz baja, pero Cristina debía estar "muy lejos", en su lectura, porque no lo oyó...

Erik volvió... le hizo beber al "Daroga" una poción, después de haberle recomendado que no le dirigiera la palabra a su mujer ni a nadie, porque eso podría ser muy peligroso para la salud de todos.

A partir de ese momento el persa recuerda aún la sombra de Erik y la silueta de Cristina, que se deslizaba siempre en silencio por el cuarto, inclinándose encima de él y del señor de Chagny. El persa estaba aún muy débil y el menor ruido, el de la puerta del espejo, que se abriera, por ejemplo, le hacía doler la cabeza... y luego se durmió como el señor de Chagny.

Esta vez no debía ya despertar sino en su casa, cuidado por su fiel Darío quien le dijo que la noche precedente lo habían encontrado contra la puerta de su departamento, donde había sido transportado por un desconocido, que había tenido cuidado de llamar antes de marcharse.

Así que el "Daroga" hubo recobrado las fuerzas y la responsabilidad, mandó preguntar noticias del vizconde al dominio del conde Felipe.

Se le respondió que el joven no había reaparecido y que el conde Felipe había muerto. Se había encontrado el cadáver de éste en la ribera del lago de la Opera, del lado de la calle Scribe. El persa recordó la misa fúnebre que había escuchado detrás de la pared del cuarto de los espejos y ya no dudó del crimen ni del criminal.

Conociendo tanto a Erik no le costó trabajo reconstruir el drama. Convencido de que su hermano había raptado a Cristina Daaé, Felipe se había lanzado en su persecución por el camino de Bruselas, donde sabía que todo estaba preparado para aquella aventura. No habiendo encontrado allí a los jóvenes, volvió a la Opera, recordó las extrañas confidencias de Raúl sobre su fantástico rival, supo que el vizconde lo había intentado todo para penetrar en los sótanos de la Opera y, en fin, que había desaparecido, dejando su sombrero en el camarín de la diva, junto a una caja de pistolas. Y el conde, que no dudaba ya de la locura de su hermano, se lanzó a su vez a aquel espantoso laberinto subterráneo. ¿Se necesitaba acaso más ante los ojos del persa, para que se encontrara el cadáver del conde en la orilla del lago donde velaba el canto de la Sirena, la sirena de Erik?

El persa no vaciló, pues. Espantado por aquel nuevo crimen, no pudiendo permanecer en la incertidumbre en que se encontraba, relativa a la suerte definitiva del vizconde y de Cristina Daaé, se decidió a decírselo todo a la justicia.

Ahora bien, la instrucción del proceso había sido confiada al señor juez Faure y fue a casa de éste que acudió a golpear. Ya se imaginará cómo recibiría su deposición un espíritu escéptico, vulgar, superficial (lo digo corlo lo pienso), y nada preparado para tal confidencia. Lo trató al "Daroga" como si fuera un loco.

El persa, desesperado de que no llegara a oírle, se puso a escribir. Puesto que la justicia no quería atender su testimonio, la prensa se ocuparía de él, quizás, y una noche en que acababa de trazar la última línea del relato que acabo de transcribir fielmente, su sirviente le anunció que un extranjero que no había dicho su nombre y cuya cara no era posible ver, le había declarado sencillamente que no se movería de allí hasta haber hablado con el "Daroga".

El persa, presintiendo enseguida la personalidad de aquel singular visitante, ordenó que lo hicieran pasar en el acto.

El "Daroga" no se había equivocado.

¡Era el Fantasma! ¡Era Erik!

Parecía dominarle una debilidad extremada y se apoyaba a la pared, como si temiera caer... Habiéndose quitado el sombrero, dejó ver la frente pálida como era. El resto de la cara lo ocultaba el antifaz.

El persa se había puesto de pie frente a él.

Asesino del conde Felipe, ¿qué has hecho de su hermano y de Cristina Daaé?

Al oír este apóstrofe formidable, Erik vaciló y guardó un instante de silencio; después, arrastrándose hasta un sillón, se dejó caer en él exhalando un profundo suspiro.

Y allí dijo la frase entrecortada, en palabras sueltas, jadeando:

"-Daroga", no me hables del conde Felipe... Estaba muerto... ya... cuando salí de la casa... Estaba muerto... cuando la Sirena cantó... Es un accidente... un triste... un lamentable accidente...

-¡Mientes! -gritó el persa.

Entonces Erik inclinó la cabeza y dijo:

-No he venido aquí para hablar del tal conde Felipe, sino para decirte que voy a morir.

-¿Dónde están Raúl de Chagny y Cristina Daaé?

-Voy a morir...

-¿Raúl de Chagny y Cristina Daaé?

- ...de amor... "Daroga"... voy a morir de amor... créeme... ¡la amaba tanto!... Y la amo aún, "Daroga", porque de eso me muerdo, te lo juro... ¡Si supieras qué hermosa estaba cuando me permitió que la

besara viva!.. Era la primera vez, "Daroga", la primera vez, oyes, que yo besaba una mujer... Sí, la besé, viva, y estaba hermosa como una muerta...

El persa se había puesto de pie y había osado tocar a Erik. Le sacudía el brazo.

—¿Me dirás en fin si está muerta o viva?

—¿Por qué me sacudes así? —dijo Erik con dificultad. Te digo que soy yo el que va a morir... la besé viva...

—Y ahora, ¿está muerta?

—Te digo que la besé en la frente... y no retiró su frente de mis labios. ¡Ah!, es una muchacha honrada. En cuanto a que haya muerto, no lo creo... pero con eso ya no tengo nada que hacer... ¡No!, ¡no!, no ha muerto. Y que yo no sepa que alguien le ha tocado un cabello... Es una buena y honrada muchacha... Y que además te ha salvado la vida, "Daroga", en un momento en que yo no hubiera dado dos centavos por ella. En el fondo, nadie se ocupaba de ti. ¿Por qué estabas allí con aquel joven? Ibas a morir, sí. Ella me suplicaba que salvara a su jovencito, pero yo le respondía que puesto que ella había hecho girar al escorpión, ese acto, por voluntad expresa suya, me convertía en su novio y que no tenía necesidad de dos novios, lo que era bastante justo; en cuanto a ti, tú no existías, ya no existías, te lo repito, e ibas a morir junto con el otro novio.

"Pero lo que hubo, escúchame bien, "Deroga", es que como ustedes gritaban como unos condenados, a causa del agua, Cristina se me acercó, con sus grandes bellos ojos azules abiertos y me juró, por su salvación eterna, que consentía en ser mi mujer. Hasta entonces en el fondo de sus ojos, "Deroga", había visto siempre a mi novia muerta; era la primera vez que la veía viva. Me hablaba con sinceridad, me juraba por su salvación eterna. No se mataría... Medio minuto más tarde todas las aguas habían vuelto al lago, se acabó la inundación y yo tuve que hacerte vomitar, "Daroga", por que me pareció que no escapabas... ¡En fin! ¡Bueno!, era cosa entendida que yo les llevaría a la superficie de la tierra a los dos. Por último, cuando me hubieron ustedes dejado la plaza libre en el cuarto Luis Felipe, regresé a él solo.

–¿Qué habías hecho del vizconde de Chagny? –interrumpió el persa.

–¡Oh!, como comprendes, "Deroga", a ése no le iba a devolver enseguida a la superficie de la tierra... Era un rehén... Pero tampoco podía guardarlo en la casa del lago... a causa de Cristina; entonces lo encerré muy confortablemente, le puse a cadena (el perfume de Mazenderan lo había vuelto blando como un harapo) en el calabozo de los comuneros, que está en la parte más desierta del sótano más apartado de la Opera, más abajo del quinto subsuelo, allí donde nunca va nadie y donde no es posible hacerse oír de nadie. Estaba muy tranquilo al respecto, y volví a reunirme con Cristina. Esta me esperaba...

Al llegar a este punto de su relato, parece que el Fantasma se puso de pie tan solemnemente, que el persa, que había vuelto a sentarse, tuvo que volver a levantarse, como obedeciendo al mismo impulso y comprendiendo que era imposible permanecer sentado en un momento tan solemne y hasta se quitó (el mismo persa me lo dijo) su gorro de astracán, a pesar de que tenía la cabeza afeitada.

–¡Sí! Me esperaba –prosiguió Erik, que se puso a temblar como una hoja, pero a temblar con una verdadera emoción solemne... –, me esperaba de pie, rígida, viva, como una verdadera novia que ha comprometido su salvación eterna... Y cuando yo me adelanté, más tímido que una criatura, no me huyó... no, no... permaneció allí... me esperó... y hasta me parece, "Deroga", que adelantó un poco, ¡oh!, muy poco, su frente como una novia viva... Y yo..., sí... ¡yo la besé!... Yo... ¡Yo... yo!.. ¡Y no cayó muerta!.. Permaneció sencillamente a mi lado... después que la hube besado así... en la frente... ¡Oh! "Deroga", ¡qué bueno es besar a alguien! ¡Tú no puedes saber lo que es eso!.. ¡Pero yo!.. ¡yo!.. Mi madre, "Daroga", mi pobre madre, no quiso nunca que yo la besara... Huía, arrojándose el antifaz... ni ninguna mujer, jamás, jamás, jamás consintió en ello... ¡Oh!, entonces, ¿verdad?, ante semejante felicidad lloré. Y caí llorando a sus pies... Y tú también estás llorando, "Daroga"... Y ella también lloraba... lloraba como un ángel...

Al contar estas cosas, Erik lloraba y el persa, en efecto, no podía contener sus lágrimas ante aquel hombre enmascarado, que con los

hombros sacudidos por los sollozos y las manos oprimidas contra el pecho, ora jadeaba de dolor y ora de enternecimiento.

–... ¡Oh!, "Daroga", sentí sus lágrimas correr sobre mi frente. Eran cálidas... eran suaves... Corrían por debajo de mi máscara sus lágrimas e iban a mezclarse con las lágrimas de mis ojos... corrían hasta mis labios... ¡Oh!, sus lágrimas bañando mi cara. Escucha, "Daroga", escucha lo que hice... Me arranqué la careta para no perder una sola de sus lágrimas... Y no huyó... Y no cayó muerta... Permaneció viva llorando sobre mí... Junto conmigo... Lloramos juntos... ¡Oh! Dios, infinitamente bueno, en ese instante me concediste toda la felicidad del mundo.

Y Erik se desplomó jadeante en el sillón. El persa se precipitó hacia él, pero lo detuvo con un ademán.

–¡Oh!, no voy a morir enseguida, en el acto... pero déjame llorar...

Al cabo de un rato el hombre de la máscara dijo:

–Escucha, "Daroga", escucha bien esto... Mientras yo estaba a sus pies... oí que Cristina decía: "¡Pobre, desdichado Erik!" ¡Y me tomé las manos!... Entonces, ya no fui, "Daroga", como comprendes, más que un pobre perro a sus pies.

Figúrate que yo tenía en la mano un anillo, un anillo de oro, que yo le había dado... que ella había perdido... y yo había encontrado... Una sortija de compromiso, ¡vamos!

Se lo deslicé en su pequeña manita y te dije: ¡Toma esto! Toma esto para ti... y para él... Este es mi regalo de bodas... el regalo del pobre desgraciado Erik... Sé que lo amas a ese joven... ¡No llores más!.. Me preguntó con voz suave qué quería decir. Entonces le hice comprender, y enseguida comprendió, que yo no era para ella más que un pobre perro, dispuesto a morir... y que ella, ella podía casarse con el joven cuando quisiera, porque había llorado junto conmigo. ¡Oh!, créeme, "Daroga", cuando le decía esas cosas, era como si me arrancara el corazón, pero había llorado conmigo... y había dicho: "¡Pobre desdichado Erik!"

La emoción de Erik era tal que tuvo que advertirle al persa que no lo mirara, porque se ahogaba y se veía en la necesidad de quitarse la

máscara. El "Daroga" se dirigió a la ventana y la abrió, con el corazón oprimido por la piedad, pero teniendo cuidado de fijar la vista en las cimas de los árboles del jardín de las Tullerías, para no ver la cara del monstruo.

Después fui –prosiguió Erik –a poner en libertad al joven y le dije que me acompañara hasta donde estaba Cristina... Se abrazaron delante de mí en el cuarto Luis Felipe... Cristina tenía puesto mi anillo... Le hice jurar a Cristina que cuando yo muriese vendría una noche, pasando por el lago de la calle Scribe, a hacerme enterrar en gran secreto con el anillo de oro que ella usaría hasta aquel momento... le dije cómo encontraría mi cuerpo y lo que habría que hacer... Entonces Cristina me besó, por primera vez a mí, en la frente, aquí... (*no me mires, "Daroga", en la frente*, en mi frente, sí aquí (*no me mires, "Daroga"*), y los dos se marcharon... Cristina ya no lloraba... el único que lloraba era yo, "Daroga", "Daroga"... Si Cristina cumple su juramento, pronto volverá...

Y Erik calló. El persa no le dirigía ya ninguna pregunta. Estaba completamente tranquilo respecto de la suerte de Raúl de Chagny y de Cristina Daaé, pues nadie, después de oír su relato de aquella noche, hubiera puesto en duda la palabra de Erik.

El monstruo volvió a ponerse la máscara y apeló a todas sus fuerzas para separarse del "Daroga".

Le anunció que cuando sintiera su muerte muy próxima, le mandaría, para agradecerle los servicios que le debía, las cosas que más quería en el mundo, todos los papeles de Cristina Daaé, que ella había escrito en los momentos de aquella aventura, destinados a Raúl y que le había dejado a Erik, y algunos objetos que habían sido de ella, dos pañuelos, un par de guantes y un moño del zapato. Respondiendo a una pregunta del persa, Erik le informó que los dos jóvenes habían resuelto ir a buscar un sacerdote en el fondo de alguna soledad donde ocultarían su felicidad y que se habían dirigido con ese propósito a la estación del Norte. En fin, Erik contaba con el persa para que cuando recibiera los papeles y reliquias prometidas, les anunciara su muerte a los dos jóve-

nes. Para esto le bastaría pagar una línea en los avisos necrológicos del diario "La Época"

El persa acompañó a Erik hasta la puerta de su departamento y Darío lo acompañó hasta la calle, sosteniéndolo. Un fiacre estaba esperando. Erik subió al coche. El persa, que había vuelto a levantarse, oyó que le decía al cochero: "Lléveme a la Opera".

Y luego el fiacre desapareció en la sombra. El persa había visto por última vez al pobre y desdichado Erik.

Tres semanas después, el diario "La Época" publicaba este anuncio necrológico: "Erik ha muerto"

EPILOGO

Tal es la verídica historia del Fantasma de la Opera. Como lo anunciaba al principio de esta obra, no es posible dudar ahora de que haya existido. Demasiadas pruebas de esta existencia están puestas al alcance de todos para que no se puedan seguir razonablemente todos los hechos y gestos de Erik a través del drama de los de Chagny.

No hay para qué repetir aquí cuánto apasionó este asunto al público de la capital. Aquella artista raptada, el conde de Chagny muerto en condiciones tan excepcionales, su hermano desaparecido y el triple sueño de los empleados de la iluminación de la Opera... ¡Qué dramas! ¡Qué pasiones! ¡Qué crímenes se habían desarrollado alrededor del idilio de Raúl y de la dulce y encantadora Cristina!... ¿Qué habrá sido de la sublime y misteriosa cantante a la que jamás se volvería a oír?... Se la presentó como una víctima de la rivalidad de los dos hermanos, y nadie sospechó lo que en realidad había pasado; nadie comprendió que puesto que Cristina y Raúl habían desaparecido a la vez, los dos novios se habían retirado lejos del mundo para gozar una felicidad que deseaban no fuera pública después de la muerte inexplicable del conde Felipe. Un día habían tomado un tren en la estación del Norte... Yo también quizá tome algún día ese tren y vaya a buscar alrededor de tus lagos, ¡oh, Noruega!, ¡oh, silenciosa Escandinavia!, los rastros aun vivientes de Raúl y de Cristina, y también de la señora Valerius, desaparecida igualmente en aquella época... Quizás un día oiga repetir al eco solitario de los hielos, el canto de aquella que conoció al Ángel de la Música...

Mucho tiempo después de que la causa fuera sobreseída por la acción inteligente del juez de instrucción Faure, la prensa, de cuando en cuando, trataba aún de penetrar el misterio... y continuaba preguntándose dónde estaba la mano monstruosa que había preparado y llevado a cabo tan inauditas catástrofes (crimen y desaparición)

Un diario del bulevar, que estaba al tanto de todos los chismes de bastidores, era el único que había escrito:

–Esa mano es la del Fantasma de la Opera.

Pero lo había dicho, naturalmente, en sentido irónico.

Solamente el persa, a quien no se habían querido oír y que no repitió, después de la visita de Erik, su primera tentativa respecto de la justicia, era el único que poseía toda la verdad.

Y conservaba en su poder las pruebas principales que le habían llegado junto con las piadosas reliquias anunciadas por el Fantasma...

Esas pruebas yo habría de completarlas con la ayuda del propio "Daroga". Yo las iba poniendo al día, siguiendo el curso de mis investigaciones y él las guiaba. Desde hacía años y años no había vuelto a la Opera, pero había conservado el recuerdo más preciso del monumento y no podía darse mejor guía para descubrirme los rincones más secretos. Era él también quien me indicaba las fuentes que podía consultar, los personajes que podía interrogar. Fue él quien me incitó a que fuera a golpear a la puerta del señor Poligny, en el momento en que el pobre estaba casi moribundo. Yo no sabía que estaba tan mal y no olvidaré jamás el efecto que produjeron en él mis preguntas relativas al Fantasma. Me miró como si viera al diablo y no me respondió más que algunas frases sueltas, pero que atestiguaban (era lo esencial) cuánto había perturbado el Fantasma de la Opera aquella vida ya tan agitada. (El señor Poligny era lo que se ha convenido en llamar un calavera)

Cuando le comuniqué al persa el pobre resultado de mi visita al señor Poligny, el "Daroga" sonrió vagamente y me dijo: "Jamás supo a ciencia cierta Poligny hasta qué punto ese extraordinario crápula de Erik (el persa tan pronto hablaba de Erik como de un dios como de un vil canalla) lo ha conducido de las narices. Poligny era supersticioso y Erik lo sabía. Erik sabía también muchas cosas sobre los negocios públicos y privados de la Opera.

"Cuando el señor Poligny oyó a una voz misteriosa contarle en el palco número 5 el empleo que hacía de su tiempo y de la confianza de su asociado, no quiso saber nada más. Como herido por una voz del Cielo, se creyó condenado y luego, como la voz le pidiera dinero, vio muy bien que era víctima de un estafador que también explotó a De-bienne. Los dos, cansados de su dirección por diferentes motivos, se

marcharon sin tratar de conocer más a fondo la personalidad de aquel extraño F. de la O. que les había hecho llegar un pliego de condiciones tan extraño. Legaron todo el misterio a la dirección siguiente, exhalando un profundo suspiro de satisfacción, muy contentos de verse libres de un lío que los había intrigado mucho, pero que les había hecho muy poca gracia".

Así se expresó el persa respecto de los señores Debienne y Poligny.

Con este motivo le hablé de los sucesores de éstas y me sorprendí deque en las "Memorias de un director", del señor Moncharmin, se hablara de un modo tan completo de los hechos y dichos del F. de la O. en la primera parte, y que casi no lo nombrara en la segunda. El persa, que conocía aquellas "Memorias" como si las hubiera escrito él mismo, me hizo observar que encontraría la explicación de todo si me tomaba el trabajo de reflexionar respecto de unas pocas líneas que, precisamente en la segunda parte de esas "Memorias", consagra Moncharmin al Fantasma. He aquí esas líneas, que nos interesan particularmente, porque en ellas se relata de una manera muy sencilla cómo terminó el famoso asunto de los 20.000 francos:

A propósito de F. de la O. (es el señor Moncharmin el que habla), algunas de cuyas singulares fantasías he narrado en el comienzo de estas "Memorias", sólo quiero decir aquí una cosa y es que recompensó con un generoso arranque todas las molestias que nos causara a mi querido colaborador y a mí. Pensó, sin duda, que toda broma debe tener sus límites, sobre todo cuando resulta muy cara y el comisario de policía toma cartas en el asunto, porque en el mismo instante en que habíamos dado cita en nuestro despacho al señor Mifroid para contarle toda la historia, algunos días después de la desaparición de Cristina Daaé, encontrarnos sobre el escritorio de Richard un sobre con esta inscripción impresa en tinta colorada: "De parte de F. de la O."; las sumas bastante importantes que había conseguido substraernos de la caja directorial. Richard opinó que las cosas no debían pasar de ahí. Y así se resolvió para bien de todos. ¿No es verdad, querido F. de la O?"

Evidentemente, Moncharmin, sobre todo después de aquella restitución, seguía creyendo que había sido juguete durante un momento de la imaginación burlesca de Richard, así como Richard no cesó de creer que Moncharmin había inventado la patraña del Fantasma de la Opera para vengarse de algunas bromas suyas.

Había llegado la oportunidad de que le preguntara al persa de qué artificio se valía el Fantasma para hacer desaparecer veinte mil francos del bolsillo de Richard a pesar del alfiler de gancho. Me dijo que no conocía a fondo ese detalle, pero que si "trabajaba" en el sitio donde los hechos se producían, acabaría por descubrir el enigma, recordando que no en balde Erik había sido apodado el maestro de trampas. Le prometí al persa dedicarme cuando tuviera tiempo a hacer útiles investigaciones por ese lado. Diré, desde luego, que el resultado de esas investigaciones fue completamente satisfactorio. No creía en verdad que iba a descubrir tantas pruebas innegables de la autenticidad de los fenómenos atribuidos al Fantasma.

Es bueno que se sepa que los papeles del persa, los de Cristina Daaé, las declaraciones que me fueron hechas por los antiguos colaboradores de los señores Richard y Moncharmin y por la misma pequeña Meg (porque, ¡ay!, la excelente madame Giry ha muerto), y la Sorelli, que está ahora retirada en Lovenciennes, es bueno que se sepa, digo, que todo eso que constituye las pruebas documentadas de la existencia del Fantasma, y que voy a depositar en los archivos de la Opera, ha sido reforzando por varios descubrimientos importantes, de los que estoy bastante satisfecho.

Si no he podido encontrar la casa del lago, por haber condenado Erik todas sus puertas secretas, sin embargo, estoy seguro de que sería fácil penetrar hasta ella si se procediera al agotamiento del lago, como lo he solicitado varias veces ala administración de las Bellas Artes¹¹, y

¹¹ De esto se hablaba cuarenta y ocho horas antes de la aparición de esta obra al señor Dujardin-Beaumetz, el simpático secretario de Estado en las Bellas Artes que me ha dado alguna esperanza. Así se desvanecería la leyenda del Fantasma y se substituiría con la historia tan curiosa de Erik. ¡Y quién nos dice que no se encontrada en la casa del lago la famosa partitura del "Don Juan

aunque, además, haya querido mi mala suerte que numerosos trabajos hayan modificado los planos de los camarines en el sitio en que se encontraba el de Cristina Daaé, con todo, he descubierto el corredor secreto de los comuneros, cuya pared de tablas se está desmoronando en partes; y del mismo modo he descubierto la trampa por donde Raúl y el persa bajaron a los sótanos del teatro.

He encontrado en el calabozo de los comuneros muchas iniciales trazadas en las paredes por los desgraciados que fueron encerrados allí; entre esas iniciales una R., una D. y una C. –R.D.C. ¿No es esto significativo? ¡Raúl de Chagny! Las letras están todavía muy visibles. Naturalmente que no me he limitado a eso. En el primero y segundo sótanos he hecho funcionar dos trampas de un sistema giratorio completamente desconocido para los maquinistas, que sólo usan trampas corredizas.

En fin, puedo decirle con pleno conocimiento de causa al lector: Visítad un día la Opera, pedid que os permitan recorrerla en paz sin cicerones estúpidos, entrad en el palco número 5 y golpead la enorme columna que separa a este palco de *avant-scène*. Golpead con el bastón o con el puño y escuchad: ¡Veréis que suena a hueco! Después de esto no os sorprenderéis de que haya podido estar habitado por "la voz" del Fantasma; hay dentro de esa columna sitio para dos hombres. No es extraño que cuando los fenómenos del palco número 5, nadie se volviera a esa columna, porque tiene el aspecto de ser de mármol macizo y que la voz que se encerraba en ella parecía más bien venir del lado opuesto, porque la voz del Fantasma, ventrílocuo, parecía salir de donde él quería. La columna está trabajada, esculpida, calada por el cincel del artista. No desespere de que he de descubrir algún día el pedazo de escultura que debía quitarse y ponerse a voluntad, para dar libre paso a la correspondencia del Fantasma con madame Giry y a sus generosidades. Sin duda que todo esto, que yo he visto y palpado, no es nada al lado de lo que un ser extraordinario y fabuloso como Erik debió crear en el misterio de un monumento como la Opera, pero daría todos estos descubrimientos por el que me fue dado hacer delante del propio admi-

Triunfante", obra capital de Erik, cuyo inmenso talento musical ya nadie niega!..

nistrador, en el despacho directorial. Bajo el escritorio del director, a algunos centímetros del sillón, una trampa, del ancho de la hoja del piso y del largo de un antebrazo, nada más...; una trampa que se abría como la tapa de un cofrecillo, una trampa por la que veo salir una mano que trabaja con destreza en el faldón colgante de un frac...

¡Era por allí que se habían marchado los cuarenta mil francos!... Era por allí que gracias a algún ingenioso mecanismo habían vuelto...

Cuando le hablé de aquello al persa, presa de una emoción bien comprensible, le dije:

—¿Entonces Erik simplemente se divertía en hacerse el caprichoso con su pliego de condiciones, puesto que devolvió los cuarenta mil francos?

El persa me respondió:

—¡No lo crea usted!... Erik necesitaba dinero. Creyendo que estaba fuera de la humanidad, no lo detenían los escrúpulos y se servía de las dotes extraordinarias de habilidad y destreza que le había dado la naturaleza en compensación de su atroz fealdad, para explotar a los humanos, y esto, a veces, de la manera más artística del mundo. Si devolvió espontáneamente los cuarenta mil francos a los señores Richard y Moncharmin, es porque en el momento de la restitución nos los necesitaba. Había renunciado a su casamiento con Cristina Daaé. Había renunciado a todos los bienes de la tierra...

Según el persa, Erik era originario de un pequeño pueblo de los alrededores de Ruan. Era hijo de un maestro constructor. Había huido siendo muy muchacho, del domicilio paterno, en el que su fealdad era un motivo de espanto para sus padres. Durante algún tiempo se había exhibido en las ferias, en las que su empresario lo mostraba con la denominación del "muerto vivo". Atravesó la Europa de feria en feria, y fue a completar su extraña educación de artista y de ilusionista en la fuente misma del arte, entre los gitanos. Todo un período de la existencia de Erik permanecía oscuro. Se lo vuelve a encontrar en la feria de Nijni-Novgorod, donde entonces se hallaba en el apogeo de su espantosa gloria. Ya cantaba como no ha cantado nadie en el mundo, hacía el ventrilocuo y mil hechicerías de las que las caravanas todavía hablaban

al volver a Asia durante todo el camino. Un mercader de pieles que iba a Samarkanda de regreso de Nijni-Novgorod, contó los milagros que había visto en la carpa de Erik. Se hizo ir al mercader a palacio y el "Daroga" de Mazenderan lo interrogó. Después el "Daroga" fue encargado de buscar a Erik. Consiguió llevarlo a Persia y durante algunos meses fue allí el niño mimado. Cometió allí no pocas atrocidades porque parecía no distinguir entre el bien y el mal, y cooperó en algunos bellos asesinatos políticos, tan tranquilamente como combatió con invenciones diabólicas al emir del Afghanistan en guerra con el imperio. El shamsha le tomó cariño. Fue ése el momento de las lloras Rosadas de Mazenderan de que nos ha dado una idea el relato del "Daroga". Como Erik tenía en arquitectura ideas completamente personales y que concebía un palacio lo mismo que un prestidigitador puede imaginar un cofrecillo con dobles fondos, el shamsha le ordenó una construcción de este género, que llevó a cabo y que era, según parece, tan ingeniosa, que su majestad podía pasearse por toda ella sin que se lo notara y desaparecer sin que fuera posible saber por medio de qué artificio. Cuando el shamsha se vio dueño de semejante joya ordenó, imitando lo que hizo cierto zar con el genial arquitecto de una iglesia de la plaza Roja, en Moscú, que le vaciaran a Erik sus ojos de oro. Pero reflexionó que, aun ciego Erik, podría construir para otro soberano una residencia tan inaudita, y también que estando Erik vivo, alguien poseería el secreto del maravilloso palacio. La muerte de Erik quedó resuelta, así como la de todos los obreros que habían trabajado bajo sus órdenes. El "Daroga" de Mazenderan fue encargado de la ejecución de esta orden abominable. Erik le había prestado algunos servicios y lo había hecho reír mucho. Lo salvó proporcionándole los medios de huir. Pero casi hubo de pagar con su cabeza aquella debilidad generosa. Felizmente para el "Daroga", se encontró en la orilla del Mar Caspio un cadáver medio comido por los pájaros del mar y que pasó por el de Erik gracias a que unos amigos del "Daroga" vistieron los despojos con ropas que habían pertenecido a Erik. El "Daroga" se salvó, pero perdió su favor, sus bienes y fue desterrado. El tesoro persa continuó, sin embargo, pasándole al "Daroga", porque era de sangre real, una pensión de algu-

nos centenares de francos mensuales, y fue entonces que acudió a refugiarse en París.

En cuanto a Erik, había pasado a Asia Menor; después fue a Constantinopla, donde entró al servicio del sultán. Dará idea de los servicios que pudo prestar a un soberano en quien hacían presa todos los terrores, cuando haya dicho que fue Erik quien construyó todas las famosas trampas y cuartos secretos y cajas de hierro que se descubrieron en Yildis-Kiosk, después de la revolución turca. Fue a él también que se le ocurrió fabricar autómatas vestidos como el príncipe, autómatas que hacían creer que el jefe de los creyentes estaba despierto en un sitio mientras que estaba descansando en otro.

Naturalmente, tuvo que dejar el servicio del sultán por las mismas razones que hubo de huir de Persia. Sabía demasiadas cosas. Entonces, muy cansado de su aventurera y formidable y monstruosa vida, quiso ser alguien como todo el mundo. Se hizo constructor, como un empresario vulgar que construye casas con vulgares ladrillos. Licitó varios trabajos de los cimientos de la Opera. Cuando se vio en el subsuelo de tan vasto teatro, su temperamento de artista fantaseador y mágico, le dominó. Y, además, ¡seguía siendo siempre horroroso! Soñó con crear-se una residencia ignorada por el resto de la tierra y que lo ocultaría para siempre de las miradas de los hombres.

Se sabe y se adivina lo demás. Está en las páginas de esta increíble, y, sin embargo, verídica aventura. ¡Pobre, desdichado Erik! ¿Hay que tenerle lástima? ¿Hay que maldecirle? Sólo quería ser alguien como todo el mundo. ¡Pero era demasiado feo! Tuvo que ocultar su genio o hacer pruebas con él, mientras que con una cara regular hubiera sido uno de los ejemplares más nobles de la especie humana. Tenía un corazón capaz de contener un mundo y tuvo que contentarse, al fin, con un sótano de la Opera. ¡Decididamente, hay que compadecer al Fantasma de la Opera!

He orado, a pesar de sus crímenes, sobre sus despojos, y que Dios se apiade de él.

Estoy seguro, muy seguro, de haber rezado el otro día sobre su cadáver, cuando cavaron tierra, y en el mismo sitio en que enterraban

las voces vivas; era un esqueleto. No fue en la fealdad de la cabeza que lo reconocí, porque cuando están muertos desde hace tanto tiempo, todos los hombres son feos, pero a causa del anillo de oro que llevaba, y que sin duda Cristina Daaé habría acudido a deslizarle en el dedo antes de enterrarlo, como se lo había prometido.

El esqueleto se encontraba junto a la pequeña fuente, en el sitio en que por primera vez, cuando la arrebató por los sótanos del teatro, el Ángel de la Música había sostenido entre sus brazos temblorosos a Cristina Daaé desmayada.

Y ahora, ¿qué irán a hacer de ese esqueleto? No es posible que lo manden a la fosa común. Yo digo que el sitio de ese esqueleto del Fantasma de la Opera está en los archivos de la Academia Nacional de Música. Ese esqueleto no es un esqueleto vulgar.

**FIN DE
EL FANTASMA DE LA OPERA**